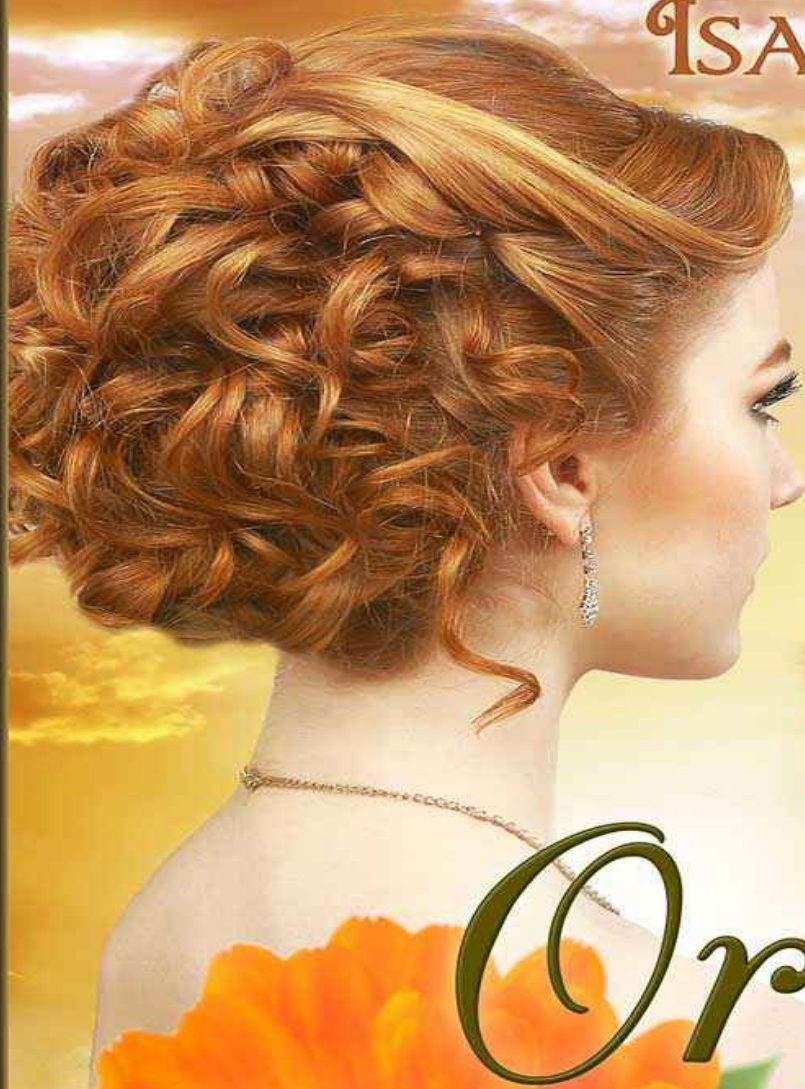


Selección RNR

ISABEL JENNER



Oriente
en tus ojos



Romance Histórico

Oriente en tus ojos

Isabel Jenner



1.^a edición: mayo, 2017

© 2017 by Isabel Jenner

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-742-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para ti, abuelo.
Mi caballero de brillante armadura,
que me protegió siempre de aquello que podía hacerme daño.
Y para ti, abuela, la pelirroja más importante de su vida.
Vuestro amor fue, es y será la mejor de las novelas.
Os quiero.*

Cuando los ojos se encuentran, nace el amor.

Proverbio hindú

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

Estado de Merala, India, enero de 1859

Algunos animales curiosos se asomaban entre las hojas de los mangos para observar el paso de un pequeño destacamento de infantería del ejército británico. El murmullo de un río no muy lejano acompasaba su marcha.

Pese a la época en la que se encontraban, el sol bañaba con fuerza el Indostán, y el calor y la humedad hacían brillar los rostros de los soldados del Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala que flanqueaban un carronato algo destartado, repleto de armas y munición. Los dos viejos jamelgos encargados de tirar del carro también presentaban un aspecto cansado. El grupo había partido hacía días desde Calcuta y quedaba muy poco para llegar a su destino, en la ciudad de Baipur, donde se encontraba estacionado su acuartelamiento, así como la residencia del gobernador británico de Merala. El fin inminente de su viaje hacía que los hombres se sintieran cada vez más animados.

—Capitán Warwick, ¿está seguro de que no quiere tomar por esposa a una bella y rica *rani* de algún reino perdido?

Los ojos del joven que había hecho la pregunta brillaban con picardía al dirigirse al hombre corpulento y musculoso que cabalgaba delante de él.

—Yo he oído que esas reinas son complacientes y fogosas. —Se unió otro, provocando carcajadas y codazos jocosos entre sus compañeros.

Jason Warwick trató de mantenerse serio y no apartó sus ojos, del más oscuro azul, del estrecho camino secundario que habían tomado. Soltó un momento las riendas para acariciar de manera automática el guardapelo que siempre llevaba cerca de su corazón, escondido debajo de la casaca roja del uniforme militar.

Al teniente George Harris no se le escapó ese movimiento y puso los ojos en blanco mientras se pasaba una mano por el cuidado bigote.

—Ni todo un harén podría tentar a nuestro capitán. La hermosa señorita Gardner lo espera impaciente en Londres —comentó, risueño, para rematar un segundo después—: Aunque no tan impaciente como él.

Se giró desde su montura y guiñó un ojo a los hombres que iban a pie, lo que produjo un nuevo aluvión de risotadas.

La suya era una amistad curiosa. El severo Warwick y el jovial Harris, que siempre tenía la palabra justa para granjearse la simpatía de quienes lo rodeaban.

Las carcajadas se fueron apagando, pero Jason continuó sin replicar. No era ningún secreto que contaba las horas para disfrutar de su permiso en Inglaterra, donde se casaría con Edith después de tres largos años de compromiso. No tuvo que abrir la pequeña cajita para recordar con exactitud la textura sus rubios cabellos; tampoco tuvo que cerrar los ojos para ver la suave sonrisa que iluminaba su cara cada vez que se encontraban.

Los oscuros tiempos de guerra habían terminado por el momento. Volvía al hogar, junto a su futura esposa.

—Concentraos. Vista al frente —dijo en cambio, aunque su voz no sonara demasiado autoritaria.

De pronto, todos los crujidos y silbidos de la jungla cesaron, como si la naturaleza estuviera conteniendo el aliento.

Se escuchó el sonido de una rama al partirse, y cayeron de lleno en la emboscada. Los disparos llegaban de todas direcciones, y algunos soldados fueron abatidos antes de saber siquiera qué ocurría.

—¡No perdáis la formación! —rugió el capitán—. ¡Moveos!

Los que habían sobrevivido a aquella primera lluvia de balas rodearon el carro formando un cuadrado perfecto y se prepararon para luchar por su vida.

Jason espoleó a su caballo y se puso al frente de sus hombres con todo el cuerpo en tensión. Sintió cierto alivio al notar la presencia de Harris a su lado con el fusil listo para disparar.

Los primeros atacantes que salieron de la espesura con los sables en alto fueron abatidos rápida y metódicamente, aunque siempre parecía haber otro que ocupara su lugar, cada vez más cerca del destacamento.

Jason maldijo entre dientes mientras gritaba órdenes a diestro y siniestro. Las ropas que llevaban los asesinos de tez oscura eran meros jirones. La tela, sucia y desteñida, apenas cubría unos cuerpos enjutos que vestían taparrabos, pero era innegable que en tiempos mejores su color había sido rojo.

Igual que la sangre que salpicaba el polvoriento suelo.

Igual que las casacas de sus enemigos ingleses.

—Son cipayos rebeldes, Warwick. —Harris puso voz a los pensamientos de Jason.

—Creía que los últimos habían sido juzgados hace meses —respondió, con la mandíbula apretada.

Los cipayos indios habían formado parte del ejército de la Compañía Británica de las Indias Orientales antes de que se amotinaron en Meerut, más de un año y medio antes, al creer amenazadas sus tradiciones religiosas a manos de los mismos extranjeros que habían prometido respetarlas. El cartucho del nuevo fusil Enfield, que se tenía que rasgar con los dientes antes de la carga, se transformó en la semilla de la discordia. Empezaron a correr rumores de que el papel que lo recubría estaba impregnado con grasa animal: de vaca, sagrada para los hindúes, y de cerdo, impuro para los musulmanes. Los cipayos se negaron a utilizarlos por miedo a perder su casta o su entrada al paraíso de Alá, y se alzaron con violencia contra los ingleses, militares y civiles por igual.

La rebelión se extendió como la pólvora por media India, y Jason combatió contra los amotinados en el centro y en el norte del país en una lucha sin cuartel hasta el 8 de julio del verano anterior. Nunca olvidaría esa fecha tan cercana en la que, por fin, se firmó un tratado de paz que puso fin a la barbarie.

El control de la India había recaído en manos de la Corona británica tras las atrocidades cometidas por ambos bandos, pero la calma aún estaba lejos de reinar en el subcontinente. Aquel ataque era buena prueba de ello.

Harris desenvainó la espada.

—Si he de morir hoy, que sea con honor.

Jason sabía tan bien como él que todo estaba perdido. Los superaban en número y eran diestros guerreros, entrenados por esos mismos adversarios a los que ahora trataban de masacrar.

—Lo haremos juntos, amigo mío —respondió.

Tocó por última vez el guardapelo y se lanzó a la batalla, blandiendo su propia arma sobre los oscuros cabellos.

No supo decir a cuántos cipayos sublevados mató antes de que lo derribaran de su caballo y, una vez en tierra, no paró de asestar mandobles.

Entonces vio cómo Harris se retorció en un charco de sangre. Lanzó un grito aterrador y siguió atacando con más violencia, ciego de ira, hasta recibir un balazo en la sien derecha, que rasgó piel y golpeó hueso. El disparo lo hizo caer desplomado, y su cuerpo levantó una nube de partículas de tierra en el árido suelo de Merala.

Londres, julio de 1859

Carmentia Ingram alisó con cuidado las arrugas de su vestido de luto y volvió a mirar la concurrida calle a través del cristal. Los carruajes iban y venían en un incesante goteo de ruedas y arneses; criados de uniforme daban pasos rápidos, atareados con algún recado importante, y parejas elegantes paseaban con aparente despreocupación. Una imagen cotidiana y dinámica del frenético Londres, que contrastaba con su cuerpo rígido e inmóvil tras el ventanal. Quería recordar cada detalle, cada adoquín y cada teja que habían formado parte de su mundo durante los últimos años.

Despedirse de la casa no sería tan fácil. Su futuro, que se presentaba tranquilo y predecible en Inglaterra, había dado un giro tan radical que no sabía cuándo volvería a ver la acogedora fachada de estuco blanco, la escalera ornamentada en exceso, o el pequeño jardín en el que solía jugar con sus hermanas pequeñas hasta que su abuelo las llamaba para atiborrarlas de pastas y té.

Apoyó la mano contra el vidrio, pero el contacto, algo frío, no sirvió para calmar aquel sentimiento de impotencia que la envolvía por haber perdido el control de su vida.

No pudo evitar pensar que, hasta ese momento, había conseguido ser feliz junto a Leo y Lemy, aunque no siempre hubiera resultado sencillo jugar con las cartas que había repartido el destino. Sobre todo, en lo que a sus padres se refería.

Pese a los años transcurridos, en los salones de la alta sociedad los más chismosos aún hablaban con simulado espanto de su madre, lady Eleanor Graves. Lady Eleanor era la única y consentida hija de un vizconde algo excéntrico que le permitió un escandaloso matrimonio por debajo de su clase social; un enlace que los círculos más elevados jamás perdonaron, por lo que Leonelle y Carmentia habían tenido que convertirse en expertas en fingir que no escuchaban comentarios dañinos a sus espaldas. Al menos les quedaba el consuelo de que Lemy todavía fuera lo bastante pequeña como para ahorrarle

semejante humillación.

En cuanto a su padre, Jonathan Ingram, procedía de una larga estirpe de soldados que siempre se habían entregado más a su trabajo que a su familia. En su caso, su esfuerzo lo había conducido hasta la lejana India, donde obtuvo el puesto de gobernador de un pequeño y pacífico estado llamado Merala, al nordeste de Calcuta. Cam, que por entonces tenía cuatro años, lo había acompañado con su madre y su hermana Leo en la travesía a Oriente. Disfrutaron de escasos años de paz hasta que un trágico suceso obligó a la señora Ingram y a sus hijas a regresar a Inglaterra, y ese misterio solo sirvió para echar más leña al fuego de las habladurías.

Por si eso fuera poco, Jonathan Ingram no abandonó su cargo, y solo pudo regresar a su país natal en muy contadas ocasiones, convirtiéndose en un mero conocido para sus hijas mayores y en un completo extraño para su tercera hija, Lemy, que nació once años después que Cam.

A pesar de ser una madre cariñosa, lady Eleanor nunca se deshizo del halo de tristeza que supuso vivir separada de su marido, juzgada por sus iguales, y murió a causa de una fiebre que consumió su cuerpo cuando Carmentia cumplió quince años, dejando a las tres hermanas a cargo de su abuelo, el vizconde Graves, que las adoraba.

Ahora, con veinte, Cam se preguntó con pesar cómo se habría tomado su madre la noticia de que su esposo había muerto de forma repentina en Merala cinco largos meses atrás. Resultaba irónico, de una forma triste y cruel, que Jonathan Ingram hubiera sobrevivido sin contratiempos al motín de los soldados cipayos que había arrasado la India para fallecer poco después en un absurdo accidente de caza.

El hecho de que, a consecuencia de ello, sus hijas no tardarían en emprender un viaje que lo cambiaría todo no hacía sino aumentar el dolor de su pérdida.

El estruendo de la puerta al abrirse con brusquedad hizo que se girase, a tiempo de ver a sus hermanas entrar como una tromba en la estancia, enzarzadas en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Lemy, ¿cómo puedes tener el cuello tan sucio?

Leonelle, de dieciocho años, se ajustó las gafas para volver a frotar con vigor el cogote de su hermana, de nueve, que no paraba de retorcerse ante las pasadas del delicado pañuelo de encaje. A Cam no le sorprendió que estuviera

lleno de hojas y tierra.

—Solo he salido un momento al jardín, a comprobar que Winnifred no había excavado otro agujero en el parterre —respondió la pequeña, con toda la dignidad que pudo conseguir con los mechones oscuros cubriéndole la cara.

—Y te lo agradecemos, querida, desde luego que sí. Eso me recuerda... — Cam escuchó la voz de su abuelo desde el rincón donde había estado dormitando, en un sillón junto a la chimenea, encendida pese al bochornoso día de julio—. He leído en alguna parte que ciertas plantas provocan una urticaria terrible durante semanas con solo acercarse. De lo más desagradable.

Lemy dio un chillido, y Leonelle se apartó de un salto de su hermana para mirar con consternación al anciano vizconde. Luego se volvió a ajustar las gafas, el dedo índice apoyado con firmeza en el puente de su estrecha nariz.

—Tendré que investigar en la biblioteca —murmuró para sí.

Cam se apartó un mechón rojizo de la frente y se alejó del amplio ventanal de la casa de su abuelo, en Belgrave Square, para acercarse a él por la espalda y rodear sus hombros en un cálido abrazo.

—¿Debemos suponer que esas plantas tan detestables se encuentran en Inglaterra, abuelo?

El noble alzó el brazo y le dio unos ligeros golpecitos con la mano, fuerte y sin una arruga a pesar de la edad.

—Ciertamente no, no recuerdo haber oído algo semejante en Londres. — Giró un poco la cabeza para mirar a Cam con ojos oscuros y vivaces y una sonrisa satisfecha—. En la India sí, desde luego. Recuérdame que avise a tu primo Edward en cuanto lo veamos.

—Claro, abuelo.

No añadió que aquello no sería suficiente para evitar que las tres hermanas Ingram pusieran rumbo a aquel lejano país.

Lágrimas y ruegos habían sido desechados sin la más mínima compasión.

Ni siquiera la amenaza real del cólera, el tifus o la malaria habían logrado disuadir a Edward de la firme de decisión de llevarlas con él.

Cam pensó en su primo mientras seguía aferrada a su abuelo.

Tras la inesperada muerte del padre de Cam, Edward Ingram había asumido el puesto de gobernador en Merala, y partiría hacia allí en breve con su nueva esposa. Aquello era de esperarse, teniendo en cuenta que siempre había

seguido los pasos de su tío. Lo que sí resultó una sorpresa para todos, en extremo dolorosa, fue el hecho de que Jonathan Ingram hubiese nombrado tutor de sus hijas a su sobrino en lugar de al vizconde, con quien habían pasado gran parte de su vida. A partir de ese momento, las tres hermanas tendrían que someterse a su voluntad.

Quizá, solo quizá, el gobernador había pensado que la mente del anciano caballero no era muy estable, o que era demasiado mayor como para dejar en sus manos el porvenir de tres jóvenes damitas —dos de ellas en edad de casarse—, pero Cam jamás perdonaría a su padre por haberlas separado de su abuelo. Ni a Edward por obligarlas a dejar atrás Inglaterra una vez más.

Sintió humedad en los ojos y bajó la cabeza para depositar un suave beso en la mejilla del vizconde. Así también evitaba la mirada dorada de Leonelle, que estaba fija en su rostro.

Suspiró.

—Será mejor que nos arreglemos para la recepción de esta noche en casa del primo Edward.

Lemy miró el vestido de crespón negro de Cam de forma escéptica con sus ojos de chocolate.

—No se notará mucho la diferencia...

Carmentia se enderezó, llevándose las manos a las caderas, y se permitió observar detenidamente a sus hermanas tras aquel gesto severo. Pese a los años que las separaban, Leonelle y Lemy habían heredado el físico de su padre y se parecían mucho entre sí, aunque Leo era una versión más dorada, con un cabello espeso y castaño y una mirada ambarina, mientras que los colores de Lemy se mostraban más oscuros y vibrantes.

Carmentia, en cambio, de complexión algo más rotunda y con una cabellera pelirroja, se parecía a su madre, y aquello hacía que los ojos del vizconde se llenasen de lágrimas algunas veces.

Enarcó una ceja caoba hacia Lemy.

—La diferencia, señorita, entre llevar un vestido arrugado y sucio, y uno limpio y adecuado para la ocasión, es abismal —respondió.

—De todas formas, me da igual —replicó la niña, con un mohín—, yo no podré asistir.

—Cuando crezcas un poco más, Lemy —intervino Leonelle con dulzura.

Lord Graves miró con cariño a la pequeña.

—Es mucho mejor no asistir. Los bailes después de la cena son terribles para la digestión, querida. Debéis tener especial cuidado con... la polca.

Pareció que incluso se estremecía de horror al pronunciar aquel nombre, y Cam no pudo evitar que se le curvaran los labios en un amago de sonrisa.

—Tendremos cuidado, abuelo.

—Además, siempre estáis preciosas.

Las tres hermanas se despidieron del vizconde con sonoros besos y abandonaron la cálida estancia.

Mientras subían las escaleras, Lemy se adelantó, seguramente en busca de Winnifred, la malhumorada spaniel de su abuelo, y Leonelle se inclinó hacia Cam.

—Nosotras tampoco deberíamos asistir. Solo han pasado cinco meses desde la muerte de papá —dijo en un susurro.

—Lo sé, Leo. —La respuesta de Cam fue un cansado suspiro—. Pero el primo Edward ha insistido mucho y ha dicho que solo será una pequeña reunión entre conocidos. Ya nos perdimos su boda.

Al llegar al descansillo, Leonelle agarró con suavidad la mano de su hermana.

—Ya sabes que no tienes por qué hacer esto, Cam... —Carmentia sabía que no se refería a la recepción de esa noche—. Podrías casarte y quedarte aquí, en Inglaterra. Eso lo solucionaría todo.

Cam devolvió el apretón a Leonelle con más fuerza.

—Ya lo hemos discutido muchas veces. Jamás os dejaría solas.

—Pero... —En la voz de Leo había tristeza.

—Iré con vosotras a la India —la interrumpió—. No hay más que decir.

El capitán Jason Warwick apenas llevaba doce horas en Londres y ya se encontraba de nuevo en un carruaje de alquiler camino a una zona bastante elegante de la ciudad. Introdujo un dedo largo y curtido entre la garganta y el rígido cuello del uniforme de gala para intentar sofocar la sensación de agobio. Sabía que la casaca roja no presentaba su mejor aspecto y que los hilos de oro que colgaban de las charreteras sobre sus hombros estaban algo

torcidos, pero no había tenido tiempo para nada más. Luego bajó la mano hasta el bolsillo interior para sentir la forma familiar del guardapelo de plata y se preguntó, con una angustia que ya le era muy conocida, dónde se hallaría Edith aquella noche. ¿También estaría pensando en él? No quería ni imaginar cómo se habría sentido su prometida durante tanto tiempo sin noticias suyas, con el erróneo convencimiento de que había sucedido lo peor.

Después del ataque, Jason había estado desaparecido varios meses, malherido y aislado del mundo. Incluso el propio lord Canning, gobernador general y primer virrey de la India, lo había dado por muerto hasta que se presentó ante él. Con toda la vorágine que sacudió su existencia, Jason no había tenido medios para hacerle llegar una carta a Edith antes de pisar Calcuta. Y, por desgracia, su partida a Inglaterra fue tan inminente que no pudo esperar la respuesta.

Una vez en tierra, había tratado de contactar de nuevo con ella, sin éxito. Tras muchas cavilaciones, concluyó que, en su premura por alcanzar la capital, él había llegado a Londres antes que las propias cartas.

Ahora que estaba en la ciudad, nada de eso importaba ya. Solo quería reunirse con Edith para sorprenderla y rodearla con sus brazos mientras anunciaba que había sobrevivido. Eso, pensó con una mueca, si no la mataba del susto. Siempre la había considerado una criatura casi etérea.

Todavía recordaba su primer encuentro en un baile de oficiales durante uno de sus viajes a Inglaterra. Cuando la vio, ella estaba medio escondida entre otras debutantes más atrevidas, como un tímido ángel. Su candor, su quietud en medio de un mundo que giraba sin parar, habían atraído la atención de Jason de inmediato. Se había acercado a ella con naturalidad, y habían bailado un vals. A partir de aquel día, su cortejo fue muy breve, puesto que él se marcharía pronto del país. Ella era tan correcta en cada una de las cosas que hacía, tan comedida, que su despedida antes de partir a Oriente fue un casto roce de sus labios. El primer y único beso que habían compartido.

Esperaba que ahora las cosas fueran distintas. Tenía tantas ganas de sentirla cerca. Su recuerdo lo había ayudado a sobrellevar aquellos largos meses de dolor.

Un dolor que persistía.

Exploró con cuidado la cicatriz que la bala le había dejado en la sien derecha. Todavía sufría terribles migrañas que, a veces, lo llevaban hasta la

inconsciencia. Aunque, por suerte, desaparecían sin más con algo de descanso. Canning lo había enviado de vuelta a Inglaterra para que se restableciera por completo y, antes de zarpar, había prometido que trataría su caso con médicos especializados, pero tenía asuntos más acuciantes de los que ocuparse.

Como dar con Edith y aproximarse a Edward Ingram antes de que abandonara Londres. Durante las oscuras noches de insomnio que lo acompañaron en la larga travesía por mar, una de sus mayores preocupaciones había sido la de no llegar a tiempo para encontrarse cara a cara con el nuevo gobernador. Quizá él tuviera la respuesta a todo el caos que se había desatado en Merala.

Había sido todo un golpe de suerte que escuchase a uno de los oficiales que desembarcó con él en Southampton hablar de la recepción que Ingram ofrecería en su residencia. Jason había realizado el trayecto hasta la gran urbe en tiempo récord, puesto que no podía permitirse desperdiciar la ocasión de presentarse por sorpresa ante él.

El carruaje frenó bruscamente, y tuvo que agarrarse al asiento. Una voz desabrida anunció con sequedad que ya habían llegado a su destino.

Jason sacó las largas piernas del vehículo y depositó unas cuantas monedas en la mano del conductor. Este apenas le dirigió una mirada hosca a través del humo de su cigarro y chasqueó las riendas con dureza para poner en marcha a los caballos en busca del próximo cliente.

La calle parecía atestada de otros carruajes de los que descendían damas ataviadas con elegancia y caballeros que sostenían bastones de brillante empuñadura, que se mezclaban con soldados de rostros curtidos y uniformes impolutos.

Se abrió paso entre la multitud hasta la modesta casa del gobernador. Una vez dentro, lo asaltaron la estridencia de las voces de los invitados, los fuertes perfumes y las notas discordantes de la orquesta, que preparaba sus instrumentos. En momentos como ese, Jason se sentía fuera de lugar en su propio país, y echaba de menos los sobrecogedores espacios abiertos de la India.

El grupo más grande de invitados se encontraba en el centro de la sala. Rodeaban a una pareja que charlaba educadamente con todo aquel que se acercaba a ellos. La menuda joven, de brillantes cabellos rojos, se encontraba de espaldas a Jason, y apoyaba su mano con delicadeza en un hombre que ya

debía de haber superado los cuarenta, a juzgar por las hebras grises de sus sienes y las pequeñas arrugas que surcaban su rostro serio y marcial. Daba la impresión de estar dispuesto a lanzar a su ejército contra el enemigo en cualquier momento, sin piedad alguna. Aquel debía de ser el gobernador Ingram. Supuso que la mujer que tenía a su lado era su joven esposa porque había escuchado rumores de una reciente boda.

Se encaminó hacia ellos con paso decidido e hizo caso omiso a posibles conocidos que le impidieran acercarse. Deseaba encontrar algo en la expresión del nuevo gobernador; una mínima señal que indicara que no era tan respetable como aparentaba su porte.

Cuando logró un hueco en el estrecho círculo de cuerpos que rodeaba a Edward Ingram, fijó con intensidad sus ojos índigo en él, hasta que el aludido interrumpió la conversación que mantenía con una mujer de cabellos azabache y lo miró a su vez.

Jason no dejó pasar la oportunidad.

—Gobernador Ingram. —Ladeó un poco la cabeza para intentar que sus ojos quedaran a la par, aunque lo aventajaba en altura con creces—. Soy el capitán Jason Warwick, del Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala.

Cuando los presentes relacionaron su nombre con el del capitán fallecido en la India, se escucharon ahogadas exclamaciones de sorpresa, y algunas damas agitaron los abanicos para recobrase de semejante impresión. Era evidente que la prensa londinense se había solazado con los detalles de su trágica historia. El gobernador, en cambio, cuadró un poco los hombros ante la brusca interrupción de Jason, pero no dio muestras de sobresalto ni de ninguna otra emoción.

—Capitán Warwick, hace poco que recibí la asombrosa noticia de su regreso de entre los muertos. No sabía que ya se encontraba en Inglaterra.

—He regresado a Londres hoy mismo, señor —respondió—. Y de una pieza, a pesar de todo.

El gobernador lo evaluó con una mirada calculadora, sin inmutarse ante la indirecta.

—Lo mejor será que venga mañana a primera hora a mi estudio para tratar el asunto con más calma.

Jason contuvo un juramento. El elemento sorpresa no había sido todo lo

efectivo que cabía esperar porque aquel hombre parecía hecho de piedra. Lo despachaba sin darle más opción que esperar hasta la mañana siguiente para hablar con él.

—Por supuesto —asintió. Dirigió una mirada de soslayo a la mujer pelirroja y decidió intentar alargar un poco más la conversación—: Permítame felicitarles a usted y a su esposa por su reciente matrimonio.

Ingram alzó unos milímetros las tupidas cejas y se volvió hacia la joven que seguía apoyada en su brazo.

—Agradezco su felicitación, pero permítame usted a mí corregirlo. Le presento a mi prima, la señorita Carmentia Ingram.

Jason se giró con desgana hacia la mujer, su atención aún puesta en el hombre que la acompañaba.

Lo primero que vio fue un escote salpicado de pecas y rodeado por una fina tela negra. Ni siquiera se había fijado en que la señorita Ingram iba de luto, pero tenía sentido, puesto que se trataba de la hija del fallecido Jonathan Ingram. Su trato con el antiguo gobernador había sido tan impersonal que Jason no se había parado a pensar en la familia que había dejado atrás. Fue alzando la vista con cierta indiferencia por el blanco cuello y omitió el resto de su rostro hasta que sus ojos chocaron con los de la mujer y lo arrancaron de su ensimismamiento. Eran enormes y estaban enmarcados por espesas pestañas, varios tonos más oscuras que el fuego de su pelo. Sin embargo, lo más impactante era su color: el derecho presentaba una hermosa tonalidad verde, mientras que el otro parecía ser de un enigmático marrón.

Jason jamás había visto unos ojos así. El tiempo quedó suspendido por un instante, y su corazón perdió el rítmico compás de su latir.

Ella parecía observarlo con la misma fascinación.

El burbujeo de unas risas lo sacó de esa especie de trance. El capitán se inclinó con elegancia y acercó los labios al dorso de su mano enguantada, sin llegar a besarla.

—Señorita Ingram.

Cualquier otro pensamiento que hubiera podido dedicarle a aquella mujer de extraña mirada se disolvió al ver aparecer a Edith entre los invitados. Su cuerpo estaba envuelto por un hermoso traje rosado, y sus cabellos, anudados en un impecable moño.

Cuando iba a dar un paso en su dirección, con el pulso acelerado, el gobernador de Merala se adelantó y, tras rodear la cintura de Edith con evidente familiaridad, se volvió hacia él.

—Ahora puede conocer a mi esposa, capitán Warwick. Edith, querida, saluda al capitán.

Cam todavía se estaba recuperando de la impresión de ser atravesada por la mirada azul del capitán Warwick, por breve que hubiera sido ese instante, cuando una escena propia de la temporada teatral en Covent Garden se desarrolló ante sus ojos. El capitán se había vuelto hacia la que era, desde hacía dos semanas, la señora de Edward Ingram. Sus anchos hombros estaban rígidos bajo la casaca de gala; las manos, convertidas en puños que mantenía pegados al cuerpo. Era un hombre muy alto, por lo que Cam tuvo que alzar la cabeza para ver su expresión, o lo que podía atisbar de su perfil. Tenía los labios apretados en una fina línea y había perdido un poco del color tostado con el que el trópico había bañado su piel.

La cara de Edith Ingram no era mucho mejor. Su rostro de muñeca estaba tan pálido que parecía a punto de desmayarse. Se había apoyado de manera inconsciente en su marido, en busca de sujeción, y no fue capaz de realizar movimiento alguno cuando el capitán se inclinó en una rígida reverencia.

—Señora Ingram.

Las palabras salieron con un sonido doloroso y ronco, como si hubieran herido la garganta del capitán al ser pronunciadas. Una afirmación incrédula más que un saludo.

Se llevó una enorme mano al pecho, donde un bultito parecía sobresalir bajo la casaca, cerca de su corazón, y Cam vio cómo los ojos azules de Edith, mucho más claros que los del capitán Warwick, se llenaban de lágrimas.

—¿Puedo preguntar cuándo tuvo lugar el feliz enlace?

—A finales del mes pasado. El veintisiete de junio, para ser exactos, capitán —respondió su primo, aunque estaba claro que la pregunta iba dirigida a Edith.

El gobernador parecía ajeno a todo aquello que no fuera elogiar a su esposa, pero Cam estaba segura de que solo fingía para tratar de evitar cualquier espectáculo. Nada se escapaba a la atención de Edward Ingram.

—He tenido la inmensa fortuna de casarme con la mujer más digna de admiración de todo el imperio británico. Con la sola excepción de Su

Majestad, la Reina Victoria, por supuesto —dijo con flema al público en general, que no les quitaba ojo—. No solo por su exquisita belleza, sino por su impecable *savoir faire*.

—No tengo ni la más mínima duda de que la señora Ingram sabe cómo comportarse en cualquier situación, por muy...extraordinaria que sea. Algo que no podría decirse de mí.

El color había vuelto a las mejillas de Jason Warwick en forma de un bermellón que prometía escaldar a todo aquel que se acercara, y una vena palpitaba en su garganta. Estaba visiblemente alterado.

—En cuanto a la belleza, me disculparé si discrepo en que se atribuya como una virtud. —Fijó sus ojos en Edith, que temblaba como una hoja—. Al contrario, una mujer hermosa y respetable puede ser la causante de la mayor de las traiciones.

A Cam le pareció que el capitán, más que hablar, retorció las palabras, como si en su interior tuviera un gran horno que ponía cada sílaba al rojo vivo hasta que estas salían disparadas en medio de un calor rabioso.

—Habla usted de la manera más amarga del bello sexo, capitán —respondió su primo sin mirarlo apenas—. Espero que no se deba a un corazón roto por una dama que dejó en la India.

—No hace falta alejarse tanto de Inglaterra para que le rompan el corazón, señor. De hecho, puede suceder en el propio Londres.

Edith se sacudió como si hubiera recibido un golpe, y Cam disimuló un resoplido. El ambiente se había enrarecido hasta tal punto que los invitados de otros corrillos se habían aproximado, ávidos de nuevos escándalos que contar a los menos afortunados que se habían perdido la fiesta —en apariencia insulsa— del gobernador.

No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que no era la primera vez que el alto capitán y la delicada dama se veían, y que su historia iba más allá de la simple amistad.

Hacía apenas un mes que Cam conocía a Edith pero, aunque era introvertida hasta el extremo, era casi de su misma edad, y habían congeniado bien. Su nueva prima solo había demostrado amabilidad hacia ella.

Ahora Edith era una Ingram, y estaba viviendo un momento de angustia por culpa de aquel desconocido que había aparecido de la nada, por muy

fascinante que resultara su presencia.

Cuando el capitán dio unos pasos hacia la compungida dama, como si tuviera la intención de sacarla de allí a rastras, Cam no se lo pensó dos veces y actuó.

—Aquí hace demasiado calor, capitán Warwick. —Tuvo que carraspear un poco para que el capitán rompiera el contacto visual con Edith y se volviera hacia ella—. ¿Sería tan amable de acompañarme a por un poco de ponche?

Sus ojos índigo brillaron de un modo peligroso, pero Cam sabía que no podía negarse a su petición directa. Se sonrojó un poco ante la adusta ceja alzada de su primo. Ella nunca se dirigiría a un hombre que acababa de conocer con tanta despreocupación. Sin embargo, el alivio que percibió en Edith compensó cualquier vergüenza.

Tomó el brazo del capitán, y se dirigieron a las mesas donde se habían dispuesto fuentes y platos para que los invitados descansaran con un pequeño refrigerio. No cruzaron ni una palabra en el camino.

Ya lo había alejado de Edith. ¿Y ahora, qué?

Cam se vio invadida por una súbita timidez y fue incapaz de alzar la vista más allá de las lustrosas botas negras del capitán. Este le puso una copa de ponche justo debajo de las narices, y sus dedos se rozaron al agarrar el cristal. Cam notó cómo se le subían de nuevo los colores.

—Beba, señorita Ingram —le dijo la voz ronca del capitán—. Parece realmente acalorada.

Aquel tono seco la irritó y le dio ánimos para levantar la cabeza y enfrentarse a él.

Fue un gesto inútil, porque aquel hombre volvía a ignorarla.

Cam siguió su mirada y vio a Edith excusándose ante los invitados, para luego precipitarse al interior de la casa.

Con un ruido seco contra la madera, Warwick dejó su propia copa, dispuesto a lanzarse tras Edith con la fuerza de un tren de vapor. O esa fue la impresión que tuvo Cam cuando se vio arrollada por su cuerpo musculoso al plantarse frente a él, en un último intento desesperado por evitar la catástrofe en ciernes. Se tambaleó bajo el peso de Warwick, y este la sujetó por los brazos para devolverle la estabilidad. La bebida que sostenía se derramó por el suelo, y el cristal tallado se hizo añicos al caer, lo que atrajo la atención de

varios sirvientes, que se acercaron presurosos a limpiar el desaguisado. Varias cabezas se giraron en su dirección.

—Disculpe mi torpeza, capitán —murmuró, bloqueándole todavía el paso, con una sumisión que distaba mucho de sentir—. Creo que he tropezado con el bajo del vestido.

Un gruñido bastante agresivo fue toda la respuesta que obtuvo.

Lo mejor era seguir fingiendo que no se había dado cuenta de la tensa situación entre el capitán y su prima política. Permanecer callada, o hablar de algún tema trivial para distraerlo. Lo contrario sería una grosería imperdonable; había ciertos límites que una dama no debía sobrepasar. Jamás.

—Es una mujer casada, como usted mismo acaba de ver.

Cam contuvo el infantil gesto de taparse la boca con las manos después de decir aquello.

El capitán Warwick realizó una profunda inspiración antes de responder, como si estuviera haciendo acopio de toda su paciencia.

—Así que no me equivocaba al pensar que era usted una metomentodo.

—¿Cómo se atreve?

Cam tuvo que exagerar un poco su indignación para esconder un pequeñísimo sentimiento de culpa.

Tampoco se le escapó el hecho de que él no negó su evidente interés por Edith. Más bien parecía resignado a verse obligado a quedarse con ella en el salón, en lugar de seguir a la rubia mujer.

—Es usted la que me ha arrastrado a este rincón para hacerme comentarios indebidos y lanzarse contra mi persona, señorita Ingram.

El capitán debía de superar por poco los treinta años, pero le hablaba con tono condescendiente y aburrido, como si fuera una niña... El mismo tono que usaba ella con sus hermanas cuando quería enfurecerlas.

Y vaya si lo había conseguido.

—Su actitud con la esposa del gobernador ha dejado muy claro que no es usted dado a subterfugios, capitán Warwick. —Se apartó otro de sus díscolos rizos de la cara e hinchó el pecho para parecer un poco más alta, aunque apenas le llegaba a la barbilla—. Deje que yo también sea muy clara con usted: siempre protejo a mi familia.

Él alzó tanto las cejas en genuina sorpresa que estas provocaron arruguitas

en su frente. Deslizó su mirada azul desde el sencillo moño pelirrojo hasta las puntas de sus escaarpines negros, y de nuevo hacia arriba. Se detuvo un momento en su escote, y a Cam se le hizo un poco más difícil seguir llenando de aire los pulmones.

—¿Y de qué protege a su familia, señorita Ingram?

—De todo aquello que pueda hacerle daño.

—Su familia es afortunada de contar con tan fiero soldado. —Se inclinó hacia ella, y su cálido aliento le rozó la oreja—. Aunque un poco pequeño para luchar.

Cam contuvo las ganas de derramar la fuente de ponche sobre aquellas facciones arrogantes.

Hacerla sentir incómoda debía de ser su venganza por apartarlo de Edith.

—Lo importante es la pericia con la que se utilizan las armas, señor.

De pronto, el capitán esbozó una sonrisa lenta y provocativa que hizo algo raro con la respiración de Cam.

Ese gesto transformaba por completo su rostro apuesto y severo.

—Sin duda, señorita Ingram, sin duda. —Bajo sus sencillas palabras subyacía una corriente más oscura que Cam no estuvo segura de comprender—. En el amor y en la guerra, todo vale.

—¿Significa eso que seguirá molestando a Edith?

El semblante del capitán volvió a tornarse serio, y apretó la mandíbula.

—Significa, señorita entrometida, que va siendo hora de que me marche.

Cam iba a replicar, pero el capitán seguía muy cerca; se fijó en una cicatriz que cruzaba su sien derecha. No parecía muy antigua, y, sin darse cuenta de lo que hacía, levantó la mano para rozarla con cuidado.

Ella conocía lo dolorosas que podían llegar a ser las cicatrices.

Apartó un espeso mechón castaño y pasó las yemas con suavidad por la piel herida.

Apenas un segundo después, fue consciente de dónde se encontraba y de lo que estaba haciendo, así que trató de retirar rápidamente la mano, con el aliento contenido. Él fue más rápido y la atrapó por la muñeca, en un férreo agarre.

¿Por qué tenía que ser tan impulsiva?

Warwick parecía bastante enfadado, y sus ojos se habían vuelto fríos.

—Cuidado, señorita Ingram, o pensaré que su comportamiento es aún más inapropiado de lo que demostró en un principio.

Cam intentó zafarse con discreción, sin llamar la atención de los demás invitados, pero Jason Warwick no tenía intención de soltarla aún. El calor de sus largos dedos parecía atravesar sus guantes y llegar casi hasta el hombro, como chispas que saltaban de un cuerpo a otro.

Solo cuando Cam dejó de resistirse y de tirar, él la soltó. Quería dejar claro quién tenía el control.

Aquello encendió aún más su genio.

—Recuerde mis palabras, capitán —dijo intentando poner todo el desprecio en su voz—. Defiendo a los míos.

El capitán Warwick se encogió de hombros, indiferente.

—Ni siquiera recuerdo su nombre, señorita Ingram. No espere que recuerde el resto de la conversación.

—Es usted un grosero y un patán.

Cam dio media vuelta con dignidad y salió a paso vivo por las puertas por las que había desaparecido Edith hacía unos minutos.

Aquello había dolido, aunque apenas conociera a ese hombre de piel dorada y mirada predatoria. Al menos, no al Jason Warwick de carne y hueso. Porque conocía su historia. Todos los periódicos de Londres se habían hecho eco del ataque de unos cipayos rebeldes a soldados ingleses en la India, y la desaparición del capitán del regimiento. Sin encontrar una razón lógica, Cam había sentido una afinidad inmediata con aquel desconocido. Tal vez se debió al hecho de que recibió la noticia del fallecimiento de su padre casi en la misma época, y había rezado para que, al menos el capitán, se encontrase a salvo. Con el tiempo, la muerte de Jason Warwick, aunque sin pruebas concluyentes, se publicó también como un hecho en *The London Gazette*, y la terrible noticia la afligió de manera profunda y personal.

Esa fue la razón por la que Carmentia se había sentido tan sorprendida y aliviada al verlo allí plantado, vivo, frente a ella.

Aunque no había sido capaz de decir ni una palabra al respecto, y mucho menos después de la escena con Edith.

Tampoco podía negar que el imponente físico de Warwick la había afectado

más de lo que debería, que los roces que habían compartido habían hecho que su interior se sacudiera de forma desconocida y nada desagradable.

Pese a que él había actuado como un maleducado.

Su breve encuentro había sido bastante incómodo, y las palabras del capitán, dichas con toda intención, habían dado en el blanco. Carmentia Ingram era insignificante para alguien como él. Alguien que tenía en mente a su prima, quién sabía con qué intenciones.

Apartó una lágrima solitaria y se recriminó con dureza el estúpido impulso de tocarlo unos minutos antes. El cambio tan drástico que había dado su vida debía de haberla trastornado más de lo que creía.

De pronto, cuadró los hombros antes de detenerse de forma brusca y dar media vuelta. Ella era la prima del gobernador. Tenía más derecho que nadie a estar en la fiesta de Edward y no iba a huir por un burdo desconocido que parecía disfrutar espantando a las mujeres.

Las Ingram estaban hechas de otra pasta.

Apareció de nuevo en el salón con una sonrisa deslumbrante.

Con un poco de suerte no tendría que volver a ver al capitán Warwick nunca más.

Jason se quitó las botas de un tirón y las arrojó a un rincón de la pequeña habitación que había alquilado. Caras conocidas y desconocidas, mujeres de sonrisa insinuante y hombres que le palmearon la espalda con aparente familiaridad, todos le habían ofrecido un techo bajo el que alojarse en Londres durante el breve tiempo que resistió quedarse en la recepción. No fue por amabilidad, no era tan crédulo; lo que querían era ser los primeros en acercarse y saber de primera mano los chismes de su azarosa experiencia. Y Jason nunca había necesitado con tanta desesperación estar solo, así que los había mandado al diablo con una rígida negativa tras otra.

Se pasó una mano por el pelo. Al hacerlo, tocó con la palma callosa la cicatriz que la pequeña pelirroja había rozado con la suavidad de una pluma.

No estaba orgulloso de su comportamiento, pero ver a Edith convertida en la esposa de otro hombre había puesto a prueba los límites de su cordura. Por un momento se había visto a sí mismo golpeando la cara del gobernador y echándose a Edith al hombro para después gritarle hasta quedarse ronco,

exigiendo saber por qué no lo había esperado.

La señorita Ingram pareció intuir el peligroso momento y lo sacó de allí con elegancia y discreción, antes de dejarlo hacer aún más el ridículo.

Carmentia.

Era un nombre espantoso. Y exótico. Como su mirada.

Y él había descargado su frustración y su ira en ella hasta hacerla llorar.

Lo sabía porque había visto sus ojos un poco enrojecidos cuando volvió de nuevo al salón con una sonrisa implacable, como el valiente soldadito que era. Había vuelto al campo de batalla tras un pequeño descanso, y aquello era algo que Jason no podía dejar de admirar.

Edith, en cambio, había desaparecido en una nube de seda.

«La señora Ingram», se corrigió. Edith... y el gobernador.

Buscaría un trago de algo fuerte. Bien sabía Dios que después de aquella noche lo necesitaba.

A la mañana siguiente, tras superar a duras penas una de las peores jaquecas de los últimos meses, el capitán Warwick se hallaba de nuevo en la casa del gobernador Ingram.

Esta vez, en un estudio espartano e impoluto, con mapas de Oriente que pendían de las paredes forradas de madera oscura.

Ingram lo observaba, impasible, detrás del sencillo escritorio mientras Jason intentaba ocultar con escaso éxito la animadversión que le provocaba el hombre que se había casado con su prometida. Con el que compartía su cama... Apretó los dientes e intentó centrarse en lo que le decía el gobernador. Tenía un fajo de papeles en la mano.

—No le haré perder su tiempo ni el mío relatándome sus peripecias hacia la libertad, capitán. —Soltó el fajo con desgana sobre la mesa—. He leído una copia del informe completo que entregó a lord Canning. Resulta... algo ambiguo.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada unos segundos.

Jason había omitido muchos detalles acerca de los meses en los que estuvo desaparecido, en la historia que transmitió al virrey en Calcuta. No había querido mentir, pero tampoco quiso dar demasiada información de manera imprudente. La propia actitud del virrey lo había vuelto precavido.

El recién nombrado conde Canning lo recibió en mayo con sincera alegría en la espectacular mansión neoclásica que era la Government House de Calcuta. Sus ojos opacos y su rostro envejecido de forma prematura, en cambio, mostraban toda la tensión y el titánico esfuerzo que había supuesto tomar las riendas de la India tras el periodo de caos provocado por la ya tristemente célebre rebelión de los cipayos en 1857, a la que siguió la disolución de la Compañía Británica de las Indias Orientales un año después. Desde que en 1600 la reina Isabel otorgara a la Compañía el control absoluto del comercio con la India, su hegemonía civil y militar en el subcontinente había sido indiscutible durante más de doscientos años. Ahora, el poder había sido transferido a la Corona, y el nuevo Raj británico se encargaría del gobierno directo de la India Británica y del gobierno indirecto de pequeños estados como Merala, que contaban con su propio regente nativo.

El ataque al destacamento del capitán Warwick y el robo del armamento que transportaban habían desembocado en un brutal atentado que había puesto patas arriba la tranquilidad del pacífico estado y había desestabilizado una vez más el recién adquirido poder de Canning.

—Los criminales usaron esas mismas armas para asesinar al marajá de Merala por su apoyo abierto a los ingleses, capitán Warwick. No hay que buscar más excusas que justifiquen ese penoso suceso —fueron las firmes palabras del virrey.

Para Jason, en cambio, el «penoso suceso» había sido el golpe de gracia que convulsionó de dolor su cuerpo y su espíritu, ya vapuleados con crueldad. No solo había perdido a todos sus hombres, sino que el armamento, que también se hallaba bajo su responsabilidad, había sido el instrumento con el que se había dado muerte a toda la familia real del marajá Moolam Pagri. Cuando consiguió sobreponerse a semejante horror, se negó a creer que los únicos culpables de un ataque tan planeado hubieran sido esos soldados renegados que vagaban como perros salvajes, despojados hasta de su alma, y así se lo hizo saber a Canning. Pero el virrey volvía a respirar tranquilo ya que, tras la cooperación de británicos e indios, los cipayos renegados habían sido detenidos y condenados a muerte.

Y la paz, aunque de forma frágil, había sido restaurada.

Asunto cerrado.

Canning no necesitaba más problemas entre los indios y los *angrez*, como

ellos llamaban a los británicos. Aún tenía que afianzar la autoridad del Raj sobre unas heridas que estaban muy recientes, y prefirió cerrar los ojos a las sospechas de Jason sobre otros implicados en la emboscada y posterior masacre en el palacio real.

Solo restaba nombrar a un sucesor al trono de Merala o anexionar el estado a la Corona por falta de herederos. Una decisión muy espinosa en ambos casos.

Que el gobernador Jonathan Ingram hubiera muerto poco después solo había sido una infeliz coincidencia más.

No hubo espacio para las protestas del capitán.

Y su sentido común le decía a Jason que el hombre frente al que se sentaba ahora tampoco aceptaría acusaciones directas.

Jason apoyó la espalda en la silla de roble, que recibió con un crujido su peso. Observó al gobernador por encima de la mesa, con un estudiado aire de desinterés.

—Sucedieron bastantes ambigüedades en aquellos días.

El gobernador no se dio por aludido.

Encendió un puro que llenó el estudio de un aroma acre y un humo bastante denso, y le ofreció otro al capitán, que declinó la invitación con la cabeza.

—El asunto que quiero tratar con usted, sin embargo, tiene un carácter más... personal para mí —continuó Ingram.

Jason se puso en guardia y se preparó para una conversación sobre Edith, tras el amargo reencuentro del día anterior. No es que lo sorprendiera. El hombre tendría que haber estado ciego para no darse cuenta de la tensión entre su mujer y el capitán, y estaba seguro de que Edward Ingram no era ningún estúpido.

—Quisiera que nos escoltara a mi esposa, a mis tres primas y a mí en el viaje hasta Baipur —dijo el gobernador—. Sus superiores lo alaban, y ha demostrado ser un hombre muy capaz. Ha sobrevivido a circunstancias muy adversas.

Jason parpadeó ante la inesperada propuesta.

—Disculpe, no sé si le he entendido bien. ¿Piensa llevar con usted a cuatro mujeres a la India en estos momentos?

—Así es, capitán. —Dio otra calada al puro—. En realidad, tres mujeres y

una niña.

Jason abandonó la fingida pose relajada y se inclinó hacia delante en su asiento.

El asunto se le estaba yendo de las manos.

—Me gustaría disuadirlo de semejante idea. —No solo la imagen de Edith apareció ante él, sino también la de la joven pelirroja cuyos ojos lo habían fascinado la noche anterior—. La India ya es de por sí un lugar salvaje e implacable para los europeos. A eso hay que sumarle que la situación en el estado de Merala todavía es muy inestable.

El gobernador lo miró en silencio, el humo que había exhalado se desplazó como una cortina entre ambos, y Jason apoyó los antebrazos en las rodillas, con los dedos entrelazados.

—¿He de recordarle Cawnpore? Decenas de seres inocentes asesinados con tanta brutalidad...

Jason había sido enviado con su regimiento a liberar a la guarnición británica de Cawnpore, que estuvo bajo asedio durante la rebelión. Lo que encontró allí, cuerpos de mujeres y niños ingleses, que fueron masacrados y desmembrados sin ninguna posibilidad de defenderse, para después ser arrojados como desperdicios a un pozo seco, aún le provocaba pesadillas. Aquel acto inhumano marcó un antes y un después en la revuelta. Muchos indios depusieron las armas, estremecidos de horror por la conducta de sus propios congéneres. Pero no fue suficiente para escapar a las represalias del ejército de Su Majestad. «¡No olvidéis Cawnpore!», el grito de guerra británico todavía resonaba en los oídos de Jason como el eco de los miles de soldados que lo usaron para luchar con saña brutal hasta la victoria definitiva. Se perdieron demasiadas vidas.

Se pasó una mano por los ojos de forma inconsciente. Estaba tan cansado de la violencia...

—¿Y yo he de recordarle su posición, capitán?

El gobernador lo trajo de vuelta al presente, y Jason tragó con esfuerzo varias palabras malsonantes. Lo intentó de nuevo.

—Inglaterra sería un lugar más adecuado para las damas. Sus primas parecen ser muy jóvenes y...

—Como tutor suyo, tengo la certeza de que su máxima seguridad y

comodidad se encuentra a mi lado —lo interrumpió, perdida ya parte de su impasibilidad—. Serán la compañía perfecta para mi esposa, y espero que allí realicen matrimonios provechosos. Dos de ellas ya no son tan jóvenes, y que yo me tome tantas molestias para proporcionarles un buen marido solo debería inspirar gratitud, ya que es de conocimiento público que sus posibilidades de casarse de forma adecuada en Inglaterra son prácticamente nulas a causa del escándalo que supuso el enlace entre lady Eleanor y mi tío.

«Bastardo egoísta». Jason tensó la mandíbula. Incluso a él le habían llegado rumores mordaces sobre lady Eleanor y Jonathan Ingram, pero el gobernador solo pensaba en su propia conveniencia. Vigilaría a las jóvenes de cerca para que no causaran dificultades y se desharía de ellas cuanto antes, como quien se sacude una mota de polvo de la chaqueta. No perdería la oportunidad de entregárselas al primer cacique rico que se presentara, y había abundancia de ellos en India. Jason conocía a demasiados hombres así, y siempre se le revolvían las entrañas en su presencia.

¿Cómo había podido Edith casarse con él? Jason le habría pedido que lo esperara en Inglaterra hasta que las cosas fueran más seguras. Habría dejado la decisión en sus manos. Dudaba que ninguna de las Ingram hubiera tenido esa oportunidad.

—Ya he hablado con sus superiores, y están de acuerdo en que viaje con nosotros. Entiendo, sin embargo, que sea usted quien tenga motivos para quedarse en Londres, capitán. Acaba de llegar, tras una larga convalecencia, y sería muy apresurado regresar a un lugar tan remoto e inestable apenas unas semanas después.

Aquello lo decidía todo. Ingram le había arrojado sus propias palabras a la cara, y Jason no era un cobarde, ni un flojo pisaverde.

—Será un honor acompañarlos, gobernador.

La parte positiva era que ahora podría vigilar de cerca a Ingram. Pensar en aquellas mujeres en la India y a su cuidado, sin embargo, hacía que se le perlara la frente de sudor.

—Me alegra que haya aceptado mi petición. Ahora, si me disculpa —dijo, levantándose y acomodándose la levita—, tengo muchos otros asuntos que atender antes de partir. —Jason también se incorporó con rapidez y, se disponía a seguirlo para retomar el tema del ataque en Baipur, cuando Ingram se detuvo en el último momento junto a la puerta. Lo atravesó con una mirada

helada—. Creo que sobra decir que no admitiré la más mínima muestra de intimidad entre mi familia y usted, Warwick. En especial, con mi esposa. Edith no tiene secretos para mí.

El capitán dejó caer los brazos a los costados y asintió con rigidez antes de verlo marchar.

«Maldita sea».

Con una escueta frase, Edward Ingram había marcado bien el lugar que le correspondía a Jason. Nada de lo que había pasado entre ellos tenía importancia, ni siquiera el hecho de que hubiera sido su prometida. Edith se había entregado al gobernador y ya no le concernía nada de su vida, no debía acercarse a ella. Había llegado dos semanas tarde.

Se dirigió a la puerta principal, pero, antes de abandonar la casa, no pudo resistir la tentación de dejar una escueta nota a nombre de la señora Ingram sobre la pila de correspondencia cuando el mayordomo no miraba. La había escrito esa misma mañana, con antelación a su visita. Sin firma, sello, ni ninguna otra marca reconocible. Solo unas cuantas letras garabateadas con prisa.

«¿Por qué?»

No tenía ningún derecho sobre el futuro de Edith, pero tenía todo el derecho a preguntar sobre el pasado que habían compartido juntos.

Había pasado más de una semana desde la fatídica recepción del primo Edward, y la casa del vizconde hervía de actividad mientras las hermanas Ingram trataban de guardar toda una vida en un par de baúles.

El descomunal desorden era bueno para Carmentia, que se encontraba en su habitación, desparramando vestidos por todos lados en lugar de meterlos en su equipaje.

Llevaba unos días muy distraída.

Apenas había cruzado un par de palabras educadas con Edith en las visitas que realizaba por las tardes a casa de Edward, y ninguna de las dos sacaba el tema del apuesto capitán que las había alterado tanto. Los ojos índigo de aquel hombre, en cambio, se colaban sin previo aviso en sus pensamientos, intensos y profundos contra la piel bronceada por el inclemente sol de la India.

También pensaba en su cicatriz. Ahora ya sabía a qué se debía puesto que, entre las muchas murmuraciones que circulaban por Londres tras su regreso, se hablaba del disparo que había recibido en la sien durante el ataque de los cipayos. Debía de haber sufrido una terrible experiencia.

Se envolvió el cuerpo con los brazos, como alejando el frío pese al calor del verano. Unos recuerdos indeseados se removían en su memoria.

Un golpe en la puerta la devolvió al presente, y dejó entrar a una Lemy con la cara llena de lágrimas. Se lanzó a los brazos de su hermana mayor en un revuelo de lazos.

—Leonelle dice que no me puedo llevar al señor Besucón.

Cam la cogió en brazos y se sentó sobre la cama, sin molestarse en retirar algunos vestidos que había colocado encima unos minutos antes.

Había una tragedia en ciernes.

—Bueno, querida, quizá el señor Besucón se sienta más cómodo en Londres. —Apartó algunos mechones oscuros de la cara de la niña—. ¿Qué te parece si esta tarde lo llevamos de nuevo a Hyde Park? Allí fue donde lo encontraste, ¿no?

Aquella estrategia no debía de estar funcionando, porque los ojos de Lemy

se volvieron alarmanamente acuosos.

—¡Pero el señor Besucón se ha vuelto un caracol casero! Seguro que se sentirá muy solo y perdido en Hyde Park —protestó con sentimiento.

Cam no podía imaginar nada más atractivo para un caracol que cientos y cientos de metros de exuberante verde, pero decidió cambiar de táctica.

—Tienes razón. Aunque... —Se detuvo un momento, como si no estuviera decidida a confesarle a la niña lo que pensaba—. En la India hace muchísimo calor, y el cuerpo del señor Besucón es demasiado blandito.

Cam intentó con todas sus fuerzas no pensar en antenas que se bamboleaban y rastros viscosos... derretidos.

Lemy frunció el ceño.

—Creo que no le sentaría bien demasiado calor.

—Exacto. Estaría mucho mejor con el abuelo.

Eso pareció animar a la pequeña.

—Sí, el abuelo también se va a quedar un poco solo —dijo, con un hilito de voz—. Se podrían hacer compañía.

—Es una excelente idea, cariño.

Cam le dio un beso en la frente y estiró el brazo para alcanzar un pañuelo que sobresalía de uno de los baúles. Cuando le hubo limpiado los restos de lágrimas, Lemy se bajó de un salto de su regazo y se puso a husmear un poco entre sus cosas hasta que algo llamó su atención. Con la rapidez que da la experiencia de vivir con un terremoto de nueve años, Cam le quitó el valioso objeto de sus manitas regordetas.

—¿Vas a llevar la cámara a la India? —preguntó Lemy, ajena al segundo de pánico.

Cam asintió mientras envolvía de nuevo con sumo cuidado la placa de cristal que había cogido la niña y la depositaba junto al resto. Todas estaban protegidas con mimo por gruesas telas para que no sufrieran ningún daño. Luego acarició con cariño una hermosa caja de caoba, sobre la que destacaba una plaquita blanca de metal que rezaba «KNIGHT Foster Lane LONDRES». La cámara fabricada por el señor George Knight era una de sus más preciadas posesiones.

—Claro que sí, habrá cientos de cosas interesantes que fotografiar —respondió al fin Cam, sonriendo.

Lemy no le devolvió la sonrisa, sino que sus ojos marrones se volvieron bastante serios.

—¿Estás segura de que es buena idea, Cam? —Ante la mirada interrogativa de su hermana, continuó—: Que vuelvas allí, quiero decir.

Cam se acercó a la niña y entrecerró los ojos, una figura un tanto amenazadora, envuelta toda de negro.

—¿Has estado espiando detrás de la puerta otra vez? ¿O te has vuelto a esconder en algún rincón?

—¡Nada de eso! —Se indignó Lemy—. Es solo que te mareas cuando ves agua. Ni siquiera puedes cruzar un puente con las cortinas del carruaje abiertas.

Aunque era una obvia exageración, su respuesta sirvió para que Cam se aplacara un poco.

Siguió mirando a Lemy con desconfianza. Que su perspicaz hermana de dieciocho años estuviera inquieta por ella era de lo más normal, pero que su hermana de tan solo nueve años también se preocupara era alarmante.

Al menos debía ser sincera consigo misma. Estaba aterrada por el viaje. Tenía la sensación de haber sido obligada a sacudir el hombro de un temible fantasma de su pasado hasta que este se había despertado para mirarla con fijeza. Sus cuencas, negras y vacías, clavadas en su rostro.

En otro rincón de la ciudad, el capitán Jason Warwick buscaba, como todas las mañanas, el amparo de un frondoso árbol situado en discreta diagonal a la casa del gobernador. Ataviado con ropa de un indefinido tono pardo en lugar de su vistoso uniforme, se apoyaba en el tronco algo inclinado y se calaba un sombrero igual de insulso hasta casi ocultar sus ojos. Mantenía el cuerpo inmóvil. Su mente, en cambio, bullía sin descanso en torno a las desagradables sorpresas que le había deparado Inglaterra. No se hallaba más cerca ahora que la noche de la recepción de dar con alguna actividad o movimiento sospechoso de Ingram, pero se decía a sí mismo que no perdía nada por volver a intentarlo una vez más. No tenía nada que ver con la tensión que invadía su cuerpo cada vez que veía el destello de una cabellera rubia a través de las ventanas, o la expectación que había sentido en los primeros días al imaginar una contestación a su nota cuando algún sirviente abandonaba la residencia. Al

cuarto día, dejó de esperar una respuesta de Edith con el pecho comprimido de rabia. Parecía no tener nada que decirle.

No había intentado detenerla en ninguno de sus paseos, ni había tratado de visitarla cuando Ingram no estaba, y eso sorprendía hasta al propio Jason. No sabía si era por respeto a la sucinta palabra que le había dado al gobernador de mantenerse apartado de ella, o porque todavía le resultaba demasiado difícil enfrentarse a la realidad de que su prometida ya no era tal. Recordar la cara de pánico de Edith al verlo tras su supuesta muerte en India, como si quisiera que volviera a desaparecer de su vida, tampoco hacía nada por animarlo a aproximarse.

Masculló entre dientes y apretó las palmas de las manos contra la áspera corteza que se le clavaba en la espalda, deseando que llegara la tarde.

Se había convertido, sin planearlo, en un espectador asiduo de las visitas a la casa de la señorita Carmentia Ingram. Caminaba con paso seguro y mirada atenta sobre sus hermanas, como una gallina a cargo de sus polluelos, y los labios de Jason siempre se curvaban hacia arriba de forma inevitable al observarla. No sabía el porqué, pero la sola presencia de la señorita Ingram lo hacía sonreír, y ese era un gesto que creía olvidado desde hacía muchos meses.

El reloj pareció confabularse con el tiempo para que las horas se convirtieran en minutos, y una calurosa mañana de agosto llegó el momento de partir. El vizconde Graves trató de mantenerse fuerte por sus nietas, pero las lágrimas que derramaron todos parecían la suma del ancho océano que separaba a Inglaterra de la India. No las acompañó en el carruaje hasta los muelles del Támesis, donde empezaría su viaje. Prefirió quedarse en su solitaria casa y fingir que pronto sus nietas volverían de alguno de sus habituales paseos.

Embarcaron en el vapor Valiant, que las llevaría desde las costas inglesas hasta la lejana Alejandría. El día había amanecido sin una nube, pero Carmentia prefirió permanecer en el camarote que compartía con Leo y Lemy. Era un cuartito con los muebles básicos para las tres: una mesilla, las literas, un espejo y una pequeña ventana que apenas proporcionaba algo de ventilación. Pero, hasta que pudiera controlar el nerviosismo de zarpar, ella se sentía más segura allí que en cubierta.

Al cabo de unos días, tras rodear el golfo de Vizcaya y ver que no se sentía tan indispuesta pese al ligero cabeceo del barco, decidió subir y contagiarse del entusiasmo de sus hermanas por el ancho mar.

Iba ataviada con un sencillo vestido de muaré de seda negra que describía pequeñas ondas que cambiaban con la luz, abotonado hasta el cuello. Le había costado un poco ponérselo, ya que Edward había decidido prescindir del derroche de contratar a una doncella para sus primas durante el viaje. Sumido en su lógica masculina, y con palabras textuales, había dictaminado que las tres eran «perfectamente capaces de ayudarse a acicalarse sin demasiados histrionismos». Edith, por supuesto, había embarcado acompañada de su doncella personal.

Cam resopló al recordarlo, y tuvo que luchar un poco con sus faldas ahuecadas y la estrecha escalera de mano que conducía a la superficie pero, al fin, logró salir.

El enérgico viento de proa casi le arranca el sombrero adornado con cintas grises, y se apresuró hacia el toldillo bajo el que parecían refugiarse del sol algunas damas del barco, cerca de la barandilla de estribor. Leonelle le había contado que la mayoría de aquellas mujeres eran esposas e hijas de oficiales, con la excepción de algunas familias de mercaderes que también se dirigían a la India.

Su hermana parecía estar dando una de sus clases magistrales a una audiencia entregada. A Cam no le había sorprendido que la mayoría de los baúles de Leo contuvieran libros.

—Verá, señora Foster —le decía en ese momento a una mujer de nariz prominente y maneras estiradas—, en la India, un marajá es el soberano de un estado que practica la religión hindú, mientras que un nabab también equivale al gobernante de un estado, cuyas creencias son musulmanas. —Ante el asentimiento de las mujeres, Leo continuó, animada—: Una de las prácticas hindúes más terribles era el *satí*, un ritual en el que una mujer debía inmolarsse en la pira funeraria del marido. ¿Pueden imaginarse lo que ocurría cuando fallecía un marajá? Por si no lo saben, a ellos les está permitido tener varias esposas. Por suerte, lord Bentinck, que fue gobernador general en la India hasta 1835, abolió ese acto tan aborrecible.

—¡Cielo santo! Hay tantas costumbres bárbaras en Oriente —contestó la supuesta señora Foster, escandalizada y con la picuda nariz en alto—. Nunca

llegaré a acostumbrarme. Habría que cristianizarlos a todos. Y usted no debería interesarse por tales conocimientos, querida.

—No digas estupideces, Hortense —la amonestó otra dama, entrada en carnes y con más canas que cabellos rubios.

—¡Señora Campbell! —Se indignó la aludida—. Su comentario me resulta muy desagradable, más aún cuando mi única intención es enseñar a las jóvenes damas que nos acompañan que hay ciertos temas que se consideran de mal gusto.

—Mantenernos en la ignorancia me resulta mucho más insultante, querida —respondió la formidable mujer. Se volvió hacia Leo con una sonrisa un tanto arrugada—. No se preocupe por absurdos convencionalismos, jovencita. Llevo más de dos décadas viviendo en la India con mi marido. El Señor no nos quiso bendecir con hijos, pero sí con varias sobrinas a las que cuidar, y le aseguro que es mucho más importante estar preparada para cualquier circunstancia, que someterse al dichoso decoro.

Leonelle le devolvió una sonrisa educada, pero el brillo del sol que se reflejaba en el cristal de las gafas impidió ver la expresión de sus ojos.

Cam suspiró. Para bien o para mal, Leo era una persona extraordinaria que no siempre encajaba entre sus iguales, y le agradecía mucho a la señora Campbell el haber acudido en su ayuda. Iba a acercarse a su hermana para apoyarla también contra la censura de aquellas mujeres, su mirada más feroz clavada en la señora Foster, cuando chocó contra algo sólido. Una mano ancha y firme la sujetó del brazo para estabilizarla.

—Parece que tantos días en el camarote han menguado sus reflejos, señorita Ingram —dijo una voz ronca por encima de su cabeza.

Cam alzó la vista y se encontró con la mirada del capitán Warwick, cuyos iris parecían reflejar el azul del mar.

Él había sido otra de las razones para no salir a cubierta. Aquel hombre la confundía y la hacía sentir vulnerable. Al verlo tras embarcar en el Valiant, Cam pensó que se trataba de una broma de mal gusto. Cuando no desembarcó, ni se tiró por la borda, se hizo evidente que su compañía era inevitable. Su primo, que no había considerado oportuno decírselo hasta entonces, confirmó sus temores cuando la informó de que el capitán Warwick los escoltaría hasta la India.

—Y usted parece muy al tanto de mi ausencia, capitán —replicó, molesta.

—*Touché*, señorita Ingram. —Todavía no la había soltado, y uno de sus largos dedos rozó la piel entre el vestido y el guante. Él, en cambio, tenía las manos descubiertas—. Me alegra ver que se encuentra mejor.

Cam sintió el mismo aleteo en el estómago que cuando se vieron por primera vez. Tuvo que resistir el impulso de bajarse aún más el guante para sentir el contacto de su palma, grande y cálida, cuando hacía unos segundos lo único que quería había sido salir corriendo.

Se sintió muy confundida.

Parecía como si el capitán hubiese leído sus pensamientos, porque, cuando retiró la mano de su brazo, lo hizo con una lenta caricia que arrastró un poco de la tela hacia abajo y la hizo estremecer.

—Estaba algo indispuesta. Gracias por su preocupación —consiguió decir. Warwick aceptó la explicación con un leve asentimiento.

—Creo que la he interrumpido. —La miró, ajeno a la piel de gallina de Cam, para después echar un rápido vistazo a Leonelle con una chispa de diversión en los ojos—. ¿Acudía de nuevo en auxilio de una dama?

La alusión al primer encuentro que tuvieron la pilló desprevenida y con la guardia baja.

—No. Quiero decir, sí. —Cam se encrespó—. En efecto, me ha interrumpido, capitán.

—Nada más lejos de mi intención, señorita Ingram —dijo, en tono conciliador—. Permítame decirle, además, que los conocimientos de su hermana sobre la India son excepcionales.

Cam parpadeó ante esas palabras inesperadas. Parte de la tensión que la sacudía en su presencia se evaporó por el cumplido a Leo.

—Los conocimientos de Leonelle sobre cualquier tema son envidiables —respondió, ablandada. De todas formas, lo más seguro sería proseguir su camino—. Si no se le ofrece nada más, capitán...

Warwick la retuvo con un gesto de la mano cuando iba a echarse a andar.

—En realidad, sí. Esperaba encontrarme antes con usted para pedirle disculpas por mi deplorable comportamiento la noche en que nos conocimos. En casa de su primo —aclaró, como si ella hubiese podido olvidarlo.

Hacía casi un mes de aquel desastroso encontronazo, pero que el capitán también lo recordara y se disculpara por ello hizo que una absurda burbujita

de felicidad cosquillease en su pecho.

Él no había dejado de rondar sus pensamientos desde entonces.

Sintió el inexplicable impulso de provocarlo un poco.

—Me han sugerido que empiece a acostumbrarme a militares rudos en la India.

El capitán Warwick, lejos de ofenderse, sonrió, y un diminuto hoyuelo apareció en su mejilla izquierda.

Era delicioso.

Cam trató de recordarse severamente por qué debía estar tan molesta con aquel hombre.

—Soy un rudo militar con suerte por recibir su perdón.

Ante un comentario tan descarado, ella no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y reír con ganas por primera vez desde que subió al vapor. El movimiento hizo que una de las cintas de seda del sombrero se alzara y se pegara a su mejilla espolvoreada de pecas. La apartó con cuidado y miró al capitán, que le devolvió la mirada con intensidad.

—Sin duda, también es muy osado. Todavía no he decidido si debo perdonarlo —le contestó, risueña.

Warwick acercó la mano, como si pretendiera acariciar el lugar que había rozado la cinta, pero luego levantó el codo y se apoyó en la barandilla de madera. Su alta figura se recortaba contra la espuma y el cielo, y las corrientes de aire revolviéron sus cabellos castaños como dedos traviesos.

—Tendré que encontrar la forma de ganarme su indulgencia. —Lo dijo muy serio, y el corazón de Cam latió más deprisa. La burbuja se hizo un poco más grande, en contra de su voluntad.

—Mañana nos detendremos en Gibraltar antes de reanudar la travesía — comentó él—. Será un honor para mí acompañarlas a usted y al resto de las damas que deseen salir del barco en una pequeña excursión.

Cam, que aún no había soltado la cinta, enrolló dos dedos en ella con nerviosismo al pensar en serio en su propuesta.

Su ofrecimiento no era solo una manera de redimirse ante ella, sino que partía de su sentido del deber, de la obligación que había contraído con Edward de vigilar a todas las Ingram, Edith incluida. Sin embargo... Cam calculó las largas semanas de viaje que quedaban por delante en un espacio

tan reducido. La idea de desembarcar, aunque fuera por unas horas, resultaba muy atractiva, y sus hermanas lo pasarían en grande.

Además, visto en perspectiva, era posible que en su primer encuentro ninguno de los dos actuara de la forma más acertada. La parte sensata de Cam pensó que quizá sería mejor dar otra oportunidad al capitán para llegar en buenos términos a su destino, en lugar de tratar de evitar a un hombre semejante. Ignorarlo parecía una tarea agotadora. La parte que se estremecía de emoción ante su proximidad se calló de forma prudencial para regocijarse en silencio por su decisión.

—Estaremos encantadas de disfrutar de su compañía, capitán —aceptó, antes de poder pensarlo dos veces.

Él solo asintió con la cabeza, y permanecieron en silencio un momento. Las olas rompían contra el casco con una minuciosa cadencia.

—No es usted como yo creía —soltó Cam de repente.

—Ah, ¿no? ¿Y qué pensaba de mí, señorita Ingram?

Había un ligero desafío en su voz.

—Leí la prensa... —empezó, algo titubeante—. Supongo que imaginé a un hombre de más edad y tremendamente afectado por las experiencias vividas.

Warwick apretó la mandíbula.

—Creo que no tiene ni idea de cómo me hacen sentir esas «experiencias vividas», como usted las llama, señorita Ingram.

El comienzo de la tregua no iba demasiado bien.

—Me ha interpretado mal. Lo que quería decir es que admiro muchísimo su entereza.

El capitán cruzó los brazos sobre el pecho. Un gesto severo antes de responder.

—La India no es un lugar para débiles, y haría bien en recordarlo. No se parece en nada a cualquier lugar que haya visto en Europa, por remoto que sea. Aunque me he ofrecido a prestarle mis servicios durante el viaje, tenga en cuenta que no siempre podré ir tras sus faldas para cuidar de usted.

Antes de que pudiera dar una réplica airada, una aguda voz infantil los interrumpió:

—Pero si Cam ya ha estado en la India.

Warwick miró a Lemy y, acto seguido, volvió a posar sus ojos inquisitivos

en ella.

Era evidente que aquello había despertado su curiosidad, y Carmentia vio cómo abría la boca con intención de interrogarla.

Fue más rápida que él.

—Eso sucedió cuando yo era todavía más joven que Lemy y pronto regresé a Inglaterra. —Descartó el tema con un ademán vago de la mano y se volvió hacia su hermana y la persona que la acompañaba para evitar que el capitán pronunciara una sola palabra—. Hola, Edith. ¿Cómo te encuentras? —Su voz salió más aguda de lo que pretendía.

Si hubiera mirado a Warwick, habría visto su frente marcada por un profundo ceño al contemplarla.

—Me encuentro muy bien, gracias —respondió Edith con voz casi inaudible. Era evidente que temía volverse hacia el hombre corpulento que tenía al lado—. El sol es algo fuerte, así que iré a sentarme con el resto de las damas.

Carmentia vio cómo inclinaba la rubia cabeza. Su prima apenas había dado un paso cuando Warwick la sostuvo del brazo con su característica rapidez.

—Permítame que la acompañe —se ofreció. Antes de irse, se inclinó hacia Lemy y hacia Cam en una elegante reverencia—. Nos veremos aquí mañana a la misma hora, si le parece bien, señorita Ingram.

Lo había expresado como una petición, pero sonaba más bien a una orden.

Cam asintió sin pensar apenas. Tenía la mirada clavada en el rostro arrebolado de Edith.

—¿Por qué os veréis aquí mañana, Cam? —se interesó Lemy—. ¿Vais a tener una cita clandestina?

—¡Lemy! —boqueó ella, al girarse hacia la pequeña—. Será mejor que me expliques dónde has aprendido esa palabra. Y no, no es una cita clandestina cuando el punto de encuentro es la cubierta de un barco a plena luz del día, acompañada de mis hermanas.

—¡Oh! —exclamó Lemy con deleite, sin hacer el más mínimo caso a su enfado—. Leo y yo también acudiremos a la cita no clandestina. ¡No puedo esperar a decírselo!

Y echó a correr hacia Leonelle, haciendo sonar los tablones de madera, antes de que Cam pudiera detenerla.

—¡Espera, Lemy! Será mejor que no vayamos...

Pero ya era tarde para arrepentirse, ¿verdad? Había movido la cabeza casi como una autómatas para aceptar la invitación, y luego había visto cómo se alejaban Edith y Warwick, cogidos del brazo. Formaban una pareja hermosa y perfecta, y la burbuja de felicidad que se había formado en su pecho había estallado con un doloroso sonido.

Tenía que dejar de sentir esa absurda atracción por el capitán de inmediato, o aquel sería un camino lleno de espinas.

No debería olvidar que, por inadecuado que fuera, los afectos de Jason Warwick parecían ser para la esposa de su primo.

Jason dejó a Edith en medio del colorido despliegue de tules, muselinas y volantes que formaban las demás mujeres del barco, hasta donde la había escoltado. «La fuerza de la costumbre», pensó con ironía. En adelante debería encargarse de ello su marido. Para frustración de Jason, el gobernador apenas había abandonado el cuarto adyacente a su camarote, que hacía las veces despacho. Había dado órdenes de que nadie lo molestara, ya que se hallaba inmerso bajo una montaña de papeleo.

Con Edith tampoco había sido posible hablar. Se había mostrado incluso más evasiva que Ingram desde que embarcaron. Quizá se debiera a la nota que dejó en su casa, a la que nunca contestó.

Los días transcurridos desde la recepción habían aplacado en parte su furia, y ahora trataba de enfocar el asunto con objetividad. Valorar con la cabeza fría qué opciones había tenido la dulce Edith cuando él había sido dado por muerto. Pero aquello no lo hacía sentirse magnánimo ni disminuía su resentimiento.

No quería pararse a pensar por qué parecía más herido su orgullo que su corazón.

Ni por qué sencillamente se olvidaba de todo cuando se asomaba al crisol de colores en la mirada de la señorita Ingram.

Ella tenía sus propios secretos. De no ser por su hermana pequeña, Jason no se habría enterado de que Carmentia había estado en la India.

Aquello había atraído aún más su atención sobre ella, pero no estaba seguro de querer verse envuelto en más dramas ni enigmas. Él ya tenía

bastantes para toda una vida.

Y, sin embargo, aunque su intención solo había sido disculparse por su grosería en la recepción, no había podido evitar prestarse a pasar tiempo a su lado una vez más.

Cam tuvo sueños intranquilos toda la noche. Deseó retractarse del compromiso que había acordado con Warwick, pero, cuando les explicó a sus hermanas de qué se trataba, se habían mostrado tan emocionadas ante la perspectiva de conocer Gibraltar, que no había tenido corazón para decepcionarlas.

Se vistió con el consabido negro, ojerosa y desganada. Apenas picoteó algo del desayuno y salió a cubierta arrastrando los pies, como un condenado que fuera a pasar por la tabla.

«¿En qué momento de enajenación, si puede saberse, te pareció buena idea relacionarte con él?».

Era culpable de todos los cargos.

Suspiró e hizo pantalla con la mano para protegerse del sol hasta localizar a Leo y a Lemy. Había pequeños grupos desperdigados que charlaban con entusiasmo a la espera de desembarcar. Por fin las vio, no muy lejos de la barandilla donde tuvo lugar la conversación del día anterior. La pequeña hacía aspavientos con las manos para llamar su atención.

Warwick ya estaba con ellas.

—¡Vamos, Cam! —la llamó Lemy—. Ya estamos muy cerca del puerto.

Cam apresuró el paso hasta llegar a ellos.

—Buenos días. Lamento el retraso —se disculpó, mirando con disimulo al capitán.

Él la pilló *in fraganti* y enarcó una ceja.

—Buenos días, señorita Ingram. Ha llegado justo a tiempo para tener la mejor vista de la colosal roca a la que nos dirigimos.

—Sí, Cam —corroboró Leo—. El paisaje es espectacular, y la historia de Gibraltar resulta de lo más interesante.

—Si tú lo dices —murmuró entre dientes. Trataba de disimular el sofoco que le había ocasionado el gesto arrogante del capitán.

Se colocó un rizo detrás de la oreja con aire digno y se volvió hacia la barandilla. Cuando alzó la cabeza, no pudo más que estar de acuerdo con su

hermana al contemplar lo que tenía enfrente.

El Peñón, una gigantesca mole de más de cuatrocientos metros de altura, imponía su presencia sobre el Mediterráneo con una bravura sobrecogedora. Parches de un verde profundo arropaban la piedra desde las grietas calizas, y el castillo morisco, lejano recuerdo ya de la dominación árabe, se elevaba sobre el puerto, a la espera de nuevos barcos que recalasen en sus dominios.

A Cam le pareció que la luz en aquella parte del mundo tenía un brillo especial, que fluctuaba entre las olas como un camino que los atraía irremediabilmente a su destino.

Cuando la pasarela estuvo lista para descender, Warwick les hizo un gesto con la mano.

—Señoritas. Las damas primero.

El capitán las condujo con eficacia entre el tumulto de viajeros, mercaderes, marineros y todo tipo de personajes que pululaban por los muelles hasta alcanzar Main Street.

La calle principal de Gibraltar era una amalgama de culturas, lenguas extranjeras y atuendos brillantes que dejó con la boca abierta a las Ingram. Árabes, judíos o europeos, gentes de cualquier procedencia que pudieran imaginar, se reunían bajo toldos amarillos y blancos para protegerse del sol, mientras la catedral de Santa María la Coronada tañía sus campanas al fondo de la estrecha vía.

Ni las calamitosas plagas ni los asedios prolongados a los que se habían visto sometidos habían conseguido menguar la capacidad de sus habitantes de seguir hacia delante en su propósito de convertir Gibraltar en un próspero enclave comercial.

Leo observaba todo con ojos impacientes por aprender, y Lemy estaba encandilada por el bullicio en general.

Pasaron delante de varios puestos de naranjas y calzado, hasta que se cruzaron con un mendigo desaseado y con semblante triste que pedía en una esquina, no muy lejos de la catedral. Los transeúntes lo rodeaban sin dedicarle una sola mirada, y las mujeres incluso se recogían las faldas para evitar cualquier contacto indeseado.

—Esperen un momento, por favor —dijo de pronto Warwick.

Las hermanas se detuvieron, y el capitán sacó unas cuantas monedas para

tendérselas al hombre, que se lo agradeció con devoción. El gesto amable caló hondo en Cam, y no pudo evitar elogiarlo.

—Eso ha sido muy gentil por su parte.

Jason negó con la cabeza para rechazar el cumplido.

—Por desgracia, es una diminuta gota en el océano de inadaptados que existen por todo el mundo, señorita Ingram.

—¿A qué se refiere, capitán? —intervino Leo, que también había estado atenta al intercambio.

—Me refiero, por ejemplo, a los *dalits* —respondió, servicial—, los intocables que viven fuera del sistema de castas en la India. Esos a los que ningún otro hindú quiere acercarse. Cuando lleguen a Calcuta, lo comprenderán. He pasado por aldeas en las que sus habitantes incluso evitan su sombra para no contaminarse.

—¡Oooh! ¿Como cuando el abuelo nos dijo que nos apartáramos del anciano lord Weston, por si nos contagiaba las manchitas que tenía en la piel?

La pequeña de las Ingram no consentiría permanecer fuera de la conversación.

—Sí, Lemy, pero eso es distinto. Recuerda que le dijimos al abuelo que él tenía las mismas manchas, o más, y que no era contagioso, sino a causa de la edad —apostilló Leo.

Warwick miró a sus hermanas de hito en hito, atónito ante el giro que había tomado su diálogo, y Cam pensó que había valido la pena aceptar la invitación por ver esa expresión en su adusto rostro.

No pudo ocultar una sonrisa tras la mano cubierta de encaje negro.

—Tiene que disculparnos, capitán Warwick; pese a la insistencia de nuestra madre por hacer de nosotras unas señoritas, recibimos una educación bastante heterodoxa al crecer con el vizconde Graves —se justificó.

—Resulta de lo más interesante —la contradijo, mostrándole su hoyuelo—. Pueden hablar de cualquier tema que deseen y con toda la naturalidad que deseen en mi presencia.

Aquella afirmación era tan contraria a los tabúes y convencionalismos de la hastiada alta sociedad, que Carmentia tardó un momento en digerirla y apreciar todo su valor.

—Lo que nos ha contado también ha sido fascinante, capitán Warwick —

dijo Leonelle, antes de que Cam pudiera replicar—. Quizá podríamos vernos más días en cubierta para que nos pueda explicar otras cosas apasionantes sobre la India.

A Cam se le demudó el semblante. Una cosa era dar un pequeño paseo por tierra, y otra muy distinta ver al apuesto Jason Warwick con regularidad, su enorme silueta a pocos pasos de ella. Debía evitarlo a toda costa.

—No creo que al capitán... —empezó a decir.

—Será un placer —se adelantó él.

Lemy y Leo dieron palmaditas entusiastas mientras Cam intentaba protestar con los puños apretados.

—Pero... creo que es mejor no...

—¿Qué les gustaría saber? —Siguió interrumpiéndola.

Leo y Lemy juntaron sus cabezas después de la pregunta de Warwick y empezaron a cuchichear. Los tres la estaban ignorando con absoluto descaro. Iba a utilizar su voz más estricta cuando Lemy alzó la cabeza y exclamó:

—¡Capitán, por favor, tiene que hablarnos del curry!

Lo dijo con tal intensidad, con tanta emoción en su carita, que Cam optó por callarse de nuevo. Ya discutirían ese tema más adelante, y ella saldría ganando.

Dio media vuelta para zanjar el asunto y continuar con el agradable paseo. Unos metros más adelante, se sobresaltó al escuchar el ruido que hacían dos macacos de pelaje amarillento peleándose por un pedazo de fruta tirada en el suelo. Ya le habían advertido acerca de aquellos animales avispados que campaban a sus anchas por todo el peñón.

Estaban tan cerca que se asustó y se hizo a un lado, con tan mala suerte que su pie acabó en un hoyo poco profundo. Lanzó una pequeña exclamación cuando se le dobló el tobillo, pero Warwick le rodeó la cintura y la apretó contra él.

El pulso de Cam se aceleró al instante, podía sentirlo latir atropellado en la base del cuello, la cabeza apoyada contra el ancho hombro del capitán.

—Cuidado, señorita Ingram —susurró en su oído—. Un soldado que se precie no debe espantarse así ante el enemigo.

Lo dijo con cierta ternura, y Cam levantó la mejilla acalorada de la casaca militar para mirarlo a los ojos. Ninguno parecía tener prisa por soltarse.

Leo emitió una tosecilla, y Cam se apartó de Warwick con una rapidez que habría resultado graciosa de no ser por la energía poderosa y desnuda que todavía los rodeó tras ese abrazo fortuito.

Emprendieron el camino de regreso al Valiant poco después, para evitar las tórridas horas de calor que arrasarían con la delicada piel de las damas.

Leo y Lemy interrogaron a Warwick sin descanso, y Cam escuchó con avidez las historias sobre sus inicios como soldado raso para la Compañía de las Indias Orientales, y la humildad con la que explicaba su fulgurante ascenso y las campañas en las que había participado. También fue muy consciente del aire de camaradería que había surgido entre sus hermanas y el capitán, y en el que ella no se atrevía a entrar del todo por miedo a las emociones encontradas que la habían asaltado en las últimas horas que había pasado a su lado. Frustración, admiración, excitación con una pizca de vergüenza. Parecía que no se había dejado ninguna en el espectro.

Cuando estaban cerca de la nave, se fijó en una mujer envuelta en un precioso traje de muselina amarilla de talle alto, asomada a la barandilla de recia madera. Edith estaba radiante, como un exquisito rayo de sol, y Cam no pudo evitar verse algo insulsa y oscura en sus ropas de luto.

Desechó la imagen con una sacudida de cabeza mientras subía de nuevo la pasarela.

Su prima había declinado la invitación para explorar Gibraltar tras dirigirle una extraña mirada a Cam, y ahora parecía disfrutar un poco de la brisa marina y las vistas desde cubierta, como si los hubiera estado esperando. Sostenía algo entre las manos, que echó a volar cuando una ráfaga más fuerte sopló en su dirección.

Cam pudo coger a tiempo el papelito, que revoloteaba tras ella, y su mirada se detuvo sin querer en unas cuantas manchas de tinta que formaban palabras con trazo femenino:

«Lo lamento, capitán Warwick. Lo mejor será que nos comportemos como simples conocidos. Le ruego que no vuelva a escribirme.»

Dobló la nota con cuidado, de espaldas al grupo, y fingió una tranquilidad que no sentía en absoluto. Se la entregó a Edith con una sonrisa deslumbrante

que hizo que le doliera la mandíbula. Apenas prestó atención a la turbación en su cara.

—Edith, te has perdido un paseo muy agradable.

Ella cogió la nota con la mano un tanto temblorosa y se la acercó al pecho.

—Gracias. No es... No... —No parecía saber qué decir—. Me alegro de que os hayáis divertido con la excursión.

Lemy empezó a parlotear, y Cam aprovechó el momento para retirarse. Necesitaba unos minutos de soledad.

Luego recordó algo, y se volvió hacia el hombre que había hecho ese paseo mucho más que agradable.

—Respecto a la petición de mis hermanas de reunirse con usted, me temo que no va a ser posible, capitán. No me parece correcto. Que tenga un buen día.

Si Warwick notó su cambio de actitud, no lo demostró, pero Cam pudo sentir cómo la seguía con la mirada hasta que bajó las escaleras hacia su camarote.

Una vez dentro, se sentó en la cama y se quedó mirando la pared durante lo que le parecieron horas. Se sentía como una tonta. Mientras el capitán la deslumbraba abiertamente con sus palabras y sus actos desinteresados, en la intimidad seguía tratando de acercarse a Edith. La nota lo dejaba bien claro, y eso la afectaba mucho más de lo que se esperaba, atacándola con agudos pinchazos en el corazón. Se estaba adentrando en un terreno pantanoso que tenía que dejar de pisar de inmediato.

Al esforzarse por marcar una distancia entre Warwick y ella y bloquear los sentimientos que removía en su interior, añadió una emoción distinta a todas las que la habían dominado antes en su presencia. La tristeza.

El tintineo de las copas de champán se mezclaba con las voces algo achispadas de los comensales en un rumor sordo al que Cam era completamente ajena. Acababan de dejar atrás Nápoles, y el vapor seguía su rumbo a las costas de África.

Su cabeza, contra toda cautela, volvía una y otra vez al capitán Warwick. Había descartado la idea de entablar una relación más profunda con él después de su excursión en Gibraltar y la posterior nota de Edith porque se trataba de lo más seguro para sus sentimientos. Pero fingir indiferencia resultaba incluso más difícil de lo que había supuesto.

Era consciente del momento preciso en el que él pisaba cualquier estancia en la que ella se encontraba, lo que ocurría casi siempre, de forma inexorable.

De hecho, era consciente de su presencia en ese mismo instante, sentado unas sillas más allá, en el concurrido comedor. Hablaba con otros oficiales con semblante serio; sus ademanes resultaban demasiado viriles y envolventes. Tenía que admitir que le encantaban sus manos.

Warwick tampoco parecía tener especial interés en acercarse, y Cam quería darse de golpes cada vez que su corazón traicionero palpitaba más deprisa cuando lo veía aparecer.

Exhaló un suspiro resignado.

—¿Me estás escuchando, Carmentia?

La voz del gobernador la sacó de su abstracción con un sobresalto. Aquella era una de las raras ocasiones en las que había decidido salir de su encierro marítimo autoimpuesto.

—Disculpa, Edward.

Él la miró, malhumorado, por encima de la mesa en la que todavía quedaban restos de la cena

—Estaba diciendo que, pese a la triste y temprana muerte de vuestro padre, confío en que lleguéis a Baipur mostrando una conducta dispuesta y agradable.

Era muy normal por parte de su primo aleccionarlas para que se comportaran de manera adecuada y no causaran ni el más mínimo problema.

Aquellos requisitos habían sido decisivos para su matrimonio con Edith. Jamás habría tomado por esposa a otro tipo de mujer.

La actitud reacia y algo distante de Cam debía de estar sacándolo de quicio.

—Por supuesto, primo —respondió, con ánimo de calmar las cosas.

—Sé que el tío Jonathan estaría muy orgulloso de sus hijas.

Ninguna de las hermanas Ingram respondió al comentario. En realidad, pensó Cam con una honda punzada de pesar, era muy difícil para ellas saber qué habría pensado su padre. Leo y Cam apenas lo habían visto desde que se separaron cuando eran unas niñas, y Lemy ni siquiera había llegado a conocerlo, excepto a través de misivas cortas e insustanciales que se caracterizaban por su escasez. Desde la muerte de su esposa, las cartas de Jonathan Ingram se habían reducido todavía más, si eso era posible.

Miró los rostros afligidos de sus hermanas y trató de pensar en un tema más agradable que aligerase el ambiente.

Edith decidió intervenir por ella.

—Creo que la orquesta está a punto de empezar a tocar en el salón.

—Un baile. Excelente idea, querida —aprobó el gobernador.

—¿Tú no vienes, Cam? —preguntó Lemy.

—No. Y tú tampoco, señorita. —Era la excusa perfecta para marcharse del comedor. Empezó a correr la silla para levantarse—. Será mejor que volvamos al camarote, es tarde.

—Yo también iré con vosotras —dijo Leo—. Me duele un poco la cabeza, y pensaba retirarme ya.

Aquella estampida enojó a Edward.

—Veo que estáis empeñadas en desatender mi deseo expreso de que os mostréis más entusiasmadas por el viaje. Por no hablar de que privaréis de vuestra compañía a la señora Ingram esta noche.

Cam intercambió una mirada con Leonelle. Sabía que su hermana prefería no pasar mucho tiempo en compañía de su primo. Lo hacía culpable del malestar de Cam, y no iba muy desencaminada. De no ser por él, no se hallaría ahora en un barco con destino a Oriente y pendiente de todos los movimientos de cierto capitán de fusileros. No, no podía decirse que desbordara entusiasmo.

Pero no le quedaba más remedio que sacrificarse por Leo.

—Tienes razón —respondió—. Aunque Lemy necesita acostarse, y Leo se encuentra indispueta. Yo me quedaré con Edith.

Su primo asintió con un gesto seco.

Cuando estuvieron los tres solos, Edward volvió a dirigirse a Cam.

—Espero que reflexiones sobre lo que he dicho, Carmentia. Hace catorce años que dejaste la India. Me preocupa que tus temores de la infancia puedan influenciar de forma negativa a tus hermanas.

Cam se quedó rígida y apretó la servilleta de hilo que tenía en el regazo. ¿Cómo se atrevía Edward a convertir su angustia en algo pueril e insignificante?

Lo que más le dolió fue pensar en que podría estar perjudicando a sus hermanas sin ser consciente de ello, pero el miedo que la dominaba al acercarse al lugar donde vivió parte de su niñez era un poderoso adversario.

Le pareció ver por el rabillo del ojo que el capitán Warwick se había girado más hacia ellos, aunque era imposible que hubiera escuchado su conversación.

Aun así, se puso colorada y respondió entre dientes:

—Por supuesto, tendré en cuenta tus palabras.

Se dirigieron al salón, decorado con tanta elegancia como cualquier mansión de la aristocracia, solo que rodeado por un horizonte marino que se asomaba a las ventanas abiertas y daba la impresión de no tener fin. Cuadros florales colgaban de paneles forrados de roble brillante, atornillados a la perfección para que no se cayeran con el vaivén del vapor. El magnífico techo, con un entramado de vidrio, rosetones y acero, dejaba pasar la tímida luz de las estrellas, que competía con las velas que ardían con suavidad desde las enormes lámparas. Los músicos ya estaban preparados, y los pasajeros del Valiant se disponían a pasar una agradable velada.

La señora Campbell mantenía una animada conversación con otras damas con las que Cam solo había intercambiado unas cuantas frases en los días que llevaban de navegación. Desde que saliera en defensa de Leo, la resuelta mujer había tomado a las Ingram bajo su ala protectora, y ellas, a su vez, le habían hecho un pequeño hueco en sus vidas sin esfuerzo alguno. Habían charlado mucho, y no había duda de que se había ganado tanto el cariño de

Cam como el de Leo y Lemy. El hecho de que viajara sola, para reunirse con su marido en Calcuta, tras atender a su hermana viuda en Inglaterra, no había hecho más que reforzar esa unión.

Carmentia sabía que se alegraría de verla, pero, en lugar de acercarse, prefirió camuflarse un poco entre las maderas oscuras del fondo. Su vestido negro fue un gran aliado.

Nunca se había sentido del todo cómoda en las reuniones de la alta sociedad de Londres a causa de las habladurías sobre los Ingram, que espantaban a todos sus pretendientes, y de los juegos de vanidades que nunca conseguiría ganar. Al parecer, se había convertido en una costumbre el intentar pasar desapercibida.

Edward y Edith se alejaron para bailar la primera pieza y dejaron tiempo a Cam para cavilar sobre ellos. Se recompuso el sencillo rodete trenzado que se había hecho sin quitarles la vista de encima. Formaban un matrimonio de lo más peculiar, no solo por la diferencia de edad, sino por el contraste entre la dócil belleza de Edith y la fría arrogancia de su primo. Aunque estaba claro que dicha arrogancia no había supuesto ningún impedimento para que Edith aceptara su propuesta tras apenas conocerse. Edward podía ser muy persuasivo.

Y Edith era una mujer realmente hermosa.

Cuando terminó la danza, el matrimonio encaminó sus pasos hacia ella, hasta que Edward se fijó en la alta figura que acababa de entrar en el salón y se detuvo.

Cam contempló al trío y, apenas unos segundos después, pensó en lanzarse al agua espumosa por la ventana abierta situada a su izquierda. Lo peor que podía pasar, ya entre las olas, era ser atacada por una criatura marina. Seguro que era menos peligroso que quedarse allí. Su primo hablaba con Jason Warwick a la vez que la señalaba a ella.

Mortificada, pudo imaginarse lo que pasaba por la cabeza del capitán: el gobernador se estaba extralimitando con las órdenes que daba y, de entre todos los hombres del barco, tenía que persuadirlo a él para hacer de acompañante de la pobre pariente soltera y sin pareja de baile.

Decidió abandonar el salón con discreción, rodeando la pista, que volvía a llenarse de gente.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, le cortaron el paso.

—¿Se va cuando el baile apenas acaba de comenzar, señorita Ingram?

Cam inspiró hondo antes de alzar la cabeza. No quería ahondar en cuánto había extrañado ese tono ronco y profundo dirigido solo a ella.

—Así es, capitán.

Se esforzó por parecer tranquila. Warwick no tenía por qué saber que estaba temblando por dentro de indignación y vergüenza. Y, sobre todo, de emoción ante su cercanía. Tenía la pequeña esperanza de que él la dejara marchar.

—Espero que cambie de opinión y me haga el honor de ser mi pareja.

Las mejillas se le encendieron por la humillación.

—No tiene por qué seguir las instrucciones de mi primo e invitarme a bailar. Lo libero de cualquier responsabilidad.

Trató de sonar lo más digna posible, y esperó ver el alivio reflejado en su cara, pero el capitán estaba muy serio.

—Elijo a mis mujeres desde los quince años, señorita Ingram.

Cam lo miró, boquiabierta.

—Eso ha sido de lo más vulgar.

Acalló una inoportuna voz en su interior que quería descubrir todas las connotaciones de ser la mujer del capitán Warwick.

—Pero no por ello menos cierto —replicó él, con un encogimiento de hombros—. ¿Bailará conmigo?

—No.

Al fin y al cabo, su escandalosa respuesta sonaba a evasiva y todavía quería conservar un poco de amor propio, si no era mucho pedir.

Warwick enroscó la mano en su cintura cuando empezaron a sonar los primeros acordes de un vals.

—Insisto.

Y la arrastró hasta la pista.

Cam apenas fue capaz de pensar cuando los brazos del capitán la rodearon. La ancha mano se apoyaba tan abajo de su espalda que resultaba indecente. Excitante. Ni siquiera intentó apartarse. Su contacto, prohibido y fiero, la obligaba sin palabras a mirarlo solo a él, a no sentir otra cosa que no fuera él. La palma de Cam, apoyada en su hombro, parecía arder con el movimiento fuerte y flexible de sus músculos al conducirla por el salón. Estaba un poco

inclinado sobre ella, como si quisiera atrapar cada gesto y cada estremecimiento suyo, y el suave balanceo del barco los acercaba más de lo debido. Sus muslos rozaban los de Warwick en instantes de fuego que devastaban su cuerpo acalorado.

Ya no importaba que el encuentro hubiera sido obra de su primo; en ese momento solo estaban los dos, entrelazados por la música y por las sensaciones. Los pasos mecánicos y familiares del baile se habían transformado en una magia incitante, desconocida para ella hasta entonces.

Hubo un giro especialmente rápido que provocó que sus senos rozasen el duro pecho masculino. Cam entreabrió los labios y se quedó prendida en su mirada, que se había oscurecido.

El baile terminó con una última nota suspendida en el aire, y Warwick se apartó con brusquedad, casi empujando al resto de bailarines en su urgencia por salir del salón.

Cam volvió de golpe a la realidad al ver la prisa que tenía el capitán por alejarse de ella. Bufó, enfadada, y se sujetó las faldas para moverse más rápido entre los pasajeros, hasta que logró dar con su primo. Cuando lo tuvo de frente, lo increpó con enojo:

—Edward, que esté dispuesta a intentar mejorar mi actitud no significa que puedas obligar a alguien a bailar conmigo.

—¿De qué estás hablando, Carmentia? —dijo en tono seco.

—Del capitán Warwick.

—Fue el capitán quien me preguntó dónde estabas para solicitar una pieza —respondió el aludido, y la miró de arriba a abajo con desaprobación.

Cam se quedó dentro del salón unos minutos más. Con la respiración agitada y sintiéndose muy confundida.

Jason, en cambio, entró en su camarote echando humo. En parte por la erección que habían provocado los pechos de la señorita Ingram apretados contra él, en parte furioso consigo mismo.

Acababa de desperdiciar la mejor oportunidad que había tenido de hablar con Edward Ingram desde que embarcó. Aún no sabía qué demonio lo había poseído para eludir su deber y preguntar por su prima, en lugar de llevar al gobernador a un rincón discreto para recabar información.

Todo por un vals.

Con Carmentia Ingram.

Cada vez que se encontraban, se desataba una tormenta eléctrica, y los rayos salían despedidos en todas direcciones.

Pero no podía engañarse. Los últimos días se había sentido frustrado, enfadado incluso, por la obvia distancia que ella había puesto entre ambos. Esa misma noche había sentido su aflicción en el comedor y, cuando consiguió tenerla entre sus brazos, no hubo espacio para Ingram, ni para nada que no fuera el modo en el que lo seducía sin pretenderlo.

Era un soldado, por amor de Dios. No un crápula que se distrajera con unas caderas cimbreadas y una boca que parecía estar hecha de tentación. Aunque ella era todo eso y más.

Esa mujer era de las peligrosas. De las que se metían en la piel para no salir nunca.

Temía que, si se dejaba cautivar por la pequeña pelirroja, el desastre fuera aún mayor que el terremoto provocado por Edith.

Se pasó la mano por la nuca al recordar la nota que la esposa del gobernador había colado por debajo de su puerta unas noches atrás. Al parecer, ella también se había propuesto ignorarlo.

«Lo mejor será que nos comportemos como simples conocidos».

Cuanto más tiempo pasaba cerca de Edith, más sentía Jason que esas palabras se tornaban en algo sólido y real. Que no eran nada, más allá de dos personas que se cruzaban en medio de una superficie de madera y agua. Se había diluido la ilusión en la que la había idealizado como un ángel de perfección, y encontraba defectos y debilidades muy humanos en ella. Lo había decepcionado la manera en la que siempre lo rehuía, sin demostrar ni un pequeño atisbo de alegría por que estuviera vivo, sin considerarlo digno de una mínima aclaración sobre sus razones para casarse con otro hombre con tanta rapidez.

No como cierto soldado lleno de curvas que no tenía reparos en hacerle frente si la ocasión lo requería, apartándolo de sus objetivos sin esfuerzo...

¡Al diablo las mujeres! Eran una condenada distracción y se mantendría bien alejado de ellas.

Jason cumplió con éxito su propósito la mayor parte del viaje y se mantuvo apartado de las Ingram.

Llegaron sin incidentes a Alejandría, y supervisó con ojos de halcón cómo su grupo se subía a bordo del tren que los trasladaría hasta El Cairo. La cara de las damas era un poema que hablaba de la admiración que sentían por el insólito paisaje de Egipto, con sus esbeltas palmeras y los minaretes ornamentados de las mezquitas, que se estiraban hacia el cielo en un intento de rozar las nubes. La entereza de esas mujeres y el aplomo con el que se enfrentaban al calor y a las molestias de la larga travesía eran dignos de admirar.

La prueba final consistió en subir a un carro tirado por seis caballos viejos y esqueléticos, cuyas enormes ruedas de madera servían para no volcar mientras cruzaban el inmenso desierto hasta Suez a toda velocidad. Allí embarcaron en el Wings of Victory, otro vapor en el que cruzarían el mar Rojo hasta llegar, por fin, a Calcuta.

Para las señoritas Leonelle y Lemy Ingram era evidente que aquel viaje suponía toda una aventura, e incluso hablaban con excitación de historias de tiburones que surcaban el océano Índico. Su hermana, en cambio, distaba mucho de ser feliz. Su desazón no pasaba desapercibida para Jason, que seguía contemplándola con ojos más atentos que a las demás, aunque intentara lo contrario. Aquella mujer siempre atraía su mirada. Unas profundas ojeras de color violeta contrastaban contra el marfil de su piel, y tenía una expresión seria y preocupada en todo momento. Olvidada había quedado ya esa risa libre y preciosa que le había regalado en la cubierta del Valiant, y que había encendido la sangre del capitán.

Pese a las advertencias que se había hecho a sí mismo, recuperar esa sonrisa se le antojaba lo más importante del mundo a Jason, y habría dado cualquier cosa por saber qué provocaba tanto miedo en el bello rostro de Carmentia Ingram, para hacerlo desaparecer sin dejar el más mínimo rastro. Como si nunca hubiera existido.

Unos días después de zarpar de Adén se desató una pequeña tormenta que mantuvo a la mayoría de los pasajeros en sus camarotes, y que fue arreciando conforme avanzaban las horas.

Cuando cayó la noche, gotas de agua dulce y salada seguían golpeando los

cristales de las ventanas, y los mamparos crujían por el zarandeo de las olas. Una oscura figura caminó con sigilo por los vacíos corredores hasta el camarote del gobernador. No abrió la puerta de Ingram, sino que apoyó la mano en el pomo de la puerta contigua y empujó con suavidad, tratando de que no sonaran los goznes. No había luna, y todo estaba oscuro dentro de la pequeña estancia, así que prendió una vela que había llevado consigo, y un hilillo de luz temblorosa iluminó pilas de documentos y otros cachivaches.

Jason suspiró y se lanzó a la ardua tarea de revisar los papeles del gobernador. Se había amparado en la tempestad para ocultar ruidos o pequeños deslices, y sus oídos estaban atentos a cualquier movimiento en la habitación de al lado. Encontró numerosas notas e informes sobre el fallecimiento de Jonathan Ingram en un accidente de caza, del ataque al marajá de Merala e, incluso, del ataque que él mismo sufrió con su destacamento... Nombres, fechas, esquemas de los hechos detallados con meticulosidad, todo lo que cabría esperar de la nueva persona encargada de administrar ese pequeño estado. Pero no encontró nada que pudiera vincular a Ingram directamente con ninguna de aquellas muertes, aunque para Jason estaba claro que podría obtener numerosos beneficios de ellas, en especial de la de su propio tío.

Soltó un juramento, y ya iba a marcharse cuando una hoja medio escondida entre unas cartas con sellos oficiales llamó su atención. En ella se había pintado un espectacular diamante de forma triangular, engarzado en otro triángulo de oro puro con intrincadas filigranas como marco para aquel espléndido tesoro. La acuarela era tan perfecta que Jason tuvo que pasar los dedos sobre la imagen para asegurarse de que las miríadas de destellos multicolores que surgían de las facetas de la gema no eran reales. Debajo, con una pulcra escritura, alguien había garabateado: «*Masha-i-noor*. Luna de luz. Traducido del persa».

Un sonido rompió su concentración. Rebuscó en los cajones del escritorio hasta que dio con papel y tinta. Hizo una imitación bastante pobre del dibujo y copió lo que estaba escrito al pie. Lo dobló con cuidado para guardarlo en su chaqueta y, tras dejarlo todo en orden, salió del cuarto en completo silencio.

Iba a encaminarse hacia su camarote cuando vio el destello de unos conocidos rizos pelirrojos desaparecer por una esquina delante de él. Jason se pasó la mano por los labios y cambió de dirección, con el pulso alterado.

Cam estaba segura de que aquel era el fin. Lo más irónico era que la tormenta solo había provocado que se sintiera un poco mareada. Eran sus hermanas las que parecían al borde de la muerte. No habían sido capaces de retener nada en el estómago durante todo el día, y el cuartito estaba tan saturado que, cuando la señora Campbell entró para ofrecerles su ayuda, tuvo que retroceder varios pasos para tomar aire. Una vez dentro del camarote, inhalaba cada cierto tiempo sobre su pañuelo perfumado.

Debía de ser más de medianoche cuando a Lemy le sobrevino otro fuerte ataque, y ella misma comenzó a sentir náuseas al verla.

—Deberías ir a descansar a mi camarote, querida, está aquí al lado —le dijo la señora Campbell, acercándose—. Por suerte, no tengo que compartirlo con nadie, y estará más ventilado.

Cam trató de sonreír, o al menos ordenó a las comisuras de la boca que se movieran, pero se sentía fatal.

—Se lo agradezco muchísimo, señora Campbell, pero no podría dejar a mis hermanas.

—Tonterías, muchacha. Tu cara tiene un terrible color verdoso, y yo no podría cuidar de otra enferma más. Estaremos bien.

Ensayó otras tantas protestas, pero aquella mujer era implacable. Prácticamente la empujó hacia la puerta con un rápido «buenas noches» y cerró la madera en sus narices.

Una vez fuera, la cabeza de Cam empezó a dar vueltas, y tuvo que apoyarse en la pared para avanzar a trompicones mientras el barco se zarandeaba como un corcho en la oscuridad. El encerrarse de nuevo en un diminuto cuarto le provocó una sensación de angustia mayor que el propio movimiento del suelo, y tenía la impresión de que el olor a enfermedad no abandonaría nunca sus fosas nasales. En uno de sus arrebatos, decidió tomar una bocanada de aire fresco. Sería rápido. Asomarse, inspirar hondo y volver. A esas horas nadie la vería.

Anduvo con todo el sigilo que pudo por los corredores y subió con la

gracia de alguien ebrio por las escaleras hasta que la lluvia azotó su rostro con ímpetu, como si la hubiera estado esperando. Era una sensación maravillosa. No podía ver el mar, pero lo oía, lo olía y lo sentía en su piel. Siempre le habían gustado las tormentas, había algo magnético en la embestida del viento y la fuerza del trueno, que la hacía sentirse viva. Mejor de lo que había estado en las últimas semanas, debido a aquel vals que había impactado en todo su ser y a la proximidad de la India.

El mareo casi había cedido, y se disponía a volver dentro cuando un furioso cabeceo del vapor la envió trastabillando lejos de la seguridad de la escalera. Chocó con violencia contra algo, quizá una jaula u otra caja de madera que se habría desatado de algún lugar de cubierta durante la tempestad, y lanzó un agudo grito cuando el dolor atravesó su muslo derecho.

Cam escuchaba los sonidos de los marineros luchando por mantener el barco a flote, pero no consiguió ubicarlos. El cielo y el mar se habían fundido en una masa gris y despiadada. Calada hasta los huesos, y perdido por completo el sentido de la orientación, sintió que sus piernas cedían ante las olas que barrían la cubierta. Cuando estaba a punto de caer, unos brazos fuertes la rodearon y la apretaron contra un torso duro y musculoso.

—Dios, me has dado un susto de muerte —dijo el capitán Warwick por encima del aullido del viento, mientras la alzaba con suavidad.

Se vio invadida por el alivio y le rodeó el cuello con los brazos.

Estaba tiritando de frío, y el único foco de calor procedía de su enorme cuerpo, pegado a su costado. Le pareció que él la apretaba con más fuerza contra sí.

Hacía muchos años que no se sentía tan segura y protegida.

Cerró los ojos y dejó que la llevara hasta el camarote, junto a sus hermanas, sin querer soltarse nunca. Podía sentir los cabellos empapados y gruesos del capitán, que se rizaban en su nuca. Dejó los dedos enredados en ellos.

Cuando despertó, al cabo de un rato, estaba tumbada cómodamente en una cama y notaba el roce áspero de la manta sobre sus piernas desnudas. Bajo el resplandor de una tímida llama, se dio cuenta de varias cosas. Primero, que llevaba puesta solo la ligera camisola de encaje. Estaba algo húmeda, y enrollada en sus caderas. Segundo, que no se hallaba en su camarote, ni en ningún otro conocido, y la tormenta seguía rugiendo en el exterior. Y tercero,

que el otro ocupante de dicho camarote, Jason Warwick, no apartaba la mirada de ella; su robusto cuerpo se hallaba acomodado en una silla contra la pared y tenía los nudillos algo blancos al sujetar con fuerza un vaso lleno hasta la mitad de un líquido dorado. Se había puesto ropa seca, y la nivea camisa no estaba abotonada del todo, por lo que una porción de su amplio torso quedaba al descubierto. Cam sacó la lengua para mojarse los labios, repentinamente secos.

No parecía contento.

Su entrecejo fruncido resultaba más alarmante que los nubarrones negros que asolaban el mar fuera de esas cuatro paredes.

—¿Sería tan amable, señorita Ingram, de explicarme qué demonios hacía en cubierta en medio de una tempestad, y en mitad de la noche? —Las palabras del capitán era un susurro oscuro y amenazador.

Cam se incorporó, y la manta resbaló hasta su regazo con el movimiento. El moño se había deshecho, y los rizos pelirrojos estaban empapados, pegados a su espalda. La mirada del capitán se deslizó desde su rostro hacia sus pechos, y allí prendió un fuego azul y peligroso. Cuando ella bajó los ojos, vio lo que él contemplaba con tanta intensidad. Sus pezones, rosados y erguidos, se apretaban contra el blanco encaje. La tela se había vuelto casi transparente por la humedad, y el íntimo resplandor de la vela los hacía claramente visibles.

Se sonrojó hasta las raíces del cabello y se tapó con rapidez.

—¿Por qué no me ha llevado a mi camarote? —preguntó, mortificada.

—¿Eso es lo único que tiene que decir? —rugió el capitán.

Se levantó de un salto y dejó el vaso sobre la mesa con tanta violencia que algunas gotas del líquido salpicaron la madera. Se acercó a Cam y se sentó en el borde de la litera para aferrarla por los hombros. El colchón crujió bajo su peso. Sus manos parecían dos cercos de hierro.

—Ni se le ocurra venirme con remilgos virginales. No sabe lo cerca que ha estado de morir. —Apretó un poco más fuerte—. ¿O quizá sí?

Cam alzó la cabeza y lo miró con incredulidad.

—¿Qué insinúa?

—¿Cree que no me he dado cuenta de que este viaje la aterroriza? ¿O que no he escuchado a sus hermanas interesarse por usted? —preguntó él a su vez, furioso—. ¿Era eso lo que quería, caer al mar y perderse para siempre en la

tormenta?

Cam se sacudió para intentar zafarse en un esfuerzo inútil. Los dedos del capitán no le hacían daño, pero la mantenían pegada a él, sin ninguna posibilidad de escapar.

—¡Claro que no! —respondió—. Jamás jugaría así con mi vida, ni con la de los demás.

Estaba aturdida y enfadada por lo que dejaban entrever sus palabras. Él la zarandeó con fuerza, haciendo que sus largos rizos se sacudieran, privados de las horquillas.

—Entonces, dígame qué es lo que ocurre. ¿Por qué está tan asustada? — Cam apartó la cara de su fiero rostro y bajó la barbilla—. Déjeme ayudarla — susurró esta vez.

La sincera petición la electrizó.

¿De verdad era tan transparente para Jason Warwick? A veces, en las estancias comunes o en sus paseos por el barco, había creído imaginar que el capitán estaba pendiente de sus movimientos, que sus miradas se cruzaban por algo más que el caprichoso azar. Que sus ojos la acariciaban. Había descartado la idea con la misma rapidez, por imposible y absurda. Su atención estaría puesta en Edith.

Pero había sido real. Su preocupación por ella parecía ir más allá del simple deber.

Sintió una punzada de placer en el pecho, y tuvo la absurda tentación de ceder a sus demandas y abrirse a él.

Apenas dudó un segundo. No podía decírselo. No era tan cobarde como para no luchar sus propias batallas. Ya no era una niña.

—Yo... estoy bien. No ocurre nada. Solo necesitaba un poco de aire fresco y cometí una imprudencia al subestimar la tormenta. —Esperó que su voz sonara más firme de lo que se sentía—. No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí.

Oyó el suspiro del capitán, y sintió su cálido aliento sobre el cuello desnudo. Luego, bajó las manos y se levantó para alejarse de ella.

Iba a salir de un salto de la cama cuando un pinchazo en la pierna la hizo detenerse y soltar un pequeño gemido. Aunque el ruido fue muy apagado, Jason lo oyó, y al momento estaba a su lado. Apartó las mantas de un

manotazo.

Cam articuló una protesta a la que el capitán hizo caso omiso. Se inclinó sobre ella para examinar el vendaje que cubría su muslo derecho. Parecía algo flojo.

—Se hirió en su pequeña escapada —dijo con voz más suave—. Nada grave, solo un pequeño arañazo en esa piel tan delicada.

—Gracias —murmuró, cohibida.

Tragó saliva con nerviosismo. Warwick volvía a estar muy cerca. El aroma a lluvia lo envolvía, y la piel oscura y expuesta de su pecho se encontraba al alcance de sus dedos.

De forma inconsciente, Cam acarició su propio muslo lastimado y lo miró. Podía sentir el cambio en él: la furia que lo dominaba se había apaciguado, y ya solo quedaba el ardiente resplandor de sus ojos índigo. No había tensión en la mandíbula cuadrada, ni en las comisuras de su boca, con la que Cam se deleitó. Era demasiado seductora, con unos labios anchos y algo arrogantes que provocaban remolinos en su vientre.

Dio un respingo cuando notó sus dedos fuertes y callosos, que volvían a hacer el nudo del vendaje con sumo cuidado. La recorrieron escalofríos cada vez que él rozó la sensible cara interna del muslo por casualidad.

—Creo... creo... —Volvió a intentar con voz temblorosa y casi sin aliento—. Que se está tomando demasiadas libertades sin recordar siquiera mi nombre, capitán Warwick.

La sonrisa de él hizo que su corazón se saltara un latido.

—Apenas he empezado a tomarme libertades, Carmentia —respondió, mientras subía la mano por encima del vendaje y acariciaba su piel trémula. Se estaba acercando a una parte de su cuerpo que parecía vibrar.

Cam, incapaz de hablar, lo agarró de la muñeca con ambas manos. Notó sus firmes tendones y músculos. Jamás había sentido a un hombre de esa manera, su poder, su dominante proximidad. En su encendida inocencia, no sabía si apartar la mano de Jason o atraerla aún más hacia ella.

Jason debió de ver la duda en su rostro. Tomó la decisión por los dos al posar la otra mano con suavidad en su cuello y reclinarla contra la almohada.

Cam empezó a temblar.

—Tengo frío —susurró.

—Lo sé, señorita Ingram —dijo con ternura—. Yo te daré tanto calor que te sentirás arder.

Jason no podía apartar la vista de Carmentia, tendida sobre la cama, por completo a su merced. Estaba a unos milímetros de su rostro, recreándose en cada detalle de los rasgos delicados que revelaba la luz del fuego, cuando algo llamó su atención y lo dejó tan profundamente impactado como la primera vez que la conoció. A esa distancia podía ver que no tenía un ojo verde y otro marrón, como había creído, sino que la pupila de su ojo izquierdo estaba tan dilatada que apenas se veía el iris. Una fina línea, también de un verde intenso.

El efecto era extraordinario.

Alzó la mano que tenía sobre el muslo salpicado de adorables pecas de Cam, y le acarició el nacimiento del pelo con suavidad.

—Tienes unos ojos hechiceros.

Se sorprendió ante la propia ronquera de su voz, y no se percató de la súbita rigidez del cuerpo de Carmentia tras sus palabras.

Sí se dio cuenta de que cerraba los ojos con fuerza. La besó, primero en un párpado y después en el otro. Sintió cosquillas en los labios por el aleteo de sus largas pestañas.

Tenía que hacer suya a esa mujer.

Casi se le había parado el corazón cuando pensó que la perdía en medio de la tempestad. Después, con ella medio desmayada y a salvo en su cama, el miedo había dado paso a una furia descontrolada por su conducta irresponsable, que le hizo querer sentarla en su regazo y darle unos buenos azotes. Estaba pensando en las ventajas de poner las manos sobre su trasero cuando ella había abierto los ojos de nuevo.

Había sido muy brusco al increparla de aquella forma, pero Carmentia se había incorporado y le había mostrado su piel casi desnuda, cortándole la respiración y dejándolo sin defensas. No tenía ni la menor idea de hasta qué punto lo había excitado. Una dulce tentadora con mirada insondable y cuerpo de sirena.

Había intentado apartarse de ella. Establecer una barrera física con la que mantener el control. Solo podía beber de su rostro, de su voz y de cada

mínimo gesto suyo en la distancia. Pero, después de tantas semanas de miradas robadas, después de desearla en la oscuridad de su camarote y bajo el aire salitre del mediodía, Jason sabía que ahora Carmentia estaba donde debía estar.

Nunca antes había necesitado poseer nada como necesitaba poseerla a ella.

La sentía temblar debajo de él, y no pensaba soltarla.

Por fin, bajó los labios hasta los suyos, que mantenía cerrados, y depositó un suave beso. El contacto hizo que él también se estremeciera. Acercó las manos a su rostro para rodear sus mejillas y acariciarle los labios con los pulgares, con la delicadeza de una pluma. Carmentia tenía una boca preciosa, algo húmeda por su beso.

Su cabeza volvió a descender. Esta vez la rozó con la punta de la lengua cuando la besó. Una invitación a que separase los labios.

Cam reaccionó apretándose contra él y apoyó las pequeñas manos en sus hombros, pero cuando lo miró, su cara reflejaba cierta confusión.

Jason sonrió con ternura y se sintió absurdamente feliz.

—Creo que voy a tener que enseñarle a besar, señorita Ingram.

—Es usted un engreído, capitán —replicó ofendida. Trató de empujarlo para levantarse.

Él se rio y la inmovilizó. Le sujetó las manos sobre la cabeza e introdujo una rodilla entre sus piernas para acomodarse entre ellas, con cuidado de no hacerle daño en la herida. Lamentó seguir llevando los pantalones y la camisa puestos.

Dios, cómo quería sentirla contra su piel.

—No, no vas a ir a ninguna parte.

Rozó una vez más sus labios con suavidad mientras aún la mantenía sujeta.

—Además, me debes un beso en condiciones por rescatarte.

Ella resopló, indignada, aunque Jason podía sentir su corazón latiendo a toda velocidad bajo los tiernos senos que se apretaban de manera deliciosa contra él. Sintió que se excitaba todavía más.

—¿Así es como rescata a las damiselas en apuros, capitán? ¿Exigiéndoles luego sus atenciones?

—Solo a las pequeñas metomentodo de ojos misteriosos —susurró, luego le dio un pequeño mordisco en el lóbulo y continuó hablándole al oído—:

Solo un beso, o me seguirás debiendo una prenda. Por ejemplo, contarme cuándo estuviste en la India y qué sucedió allí.

Sabía que estaba jugando sucio. Pero no le importó.

Carmentia pareció pensarlo un momento y asintió con rigidez.

—¿Qué tengo que hacer?

Ahí estaba su valiente soldado.

Él la liberó despacio y bajó las manos hasta apoyarlas en las costillas de Cam, casi rozándole la parte inferior de los pechos con los pulgares. Podía sentir su agitada respiración. Los dos eran muy conscientes de dónde estaban sus dedos. Su camisola de encaje, una grata sorpresa cuando la desvistió, aún estaba empapada. A Jason no le extrañaría que saliera vapor con el contacto. Todo su cuerpo ardía.

—Rodéame el cuello con los brazos —ordenó.

Ella obedeció sin prisas. Posó con suavidad las manos detrás su nuca, y Jason sintió que entrelazaba los dedos en su pelo, como cuando la rescató en cubierta.

Satisfecho, volvió a acercarse a sus labios.

—Ahora, abre la boca para mí.

Acortó la distancia, y sintió que los labios de Cam se abrían un poco, pero no lo suficiente para entrar.

—Más, Carmentia —gruñó.

Al final, ella cedió, y Jason introdujo la lengua en su dulzura. Sabía a océano envuelto en terciopelo. Inclino la cabeza para profundizar más el beso. Agarró las sábanas a ambos lados de la cabeza de Cam para controlar su pasión, y se obligó a recorrer con cuidado el interior de su boca. Al principio, la lengua de Cam lo rehuía, pero luego hizo un tímido intento de devolverle la caricia, y él gimió de placer contra ella.

Sus delicadas manos ya no estaban relajadas, sino que le aferraban los mechones con intensidad, y seguía probando a jugar con su lengua. Su pequeña hechicera estaba disfrutando con el beso tanto como él.

En el camarote solo se oía el sonido húmedo de sus bocas al juntarse, y su respiración agitada, mecidos por la tormenta.

Entonces Jason hizo lo que llevaba deseando hacer desde que se había deshecho del vestido mojado de Carmentia. Bajó la mano y apoyó la palma

abierta en su pecho. Acarició el pezón sonrosado y duro con el índice hasta que ella jadeó y se retorció ante la sensación. Al hacerlo, separó más las piernas, permitiendo que Jason se hundiera muy profundo entre sus muslos. En ese momento, el barco escoró con especial violencia, y las caderas de Jason se pegaron aún más a Cam. Su erección empujó contra aquel lugar que se moría por poseer entre sus piernas. La fricción hizo que los dos dieran un grito entrecortado ante el fogonazo de placer. La áspera lana del pantalón arañó la delicada piel del interior de los muslos de Cam, y Jason fue consciente de otro tipo de humedad en ella que nada tenía que ver con la lluvia.

De pronto retumbó un trueno, tan poderoso que hizo vibrar las ventanas del camarote con la fuerza de la explosión. Jason sintió cómo Carmentia usaba toda su fuerza para intentar separarse de él.

Cuando apartó los labios, vio que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Carmentia?

—No puedo soportarlo —murmuró ella, con una voz tan tenue que Jason tuvo que esforzarse para escucharla.

El capitán frunció el ceño. Se apartó de la cama, preocupado y demasiado excitado para hablar por un momento. Le dio la espalda y se mesó los cabellos en silencio, sin saber qué demonios ocurría.

Cam aprovechó para recoger su vestido y el resto de la ropa, y se dirigió a la puerta con rapidez. Cuando tenía medio cuerpo fuera de la habitación, se giró hacia él.

—No soporto que me beses y preguntarme si estás pensando en otra mujer cuando lo haces —dijo, y echó a correr por el pasillo pese al corte en el muslo.

Jason pronunció sonoras maldiciones y fue tras ella, pero se detuvo cuando la realidad empezó a abrirse paso en su cerebro embotado de pasión. Si la atrapaba ahora, terminaría lo que habían empezado. ¿Se había vuelto loco? Había estado a punto de hacerle el amor a Carmentia en un barco medio hundido por las olas. Con ella herida y vulnerable.

Volvió a pasarse la mano por el pelo. Algunos mechones se quedaron de punta. Cuando oyó un portazo a lo lejos, se giró y cerró la puerta de su propio camarote de un puntapié.

Juró otra vez en voz alta. La otra mujer a la que se refería Carmentia solo

podía tratarse de Edith. Y ella se había marchado sin saber lo lejos que estaba de la verdad. ¡Por Dios, Cam no tenía ni idea de lo que le hacía sentir! Ni siquiera se había acordado de la existencia de su antigua prometida mientras se fundía contra su cuerpo. El casto beso que le había dado a Edith hacía tanto tiempo era en blanco y negro, igual que tinta sobre papel. Los besos apasionados de Carmentia, en cambio, poseían todos los colores brillantes del arco iris, eran como la explosión de la primavera cuando hechizaba la jungla.

Lo que acaba de ocurrir entre ellos reafirmaba que había tratado de oponerse a lo imposible, y una idea lo atravesó de parte a parte. Él, que se preciaba de conocerse bien a sí mismo, ¿cómo había podido estar tan ciego durante todo ese tiempo? La reacción de Cam hacia él, la manera en la que lo había aceptado con sus labios y con sus caricias, para nada indiferentes, solo servían para avivar más el fuego de su decisión. Conseguiría que Carmentia se entregase a él de todas las formas posibles. Su compromiso con Edith era ya un capítulo cerrado de su vida. Uno durante el cual no se había visto sacudido ni por un momento por el torbellino de deseo y de sensaciones con las que lo había tumbado la señorita Ingram en apenas unas semanas. Carmentia era decidida, aunque algo impetuosa, leal. Un delicioso festín para todos sus sentidos del que no parecía que pudiera hartarse nunca. Pero, además, era una mujer que necesitaba tanta protección y cuidados como los que entregaba a su familia sin reservas. Y él quería ser el hombre que se los proporcionara.

Le daría tiempo hasta llegar a la India para recomponerse, pero iba a aclarar las cosas con ella. La señorita Carmentia Ingram comprobaría que no era tan fácil huir de Jason Warwick.

Ni de su cortejo.

Cam intentó contener los sollozos hasta que llegó al camarote de la señora Campbell, agradecida por tener toda la privacidad del mundo para deshacerse en lágrimas.

Se tendió boca abajo sobre la cama y las dejó correr libremente.

Estar a punto de ser engullida por las olas había sido una de las experiencias más aterradoras de su vida, pero aquel mar embravecido no era nada comparado con el huracán que habían desatado en su interior los besos del capitán Warwick.

¿Cómo podía hacerla sentir tan protegida e indefensa a la vez? Estar cerca de él era una inagotable contradicción.

La última confesión que le había hecho antes de salir corriendo provocaba que su piel ardiera de vergüenza. Estaba segura de que no sería capaz de mirarlo a la cara otra vez. Y aun así, no podía deshacerse de la angustia que la había atenazado al imaginar que, cuando el capitán cerraba los ojos y la devoraba con su boca, veía a Edith. ¿Era un amor recíproco, o las emociones del capitán sobrepasaban a las de su prima? La respuesta se le antojaba muy difícil, y, por un momento, quiso saber qué clase de relación habían compartido los dos.

Luego, se asustó. La aterrorizaba descubrir que él hubiese besado a Edith Ingram con la misma intensidad con la que la había besado a ella.

Hundió la cabeza en la almohada y suspiró. ¿Qué pensarían sus hermanas si supieran que se había comportado como una cualquiera? ¿Que anhelaba las caricias de las manos ásperas del capitán Warwick sobre ella más que nada? ¿Que la había hecho sentir más viva que en toda su vida? Que la había hecho sentir, aunque solo fuera un momento, que con sus fuertes brazos rodeándola nada malo podía ocurrir.

Aquel hombre era un peligro para su corazón. Y también suponía una amenaza para el respeto que sentía hacia sí misma. Para todos sus secretos.

Lloró hasta quedarse dormida.

La tormenta los había empujado sin miramientos hacia el subcontinente, y pronto remontarían el río Hugli en dirección a la exótica Calcuta.

La congoja embargaba a Cam, tanto por la inminente llegada a la India como por la ardiente confusión que provocaba en ella Jason Warwick. Pero había echado mano de toda su fuerza de voluntad hasta encontrar algo de sosiego con el que mantener a Leo y a Lemy al margen de sus preocupaciones.

Se había pasado los días posteriores a los besos en el camarote del capitán cuidando de sus hermanas, que, por suerte, se encontraban mucho mejor. Intentaba no sentirse demasiado culpable por ellas, pero su malestar había sido la excusa perfecta para no dejarse ver a menudo por cubierta. Aunque sabía que, tarde o temprano, acabaría encontrándose con el hombre que había contribuido a desestabilizar todavía más su caótica existencia.

El temido reencuentro sucedió más tarde de lo que pensaba, teniendo en cuenta la limitada vida de a bordo.

Lemy tenía hambre, la señora Campbell estaba dando uno de sus habituales paseos y Leo todavía estaba algo mareada, por lo que Cam no tuvo más remedio que hacer una pequeña incursión al exterior. Salió de la habitación con la cabeza baja, sin llamar la atención, hasta que fue demasiado tarde. Divisó los anchos hombros de Jason entre un grupo de oficiales cuando se dirigían al comedor y se quedó paralizada, con el corazón desbocado. Él también la vio y la saludó con una rápida inclinación de cabeza, sin sonreír.

Antes de que Cam pudiera escabullirse de vuelta en su refugio, se acercó a ella.

—¿Cómo va su pequeño rasguño? —susurró, solo para sus oídos.

Carmentia se alegró de que le preguntara por el arañazo en el muslo y no por cómo se encontraban sus labios, su cuerpo y su corazón después de que él los arrasara en una única noche. Segura de que el humo se escurría por sus orejas, del calor que sentía por dentro al mirarlo, respondió:

—Está totalmente curado. Gracias.

Y se batió en retirada.

A partir de ese momento, el capitán la trató con toda cordialidad pero de manera distante, en las escasas ocasiones en las que coincidían, y Cam se sumió en el eterno dilema de saber si era eso lo que quería o si preferiría que la arrastrara a las bodegas y se besaran hasta marearse.

Tras casi nueve semanas en alta mar, el *Wings of Victory* atracó en Calcuta durante la primera semana de noviembre. La cadena del ancla chirrió en su descenso hacia el lecho del río, cubierto de fango, y pequeñas embarcaciones de proa aguzada esquivaron el navío con maestría entre las aguas inquietas, que fluían desde el lejano Ganges. Las imponentes paredes de ladrillo de Fort William se alzaban en el margen derecho del Hugli y un poco más adelante, en el Strand, caballeros europeos paseaban con sus damas por la concurrida calle y se mezclaban con nativos de ojos almendrados, envueltos en llamativos brocados y excelentes sedas. Una fusión perfecta de dos mundos diferentes.

En cubierta, Cam cerró los ojos y permitió que el aire cargado de olores extraños invadiera a raudales sus pulmones antes de bajar a tierra firme. El sol era tan brillante que diminutos chispazos de luz saltaron tras sus párpados apretados.

Los militares, entre los que se encontraba el capitán Warwick, ya habían dejado el barco atrás para personarse ante sus superiores. Aunque Jason había dejado órdenes estrictas respecto a su seguridad, Cam no pudo evitar la sensación de pérdida. Un enorme hueco donde antes había un hombre protector y fiero que la hacía estremecer.

Trató de vaciar la mente de cualquier pensamiento o emoción. Era inútil resistirse a la certeza de que ya no había marcha atrás. Contra todos sus instintos, había cruzado mares y continentes para llegar a esa encrucijada donde su pasado y su futuro se encontraban frente a frente. Solo el tiempo diría si se trataba de una nueva oportunidad o de un terrible error.

Leo y Lemy la tomaron de la mano, y, así, unidas como eslabones inquebrantables, las hermanas Ingram pisaron la India.

Cientos de estímulos hicieron que sus cabezas girasen en todas direcciones en cuanto sus botines de piel se posaron en el suelo.

Estar rodeadas por los sonidos de los mercaderes, los perros callejeros y las caracolas de los templos que atestaban la ciudad fue como un sople de aire

fortalecedor y lleno de embrujo tras el largo confinamiento. Pero, para disgusto de las Ingram más jóvenes, la parada en Calcuta sería muy breve, ya que el gobernador quería partir cuanto antes hacia Merala.

Varios palanquines, cuyas varas de madera se apoyaban sobre los hombros de cuatro sirvientes indios, dos delante y dos detrás, las llevaron hasta la casa de la señora Campbell, donde pasarían la noche.

La dama se había reunido con su marido al desembarcar y, tras unas entusiastas presentaciones, el matrimonio no aceptó un no por respuesta a su invitación. En vista de lo inevitable de la situación, el gobernador solo se encogió de hombros, dejó a Edith con el grupo y se desplazó hasta la Government House para presentarse ante lord Canning.

La mansión de los Campbell no estaba muy lejos de Esplanade Row y de la propia residencia del virrey, cerca de una de las muchas curvas anaranjadas del Hugli. Su esplendor hablaba de su posición privilegiada como ricos comerciantes y causó un fuerte impacto en las Ingram. Nunca se lo habrían imaginado, dada la enorme sencillez que la señora Campbell había demostrado en el barco.

Las acomodaron con una rapidez y una gentileza absolutas.

El cabello del señor Campbell sorprendía por lo tupido que era para su edad, pese a ser blanco por completo, y tenía un aire bonachón y regordete que conquistó de inmediato a las hermanas. Se sintió honrado, eufórico casi, por acoger a un ilustre gobernador y a su familia bajo su techo, e incluso se disculpó por que ninguna de sus sobrinas se encontrase en Calcuta en ese momento para que dispusieran de una compañía más acorde a su edad. Dos ya se habían casado, y las otras dos se encontraban en Delhi con sus padres, explicó.

Cam se abstuvo de mencionarle al amable caballero que su esposa ya les había relatado las andanzas de las cuatro jóvenes a lo largo del viaje. Trató, en cambio, de disfrutar de la sabrosa cena angloíndia —una asombrosa fusión de platos británicos y condimentos exóticos— todo lo que le permitió el nudo que se había embrollado en su estómago desde que había desembarcado.

Antes de retirarse a sus habitaciones, tuvo el impulso de asomarse a la terraza del lujoso salón, que se alzaba sobre el margen derecho del río. El paisaje era sobrecogedor. El ocaso teñía de un tono encarnado los picos de las garzas y de las grullas de oscuro plumaje que se asomaban a orillas del Hugli.

Bambúes enmarañados y palmeras inclinadas en elegantes reverencias servían como fondo, y la brisa traía perfumes de jazmín y especias que la sumergían en la nostalgia. Maravillada por las vistas y las sensaciones, tuvo que admitir ante sí misma que sus primeros años en la India habían sido felices... Hasta que dejaron de serlo, y eso hacía que ahora se sintiera todavía más afligida, superada por un país con una dualidad tan extrema del bien y del mal.

Partieron hacia Merala con las primeras luces del alba.

Por supuesto, el capitán Warwick también los acompañaba. El Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala continuaba asentado en Baipur, y, por los rumores que había escuchado Cam, los hombres esperaban ansiosos su vuelta.

Al contemplar su imponente figura a caballo desde el carruaje, no pudo evitar preguntarse cómo habría pasado él aquella primera noche en la India con el resto de oficiales. Ella la había pasado en vela, y con el recuerdo de sus labios tan fresco en su memoria como si aún siguiera devorándola mientras su peso la hundía contra el colchón.

Cuando llegaron a la residencia del gobernador al atardecer, dos días después, las Ingram estaban exhaustas. Su cansancio, sin embargo, no les impidió admirar el elegante *bungalow* de dos plantas que sería su hogar. Estaba emplazado en un llano junto a los límites de la jungla, y se atisbaban partes de la veranda que bordeaba toda la casa, escondida entre las ramas de las enormes higueras que crecían a ambos lados de la construcción. Las ventanas estaban protegidas por celosías para impedir la entrada de insectos y otras alimañas, y sus blancas paredes le daban un aspecto acogedor. Las dependencias de la servidumbre y las cuadras se encontraban un poco más alejadas, medio camufladas entre espinosos árboles *kikar*, y plenas de actividad por la llegada su nuevo señor.

Cam había partido de allí siendo una niña, catorce largos años atrás, y los recuerdos de la casa se habían empañado por el miedo y el paso del tiempo. En ese momento miraba a través de los ojos de una mujer que redescubría toda la belleza y todos los riesgos que entrañaba semejante lugar.

El capitán Warwick se despidió de ellos y se encaminó a su propio *bungalow*, no sin antes dirigir una larga e intensa mirada a Cam que ella no supo cómo interpretar.

En una nube de sedas multicolores y reverencias, los sirvientes dieron la bienvenida a los recién llegados y se hicieron cargo con eficacia de los baúles y el resto del equipaje que habían traído con ellos.

El interior del *bungalow* no estaba amueblado con grandes excesos, pero contaba con todas las comodidades de una vivienda inglesa. La primera planta disponía de varias estancias, entre las que se encontraban el despacho del gobernador Ingram, un comfortable salón con espacio para recepciones, el comedor y una biblioteca que enamoró de inmediato a Leonelle, con vistas a la exuberante jungla que rodeaba la parte trasera de la casa. Una cocina bien abastecida les dio la bienvenida con deliciosos aromas a coco, clavo y cúrcuma. En la planta superior había habitaciones de sobra, pero Lemy no quería dormir sola aquella primera noche y a Cam le pareció una idea excelente que las tres compartieran dormitorio, al menos por esa vez. Se sentía mejor teniéndolas cerca.

Su cuarto tenía espacio más que suficiente para todas. Además del precioso tocador de palisandro, alfombras y bellos adornos femeninos, había una enorme cama importada desde Inglaterra, cuyo dosel había sido sustituido por una indispensable mosquitera, y en la que cabrían perfectamente.

Estaban medio recostadas en el mullido colchón, después de que una doncella vestida con un sari de un alegre amarillo las ayudara a refrescarse, cuando un niño también indio entró en el dormitorio. Debía de tener unos doce años, y llevaba una camisa y unos pantalones anchos de algodón blanco. Inclino la cabeza, envuelta en un turbante, en una respetuosa reverencia. Después, ante la asombrada mirada de las damas, se dirigió a un rincón de la estancia donde colgaba un cordón de seda de tonalidades carmesíes. Se sentó en el suelo, con sus delgadas piernas cruzadas una sobre otra, y comenzó a tirar del cordón. Este estaba conectado por una polea a un armazón rectangular, forrado con tela también carmesí, que colgaba sobre el techo. El movimiento del niño hizo oscilar dicho armazón hacia delante y hacia atrás para que removiera el aire cálido, como si fuera un enorme abanico.

Lo cierto era que hacía calor en Baipur pese a estar a primeros de noviembre. Esa parte de la India tenía un clima tropical con temperaturas suaves todo el año e insoportablemente tórridas durante la primavera, antes del monzón. Por lo que Cam había aprendido en el alojamiento de los Campbell, era común en las residencias de los británicos, poco acostumbrados

a las altas temperaturas, disponer de esos artilugios, llamados *punkah*, que los criados agitaban sin cesar, incluso privándolos del sueño durante la noche.

Se sintió mal al ver trabajar al niño y se acercó a su lado, precedida por el sonido de la muselina oscura de su falda al rozarse.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó con suavidad.

El chico alzó una mirada orgullosa, demasiado seria para alguien tan joven, sin detener el vaivén del *punkah*. Sus brazos flacos estaban adornados con pesados brazaletes de hierro que tintinearón con el movimiento.

—Surinder Dhaliwal Singh, *memsahib*.

—Muy bien, Surinder —respondió Cam. Trató de ocultar una sonrisa ante su tono solemne—. Gracias por tus servicios, pero no vamos a necesitarlos más.

Surinder se detuvo de inmediato. Se alzó con agilidad e hizo que el turbante, de un azul profundo, se inclinara hacia delante, majestuoso, cuando realizó otra reverencia.

—Como desee, *memsahib*. Regresaré esta noche.

—No me he explicado bien —dijo ella, amable—. No es necesario que vengas más a mover ese enorme abanico. Podemos prescindir de un capricho así.

El joven la miró sin poder evitar un gesto incrédulo.

Leo y Lemy también se acercaron con curiosidad.

—¿Eres de Merala, Surinder?

Esta vez fue Leonelle quien miró a los oscuros ojos del chico para preguntar.

—No, *memsahib*. Mi hogar está al norte del Indostán, en las tierras del Punyab.

A Leo le brillaron los ojos por el interés. Lemy, en cambio, solo miraba el turbante, fascinada.

—¡Del Punyab! ¿Por qué no te sientas con nosotras y nos cuentas más cosas de aquel lugar? —preguntó Leonelle.

Cam no se sorprendió ante la actitud de su hermana. Leo ya había intentado entablar una conversación sobre la India con los criados de los Campbell, pero aquellos con los que habían tratado procedían de Inglaterra, y no habían podido interaccionar mucho con nativos, excepto con algunos culíes que las

habían atendido en el trayecto de Calcuta a Baipur. Y esos trabajadores indios con míseros sueldos no se habían mostrado muy habladores.

—No sería correcto, *memsahib* —contestó el chico, tragando saliva.

Leo hizo caso omiso y siguió interrogándolo.

—¿Eres un sij?

Surinder asintió. Parecía haber recuperado la compostura, aunque mantenía un ojo vigilante en Lemy, que se había acercado con demasiada inocencia a él. La niña seguía mirando sin parpadear la tela que le rodeaba la cabeza y envolvía sus cabellos por completo.

—¿Qué es un *siz*? —exigió saber la pequeña. El aire se le escapaba por el hueco donde debería haber estado el diente de leche que se le había caído durante la travesía.

Leo puso los ojos en blanco.

—Se dice sij —remarcó.

Lemy bufó sin apartar la vista del chico, a la espera de una respuesta a su pregunta.

—Un sij es un habitante de la región del Punyab, *memsahib*. Veneramos las enseñanzas de los diez gurús sijes.

Cam se compadeció de Surinder. El pobre parecía algo superado por la situación de verse avasallado por tres damas británicas que habían recibido una educación muy permisiva por parte de su abuelo. Su expresión de alivio fue casi cómica cuando la misma doncella india que las había atendido antes llamó a la puerta y anunció que la señora Ingram las esperaba en el salón.

Por suerte para Lemy, a pesar de su edad, habían decidido permitir que asistiera a las comidas y eventos privados de la familia. Las tres descendieron juntas la escalera y atravesaron las amplias puertas que llevaban al salón. Allí había otro sirviente, mayor que Surinder, que hacía oscilar el *punkah* sobre la rubia cabeza de Edith.

Cuando Cam vio a aquel hombre de tez renegrada y mirada vacía, sintió el familiar nudo de inquietud en la garganta. Inspiró hondo para que el nudo bajara al fondo de su estómago hasta deshacerse. No quería que sus hermanas se preocuparan más. Le habían preguntado cómo se sentía cada dos minutos desde que llegaron a Calcuta. Y ella las adoraba por ello.

Aún no había ni rastro del gobernador, pero su esposa se encontraba en un

encantador rinconcito con ventanas al exterior, iluminado por las últimas luces de la tarde. Una mesa baja con patas de marfil, un sofá y dos sillones tapizados en brocado verde componían el resto de la apacible escena.

Lemy se dedicó a recorrer la estancia, tocando cualquier objeto que estuviera a mano. Cam y Leo se sentaron junto a su prima, que les dedicó una sonrisa tímida.

—¿Cómo estáis, queridas? ¿Habéis logrado reposar un poco?

Cam fue la primera en responder con cortesía.

—Ha sido un alivio refrescarnos después de un viaje tan agotador. —Pese a sus turbulentos sentimientos por Warwick, no podía reprochar nada a Edith. Su actitud había sido mucho más impecable que la suya. «Menos inmoral, todo lo contrario que mi comportamiento y mis pensamientos hacia el capitán», rectificó para sí, con un sonrojo—. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro bastante descansada. Gracias.

Ya casi había anochecido, y la luz de las velas que encendían los sirvientes arrancaba destellos de su vestido azul celeste. La muselina negra de Cam y la gris oscuro de Leo, en cambio, absorbían cualquier rastro de claridad.

Hubo un momento de silencio algo incómodo, que rompió Leonelle.

—¿Y nuestro primo? ¿También se encuentra bien?

Edith emitió un tenue suspiro.

—Edward parece agotado —dijo con voz queda—. Ahora mismo está encerrado en su despacho con un teniente, o algo parecido. No ha parado de trabajar durante todo el trayecto.

—Es bastante comprensible —asintió Leo.

Las dos damas se quedaron mirándola con aire interrogante, y ella se ruborizó.

—Bueno, no es que haya hablado con él, ni con nadie —se apresuró a decir, colocándose las gafas—, pero es evidente que controlar la situación en Merala tras el ataque al palacio del marajá Moolam Pagri no debe de resultar sencillo.

Otro sirviente depositó una bandeja con un poco de limonada sobre la mesita. Cam dio un sorbo antes de hablar.

—Leo, ¿cuándo entenderás que las cosas que para ti son evidentes pasan inadvertidas para el resto de los mortales?

—En especial si son aburridas —aportó Lemy con desparpajo. Y se desplomó sin ceremonias en el sofá, junto a Leo, para colocarse la cinta granate que sujetaba algunos de sus cabellos. El resto caía sin orden ni concierto sobre el vestido del mismo color.

Fue obvio que Leonelle se contuvo con todas sus fuerzas para no sacar la lengua a sus hermanas. Se conformó con chasquearla, porque era una dama.

—Toda la familia real fue... —Se interrumpió para tapar las orejas de Lemy con las manos. Su cara era de satisfacción al apretar fuerte. Luego continuó con su explicación—: La familia real fue asesinada. Exterminada por completo por soldados indios renegados que desaprobaban sus lazos con los ingleses.

Lemy se revolvió hasta que consiguió liberarse.

—¿Qué has dicho? —Hubo una pausa—. ¿Qué es lo que has dicho? —insistió.

Todas la ignoraron, y se puso de morros.

—Eso es terrible —murmuró Cam, con el vello de punta. Entonces, se le ocurrió algo—: Si no queda vivo ningún familiar del marajá, ¿quién será el nuevo sucesor al trono de Merala?

—Ese es el problema —prosiguió Leo—. Cuando la Compañía de las Indias Orientales estaba al mando de la India en nombre de Inglaterra, el gobernador general, lord Dalhousie, implantó la «Doctrina del Lapso». Con ella se anexionaba al territorio británico cualquier estado nativo que no tuviera descendiente directo, lo que creó un gran malestar en el país. En cambio, desde que la Corona se ha hecho con el poder, lord Canning ha exigido una política más liberal y transigente. Aparece en todos los periódicos de Londres.

Cam aún se maravillaba de la inteligencia de su hermana.

—Aunque esa doctrina esté obsoleta, si no queda ningún heredero, ¿no debería encargarse Inglaterra de administrar Merala? —preguntó, sumamente interesada.

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero creo que lord Canning teme que se produzcan revueltas y protestas si el estado pasa a manos del Raj británico. Aunque tienen tratados con Inglaterra y aprueban nuestra presencia aquí, el pueblo quiere a su propio soberano. Por eso me parece una situación muy

difícil para nuestro primo.

Leonelle era brillante. Cam se sintió culpable por no informarse más sobre el lugar que se iba a convertir en su nuevo hogar, pero creía que si cerraba los ojos a lo que estaba por venir, aquello no sería real.

En realidad, las noticias sobre la historia del capitán Warwick eran las que habían acaparado toda su atención en Inglaterra. Y lo que ocupaba su tiempo ahora era recordar sus besos y recopilar cualquier pequeño detalle que dejara caer la gente sobre su vida.

Edith permanecía callada. Un suave rubor teñía sus mejillas, lo que indicaba que sus pensamientos seguían el mismo curso que los de Cam.

—Pese a que soy la esposa del gobernador, desconocía por completo lo que ocurre aquí —comentó, más bien para sí misma—. Aunque traté de interesarme, Edward me dijo que no debía ocupar mi mente con asuntos de hombres.

Leo emitió un suspiro exasperado.

—Y sigo teniendo razón, querida. No debes atormentar a tu preciosa cabeza con esas tribulaciones —dijo el gobernador Ingram desde la puerta—. Mi querida Leonelle, algún día tu curiosidad te meterá en problemas.

Con estas oscuras palabras, las escoltó fuera del salón, no sin antes recordarles que no debían tener un trato demasiado personal con los sirvientes. Su mirada no se movió de Cam al decirlo.

Antes de entrar al comedor, Carmentia sintió un cosquilleo en la espalda, como si la estuvieran observando. Al girarse, vio la espalda de un hombre ataviado de manera elegante que desaparecía por la puerta de entrada. Llevaba un bastón cuya empuñadura tenía una impresionante bola de plata.

Debía de ser el hombre con el que se había reunido Edward.

Estaba marcado por una profunda cojera.

Jason entró en la residencia de los Ingram unos días después, tras atender las muchas obligaciones que había descuidado durante casi un año, ya que no había vuelto a pisar Baipur desde el ataque. El salón parecía atestado de personas esperando para entrevistarse con el gobernador, pero apenas les prestó atención.

Estaba enfadado con Carmentia.

La muy insensata había despedido a Surinder de su habitación sin miramientos. Claro que ella no podía saber que Jason había enviado al joven sij al *bungalow* del gobernador para cuidarlas y velar por ellas mientras él no pudiera estar cerca. Por fortuna, había bastantes puestos que cubrir, y el chico formaría parte del servicio de las hermanas Ingram de todas maneras. Era muy diestro con el puñal pese a su edad, y digno de toda su confianza. Podría decirse que Jason lo había adoptado cuatro años atrás, cuando el niño perdió a sus padres en un virulento brote de fiebre al norte de la India. Nunca olvidaría cómo lo encontró en una misión de reconocimiento en el Punjab, desnutrido y casi sin energías pero con ganas de seguir luchando por sobrevivir.

El capitán, que también había perdido a su padre, y luego a su madre, en una etapa demasiado temprana de su vida, sintió empatía por el pequeño huérfano. Surinder, a cambio, le había entregado su lealtad absoluta en cualquier situación.

«Incluso en situaciones con mujeres cuyo juicio es discutible». Jason recordó su enfado. Maldijo entre dientes y se acercó al aparador para escanciarse dos dedos de coñac.

Pensaba terminárselos de un trago mientras esperaba cuando una fuerte palmada en la espalda casi le hace derramar el contenido del vaso sobre la alfombra.

—¡Jason, muchacho! —rugió una voz a sus espaldas.

Hacía años que habían dejado de llamarlo muchacho. Para ser más precisos, desde el momento en el que comenzó a aventajar en altura y anchura a todos sus compañeros, cuando era un soldado recién alistado en el ejército. Solo existía un hombre en Merala que pudiera permitirse el lujo de considerar al capitán Warwick un mocoso.

Jason se volvió con una sonrisa hacia el pelirrojo coronel del Cuarto Regimiento de Fusileros de Bengala. Su enojo se disipó un poco al encontrarse con el enorme oso cavernario que era su superior. Le dio un fuerte apretón en el hombro.

—Me alegro de verlo, coronel Ferguson.

—Lo mismo digo, chico. Desde luego que sí —respondió el escocés—. Ya era hora de que volvieras a tu puesto.

Era su brusca manera de demostrarle que celebraba su regreso.

—Pensaba solicitar una reunión con usted esta semana.

—Sí, sí. Claro.

Estaba algo distraído. Su mirada aguda registraba el fondo de la sala, como si buscara a alguien. Entonces, agitó su monstruoso brazo izquierdo mientras gritaba:

—¡Vamos! Mueve tu cojo culo hasta aquí, maldito enclenque. Ya basta de lloriqueos.

Los hombres más cercanos a la escena guardaron silencio. Jason pudo oír el rítmico golpeteo de un bastón al impactar contra el suelo encerado de madera.

La silueta fue tomando la forma de un hombre que le resultaba muy familiar a Jason. Los cabellos un poco más oscuros que los suyos, unas extremidades desgarbadas y un bigote descuidado que apenas ocultaba el rictus de dolor de su boca.

—Harris.

George Harris.

Jason apenas podía confiar en sus propios ojos.

Los dos amigos se miraron sin parpadear. Cada uno estaba viendo a un fantasma.

Entonces, obedeciendo a una señal invisible, se fundieron en un abrazo fraternal que apenas duró unos segundos. Se apartaron con bastante incomodidad al darse cuenta de su reacción, pero toda la confusión y el horror que habían vivido quedaron plasmados en ese instante.

Un rato después, tanto el teniente Harris como Jason se hallaban cómodamente arrellanados en los sillones de brocado verde del salón del gobernador. Por fin podía degustar su coñac sin contratiempos.

—Una bala me astilló el fémur —explicaba Harris, cuyas manos sujetaban el vaso de forma un tanto inestable—, me estaba desangrando. Tenía tantas heridas que me desmayé, y los cipayos me debieron de dar por muerto. Cuando me desperté, estaba rodeado de cadáveres. Intenté llamarte, pero solo me respondió el silencio.

Apuró la copa de un trago para darse fuerzas antes de continuar.

—No sé cuánto tiempo pasé tirado allí hasta que unos culíes me encontraron y me entregaron a varios soldados del regimiento. Habían acudido para rastrear la zona al ver que no habíamos llegado a Baipur en la fecha prevista. —Dejó el vaso con un golpe seco contra la mesa—. No pudieron hacer nada por mi pierna izquierda. Ahora soy un tullido.

Su historia le resultaba a Jason un tanto extraña. Las mismas personas que lo rescataron a él deberían haber rescatado a Harris aquel día. Pero la expresión de su rostro era la de un hombre torturado, ya no quedaba apenas nada del jovial teniente, y no pudo hacer otra cosa que creerle. Se lo debía por todos los años que habían luchado juntos y se habían guardado las espaldas.

—Estás vivo, eso es lo que importa —respondió. Y eso suponía para Jason un alivio que no podía expresar con palabras—. Aunque me sorprende que Canning no me dijera nada las dos veces que me presenté en Calcuta.

El aludido se encogió de hombros. Sin embargo, la agonía en su mirada desmentía ese gesto despreocupado.

—Tras la herida, la fiebre se cebó tanto con mi cuerpo que los médicos no sabían si viviría o moriría. Después, pasé una etapa tan negra que quise aislarme del mundo, desaparecer bajo los litros de alcohol y láudano que me enturbiaban lo suficiente la mente como para olvidarme del dolor. Incluso llegué a plantearme abandonar para siempre la India y dejar todo atrás, y así se lo expresé a Canning. Supongo que, en ambas ocasiones, el virrey no se molestó en hablar de una situación que podría cambiar en un instante. Conmigo bajo tierra o exiliado.

Harris se recostó contra el sillón, como si contarle su terrible experiencia lo hubiera dejado exhausto. Jason se removió, incómodo, sin saber muy bien cómo consolar a su amigo.

—¿Y qué me dices de ti, Warwick? ¿Cómo sobreviviste?

Soltó un suspiro trémulo.

—Un *sadhu* me encontró en su peregrinación hacia Benarés. —Estuvo a punto de reír al comparar a un desaliñado asceta hindú con sus auténticos salvadores, a quienes debía el seguir respirando. Pero ellos escondían un secreto demasiado grande como para ponerlos en peligro si pronunciaba sus nombres. Aunque se sentía mal por mentir a Harris, aún era pronto para confiar del todo en él, así que se ceñiría a la historia oficial que había contado —. Dijo que me halló inconsciente en el camino y lo interpretó como una señal de los dioses para ayudarme.

Dejó también su vaso sobre la mesa, con más suavidad.

—Al igual que te ocurrió a ti, la fiebre y los medicamentos me dejaron sin muchos recuerdos de los meses que siguieron.

El teniente asintió de forma comprensiva.

—No creo en sus dioses (y he perdido la confianza en el nuestro, para el caso), pero espero que ese hombre alcance el nirvana, o donde quiera que vayan esos jodidos locos.

Tras varios años en el subcontinente, ambos habían visto gurús, yoguis, *sadhus* y demás hombres santos que dedicaban su vida a la meditación y a la penitencia. Era imposible ignorar a aquellas figuras enjutas que cubrían sus cuerpos con harapos anaranjados y sus rostros con cenizas. Vivían de la

caridad y la veneración de los pueblos por los que pasaban, como pequeños milagros.

Eran parte de hechos inexplicables, de maravillas que solo ocurrían en la India.

Jason asintió a su vez y alzó la copa en un silencioso brindis.

—Por el nirvana.

El teniente alzó la suya, ya vacía, y se quedó mirando las gotitas que se deslizaban por el cristal.

—Has visto a la señora Ingram, ¿verdad? —dijo entonces, con la voz algo titubeante.

—He venido con Edith desde la maldita Inglaterra —respondió Jason con tono áspero.

Harris trago saliva, y su nuez se movió de forma convulsa.

—Até cabos cuando fui a visitar al gobernador. No puedo ni imaginar lo que habrás sentido al verla.

—Al verla casada con otro, quieres decir —replicó Jason, irónico.

Harris tuvo la decencia de sonrojarse un poco.

—Estoy seguro de que ella también sufrió al pensar que habías muerto, capitán.

Jason optó por servirse más coñac.

—Por eso corrió a casarse con el nuevo gobernador. —Aunque trató de evitarlo, el tono de su voz fue un poco amargo.

—No puedes culparla. Ingram es una persona muy persuasiva. Y una mujer necesita casarse...

Jason alzó la mano para cortar en seco a Harris. No quería escuchar nada más. Cualquier explicación que pudiera darle Edith llegaba tarde.

Hacía mucho tiempo que no sentía la familiar punzada de dolor en el pecho cuando pensaba en su antigua prometida. En cambio, la dulce mirada de Carmentia Ingram y el recuerdo de aquella boca plena que pedía a gritos ser besada atormentaban sus pensamientos a todas horas.

—Parece que conoces bastante bien al nuevo gobernador —dijo, para desviar el tema.

Harris aferró el bastón del que ya no podría separarse nunca e hizo girar la oscura madera. La empuñadura era una perfecta bola de plata, decorada con

filigranas que destellaban con los rayos de sol que se colaban por los ventanales.

—Lo cierto es que puso un gran interés en contactar conmigo tras enterarse de lo sucedido a nuestro destacamento. —Se removió inquieto—. Y lo sucedido algunos días después.

—¿Te refieres a la masacre de Merala? —preguntó con tono tenso.

Harris asintió y se mesó el bigote, pensando en lo siguiente que iba a decir.

—Ya sabes que en el informe de Calcuta se concluye que esos mismos cipayos rebeldes fueron los que asaltaron el palacio del marajá Moolam Pagri y asesinaron a todos los infelices que encontraron en él.

Jason cruzó las piernas y puso una mano sobre la rodilla, intentando que no se notara la fuerza con la que apretaba el hueso.

—Asesinados con el cargamento de armas que transportábamos.

No era una pregunta, sino una afirmación, pero Harris volvió a asentir de todas formas.

—Y el antiguo gobernador se disparó en un accidente de caza solo unas semanas después de la masacre —prosiguió el capitán—. Jonathan Ingram no solía estar lo bastante sobrio ni como para acertar a un búfalo, pero de ahí a... —Quiso continuar, pero el teniente lo interrumpió.

—Sé lo que vas a decir, Warwick. Las coincidencias no existen. Por eso he aceptado el puesto de ayudante que me ha ofrecido el nuevo gobernador. —Se pasó la lengua por los labios resecaos ante la mirada atónita de Jason—. Me ha pedido que lo ayude a descubrir qué ocurrió de verdad durante aquellos días de caos.

Jason no dijo nada, porque eso era lo único que había tenido en mente desde que despertó, herido y ensangrentado, y Harris le agarró el brazo con fuerza.

—Mírame, Jason. Soy un despojo de lo que fui. Jamás volveré a ser un soldado. Pero al menos, no me iré a la tumba sin saber qué sucedió. La propuesta de Ingram me da esperanzas para salir del oscuro pozo sin fondo donde estoy metido.

El capitán se pasó una mano por el pelo y descruzó las piernas, haciendo que sus botas resonaran contra el suelo de madera del salón. Harris parecía una víctima tanto como él. Sin embargo, ¿qué podía querer el nuevo

governador de alguien hundido como George Harris? ¿Edward Ingram intentaba descubrir la verdadera causa de la muerte de su tío?

Aquello no encajaba con su idea de traidor.

En ese momento se escuchó un ruido de cristales al romperse y voces airadas que cada vez iban subiendo más el tono desde el despacho de Ingram. Jason se levantó como un resorte. Harris lo siguió con ciertas dificultades.

Cuando iba a llegar a la puerta del despacho, las tres hermanas Ingram, junto con Edith, aparecieron en su campo de visión. Su primera reacción fue rodear la cintura de Cam con el brazo izquierdo, acercarla a su cuerpo y estirar el brazo derecho para evitar que el resto de las damas siguieran avanzando. Surinder se materializó a su lado y sujetó a Lemy, que estaba a punto de escurrirse entre sus hermanas para situarse en primera fila.

Pese a la inquietante situación, Jason no pudo evitar el ramalazo de placer al sentir las curvas de Cam contra su mano. Había pasado demasiados días sin tocarla. Demasiados.

Ella no pareció darse cuenta, porque miraba fijamente la recia puerta de madera, detrás de la cual seguían llegando golpes y voces amortiguadas. Estaba tensa.

—¿Qué ocurre? —exigió saber con esa voz serena y con un tinte endulzado que lo desarmaba—. Estábamos en la biblioteca y hemos escuchado los gritos.

—Pienso averiguarlo, señorita Ingram —respondió por encima de su pesado moño pelirrojo. Ahora ya sabía que ese sencillo recogido escondía una exuberante melena que llegaba casi hasta su cintura, repleta de rizos seductores del color del amanecer que se enredaron entre sus dedos al besarla. Carraspeó antes de continuar—: Pero ustedes, mis intrépidas damas, se quedarán aquí.

Esto último lo dijo con un leve apretón de advertencia en su cintura. Notó el pequeño estremecimiento que la recorrió.

Resistió a duras penas el impulso de bajar la cabeza y depositar un beso en su nuca descubierta.

Siempre había sido un hombre comedido, que podía mantener sus emociones bajo control.

¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

Se apartó de ella y, cuando estaba a punto de accionar el picaporte de la

puerta, esta se abrió con tanta violencia que rebotó contra la pared, lo que provocó otro estruendo.

El coronel Ferguson ni se percató del revuelo, porque seguía vociferando a la vez que salía a grandes zancadas del despacho.

—¡Es usted un imbécil, Ingram! ¡Un pomposo inglés que acaba de poner sus impecables y pedantes pies en la India y ya se cree que lo sabe todo! —rugió. Estaba tan rojo que parecía que iba a darle una apoplejía, y su acento escocés era más pronunciado.

El gobernador, en cambio, salió con paso tranquilo detrás de él. Solo una ligera tensión en las mandíbulas daba muestras de que lo afectaban los insultos del coronel.

El resto de los allí presentes eran testigos de la escena con las bocas abiertas de par en par.

—¿Qué sucede, gobernador? —preguntó uno de los oficiales más cercanos a la escena.

—Una discrepancia de opiniones entre el coronel y yo —respondió con calma el aludido.

—¡Ja! Discrepancia, y una mierda —escupió Ferguson—. Lo que usted acaba de hacer es un despropósito. No lo creería si no hubiera leído que el propio Canning ha dado su aprobación.

Ingram encogió sus estrechos hombros en la austera levita negra que llevaba.

—Las cosas son así, coronel.

—¿Podrían ser más explícitos? —intervino Jason, con impaciencia.

—Por supuesto, muchacho —replicó el coronel Ferguson, girándose hacia él—. A mí también me gustaría que el gobernador explicase por qué demonios Nasir Al-Musavi ha sido nombrado el nuevo nabab de Merala.

—¿Nasir? —repitió Jason; el resto del grupo parecía presa de la misma incredulidad—. ¿Qué locura está diciendo?

—Veo que ha tomado por costumbre juzgar mis acciones, capitán Warwick —dijo el gobernador—. Es mi deber volver a recordarle, así como al resto —esta vez lanzó una aguda mirada a Ferguson—, que se están extralimitando.

Jason apretó los puños y se acercó al gobernador, pero el bastón de Harris lo detuvo con disimulo.

Sin añadir nada más, Ingram dio media vuelta y volvió a encerrarse en su despacho. Una algarabía de voces hablando a la vez se desató en el exterior.

La mirada de Cam saltaba de unas caras furiosas a otras conmocionadas, como si estuviera viendo uno de esos juegos de raqueta que se disputaban en Inglaterra. Aunque sus ojos eran atraídos una y otra vez por el capitán Warwick. Este se pasaba las manos por el pelo mientras hablaba acaloradamente con el gigante que había salido dando voces del despacho y el caballero con bastón que visitaba su casa últimamente.

—¿Crees que tu capitán nos podrá explicar todo este lío? —inquirió Leo en voz baja, después de acercarse a ella.

—¡No es mi capitán! —aclaró Cam, gritando todo lo que se podía gritar en un susurro.

Miró alarmada a su alrededor.

Lemy se había aferrado a Surinder, algo asustada por las voces airadas de tantos hombres. El chico las había acompañado durante todo el día, y su hermana pequeña parecía haber dado con su nuevo mejor amigo. Aunque, para eterna preocupación del sij, seguía sin quitarle el ojo de encima al turbante. Por suerte, Cam también se sentía a gusto en presencia de Surinder.

Edith no sabía muy bien qué hacer con las manos, hasta que pareció decidir que apretujarse la falda del vestido era una buena opción.

Leo la sacudió un poco para que volviera a prestarle atención.

—¿Te das cuenta de que ha dicho nabab y no marajá?

Cam se estrujó el cerebro antes de hablar.

—Una vez dijiste que los marajás son hindúes y los nababs, musulmanes, ¿verdad?

—¿Y sabes qué más? —dijo Leo, con un asentimiento.

Cam se encogió de hombros, impotente.

Leonelle volvió a colocarse las gafas en ese gesto tan característico suyo, y algunos mechones castaño claro se agitaron con el movimiento.

—Desde los tiempos de la dominación del Imperio Mogol en la India, cuyas raíces son islámicas, han existido rencillas entre hindúes y musulmanes —dijo, con su voz de marisabidilla, y a Cam le pareció que le estaba hablando

en persa, urdu o cualquier otro idioma que se escapaba a su comprensión—. Si Merala ha estado tanto tiempo bajo el dominio de un marajá, ¿por qué querría el primo Edward que un nabab sea ahora quien gobierne?

—Esa es una pregunta interesante, *memsahib* —dijo una voz profunda a sus espaldas. Tenía una cadencia gutural y extraña, como si pegara las consonantes al paladar.

Ambas se volvieron, sobresaltadas, para encontrarse cara a cara con un hombre cuyo físico resultaba demoledor. Iba descalzo, como la mayoría de los nativos que habían visto al llegar al país, pero su cuerpo musculoso nada tenía que ver con la delgadez extrema de estos últimos. Una larga tela blanca se ajustaba a sus caderas a modo de faldón, y uno de los extremos colgaba sobre el hombro izquierdo, lo que dejaba casi todo el torso, con apariencia de granito, al descubierto. La primera reacción de Cam fue tapar sus ojos con una mano y los de Leo con la otra. Pero se contuvo a tiempo.

Rayas horizontales, pintadas también de blanco, destacaban sobre su esternón y sobre su rostro, y un pequeño punto rojo le adornaba la frente.

Lo rodeaba un halo de misterio, y su piel se mostraba de un cálido marrón. No era como el tono dorado de Warwick, fruto de los años bajo el inclemente sol del Indostán, ni tan oscuro como el de otros indios. Era de un color natural y exótico, como el café recién hecho. Sus increíbles ojos verdes las atravesaron a las dos, y el pelo renegrido le colgaba casi hasta los hombros con destellos azulados. Su boca ancha estaba apretada en clara señal de disgusto.

Cam fue la primera en reponerse, quizá debido a que todos sus sentidos ya estaban saturados por el capitán Warwick como para dejarse impresionar por otro hombre apuesto. Leonelle, en cambio, se había puesto colorada, además de haberse quedado muda por completo. Algo digno de ver.

—Creo que no tenemos el placer de conocerlo, señor... —Cam dejó la frase en el aire, para darle a él el turno de palabra.

—Me llamo Ban, *memsahib*.

—¿Solo Ban? —dijo, con una inquisitiva ceja rojiza alzada.

—Solo Ban —repitió el extraño, haciendo eco de sus palabras.

Antes de que pudiera decir nada más, Cam sintió una presencia tras ella. Por el súbito cosquilleo de sus extremidades, supo de quién se trataba. Parecía

como si Jason todavía le rodeara la cintura con el brazo. Aunque solo lo admitiera ante sí misma, había echado mucho de menos su contacto. Tenía la extraña sensación de que, si no hubieran tenido tanto público en el salón, el capitán la habría apretado contra él hasta que sintiera cada centímetro de su cuerpo pegado a su espalda. Sacudió la cabeza para apartar esa alocada idea, a tiempo de ver cómo Warwick se adelantaba y estrechaba la mano del señor Ban con entusiasmo pero sin sonreír.

—Has tardado —le reprochó—. Aunque, pensándolo bien, llegas en el momento justo.

—Lo sé, *huzoor* —replicó Ban, también serio.

—¿Se conocen? —dijo Carmentia.

El sonrojo de Leo iba remitiendo poco a poco, aunque se alejó sin muchas sutilezas hacia Lemy y Surinder, unos pasos más atrás. Edith, en cambio, parecía estar más cerca que antes y escuchaba con atención.

—Así es —contestó Jason—. Ban, déjame presentarte a la señorita Carmentia Ingram. Estas elegantes damas son sus hermanas, las señoritas Leonelle y Lemy. —Las señaló con un ademán de la mano—. Y ella es la señora Ingram, la esposa del nuevo gobernador.

—Así que ellas son el famoso cuarteto Ingram —dijo Ban, con algo de humor, como si ya hubiera tenido noticias de ellas.

Jason frunció el ceño sobre una mirada nada halagüeña y continuó:

—Verá, señorita Ingram, el santón que me encontró malherido me dejó en una pequeña aldea a varios kilómetros de Baipur. Ban fue quien me acompañó durante mi convalecencia.

El señor Ban se encogió de hombros, como restándole importancia al asunto, pero Cam no pudo evitar dar un respingo, asombrada.

—¡Oh! Entonces, es usted médico. Qué suerte para el capitán Warwick contar con su ayuda.

No se percató de las miradas que intercambiaron los hombres, ni del casi imperceptible gesto negativo de Ban cuando Jason iba a hablar, porque estaba sumida en sus pensamientos. Sabía que no sería cortés lanzarse al interrogatorio al que quería someter al recién llegado: ¿quién, exactamente, encontró a Warwick? ¿Estaba muy malherido? ¿Sufrió mucho? Eran preguntas que no se atrevía a hacerle cara a cara al capitán, pero deseaba hallar

respuestas. Quería saberlo todo sobre él. Como si así pudiera consolarlo...

Impulsada por un motivo que se negó a racionalizar, se dirigió a Ban:

—Creo que aquí nos vendría bien alguien como usted —empezó con cierta vacilación—. Por lo visto, el doctor actual es bastante mayor. Podría colaborar con él.

Pensó en lo que Leo le había comentado sobre el anciano médico que atendía al gobernador y su pulso inestable cuando las visitó para echar una ojeada a un rasguño de Lemy. No era ningún pretexto para mantener dentro de su alcance a una persona que era tan importante en la vida de Jason, ¿verdad? Era una proposición muy lógica, en beneficio de todos. O eso se obligó a creer.

Warwick estaba a punto de decir algo, pero se encontró con la mirada del indio. Parecieron comunicarse algo más entre ellos.

—Sería un honor, señorita Ingram —dijo por fin Ban, luego su cara se oscureció un poco—. Pero dudo que el médico al que se refiere me quiera tener cerca. Nuestros métodos son radicalmente opuestos.

—¿Qué quiere decir?

—Ban es un brahmán —contestó Jason por él—. Como sabe, la sociedad india está dividida en cuatro castas: los *shudras* o siervos, los *vaisyas* o comerciantes, los *chatrias* o guerreros y los brahmanes, los eruditos. Ellos utilizan el Ayurveda, la medicina tradicional hindú. Es tan válida como la nuestra, pero no tiene nada que ver con lo que está acostumbrada.

—Sin ánimo de ofender, me temo que los europeos son bastante intransigentes e imponen sus convencionalismos sin importar dónde se encuentren —terminó Ban.

Leo se aproximó de nuevo a ellos. Todavía permanecía un ligero rubor en sus mejillas.

—Eso suena bastante extremo, ¿no cree? Da por hecho que el doctor Hart no aceptará sus procedimientos médicos, pero ¿consentiría usted en adaptarse a los suyos? ¿Le ha consultado siquiera sobre el tema?

—Habla usted con un aplomo envidiable, señorita Leonelle. Pero déjeme preguntarle una cosa: ¿se pondría en mis manos?

—Pues...

Su hermana abrió la boca, pero no salió ningún sonido por segunda vez en

pocos minutos.

—Lo que suponía —dijo el brahmán, con los ojos verdes entrecerrados.

El capitán Warwick cruzó los brazos y se llevó la mano a los labios para meditar el asunto. Cam estuvo a punto de perder todo el hilo de la conversación al ver esa palma ancha y morena rozar su boca.

—Lo cierto es que sería una ventaja que estuvieras aquí —estaba diciendo Warwick—. Si pudiéramos convencer a Hart...

—Yo... puedo hablar con Edward. —Edith hizo acopio de toda su fuerza para intervenir en la conversación—. Estoy segura de que, si le explico que es usted médico y que ayudó a recuperarse al capitán Warwick, mi marido aceptará que se quede aquí. No suelo pedirle muchas cosas, así que sabrá que es importante.

Quizá era la frase más larga que Cam había oído pronunciar a su prima política desde que se conocían.

Ban inclinó la cabeza en una cortés reverencia hacia la dama, pero fue la hermosa sonrisa que le dedicó el capitán Warwick a Edith lo que hizo que Carmentia sintiera una punzada en el pecho.

—Le estaría muy agradecido, señora Ingram.

Cam no tenía por qué estar celosa.

Pero Edith parecía brillar.

Con el ambiente enrarecido en el salón, y sin ánimos para ver cómo terminaba el intercambio entre Jason y su prima, se zafó como pudo con una despedida sin sentido. Subió con sus hermanas hasta sus habitaciones y, una vez arriba, se reprendió a sí misma por no informarse sobre los problemas entre Edward y el gobierno de Merala. Se había distraído con demasiada facilidad.

Para terminar de estropear el día, cuando entraron en el cuarto ya había un inquilino acomodado sobre la pared. Las miró con sus ojos redondos y de un amarillo como el de la yema de huevo. Empezaron a chillar, Lemy muy exaltada, Cam y Leo muertas de asco, intentado atrapar al *gecko*, hasta que el escurridizo reptil, de un vistoso color azul con puntitos rojos y naranjas, consiguió escabullirse por una rendija y ponerse a salvo. En especial de Lemy.

El amanecer sorprendió a Ban y a Jason en el *bungalow* de este último. Habían pasado la noche sin dormir, enfrascados en una larga conversación. Hacía meses que no se veían, a pesar de haber intercambiado una correspondencia intermitente, y tenían mucho que contarse.

Ban era una de las pocas personas que tenía tanto derecho como Jason a descubrir qué ocurrió en Merala, incluso más. Pero a Warwick, después de pensarlo mejor, el hecho de que el brahmán permaneciese en Baipur, y más aún en calidad de médico del gobernador, le parecía muy arriesgado. Alguien podría reconocerlo.

Ban descartó sus protestas con un fluido gesto de la mano y lo instó a cambiar de tema con una firmeza que no dejaba lugar a más discusión.

Frunció el ceño cuando Jason pasó a hablarle de su reencuentro con el teniente Harris.

—Me extraña que los culíes que auxiliaron al teniente no se ocuparan también de ti, todavía te quedaba algo de aire en los pulmones cuando Ambika llegó —dijo.

—A mí tampoco me encaja la historia de Harris, pero deberías haber visto su cara, Ban —fue la respuesta de Jason—. Puede que le avergüence confesar que decidió marcharse con los culíes sin haber comprobado antes que yo estaba vivo. De ser así, no puedo reprochárselo, aquello era el infierno. Nos conocemos desde hace muchos años, y me encontré ante un hombre destruido. ¿Qué podría haber ganado él por lo que mereciera la pena perder la pierna?

—No tiene mucho sentido —asintió su amigo—. Pero sería mejor no perderlo de vista.

—No lo haremos. Estará cerca del gobernador, al igual que nosotros.

—Hablando del gobernador. —Ban casi escupió la palabra—. No sabía que tuviera tratos con Al-Musavi. Qué suerte para él que los cipayos rebeldes fueran musulmanes y asesinaran al marajá, para después ser nombrado nabab de Merala.

—Yo tampoco puedo creer que el virrey haya cerrado los ojos ante algo

semejante. — Jason se paseó por su estudio con un hormigueo de furia—. Y que haya dejado el asunto en manos de Ingram sin una investigación más exhaustiva, pero ya te dije lo que ocurrió en Calcuta cuando traté de razonar con Canning.

Ban golpeó el puño contra la mesa con tanta fuerza que el tintero estuvo a punto de caer al suelo.

—Sí. Para él ha sido fácil desentenderse de un estado sin demasiada relevancia política o económica y cerrar lo más rápido posible un asunto que traería problemas. Pero Al-Musavi pagará, tarde o temprano.

Jason le palmeó el brazo y sacó una llave de la chaqueta, que introdujo en la cerradura de uno de los cajones de su escritorio. Sacó un papel bastante maltrecho, todo arrugado y con signos de haberse mojado.

—De momento, no podemos hacer nada al respecto —dijo. Se acercó de nuevo al brahmán—. Pero quiero enseñarte algo que encontré entre los papeles del gobernador. Quizá tú lo reconozcas.

Ban cogió el papel de mala gana. Cuando vio el dibujo, su semblante moreno perdió algo de color.

—¿Qué hacía Ingram con un dibujo del *Masha-i-noor*?

—¿Entonces sí que lo reconoces?

—Era uno de los tres grandes diamantes de la India junto al *Koh-i-noor* y el *Darya-ye-noor*, pero se perdió en una de las muchas batallas que sacuden esta tierra. Ahora solo es una leyenda.

—O quizá no —dijo Jason con voz lúgubre—. Imagino que vale una fortuna, tanto en dinero como en influencias.

—Vale todo un reino... ¿Crees que Al-Musavi lo tiene en su poder y por eso ha logrado el respaldo de Ingram?

Los dos se miraron un momento. Luego Jason echó un vistazo al reloj que reposaba sobre el escritorio. Cogió la casaca roja que estaba tirada con descuido sobre una silla para pasársela por los hombros.

—No somos lo que se dice «confidentes», es más, nuestro mutuo desprecio es evidente, así que dudo que nos dé alguna información. Pero creo que ya es una hora decente para visitar la casa del gobernador.

—Y a las mujeres Ingram —dijo Ban, acercándose a la puerta.

Pareció pensarse lo que iba a decir a continuación.

—Tal y como me dijiste en tu carta, la hermana mayor posee una rara belleza, uno no puede evitar fijarse en sus ojos. Y no parece albergar los prejuicios que la otra hermana tiene contra mí.

Jason se acercó mucho a él; ambos eran de estatura parecida.

—Mantente alejado de Carmentia, Ban.

—Ya sabes que hace tiempo que huyo de las inglesas como de la peste. Solo estoy diciendo que, si tuviera que interesarme en una, sería en ella.

—Vete al infierno —dijo Jason entre dientes—. Y más vale que hoy te pongas una camisa, maldito exhibicionista.

Echó a andar sin esperarlo, aunque las risas del brahmán lo acompañaron hasta la salida.

Cuando llegaron al *bungalow*, Ban se quedó fuera del despacho. La conversación de Jason con el gobernador fue tan escueta y tensa como había previsto. Esquivó con habilidad cualquier alusión directa o indirecta a Al-Musavi y, cuando los ánimos se caldearon, el capitán prefirió salir de la estancia echando chispas. Estaba atado de pies y manos en cuanto al diamante para no revelar su visita secreta al camarote de Ingram en el *Valiant*. Tendrían que continuar con la investigación por su cuenta.

Apenas habían atravesado el umbral de la puerta principal, cuando un coro de voces femeninas atrajo su atención. Decidieron rodear la casa y ver qué sucedía.

Al llegar a la parte trasera, Jason hizo una seña a Ban para que guardara silencio. Los dos se refugiaron a la sombra de una higuera y contemplaron la escena.

Edith, Leonelle y Lemy parecían posar con sufrida paciencia con la veranda de madera pintada de blanco como fondo. Cuando Jason siguió la mirada hastiada de las damas, se encontró con un agradable cuadro. Una cámara fotográfica de caoba, sujeta por tres patas de madera en un equilibrio algo precario, apuntaba hacia las mujeres. El latón que envolvía la lente brillaba con destellos dorados bajo el sol. La silueta inclinada y vestida de oscuro solo podía ser la de Carmentia. Tenía la cabeza metida debajo de una tela negra para manipular el aparato. En esa posición, su delicioso trasero quedaba alzado al aire, y Jason sintió que le hormigueaban los dedos por el ansia de deslizar la mano por debajo del vestido para acariciarla. Empezaría por el delgado tobillo y subiría por la pierna, rozando el femenino hoyuelo en su

rodilla hasta detenerse en el muslo, pálido y lleno de diminutas pecas. Se detendría un instante, para sentirla temblar, y luego continuaría el ascenso hasta posar la palma en sus nalgas redondas y suaves...

Un chasquido de hojas acabó con su fantasía. Vio un destello pelirrojo cuando Carmentia sacó la cabeza de debajo de aquella tela. Jason miró a Ban de reojo y sintió ganas de darle un puñetazo. El hombre observaba a Carmentia con franca admiración.

—Solo será un momento más —dijo su hechicera—. Y no, Lemy, ese lagarto no puede sustituir al señor Besucón, por mucho que insistas. Ahora, estaos quietas, por favor.

Daba la sensación de que las damas incluso dejaron de respirar cuando Cam destapó el objetivo de la lente. El tiempo de exposición duró apenas unos segundos, pero pareció como si hasta los pájaros contuvieran el aliento para que la imagen saliera perfecta y no importunar a la fotógrafa.

Cuando todo acabó, Jason pasó por delante de Ban para bloquearle la visión de Carmentia.

—Señor Besucón —dijo, recuperado el buen humor—, un nombre de lo más interesante.

Las Ingram no parecieron sentir pena de que se viera interrumpida su actividad. Excepto Cam, que seguía estando muy quieta junto a la cámara. Su mirada se había quedado trabada con la de Jason.

—Es el nombre de mi caracol, capitán Warwick —dijo la alegre Lemy, dando saltitos a su alrededor con un traje azul marino y un delantal que lo cubría—. Cuando volvamos a Inglaterra, se lo presentaré, porque Leo no me dejó traerlo con nosotras —acabó, con tono algo enfurruñado.

—Eso debió de hacerla sentir muy mal, pequeña *memsahib* —se lamentó Ban. Miró a Leonelle y la retó a decir algo.

Desde la noche anterior, existía una clara animadversión entre ellos.

La aludida no dignificó aquello con una respuesta. Solo le lanzó miradas de reojo mientras el alto hombre se acercaba a una mesa sobre la que había muchos frascos de cristal, trapos y otros instrumentos que Jason no había visto nunca.

—Será mejor que no se acerque mucho —advirtió entonces Leo al brahmán.

—¿Teme que pueda estropear algo con mis torpes manos, *memsahib*? —respondió Ban, con un tono bastante cortante, sin apenas girar la cabeza. Estaba concentrado en las botellitas de aspecto frágil.

—Más bien que salga volando por los aires. —Leonelle Ingram parecía en plena forma tras el mutismo de la noche anterior. La joven se ajustó las gafas y continuó—: Los elementos que hay ahí son bastante inestables si no se manejan con cuidado.

Los dos hombres miraron a las mujeres como si les hubieran salido varias cabezas.

—Entonces, ¿qué hacen tomando fotografías cerca?

—Porque, sin esos componentes, no podríamos hacer las fotografías —resopló Cam. Resultaba evidente que era un tema que la apasionaba, porque se llevó las manos a las caderas y continuó con la explicación—: Hay que mezclarlos hasta obtener una sustancia que se extiende sobre una placa de vidrio y, después, añadirle sales de plata. La placa se coloca dentro de la cámara fotográfica y capta la imagen.

Ahora la mujer no apartaba la mirada de Ban, que se la devolvía con interés. Jason se estaba enfadando por momentos.

—La mezcla se llama colodión. Y también se la conoce como algodón pólvora porque lleva éter y puede explotar —dijo Lemy con soltura—. Me lo enseñó Leo cuando quise tocarlo.

Carmentia pareció querer fulminar a sus hermanas pequeñas con la mirada.

Aquello no le gustó a Jason. Nada de nada. La atravesó con los ojos.

—¿Me está diciendo, señorita Ingram, que usted se encarga de manipular algo tan peligroso?

Estaba haciendo uso de todo su autocontrol; por unas razones u otras, parecía que siempre le hacía falta en presencia de Carmentia.

Cam agitó las pestañas. Intentaba fingir un candor que no sentía.

—Por supuesto —dijo en respuesta a la áspera pregunta que le había lanzado el capitán—. Leonelle es de gran ayuda. Las dos hemos leído todas las revistas que se han publicado sobre técnicas de fotografía, así como los manuales del señor Gustave le Gray. Podría decirse que somos expertas.

Omitió decir que, en su primer intento de elaborar la mezcla, Leo se había

parapetado detrás de una estantería de la biblioteca de su abuelo. Después se había cubierto los oídos mientras leía a gritos los pasos del *Tratado Práctico de la Fotografía* de *monsieur* le Gray. Solo por si acaso.

Cam jamás había visto una fotografía hasta que se encontró por casualidad con un retrato de familia en un escaparate de Londres. Se enamoró al instante de la magia de captar momentos y conservarlos y, como su abuelo las consentía tanto, le pidió que le regalara una cámara fotográfica, a lo que accedió de inmediato. Aún recordaba la emoción que había sentido cuando insistió en acompañar a un lacayo a Foster Lane y se detuvieron ante la tienda de George Knight para recoger la cámara.

Los experimentos los hicieron a escondidas, por supuesto, o a su abuelo le habría dado un ataque al corazón.

Parecía que Jason Warwick podría sufrir el mismo contratiempo en cualquier momento, a juzgar por la vena que palpitaba en su cuello.

Sería mejor poner fin a aquello cuanto antes.

—Y ahora si me disculpan, caballeros, tengo que fijar la imagen o todo el trabajo no habrá servido para nada.

Echó a andar, pero la mano del capitán la detuvo al sujetarla del brazo.

—¿Y cómo, si se puede saber, llevará a cabo tal proceso? —preguntó, suspicaz.

Todas las miradas estaban fijas en ellos. Edith se había alejado bastante de la mesa de la discordia.

—Oh, bastante simple. Se mezclan algunas cosas aquí y allá —respondió Cam, encogiéndose de hombros.

Tonta. Siempre hablaba demasiado.

Debería haber sabido que aquello pondría más en guardia al capitán.

—Y esas... «cosas», ¿suponen algún riesgo? —Como no contestó, él continuó—: Sabe que me enteraré antes o después. —Y dirigió una significativa mirada a su hermana pequeña.

—Bueno... —vaciló ella; Lemy abriría la boca en cualquier instante—. Quizá sea un poco tóxico. Nada importante, puesto que estamos al aire libre.

—¿Tóxico?!

Sintió más presión en el brazo. El apuesto rostro del capitán estaba crispado por la cólera.

—¿Qué componente lleva?

Cam giró la cabeza. El que había hablado era Ban. Estaba muy cerca de su hermana Leo y la intimidaba con su estatura. La arrinconó contra la veranda, y Leonelle apretó los labios, pero el brahmán se inclinó más hacia ella.

Carmentia trató de zafarse del agarre de Warwick para echarle una mano a su hermana, sin ningún éxito.

—Cianuro potásico —desembuchó Leonelle.

«Vaya, muchas gracias, Leo. No has resistido ni dos segundos».

—¿Cianuro?! —bramó el capitán.

El grito, seco y furioso, asustó a dos loros que se habían posado en una rama cercana. Emprendieron el vuelo entre una nube de plumas rojas.

Varias venas más del cuello de Jason estaban ahora a la vista de forma alarmante.

—¡Santo dios, mujer! No te vas a volver a acercar a este artilugio del demonio.

Se hizo el silencio por completo en el claro detrás de la casa. Cam sintió dos bolas de calor que enrojecían sus mejillas.

La había tuteado en público, y la forma de sujetarla indicaba posesión, como si Cam le perteneciera y pudiera ordenarle cualquier cosa.

Vio la mirada atónita de sus hermanas. La mirada dolida de Edith. El impulso la llevó a echar la mano libre hacia atrás y a estamparla contra la cara del capitán. Él la soltó, más bien por la sorpresa.

—No es quién para darme órdenes, capitán. —Sintió las piernas algo temblorosas y echó a andar hacia el costado derecho del *bungalow*—. Y ahora si me disculpan...

Torció la esquina todo lo rápido que le permitían los metros de tela negra y las enaguas que la envolvían, sin fijarse hacia dónde iba. Se acercó a un pequeño bosque de tamarindos que lindaba con la jungla. Finos haces de luz solar se colaban entre las hojas, verdes a pesar de la estación en la que estaban. Cam alzó la cabeza para inspirar hondo y sentir el juego de luces y sombras sobre su rostro.

Al mirar hacia la jungla sintió un escalofrío. Nunca se había atrevido a alejarse tanto de la casa, pero aquel hombre la trastornaba tanto que necesitaba unos minutos a solas para serenarse.

De pronto fue empujada contra el nudoso tronco de uno de los tamarindos. El rostro del capitán se alzó sobre ella. Puso las palmas en la corteza, a ambos lados de su cabeza, enjaulándola. Su amplio pecho solo se separaba del suyo por milímetros.

—Tenemos un asunto pendiente, señorita Ingram.

—No tengo nada de qué hablar con usted.

—Yo creo que sí. —Solo obtuvo silencio—. ¿Vas a seguir fingiendo que no ocurrió nada en el barco?

Cam sintió que se ruborizaba.

—¿Después de tratarme como lo acaba de hacer piensa que le debo alguna explicación?

—Me disculpo por las formas, no por lo que he dicho. No te quiero cerca de nada peligroso para ti.

—Esa es mi decisión. No es usted, en modo alguno, alguien tan próximo a mí como para entrometerse.

—¿No lo soy? Por lo visto, tendré que recordártelo.

Cam volvió a ver ese brillo ardiente en sus ojos azules. Cuando el capitán le sujetó la cabeza con ambas manos y se inclinó sobre ella, no pudo moverse. Notó cómo posaba los labios con suavidad sobre los suyos, una caricia más que un beso. Al mirarlo, Cam vio que él también tenía los ojos abiertos para leer su expresión. Debió de ver aceptación, porque le dio un mordisco en el grueso labio inferior que la hizo gemir y le ladeó la cabeza para poder besarla a conciencia.

Cam le rodeó la cintura con los brazos, y, justo cuando se estaba entregando al abrazo, él se detuvo, dejándola frustrada.

—Cuando te beso —le susurró contra los labios—, no existe otra mujer sobre la Tierra excepto tú. Cuando te toco. Cuando te miro. —Bajó la cabeza, acercó la boca al hueco entre su clavícula y su hombro e inspiró hondo—. Cuando respiro tu aroma. Incluso cuando no estás. Solo existes tú.

Cam sintió algo cálido deslizarse por sus mejillas. Los pulgares algo ásperos del capitán limpiaron sus lágrimas con dulzura.

¿Cómo se respondía a un sueño? ¿Al deseo que más anhelaba en el fondo de su corazón y al que se había resistido con absoluta fiereza por imposible?

Jason acababa de confesar que sus besos solo le pertenecían a ella.

Incapaz de pensar, mucho menos de hablar, Cam le echó los brazos al cuello. Escondió la cabeza en su garganta para después depositar un tímido beso en su piel morena y salada. Sintió cómo el poderoso cuerpo de Jason se estremecía contra el suyo.

La apartó un poco para poder mirarla.

—Y más vale que tú solo pienses en mí —refunfuñó. Aunque su mirada era cálida.

Sin darle tiempo a contestar volvió a besarla, esta vez de una manera posesiva que dejaría su marca para siempre.

Antes de que pudieran darse cuenta, estaban los dos despeinados y con el aliento entrecortado, y se abrazaban contra la corteza del árbol.

Ambos escucharon el crujido de unas ramitas al ser pisadas. Se separaron al instante. Cam lo hizo de forma tan apresurada que se golpeó la cabeza contra el tronco. Iba a levantar la mano para palpar la zona herida, con una mueca entre jocosa y dolorida, cuando sintió los dedos de Jason que la masajearon con suavidad. Al mirarlo, le pareció ver ternura en sus ojos. Una media sonrisa curvaba los labios que acababan de robarle el alma.

Otro ruido hizo que miraran sobre su hombro. Atisbaron el destello de unos cabellos rubios entre las ramas.

Edith.

Y, probablemente, sus hermanas también habrían ido a buscarla.

Se sentía demasiado feliz como para que le importara.

Jason atrajo su atención besándole la palma de la mano. Luego la apoyó en el centro de su amplio pecho. Le pareció rozar un borde duro, como si hubiera algo debajo de su casaca, pero el capitán empezó hablar.

—Les pedí que me dieran unos minutos para disculparme, aunque me han parecido segundos —susurró—. ¿Te veré mañana en Diwali, Carmentia?

—Sí —respondió, en apenas otro susurro. El festival al que iban a asistir se le antojaba ahora a Cam como un cuento de hadas.

Jason le dio un beso duro y rápido en los labios. Después se giró para desaparecer entre los tamarindos antes de que su familia llegara.

Cam seguía apoyada contra el espigado árbol, aturdida, cuando las demás

Ingram salieron a su encuentro. Todavía no podía creer lo que había pasado. Su corazón parecía haberse transformado en un ave que quisiera alzar el vuelo hacia el cielo de cobalto y algodón. Reprimió el impulso de llevarse un dedo a los labios, allí donde Jason había dejado su sabor masculino. Aún no se atrevía a pronunciar el nombre del capitán en voz alta, pero las cinco letras resonaban en su cabeza. Se grababan en su pecho, como un cincel que tallase con dulzura... y pasión.

Las cosas que le había dicho... se le habían subido a la cabeza. Se sentía ebria de felicidad.

Cerró los ojos y exhaló despacio. Hizo caso omiso de las voces que se alzaban a su alrededor. Parecían preguntar qué había ocurrido y si se encontraba bien.

La diminuta mano de Lemy se escurrió dentro de la suya.

—No te has enfadado conmigo, ¿verdad, Cam?

Carmentia miró a su hermana. Vio la preocupación en su carita, por lo general pícara. Le pasó la mano que tenía libre por la mejilla.

—Claro que no, cariño.

—Entonces todo resuelto —dijo Leo. Se inclinó hacia ella—. Más tarde tenemos que hablar, tú y yo.

Cam asintió, todavía distraída, y se dejó llevar hacia el *bungalow*. Antes de que pudieran abandonar el bosque de tamarindos, Edith se adelantó un poco y le rozó el brazo. Eludió su mirada mientras hablaba.

—Carmentia, me gustaría que diéramos un paseo antes de entrar en casa —dijo en voz lo bastante alta para que las tres hermanas se detuvieran—. Si te parece bien.

Una nube errante tapó el sol por unos instantes. Convirtió aquel apacible lugar en algo más amenazador y oscuro. Cam sintió que la piel se le ponía de gallina.

—Por supuesto, Edith. Aunque no me gustaría alejarme demasiado del *bungalow*.

Su prima aceptó con la cabeza, sin añadir nada más.

Pese a toda la euforia que sentía por su encuentro con Jason, la mera visión de Edith fue como un jarro de agua fría. La cabeza sensata de Cam la avisó de que aquella no sería una conversación demasiado agradable.

—Leo, lleva a Lemy a su cuarto para las lecciones. Me reuniré con vosotras enseguida.

Lemy protestó, y Leo le sostuvo la mirada varios segundos. Al final asintió, así que la mayor tiró de la pequeña de las Ingram hacia las paredes encaladas que se atisbaban entre las ramas.

Edith, cuyo rostro de porcelana parecía algo alterado, enlazó su brazo con el de Carmentia. La condujo por un pequeño sendero que bordeaba la casa.

—Hace un día espléndido —comenzó Edith, con voz neutra.

—En efecto.

—Aunque, a veces, el tiempo puede cambiar de forma inesperada y lanzarnos a un temporal.

—Por eso una siempre debe estar preparada para los elementos —asintió Cam.

Era obvio que no hablaban de condiciones climatológicas.

—Sí, eso es. Pero no siempre podemos evitar dejarnos arrastrar por la fuerza del viento.

Cam se sentía bastante inquieta ante aquel juego. Vio cómo un mono de cola larga y tupida saltaba de una rama a otra en una higuera, en busca de algo que comer. Las pisadas de las mujeres apenas resonaban sobre las hojas del suelo, que formaban un mullido colchón para su calzado. Los animales continuaban con su rutina, sin prestarles la mínima atención.

Edith se detuvo de repente. Se soltó del brazo de Cam para girarse y mirarla de frente.

—No me gustaría que te vieras atrapada en medio de la tormenta.

—¿A qué tormenta te refieres, Edith?

Notaba la garganta algo seca por el polvo del camino y el giro de los acontecimientos.

Edith pareció dudar un momento. Luego volvió a mirarla.

—A la que se ha desatado entre Jason y yo.

«Jason». Si Cam todavía hubiese albergado la más mínima duda sobre lo cercanos que eran el capitán y Edith Ingram, aquello la habría despejado de inmediato. Edith era demasiado correcta como para llamar a un hombre cualquiera con esa familiaridad.

—No... entiendo a qué te refieres —dijo Cam, algo vacilante.

—Carmentia, ambas sabemos lo que hiciste por mí en la recepción de Edward, cuando me rescataste de una situación desastrosa. Jason es un hombre osado. No quiero que sufras. —Aferró sus manos con fuerza—. No quiero que sufras como yo estoy sufriendo.

Cam quiso soltarse. La dulce Edith parecía a punto de romperse, como si estuviera hecha de cristal.

—Entonces explícamelo, Edith. ¿Qué relación te une al capitán Warwick?

Se arrepintió nada más pronunciar aquellas palabras. Sabía que acababa de condenarse a padecer las consecuencias.

Edith le apretó aún más fuerte los dedos, algo sorprendente para lo frágil que se veía.

—Jason y yo íbamos a casarnos.

Fue el turno de Carmentia de apretar la pálida carne de Edith como un torno. Luego quiso soltarse y huir. Taparse los oídos hasta ahogar cualquier sonido, incluso el de su corazón latiendo acelerado.

—Estuvimos prometidos durante tres años —continuó Edith, ajena al rostro lívido de Carmentia—. Cuando me comunicaron su muerte, yo... caí en la desesperación. —Ahora las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Parecía muy trastornada—. No puedes ni imaginar lo que sentí cuando lo vi allí, en el salón de mi nueva casa. ¡Con mi nuevo marido!

Edith emitió una risa algo desquiciada. Cam no quiso ponerse en la piel de aquella mujer, que iba a entregarse a un hombre como el capitán Warwick y a quien las crueles circunstancias del destino habían inducido a casarse con otro.

—Y ni siquiera me atrevo a hablar con él. —Se cubrió la cara con las manos; Carmentia intentó escudarse, sentirse ajena a todo aquel dolor, pero no pudo—. He visto cómo miras a Jason, y cómo te mira él a ti. Lo de hoy en el claro...

Notó cómo se ruborizaba. Se sintió tan culpable que pensó que Edith sería incluso capaz de ver las marcas de los besos de Jason en sus labios.

No sabía qué decir.

—Creo que Jason lo hace para castigarme, por no haberlo esperado.

Carmentia sintió un latigazo de dolor en el pecho ante las palabras de Edith. ¿Se habría acercado Warwick a ella por despecho? Después de todo,

apenas lo conocía. Para Cam, sus labios hablaban con la elocuencia de mil plumas.

Aunque, a veces, la mentira era muy persuasiva.

—Edith, no creo que el capitán Warwick quiera castigarte.

Su voz parecía la de otra persona, como si no fuera ella la protagonista de esa escena. No sabía si decía aquellas palabras para tranquilizar a Edith o a sí misma.

Vio la angustia en los ojos cerúleos de la mujer.

—Eso sería aún peor. Por favor, Carmentia, por favor. —Edith volvió a acercarse. Esta vez, le aferró los brazos—. Si en algo me aprecias, aunque sea lo más mínimo, aléjate de Jason. No podría soportar veros juntos. Mi corazón no lo resistiría.

«¿Y cómo resistirá el mío?». Cam no lo dijo en voz alta. No podía.

Meses atrás se había prometido que cuidaría de Edith como una Ingram, que la protegería de aquello que pudiera hacerle daño. Jamás se habría imaginado que para conseguirlo tendría que hacer añicos sus propias esperanzas de felicidad.

—A lo mejor así podría reunir el valor que necesito para hablar con él — dijo su prima.

Se apartó de Edith de un tirón y movió la cabeza en un movimiento brusco, convulso. Alguien que entendiera su sufrimiento podría interpretarlo como un rechazo a todo lo que estaba pasando tras unos instantes de dicha a la sombra de un tamarindo. Alguien como Edith podría interpretarlo como una aceptación.

Cam dio media vuelta y corrió a refugiarse en la casa. Levantó hojas del suelo, que flotaron con gracia por unos instantes, para luego caer en una espiral hacia la oscuridad de la tierra.

Leonelle la interceptó cuando trataba de subir las escaleras, pero Cam no se sentía con fuerzas para mantener una larga conversación con ella en ese momento. Y mucho menos para reproducir el último ruego de Edith. Cuando iba a abrir la boca, Leo se llevó un dedo a los labios y la instó a guardar silencio. La llevó medio a rastras a la biblioteca.

—Si Lemy nos escucha, estaremos perdidas —susurró su hermana con tono ominoso. Puso todo el cuidado al empujar la puerta, y la madera no emitió ningún un ruido cuando se cerró.

Resignada, Cam se sentó en una *chaise longue* color crema, que contrastaba con su vestido de luto y la hacía parecer un gran cuervo herido. Con el rostro pálido e inexpresivo, debió de resultar una imagen bastante inquietante para Leo cuando se giró a observarla.

—El señor Ban también me ha prohibido acercarme a la cámara fotográfica. Dice que es por mi seguridad —comentó su hermana—. ¡Ja! ¿Puedes creer semejante arrogancia?

Cam solo sacudió la cabeza.

Leo se acercó y se sentó junto a ella. Le pasó un brazo por los hombros.

—No tienes por qué contarme nada si no quieres —dijo con suavidad.

Cam habría soportado un poco de curiosidad por su parte. Incluso se habría enfadado con Leo si hubiera empezado a atosigarla con preguntas o reproches. Y, en cierto modo, habría sido un alivio descargar su impotencia con ella, pese a ser quien menos lo merecía. Pero Leo le daba a elegir. Solo quería saber si estaba dispuesta a abrirse a ella y, en caso contrario, que le quedara claro a Cam que estaría allí, apoyándola.

Notó un ruido ahogado. Se sorprendió al descubrir que procedía de su propia garganta. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hermana con otro sollozo, y Leo la acunó contra su pecho sin decir una palabra. No hacía falta.

Cuando el llanto remitió un poco, Leonelle la separó unos centímetros para mirarla a los ojos a través de sus gruesos cristales.

—Sea lo que sea lo que te aflige —dijo Leo, tras limpiarle algunas

lágrimas—, te mereces ser feliz.

—¿Y si mi felicidad es a costa de la de otros? —respondió Cam, entre hipidos.

—Quizá lo que deberías preguntarte es por qué tienes que sacrificarte tú, y no los demás.

—Eso suena un poco egoísta, Leo.

—Cam, eres la persona menos egoísta que conozco. Después de todo, estás en la India, ¿no?

—Eso no tiene nada que ver...

—Tiene todo que ver —la cortó—. Has estado asustada desde que nos marchamos de Inglaterra, y aún así te mantienes fuerte por nosotras. Aunque lo más importante es que si te hubieras quedado en Londres, no habrías vuelto a ver al capitán Warwick.

Bajó la cabeza, sin poder sostener la mirada dorada de Leonelle.

—¿Es eso lo que quieres, Cam? ¿No volver a verlo?

La mente de Carmentia ya no sabía lo que quería. Su corazón, en cambio, tenía muy claras sus preferencias.

Se saltó la comida y la cena con la excusa de un fuerte dolor de cabeza. Aquello no era del todo mentira porque, para cuando llegó la noche, le latían tanto las sienas que fue incapaz de dormir. Revivía una y otra vez los acontecimientos de los últimos meses. En especial, de las últimas veinticuatro horas.

Si las palabras de Edith hubieran llegado antes, puede que le hubiera sido más fácil ponerle freno a los sentimientos que el capitán despertaba en su interior... Aunque bastante improbable.

Después de probar los besos de Jason, era demasiado tarde.

También se atormentaba con la idea de que el capitán Warwick, de forma inconsciente, hubiera volcado sus afectos en ella al ver que su prometida se había casado con otro hombre.

«Dios mío».

Su prometida. Durante tres años... Si las cosas hubieran seguido su rumbo, ya serían marido y mujer. Ni en sus suposiciones más pesimistas sobre el

vínculo que los unía habría imaginado algo así. Hacía que su pecho se comprimiese por la tristeza al pensar en ellos dos juntos.

Pero esa sería la situación que viviría Edith si Carmentia cedía al cortejo de Jason, ¿verdad?

Edith no podría evitar ser testigo de las muestras de cariño de Cam y Jason, puesto que Cam era su prima, una mujer de su círculo más cercano, de su familia, a quien tendría que ver a menudo. Se le encogía el corazón solo de pensarlo.

Sin embargo, todo volvía a empezar, porque, ¿cómo podía cumplir lo que su prima pedía y alejarse de él?

Era imposible.

Rodó y rodó en la cama hasta que la luz azafrán del amanecer iluminó el cuarto, que ya era solo suyo, y consiguió caer en un sueño intranquilo.

Con Diwali llegaba la celebración de un nuevo año en todo el Indostán. Parecía bastante profético, pues también marcaba un nuevo comienzo para Cam. Aunque todavía no había podido tomar ninguna decisión respecto a Edith y a Warwick, sabía en lo más hondo de su ser que ya nada sería igual a partir de aquel día.

Con el ánimo por los suelos, salió de la cama y empezó a arreglarse para las celebraciones que se llevarían a cabo en Baipur. Faquires, vendedores ambulantes, malabaristas y demás artistas itinerantes llegaban hasta las más recónditas aldeas y a las ciudades más pobladas del subcontinente para los festejos en honor a Laksmí, la diosa de la belleza y de la buena suerte.

Cam sabía en qué consistía Diwali porque Surinder se había encargado de explicárselo a las Ingram con todo el entusiasmo que su rostro serio le permitía.

Leo y Lemy no podían esperar a la noche para ver toda la ciudad iluminada con lámparas de arcilla en tejados y ventanas y disfrutar de los fuegos artificiales con los que culminaba el festival de la luz. Carmentia rogaba por que todo acabase pronto. Le había prometido al capitán Warwick que se verían en ese día especial del año. Cuando accedió, todavía estaba envuelta por el calor de esos brazos fuertes que la habían rodeado. Las palabras de Jason resonaban en un sueño del que no quería despertar.

«Solo existes tú».

Muchas horas y lágrimas después todo era confusión y dolor. Un triángulo encajado a la fuerza donde solo debería haber un círculo perfecto, formado por dos mitades.

Cam resopló al sacar otro vestido oscuro del baúl, a la espera de su doncella india. ¡Ahora componía horribles metáforas sobre el desamor!

Pero ¿qué mitad era la que anhelaba el corazón de Jason? ¿A Cam, a quien conocía desde hacía unos meses y quien ocultaba un interior asustado bajo una apariencia sencilla y algo belicosa? ¿O a su hermosa y dulce ex prometida?

Carmentia no paraba de reproducir en su mente la expresión de sufrimiento en la cara del capitán en Londres, cuando vio a Edith casada con su primo Edward. En ese momento lo había creído capaz de cualquier cosa, incluso de raptarla. Ahora comprendía demasiado bien el porqué de su reacción. Pero, después del tiempo que habían compartido juntos, lo conocía lo suficiente como para saber que no llevaría a la ruina a una mujer casada. Y, aún así... Cam no podría soportar entregarle su corazón mientras el de él fuera de otra.

«Solo existes tú».

¿Y si Jason decía la verdad y había superado su afecto por Edith? ¿No debería darle un voto de confianza? Era un hombre de honor. No parecía el tipo de canalla que jugaba con los sentimientos de las mujeres.

Le había dicho a Cam que solo pensara en él junto a los tamarindos. Algo del todo innecesario, porque parecía ser incapaz de hacer otra cosa desde que se topó con sus ojos índigo. En sus labios, en sus gestos, en la alegría que la invadía con una simple palabra suya.

¿Podría ella ver sufrir a Edith si se entregaba por completo a Jason?

Cada pregunta era como una mano cruel que tiraba de su pecho en una dirección distinta cada vez y la desgarraba por dentro.

Cam se limpió una lágrima solitaria.

Su cabeza daba unas vueltas tan vertiginosas que se obligó a parar, por miedo a perder la razón. Trató de aclarar las ideas, y las palabras de su hermana brillaron como un faro en la oscuridad. Si fuera un poco egoísta, aclararía todo con Jason y se permitiría ser feliz.

Estiró los brazos para contemplar el vestido de lana negra que pensaba llevar ese día. Lo arrojó a un lado para mirar su reflejo en el pequeño espejo

del tocador.

El camisón con volantes no era el último grito en moda, desde luego. Aunque no era tan alta como Leonelle, en conjunto, estaba bastante proporcionada, con una tendencia a disfrutar de la comida que colmaba su ropa sin necesidad de falsos rellenos. El pelo, que se le había soltado de la trenza después de tantos giros en la cama, era una masa rojiza y encrespada por la humedad del trópico. Suspiró. Tendría que intentar solucionar ese contratiempo cuanto antes. Después paseó la vista por su piel. Había tratado de protegerse del sol, pero las sesiones de fotografía habían traído consigo más pecas y un tono dorado bastante favorecedor a su rostro.

Ya no era ninguna niña, pero tampoco era una anciana, ni un ser de piedra carente de sentimientos. Sus emociones, de hecho, estaban a flor de piel.

Tomó una decisión y se dio la espalda sin atreverse a mirar sus propios ojos en el espejo. Raras veces lo hacía, porque sabía lo que encontraría allí: a su fantasma.

Se acercó de nuevo al baúl y rebuscó entre el montón de prendas oscuras y deprimentes hasta que localizó lo que quería. Todo el mundo decía que a las pelirrojas les sentaba bien el verde. Aquel vestido del color de las esmeraldas era el más hermoso que poseía, un regalo de su abuelo para la temporada londinense que no pudo llegar a estrenar debido al luto riguroso que llevaba tras la muerte de su padre. El corpiño de seda, bordado con maestría, dejaba a la vista el inicio de sus pechos y de sus hombros cremosos, para luego abrirse en una enorme falda acampanada repleta de encajes. El ruedo lo formaban festones plateados, sujetos por pequeños ramilletes de rosas blancas, y las mangas de pagoda caían con gracia por debajo de los codos. Era una prenda hecha para resaltar la belleza femenina, apropiada para la noche y sus secretos. Quedaba mucho para el crepúsculo, pero, puestos a transgredir las reglas, ¿qué más daba?

La doncella llegó justo a tiempo para ayudarla a vestirse. Las diestras manos de la mujer india retorcieron sus espesos mechones hasta formar un precioso moño alto del que caían varios bucles sobre sus hombros y sus sienes, como al descuido. Lo adornó con cintas de terciopelo de un verde profundo, como el musgo, y diminutos capullos de rosas blancas, idénticas a las del vestido. Cam se puso los pendientes de perlas y el collar a juego y los acarició con ternura, pues eran otro regalo de su abuelo.

Volvió a mirarse en el espejo y contuvo el aliento. Lo primero que sintió fue una punzada de culpabilidad al no verse de negro. Esperaba que sus padres la perdonasen allá donde estuvieran. Lemy era muy pequeña para el luto, y Leo ya había empezado a usar algunos tonos grises y malvas, menos asfixiantes. Era ella quien debía dar ejemplo. La hermana mayor, la encargada de cuidarlas, de mostrarse virtuosa ante los demás para que no hubiera ningún otro escándalo en su familia. De ser como una madre para las dos.

Hacía tanto tiempo que no se sentía como una mujer.

Hasta que él llegó y cambió todo su mundo.

Se había sentido hermosa, protegida, impaciente por experimentar la vida en brazos de Jason Warwick.

—Está usted deslumbrante, *memsahib* —dijo la doncella con entusiasmo.

Cam esbozó una sonrisa. Deslumbrar... Parecía bastante apropiado. Al fin y al cabo, era el festival de las luces.

—No recuerdo tu nombre —le dijo con algo de pesar a la doncella.

—Me llamo Ambika, *memsahib*.

Cam asintió y cruzó el umbral de su cuarto.

Por una vez, escogía ser feliz.

—¿Qué quieres decir con que el gobernador va a ver los fuegos artificiales desde el palacio de Nasir?

Jason apenas había pegado ojo, consumido por el deseo que sentía hacia Cam, y las miles de deliciosas posibilidades que se abrirían ante él al reunirse hoy con ella. Aquella noticia lo puso de muy mal humor. A eso había que añadirle que seguía sin progresos sobre su investigación. Muchos sospechosos y ninguna prueba contundente.

—Exactamente lo que he dicho—respondió Harris con calma—. Aceptó la invitación que le envió Nasir y me informó anoche para que lo tuviera todo listo

—Ese cabrón acaba de ser nombrado nabab de Merala y ya se comporta como si fuera el señor de toda la India —resopló Ban, furioso.

Jason había presentado a los dos hombres como aliados, pero la cooperación entre ellos todavía era escasa. El trío se encontraba en una de las salitas de la casa de Ingram. Estaban esperando a las damas. A petición del gobernador, las escoltarían hasta la ciudad para que disfrutaran de los espectáculos programados, ya que los *bungalows* británicos se encontraban en las afueras de Baipur.

Había sido toda una sorpresa para Jason que Ingram permitiera a sus primas acudir a Diwali, y se prometió mantenerse vigilante, aunque no podía negar que se recreó a lo grande con las ventajas que supondría pasar más tiempo cerca de Cam.

Las primeras en aparecer fueron Leonelle y Lemy, ataviadas de violeta y rosa. Los caballeros se pusieron en pie y las saludaron con una elegante reverencia, para después presentar a Harris a las jóvenes. Jason se debatió entre la preocupación y la diversión cuando vio que tanto Ban como Leonelle procuraban mirarse cuando el otro tenía su atención puesta en otra cosa. Las expresiones de ambos no eran demasiado amigables.

—La señora Ingram vendrá más tarde, con el gobernador —dijo la mediana de las hermanas, sin percatarse de los ojos verdes que la seguían mientras se

dirigía hacia la ventana. Unos rayos de sol dieron a su pelo la apariencia de miel líquida—. Y Carmentia no tardará.

—Fuimos a buscarla, pero su doncella nos dijo que bajaría enseguida — añadió Lemy y se encogió de hombros.

Jason se relajó un poco. Trató de no mirar con avidez la puerta abierta. Por un momento, le pareció ver el turbante de Surinder. Los viajes constantes de Lemy hacia el pasillo confirmaron sus sospechas. Tenía todo el aspecto de ser un agudo caso de adoración infantil. Sonrió y se dirigió hacia Harris, pero se quedó paralizado a medio camino.

Carmentia estaba en el umbral. Su silueta, enmarcada por la madera oscura del dintel y de las jambas, como si fuera la obra maestra de algún genio creador.

Jason perdió el aliento por ella. Era gloriosa.

Excepto aquella inolvidable noche en el barco, cuando la tuvo medio desnuda entre sus brazos, siempre la había visto llevar luto por el difunto Jonathan Ingram. Con ese vestido verde parecía emitir una luz desde dentro que hacía resplandecer su piel de nácar. El color se reflejaba en sus ojos dispares, haciéndolos aún más grandes y misteriosos. Un hombre vendería su alma por conocer lo que escondían.

Océanos de pecas quedaban al descubierto, así como una amplia extensión de sus hombros. Su mirada bajó hasta sus pechos, que ascendían y descendían con unas curvas suaves sobre su corsé. Un corsé muy bajo.

Jason frunció el ceño y se volvió hacia Ban sin poder evitar un ruido poco civilizado a su pesar. Este solo miraba a Carmentia con el simple interés de un hombre que sabe apreciar un cuadro hermoso. Harris, en cambio, tenía una mirada de veneración que hizo que Jason apretara los puños.

Trató de aproximarse a ella con pies algo inestables, pero los chillidos de deleite de Lemy y el abrazo efusivo que Leonelle le dio a Cam se lo impidieron. Harris cojeó hasta ella y, al presentarse, se deshizo en cumplidos que lo sacaron de quicio, aunque no tanto como el hecho de que Cam no alzara su rostro delicado para mirarlo a él.

Cuando quiso darse cuenta, las Ingram, junto con el teniente Harris, ya habían subido al carruaje, y los criados tenían preparados su caballo y el de Ban. Soltó una maldición y se obligó a no trotar junto al vehículo como un perro amartelado, con la lengua fuera y los ojos melancólicos.

Cam temblaba como una hoja. Por suerte, el traqueteo del carruaje sobre el suelo pedregoso que los conducía al centro de Baipur disimulaba los estremecimientos que la sacudían. Cuando bajó las escaleras del *bungalow*, estaba muy segura de lo que hacía... hasta que se detuvo ante la puerta de la salita y todas las miradas se clavaron en ella. Por un momento la invadió el pánico. Se vio a sí misma dando media vuelta y echando a correr escaleras arriba de nuevo. Por suerte, sus hermanas fueron unos segundos más rápidas. Se abalanzaron sobre ella con un entusiasmo tal que volvieron a infundirle una pequeña dosis de confianza. El teniente Harris y Ban la afianzaron un poco más con sus elogios. Sin embargo, fue incapaz de mirar directamente a Jason. Notaba su presencia en todos los poros de su piel, como si las yemas de sus dedos la rozaran al observarla con intensidad.

El carruaje dio una pequeña sacudida, y Cam trató de no dejarse llevar por el nerviosismo. Era la primera vez que abandonaba la seguridad de la casa y sus alrededores. Se sentía extraña al estar embutida entre sus hermanas y sentada frente al teniente Harris en el reducido habitáculo. Inspiró hondo. Luego miró al antiguo soldado con disimulo. Intentó distraer su atención del musculoso hombre de uniforme que cabalgaba a unos metros de ellos.

Se había sentido muy sorprendida al saber quién era George Harris, y lamentaba mucho lo que le había ocurrido al luchar contra los cipayos renegados. Aunque podría considerarse un hombre de cierto atractivo, la tragedia había marcado sus facciones y las había dotado de un aire abatido, como si el teniente fuera presa de un dolor constante. El hecho de que un hombre con vocación militar tuviera que renunciar a sus ideales y al servicio a su país por aquella lesión irreversible en la pierna era una muestra más de las injusticias que les ocurrían a las personas. Cam no podía ni imaginar a su padre, que había vivido por y para Inglaterra, en una situación semejante. Y mucho menos a Jason Warwick. El capitán tendría siempre una cicatriz en la sien que le recordaría aquel terrible suceso, pero dicha cicatriz hacía que su rostro fuera aún más apuesto. Más atrayente y temerario. La luciría con orgullo en las batallas por venir.

No. Era inimaginable pensar en su fuerza y sus movimientos enérgicos reducidos al apoyo de un bastón.

Carmentia sonrió a Harris con calidez. Una gran empatía hacia el teniente la invadió, acentuada por lo que ese hombre había compartido con Jason.

—¿Es la primera vez que asiste a Diwali, teniente Harris?

El hombre pareció sobresaltarse por un momento, sumido en sus propios pensamientos. Después la sonrió, complacido, desde el asiento de enfrente.

—Podría decirse que sí. Aunque he servido durante muchos años en la India, es la primera vez que acudo al festival de Baipur.

—Para mí también es la primera vez, teniente Harris —intervino Lemy con una voz bastante remilgada y el cuello estirado. Sus hermanas le habían asegurado que darían media vuelta en cuanto dejara de comportarse como la señorita que era.

—No me cabe duda de que van a disfrutar de los espectáculos —dijo Harris. Esbozó una sonrisa hacia la pequeña—. Y una dama tan bella como usted tendrá muchos admiradores.

Lemy lo miró con un pestañeo, una clara muestra de lo halagada que se sentía.

—Pero tengan cuidado de no separarse del grupo —añadió.

—Gracias por su preocupación, teniente —respondió Cam por las tres.

—Deberían llamarme George. Al fin y al cabo, voy a pasar tantas horas ayudando a su primo que seré casi parte de la familia.

Pese a referirse a las tres Ingram, lo dijo con sus ojos oscuros fijos en los de Cam. Ella se removió en el asiento, un poco nerviosa, aunque no pudo evitar soltar una risita. Se alegraba de ver ese atisbo de humor.

—Edward puede ser algo tirano. —Siguió la broma del teniente con un guiño—. Dentro de un tiempo quizá no quiera presumir de parentesco.

—Quedo advertido —dijo Harris con un brillo divertido en los ojos. Se volvió un poco en dirección a Leo, que miraba con interés el verde paisaje que pasaba junto a su ventanilla.

—Señorita Leonelle, permanece usted muy callada. ¿Hay algo en lo que pueda serle útil? ¿Alguna pregunta que le gustaría hacer? Comprendo que hace poco que han llegado a un país desconocido, y yo estaría encantado de ayudar hasta donde mis limitados conocimientos me permitan.

George Harris acababa de granjearse la amistad de las tres hermanas Ingram.

Habían entablado una amigable conversación, cuando los cascos de los caballos resonaron sobre el puente de madera que debían cruzar para llegar a

la ciudad. El carruaje comenzó a disminuir la velocidad hasta detenerse, unos minutos después.

La portezuela se abrió con algo de brusquedad. El sonido de flautas, timbales y cascabeles inundó el interior del pequeño carruaje. Lemy bajó de un salto, para después detenerse a un lado del vehículo en un enorme ejercicio de contención. La siguiente en bajar era Cam. Harris alargó la mano para ayudarla a sostenerse. Iba a aceptar su gesto cuando una mano morena y ancha se interpuso entre ellos.

—Yo me encargaré, Harris —masculló la voz áspera de Jason junto a Carmentia. Tiró de ella hacia fuera mientras le rodeaba la cintura con la otra mano, lo que la hizo dar un respingo.

Cam intentó apartarse para que bajara su hermana Leo, pero el apretón en la cintura se hizo más fuerte.

—No te voy a perder de vista —susurró Jason en su oído, y el corazón de Cam empezó a latir con más fuerza.

El resto de los presentes que se hallaban cerca, es decir, Ban y Lemy, ignoraron la escena, y Jason mantuvo sujeta la cintura de Cam a la vez que ayudaba a descender a Leonelle. Cam miró preocupada a su hermana, que se sentía algo incómoda entre multitudes. Se quedó más tranquila cuando el brahmán y Lemy se acercaron a ella y la flanquearon para echar a andar por la estrecha calleja en la que se habían detenido. Harris bajó en último lugar, con ciertas dificultades. Su cara era tan indescifrable que era imposible saber si había sido testigo de lo que acababa de ocurrir con el capitán. Se situó junto al costado izquierdo de Carmentia, ya que Jason estaba al otro lado, y fueron en pos de los demás a un ritmo más lento debido a su cojera.

Cuando el corazón de Cam recuperó un ritmo algo más pausado, se permitió mirar a su alrededor mientras abría su parasol nacarado. Una pequeña escolta los seguía de cerca, junto a Ambika, y se sentía segura por completo del brazo de Jason. Se dejó llevar por el increíble espectáculo que la rodeaba. Apenas tenía recuerdos de la capital de Merala, y una explosión de color inundó sus sentidos. Habían llegado a una plaza cuyo extremo más alejado se asomaba a las aguas de un caudaloso río, pero no tan ancho como el Hugli. Las casas y negocios, de llamativos letreros, se mostraban alegremente engalanados para el festival con adornos florales y lamparillas encendidas. Las edificaciones de varias plantas se amontonaban unas sobre otras a

espaldas de Cam, rosadas, amarillas o azules. Todas parecían querer asomarse a la gran plaza para ver a los artistas realizar sus números y espiar a los mercaderes que intentaban vender sus coloridas telas, loza y especias en el bazar, mientras trataban de espantar a los perros callejeros y a pequeños ladronzuelos de manos rápidas. Un poco más allá, en la orilla del río, se alzaba un majestuoso templo de granito en forma de pirámide escalonada de tres pisos. Sobre las tracerías del pico más elevado, los rayos de sol de mediodía creaban juegos de luces y sombras de tonos parduzcos.

—Es el templo dedicado a la diosa Sarasvati —dijo Jason. Había seguido la dirección de su mirada. El lugar estaba tan atestado de gente, que tuvo que inclinarse hacia ella para hacerse oír, y Carmentia sintió cómo el brazo musculoso del capitán rozaba su seno por accidente. La sensación reverberó por todo su cuerpo—. Es la diosa del conocimiento y de la palabra. La principal deidad de Baipur.

Jason parecía ajeno a aquel roce casual, pero, cuando se separó de ella, no puso tanta distancia como antes. Cam notaba su calor y el aroma masculino que desprendía.

—¿Le gustaría acercarse más al templo? Merece la pena —intervino Harris, tras apretarle un poco el brazo para reclamar su atención.

—Claro, me encantaría —balbuceó Cam.

Se sentía muy pequeña entre aquellos dos hombres altos y corpulentos que la protegían con su cuerpo de los empujones y avances de la multitud. En un momento dado, con la excusa de apartarla de uno de los muchos desperdicios que manchaban el suelo, Jason posó su mano en la parte baja de la espalda de Cam, en la suave curva que marcaba el final de su columna. Ya no la movió de allí.

Conforme se iban aproximando a la majestuosa mole de piedra, Carmentia vio que la construcción no se alzaba sobre el terreno polvoriento de la plaza, sino sobre un idílico estanque, en cuyas tranquilas aguas flotaban en pacífica armonía cientos de lotos. Cam podía imaginarlos en plena floración, con pétalos de un rosa vibrante, que se alzarían orgullosos ante los muchos peregrinos que se acercaban a orar y a dejar sus ofrendas a la diosa. Frutas carnosas y maduras, flores de todas las especies, ropas de un blanco cegador, nada era suficiente para Sarasvati.

Después, se fijó en las paredes del templo, que estaban repletas de figuras

humanas de diversos tamaños y posturas. Se retorcían y fluían en la roca, con sus torsos descubiertos y tan apretadas, que era difícil distinguir dónde terminaba una y comenzaba otra. Era una decoración tan sensual, tan sugerente, que Carmentia solo podía contemplar boquiabierta su belleza.

En lugar de subir las escaleras y adentrarse en el cavernoso edificio sagrado, donde la hermosa Sarasvati aguardaba a sus fieles con sus cuatro brazos alzados, rodearon el estanque hasta dar con unos caños tallados en piedra. Tenían forma de cabezas dotadas de extraños tocados, y de sus bocas manaba un agua cristalina que se derramaba sobre el sagrado río Ichamati. El sonido burbujeante rivalizaba con el de los cascabeles y brazaletes de las mujeres indias que bajaban unos escalones contruidos en piedra («el *ghat*», explicó Jason), para depositar sus ofrendas en el río. Formaban todo un revuelo de sedas multicolores y rostros vivaces. Cam trató de no escandalizarse demasiado al verlas adentrarse en las aguas, ya que se trataba de un baño purificador. Era un entorno mágico, casi onírico, acunado por el rumor de las caracolas y los tambores del templo.

Movió el parasol que la protegía de los intensos rayos y alzó la mirada de nuevo hacia el pico de piedra, que proyectaba una sombra sobre los lotos.

—Parece llegar hasta el cielo.

—En realidad, representa al monte Meru. Los hindúes creen que allí viven sus dioses —dijo Jason.

—No sabía que, además de capitán, eras erudito, Warwick —resopló Harris.

Jason le devolvió una sonrisa descarada, que hizo aparecer su hoyuelo e hizo estragos en el estómago de Cam.

—Nada tan aburrido, simplemente me encontré con muchos meses de convalecencia y alguien dispuesto a enseñarme.

—¿Fue Ban quien lo instruyó? —preguntó Cam. Pensó en el enigmático brahmán que había atendido sus heridas.

Jason asintió.

—La mayor parte, sí. Sin embargo, llevo los años suficientes en la India como para haber aprendido algo por mi cuenta. Sus costumbres me resultan muy interesantes, aunque no es fácil perder los viejos hábitos de Inglaterra.

Con Harris, Ambika y los soldados tan cerca, Cam no podía hablar con

Jason con toda la franqueza que le gustaría, pero los roces y gestos del capitán guardaban más intimidad que las palabras.

Estaba disfrutando aquella salida mucho más de lo que creía, tras la conmoción del día anterior y su arranque de audacia esa misma mañana, al darse la oportunidad de estar junto a Jason.

También se alegraba de la insistencia de sus hermanas por conocer el festival, a pesar de la fiera oposición inicial de Edward. Él no creía oportuno mezclarse con los nativos.

Por desgracia, era una opinión que compartía la inmensa mayoría de los europeos. La comunidad británica de Baipur era bastante reducida. Cam había tenido el dudoso placer de conocer a algunos de sus miembros durante un fugaz almuerzo ofrecido en honor de su primo y, según sospechaba ella, para dar a conocer a las Ingram a todo hombre soltero en un radio de cincuenta kilómetros. En dicho evento, se vio rodeada de matronas moralistas que se jactaron de encerrarse en sus *bungalows* para coser, criticar e imponer sus rígidas maneras, y a caballeros y soldados igual de envarados que acudían a sus clubes privados, donde los indios tenían prohibida la entrada. También el reverendo Mills, el único religioso de Baipur, se había mostrado escandalizado por su excursión.

Jamás se dignarían a acudir allí.

Jamás se permitirían disfrutar tanto.

Ella tampoco se habría planteado esa situación ni en un millón de años antes de regresar a Merala pero, con el apoyo de su familia, de Jason, con su férrea voluntad de no dejarse arrastrar por el miedo, Cam iba conociendo una nueva India. Empezaba a pensar en el incidente que sufrió cuando era niña como un hecho aislado que ya no merecía tener tanto poder sobre su vida. Poco a poco, iba superando sus temores, junto a la firme convicción de quería empezar desde cero en aquel mundo extraño y prodigioso.

—Entonces será capaz de recitarnos a todos los dioses hindúes —le dijo al capitán con un brillo travieso en los ojos.

Jason compuso una expresión de fingido horror.

—Eso lo dejo para los expertos —repuso, mirando hacia el templo. Luego esbozó una mueca socarrona—. Aunque podría nombrar a los más importantes.

—Nunca has podido resistirte al desafío de impresionar a una mujer

hermosa, ¿eh? —murmuró Harris, en tono hosco.

Cam no pudo contener una carcajada. Con aquel vestido, y la atención de esos dos hombres puesta en ella, se sentía atractiva, casi como una de esas damas sofisticadas y populares de Londres que acaparaban todas las miradas.

—Pruebe a intentarlo —dijo—, aunque no será nada fácil. Recuerde que mi hermana Leonelle sí que tiene vocación de erudita.

—Muy bien. —Jason se frotó las manos, también parecía disfrutar del juego—. Propongo algo: si la dejo impresionada, cosa en la que pondré todo mi empeño, Harris deberá invitarla a unos deliciosos *chapatis*. El olor de esas dichas tortas de harina se me ha metido en la nariz y no hace más que distraerme.

—¿Y si no lo consigues? —dijo Harris, tras cruzar los brazos sobre el bastón.

—Si no lo consigo, será un placer para mí invitar a esta hermosa dama a comer —respondió Jason—. O pagar cualquier otra prenda que desee.

Miró a Cam con toda intención.

Ella esperó que Harris atribuyera su sonrojo al calor del sol, que emanaba incluso de las piedras. Sus labios recordaban con toda intensidad la vez que el capitán le había pedido un beso como prenda en el barco. Tenía que admitir que estaría encantada de ser ella quien la reclamase ahora.

Le fascinaba aquella nueva faceta risueña de Jason.

—Adelante entonces —dijo el teniente.

Jason hizo un gesto con el brazo para que avanzaran de nuevo hacia la plaza, y los tres se pusieron en marcha, con su escolta pisándoles los talones.

—El panteón hindú es increíblemente extenso —comenzó con su voz profunda—. Sin embargo, hay tres dioses en particular que tienen especial importancia.

Cam se dejó llevar por sus palabras, el eco de su tono ronco y acariciante, la certeza de que solo se dirigía a ella entre la multitud.

—Brahma es el Creador —continuó él—, quien dio origen al universo. Vishnu es el Preservador, el que protege a todas las cosas, y Shiva es el Destructor. Pero no en un sentido negativo, ya que tiene el poder de la transformación para comenzar un nuevo ciclo en el que todo se renueva, incluso las vidas de los hombres. Ese ciclo de nacimiento, muerte y

renacimiento se conoce como la rueda del Samsara.

—Samsara.

Cam saboreó el exotismo de sus sílabas. Cuando conoció al arrogante capitán, no había podido imaginar su interés en temas tan trascendentales, el respeto por una cultura y una religión que se oponían de una manera tan diametral a la suya.

—Así que... ¿no tienen un concepto del cielo o del infierno?

—Para acercarse al hinduismo, señorita Ingram, hay que dejar a un lado los preceptos cristianos. En la India, cuando un hombre muere, San Pedro no le abre las puertas del Cielo por sus buenas acciones, ni el Diablo le da la bienvenida al Infierno por las malas. Renace en otra vida, condicionada por las acciones de sus vidas pasadas.

—¿A qué se refiere? —No quería mostrarse demasiado interesada, estaba decidida a hacerle perder la apuesta, pero la tenía totalmente maravillada.

—Me refiero a que, si ha sido buena en esta vida, señorita Ingram, será retribuida en la próxima vida en la que renazca. Sin embargo, si se ha comportado mal, será castigada. Esta causa y efecto se llama karma.

—No hace falta que la utilices a ella como ejemplo, Warwick. Suena bastante herético — saltó Harris.

El paseo los había llevado muy cerca del bazar, sin que Cam fuera apenas consciente de ello. La intervención del teniente Harris la sacó de su ensimismamiento a tiempo de ver a una gigantesca vaca blanca, de inmensa joroba y orejas caídas, que se acercaba con paso majestuoso a un puesto de verduras. Llevaba una guirnalda de flores alrededor de su ancho cuello. Cam ahogó un grito cuando vio que el animal metía el morro con total impunidad en uno de los cestos de mimbre y empezaba a degustar su festín robado. Los brotes verdes asomaban por los laterales de su hocico.

La risa de Jason la envolvió.

—No sufra por el tendero. Para él es un honor alimentarlo —afirmó, y señaló con la cabeza al hombre enjuto y tiznado que contemplaba impasible como el descarado bóvido devoraba su mercancía—, los cebúes son sagrados a lo largo y ancho de la India porque representan la abundancia.

Cam se quedó mirando embobada la escena unos segundos más. Después sacudió la cabeza.

—No hace falta que siga esforzándose, capitán —comentó a la ligera—. No me siento impresionada en absoluto.

Lo miró de reojo con picardía a tiempo de ver una chispa en sus ojos azules, exactamente iguales al polvo de índigo que se apilaba en las mesas del bazar, entre el resto de pirámides multicolores de especias y pigmentos. El teniente Harris golpeó el bastón contra el suelo. Levantó una nubecilla de tierra.

—¡Ja! Ahí lo tienes, Warwick, que sean unos *chapatis* bien crujientes para la bella señorita Ingram y para mí —se pavoneó, acariciándose el bigote.

El capitán hizo una reverencia que tensó la tela roja que cubría sus anchos hombros y echó a andar hacia el tenderete que los ofrecía. Tenía que pasar cerca de Cam y, al llegar a su altura, se detuvo. Carmentia creyó que era para ceder el paso a unas mujeres jóvenes vestidas con saris rosados y verdes bordeados en oro, pero Jason aprovechó la ocasión para inclinarse sobre ella.

—Mentirosa. Estás muy impresionada —susurró con dulzura. Sus labios le rozaron el lóbulo de la oreja, con un ligero beso.

Cam contempló su alta figura alejarse, los cabellos castaños emitían destellos más claros por el sol. Una sensación incontenible pareció querer desbordar su pecho.

Estaba perdidamente enamorada.

Jason quería besarla allí mismo. En el polvoriento suelo de la plaza atestada de gente, rodeados de perros, vacas, loros y monos. Con todas las deidades del cielo y de la tierra como testigos.

Quería más.

Quería hacerla girar con ese condenado vestido esmeralda para contemplarla desde todos los ángulos a placer y, después, desnudarla poco a poco, sin prisa. Recorrer cada valle y cada duna de su cuerpo, hasta trazar un mapa grabado a fuego en su mente y en su piel.

Quería ver siempre esa expresión cautivada en su mirada de colores al contemplar el templo, o ese brillo especial que la envolvía cuando lo escuchaba solo a él.

Apretó la mandíbula en un intento por contener la lava ardiente en la que se había transformado su sangre. Notó las gotas de sudor que le bajaban por la espalda por el esfuerzo de comportarse y conversar con normalidad. Santo Dios, no quería avergonzarla delante de su familia ni de los criados, pero no poder acariciarla, abrazarla, e introducirse en ella lo estaba matando. Cam era demasiado inocente como para saber lo que era esa pasión apremiante, pero no era indiferente a los roces que le había robado. Lo había visto en sus ojos.

Compró las tortas de harina casi sin ver y, cuando regresó, comprobó que Ban y las hermanas de Carmentia se habían vuelto a unir al grupo, aunque ella charlaba de manera animada con Harris. Aquel maldito besugo debería dejar de mirarla con ojos lastimeros. Era demasiado compasiva como para ignorarlo.

Soltó un gemido inaudible cuando Cam dio un delicado mordisquito al *chapati* y se lamió el carnosos labio inferior, en busca de las migas que se habían quedado pegadas. Cuando ella alzó la cabeza, sus miradas se trabaron y vio cómo las pupilas de Cam se dilataban aún más. Era la respuesta al deseo crudo en sus ojos. Los pies de ambos se movieron. Parecían acercarse como dos imanes.

Jason jamás sabría lo que habría pasado si Lemy no hubiera distraído su

atención a gritos.

—¡Leo! ¡Cam! Tenéis que ver esto.

Todos se volvieron con brusquedad hacia la niña y formaron un círculo a su alrededor para ver lo que señalaba con tanta emoción. Jason se colocó detrás de Carmentia quien, por suerte, había cerrado el parasol. Era menuda, no le llegaba mucho más arriba de los hombros, por lo que solo tuvo que estirar un poco el cuello para ver de qué se trataba.

Esbozó una sonrisa. Una de las cosas que más le sorprendieron cuando llegó a la India por primera vez, fueron los encantadores de serpientes.

Este era de edad indefinida. La piel oscura que la espesa barba dejaba al descubierto parecía seca y apergaminada por las horas de exposición a los rayos de sol. Se había sentado con las piernas cruzadas sobre una esterilla de un amarillo desvaído y con los bordes raídos por el tiempo. Llevaba, además, un turbante rojo, y se cubría el cuello y las muñecas con conchas y otros abalorios que tintineaban mientras colocaba las cestas que contenían los reptiles en el suelo. En opinión de Jason, las cestas de mimbre estaban demasiado cerca de sus rodillas huesudas. El encantador destapó los dos recipientes a una velocidad pasmosa y, acto seguido, colocó una pequeña flauta hecha con una calabaza entera ensamblada a un tubo de bambú sobre sus labios. El *pungi* emitió un sonido agudo y sostenido. Una cabeza triangular y cubierta de escamas comenzó a alzarse de una de las cestas con movimientos oscilantes. La otra cobra apareció unos segundos después, y las dos serpientes quedaron hipnotizadas por la melodía. Sus cuerpos, negros y sinuosos, siguieron los movimientos circulares que el hombre hacía con el *pungi* mientras tocaba. Una multitud se había congregado para observar el espectáculo en silencio. Era como si no respirase ni un alma en la plaza.

En un momento dado, una de las cobras hizo un movimiento brusco con la cabeza, en un claro ataque al encantador. Cam dio un respingo y se echó hacia atrás, hasta acabar apoyada en el pecho de Jason. Este la agarró de las caderas con disimulo, y aspiró el aroma a jabón de su pelo.

—No pasa nada —le dijo— Cuidaré de ti.

Cam giró levemente la cabeza al oír su voz y Jason, al igual que las serpientes, quedó hipnotizado por la largura de sus pestañas y su nariz respingona; por la delicada curva de su mejilla salpicada de pecas, que se elevó un poco hacia arriba, señal inequívoca de que estaba sonriendo.

—Aunque no sé cuál es el castigo por matar a una serpiente, no quisiera interferir en su karma, capitán Warwick.

Jason le apretó un poco más las caderas.

—Se está poniendo en entredicho mi hombría, señorita Ingram.

Cam emitió una risita muy femenina, y a él le encantó. Estaba dispuesto a seguir bromeando con ella cuando una explosión detrás de las casas amontonadas retumbó en la plaza y causó una estampida en todas direcciones.

Jason apenas tuvo tiempo de ver que Ban sostenía a Leonelle, mientras la escolta del gobernador se hacía cargo de Lemy. Tenía firmemente sujeta a Carmentia de la cintura, pero un violento empujón los separó y le entró el pánico. Era más alto y más fuerte que la mayoría de los indios que lo rodeaban, así que empezó a abrirse paso a empujones a la vez que rezaba porque Carmentia no se hubiese caído al suelo o sería aplastada por aquella masa descontrolada. Entonces vio un fogonazo pelirrojo en un mar de extremidades. Codeó cuerpos con más intensidad y, por fin, logró alcanzarla. Fueron unos segundos, pero a él le parecieron horas hasta que estuvo a su lado. La apretó contra su pecho sin medir la fuerza que ponía en sus brazos. Solo sintió que ella le devolvía el abrazo.

Se le nubló la vista con un velo rojo. Recordó a sus hombres asesinados en la emboscada, a los muchos inocentes que habían sufrido una muerte violenta en aquel país. Quiso darse de cabezazos contra la pared por haberse dedicado a fantasear con el cuerpo de Cam en lugar de estar alerta. Había olvidado la advertencia que él mismo le había hecho al gobernador. La India era un país peligroso.

Arrastró a Carmentia durante un rato sin rumbo fijo hasta que divisó un callejón despejado, medio oculto por un carromato desvencijado y con unos murales chillones que decoraban las paredes. Se escondieron detrás del carro, y Jason empezó a palparla por todo el cuerpo para asegurarse de que estaba ilesa.

—¿Te han tocado? —dijo con los dientes apretados.

—¿Qué? —Cam parecía algo conmocionada—. No. No —volvió a repetir, con voz más firme, aunque algo ronca, como si hubiera gritado mucho. Le agarró la casaca y sus nudillos se pusieron blancos—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Y mis hermanas?

—Están bien —la tranquilizó Jason, acariciándole las manos—. Ban y el

resto de la escolta se encontraban con ellas y las han puesto a salvo.

—¿Me prometes que no les ha pasado nada?

La voz angustiada de Cam solo sirvió para que se desesperase más, pero se obligó a respirar hondo por ella y le apartó con suavidad un mechón de su despeinada melena.

—Te lo prometo, Carmentia. Por suerte, los empujaron hacia una zona abierta de la plaza después de la explosión. Ya deben de estar fuera de la ciudad. Fuimos nosotros los que quedamos atrapados entre la multitud.

Sus preciosas facciones perdieron parte de su rigidez.

—¿Crees que... ha sido algún tipo de ataque?

Él negó con la cabeza. En un principio, también se había temido lo peor. Un nuevo alzamiento que regara las calles de sangre y gritos. Pero los nativos de la plaza parecían tan sorprendidos como ellos, desarmados y desorientados.

—No se han vuelto a producir más detonaciones —respondió—, ni revueltas. Lo que quiera que haya ocurrido, ha terminado.

—Entonces deberíamos regresar...

—¡No! Ni en sueños vas a volver ahí fuera. No nos moveremos de aquí hasta que vengan a buscarnos.

Jason maldijo y estrelló un puño contra la pared. El estallido, sus soldados, Cam herida en su imaginación. Todo se mezclaba en su cabeza y lo torturaba sin piedad. ¿Así era como pensaba cuidar de ella?

—No te he protegido.

—Sí, lo has hecho.

—Maldita sea, Carmentia, te solté. Aquellos hombres te arrastraban hacia quién sabe dónde.

Cam se estremeció de forma visible. Luego sacudió la cabeza, como si ahuyentara el mal recuerdo.

—Pero me encontraste otra vez, y no me has soltado.

Jason quería discutir, enfadarse con ella por acudir allí.

—Fue una idea descabellada venir al maldito festival —blasfemó con rabia contenida y la mandíbula apretada. Evitaba sus ojos.

Cam le rodeó la cara con sus pequeñas manos para que la mirara. Rozó con cuidado la cicatriz de su sien.

—Estoy aquí —susurró. Y repitió de nuevo—: No me has soltado.

Jason emitió un sonido animal que contenía fracaso, miedo, deseo. Un río peligroso cuyo caudal se desbordaba por cientos de emociones.

Bajó la cabeza y se apoderó de sus labios con avidez. Todavía tenían el rastro dulce del chapati, y Jason pasó la lengua con lentitud por su labio inferior, una imitación del gesto que había hecho antes Cam. Luego intentó apartarse y recuperar algo de cordura. Para su sorpresa, ella atrajo su cabeza con suavidad e hizo lo mismo. Lamió su boca con delicadeza.

—Mmm. Qué bien sabes —murmuró su pequeña seductora.

Jason perdió el escaso control que le quedaba. Necesitaba reafirmar que los dos estaban allí. Vivos. La apretó contra la pared, y trató de introducir la rodilla entre sus piernas mientras depositaba una estela de besos en el terciopelo de su cuello. Sus manos se acercaron al bajo escote del vestido.

Las capas y capas de ropa le impedían avanzar y trató de apartarse una última vez, pero era una batalla perdida.

Emitió un sonido frustrado, y apoyó su frente sobre la de Cam, con la respiración agitada.

—Desearía tenerte vestida solo con seda —dijo entre dientes.

—Ya voy vestida con sedas —respondió, también en voz baja.

—Me refiero a una única tela rozando tu piel, tan transparente que pueda ver tu cuerpo. Ni enaguas, ni volantes, ni estúpidos armatostes —refunfuñó.

Era evidente que esa conversación escapaba a su control porque solo respondió:

—Oh.

—Sí, oh. —Flexionó un poco las rodillas y agarró el bajo de su vestido— ¿Quieres que te enseñe por qué es mejor que no se interponga nada entre nosotros?

Jason vio cómo su sirena tragaba saliva con dificultad y asentía despacio con la cabeza. Aún sentía la adrenalina correr por sus venas. Esa pequeña señal bastó para que sus manos siguieran avanzando y perdiera la cabeza. Se aisló de cualquier cosa que no fuera ella.

Se las arregló para sortear los metros de tela y armazón, y llegar hasta más allá de los muslos.

Clavó los ojos en los suyos al buscar la abertura de su ropa interior.

Cuando la encontró, no pudo avanzar mucho más debido a la fuerza con la que Cam juntaba las piernas.

Una oleada de ternura lo invadió. Con la mano libre comenzó a acariciarle el rostro, el cuello. Le dio besos delicados que la hicieron confiar y relajarse.

Sus muslos cedieron un poco, y sintió el suave vello contra su palma, la humedad que empezaba a mojarle los dedos. Sufrió un poderoso tirón en la ingle que lo obligó a inspirar hondo. Aquel momento era de los dos, pero sería ella quien disfrutase plenamente.

—No tienes ni idea de lo tentadora que eres. De lo hermosa que estás. —Su voz era áspera y espesa. Luego se volvió tormentosa—: Al perderte de vista entre la multitud yo...

—Parecías bastante indiferente esta mañana... —La voz de Cam era un aliento entrecortado cuando lo interrumpió.

—¿Indiferente? —repitió él, atónito—. Le voy a demostrar los sentimientos que me provoca, señorita Ingram.

Empezó a acariciar sus pliegues con el dedo corazón con ferviente delicadeza, casi como un cosquilleo, y recibió el jadeo sorprendido de Cam en los labios. La notaba caliente e infinitamente dulce. Decidió aumentar la presión y penetrarla con la punta del dedo apenas unos instantes, para después subir y trazar lentos círculos alrededor de esa protuberancia tan sensible, que fueron tornándose cada vez más rápidos. Cam se aferraba a sus hombros, avasallada por las sensaciones. Se mordía los labios sin poder evitar algún que otro gemido de puro deleite.

—Shhh, mi hechicera.

Fue más una caricia que un sonido contra su oído.

Cuando la sintió cercana al clímax volvió a disminuir el ritmo. Alargó la tensión lo máximo posible y absorbió cada sonido y cada temblor.

—¿Qué me estás haciendo? —sollozó Cam.

—Voy a matarte de placer, mi valiente soldado —sonrió.

Con la otra mano, subió la pierna derecha de Cam hasta su cadera, abriéndola más y, por fin, introdujo el dedo profundamente en su interior, sin parar de acariciarle el clítoris con el pulgar.

—Dámelo. Dame tu placer, Carmentia.

Cam le clavó las uñas en la nuca. Alcanzó el orgasmo con un grito que

Jason silencio con un rudo beso mientras notaba las contracciones alrededor de su dedo, hasta que los dos quedaron medio desmadejados y jadeantes contra la pared.

Cam aún sentía pequeños espasmos que recorrían su cuerpo, sumida en una especie de letargo deslumbrado. El dedo de Jason estaba enterrado muy hondo en ella. Su muslo, enredado alrededor de la cadera masculina, en un abrazo de amantes. Cam cerró los ojos para prolongar el momento un instante más. Luego empezó a tomar conciencia de dónde se encontraban, en un oscuro callejón, a la vista de cualquiera que pasara por allí. En especial, de la escolta que los estaría buscando.

Y con el vestido subido hasta la cintura.

Bajó la pierna y empezó a separarse con suavidad, sus extremidades temblorosas e inestables. Jason parecía reacio a dejarla ir del todo, hasta que también se apartó, y la ayudó a arreglar un poco su apariencia.

Cam retiró un mechón que le caía sobre los ojos y miró a Jason con asombro. Jamás pensó que llegarían tan lejos.

Había visto el sufrimiento en su apuesto rostro cuando la arrastró a ese lugar seguro, la culpabilidad. Era la viva imagen de un hombre cuya alma aún estaba herida, y lo amó más por ello. No sabía qué se le había pasado por la cabeza pero, por un momento, la asustó tanto la expresión vacía de sus ojos, que hubiera hecho cualquier cosa por borrarla, incluso anteponerlo a su propia reacción de pánico. Y lo repetiría una y mil veces, porque había disfrutado de un placer que no creía posible.

Jason depositó un último beso en su frente y entrelazó sus dedos con los de ella. Se quedaron así un rato, quietos en el callejón. No pronunciaron palabras de amor, no llegó ninguna declaración por parte del capitán, pero aquel no era el momento.

Ante Cam se abría un nuevo mundo de posibilidades, todas ellas junto al hombre que tenía a su lado. Los dos estaban sanando poco a poco.

Un inesperado ataque de remordimientos por Edith se coló en su mente, y lo ahuyentó pegándose más a la seguridad que le proporcionaba el cuerpo de Jason. Entonces él le apretó la mano y Cam alzó la cabeza, alerta. Miró en la misma dirección que el capitán pero, con su altura, no pudo ver lo que le había

llamado la atención. Jason la instó a que salieran de detrás de la protección del carro.

Ban se acercaba corriendo hasta ellos.

Su silueta en sombras se recortaba delante del sol de poniente, y Cam tuvo que entrecerrar los ojos para distinguirlo bien, medio cegado.

—No sabéis cuánto me alegro de veros. —La voz del brahmán sonaba preocupada—. ¿Estáis bien?

Los dos asintieron a la vez, Cam un poco ruborizada. En realidad, estaba más que bien. Su corazón se sentía a rebosar de dicha a pesar de todo.

—¿Y Leonelle y Lemy? —preguntó.

—Sus hermanas la esperan en el carruaje, *memsahib* —respondió Ban—. Están completamente ilesas. —Hizo una pequeña pausa—. El teniente Harris también consiguió llegar hasta el carruaje.

Cam se sintió por fatal por haberse olvidado del pobre George Harris.

—Oh, qué estupenda noticia. —Fue lo único que atinó a decir.

Jason asintió, aliviado. Se giró hacia Ban.

—¿Tienes idea de lo que ha ocurrido exactamente?

El aludido puso mala cara.

—Al parecer, unos trabajadores estaban manipulando un carro con fuegos artificiales para esta noche y la pólvora explotó. Ya está todo bajo control, aunque ha provocado algunos daños materiales y un par de quemaduras. Un... desafortunado accidente.

—Ya.

Jason no añadió nada más, pero a Cam no se le pasó por alto la tensión que dominaba a los dos hombres. Recordó lo que había dicho Leo el día en el que conocieron al brahmán.

—¿Va todo bien? ¿Sucede algo que yo deba saber?

—¿Se refiere a algo en concreto? —esquivó la pregunta Jason.

—Pues... sí. Me gustaría saber si habrá problemas en Baipur por el nombramiento de Al-Musavi. Mi hermana Leonelle afirma que el que sea un nabab es bastante inusual.

—Su hermana es muy perspicaz, Al-Musavi no es de fiar —contestó Ban esta vez—. Pero no se preocupe, ahora que posee el cargo que quería, no dejará que Merala se suma en el caos. Será más astuto para conservar su

poder.

Aquello no la tranquilizó en absoluto, pero sabía que sería inútil internar preguntarle a Edward.

Cuando llegaron al carruaje, que habían detenido en una pequeña elevación junto al puente de entrada a la ciudad para proteger a Leo y a Lemy, sus hermanas descendieron de un salto y las tres se fundieron en un apretado abrazo. El teniente Harris, más pálido de lo normal, también mostró su preocupación por ella. Todos se permitieron descansar unos instantes para recuperarse del sobresalto antes de reemprender la marcha. Su mirada puesta en el horizonte.

El sol ya casi se había ocultado entre las montañas que se alzaban, lejanas, más allá de la jungla, y el cielo se teñía de púrpuras, dorados y lavandas.

Baipur se envolvía en un manto místico para pasar la noche de Diwali. Los cientos de lamparillas de arcilla que decoraban los tejados y los alféizares de las ventanas habían comenzado a brillar con entusiasmo, como un fiel reflejo en la tierra de las estrellas que empezaban a refulgir en el firmamento.

Las siluetas de mezquitas y templos se recortaban contra el cielo, como piezas de un exótico juego de ajedrez.

Era pura magia.

Cam inspiró hondo. Disfrutó del aroma a cilantro y a libertad, y del ensordecedor silencio de la naturaleza.

No pudo evitar pensar en su ruidoso y amado Londres. En el sonido machacón de las máquinas que jamás se detenían en las fábricas recién construidas y en el silbido de los trenes de vapor. En sus calles congestionadas por transeúntes hastiados, envueltos en una niebla densa que asfixiaba con sus dedos filosos. Era muy diferente a aquellos espacios de vastos llanos y lujuriosos vergeles que aceptaban con reticencia la insignificante presencia de los hombres, doblegados a su voluntad.

—Volvemos a la residencia del gobernador —dijo Jason al cabo de un rato.

—Pero nos perderemos los fuegos artificiales —se quejó Lemy con una vocecita.

—No te preocupes, pequeña. —El capitán acarició la morena cabeza de Lemy—. En la India sienten una gran inclinación por la pirotecnia. Seguro que tendrás muchas más oportunidades de verlos.

—Pero...

—Lemy, piensa en Cam —la reprendió Leo—. Seguro que prefiere volver a casa.

La niña asintió con un puchero. Todos los ojos se centraron en Carmentia.

No podía negar que cientos de agujas de terror se habían clavado de manera dolorosa en su nuca y en su espalda cuando se vio separada de Jason en esa marea humana. Había gritado de miedo mientras pronunciaba su nombre y el de sus hermanas. Sin embargo, el tormento acabó en el momento justo en el que sintió los brazos del capitán rodeándola de nuevo y que supo que Leo y Lemy estaban bien.

No se dejaría condicionar por el temor otra vez.

—Estoy perfectamente, así que podemos ir a ver los fuegos —dijo con una sonrisa a Lemy.

Jason se adelantó un paso, su semblante estaba muy serio.

—No creo que eso sea lo más conveniente, señorita Ingram.

—Estoy de acuerdo con el capitán —lo apoyó Ban.

—Les aseguré, caballeros —atajó Carmentia, levantando una mano para acallar más protestas—, que me encuentro muy bien. Solo ha sido un pequeño susto. Además, nos costó mucho convencer a mi primo para que nos permitiera salir. Si no nos encuentra en el palacio de Nasir Al-Musavi, como acordamos, se volverá loco de preocupación y nos encerrará de por vida.

Le pareció que Jason murmuraba que eso era lo que debía hacer con mujeres tan testarudas. Apretó la mandíbula cuadrada y miró con culpabilidad a Lemy y a Leo. Cam deseaba que, en su fuero interno, Jason intuyera que era justo lo que ella necesitaba. No quería esconderse más. También estaba segura de que no traicionaría la confianza que sus hermanas habían depositado en él. La merecida libertad de las chicas se vería muy reducida si el incidente llegaba a oídos de su primo. Por no hablar, pensó con un gemido ahogado, del posible escándalo si se enteraba de que ella había pasado tanto tiempo a solas con el capitán Warwick.

Barrió a los allí presentes con una mirada de basilisco que colocó a todos en su lugar.

—Espero contar con su discreción sobre este ligero percance.

—No hay más que hablar. —Harris se adelantó a Jason esta vez y agarró la

mano de Cam para ayudarla a subir al carruaje—. Se cumplirán los deseos de las damas, y será mejor que no se diga ni una palabra de lo que ha sucedido aquí. —Esto último lo dijo dirigiéndose a la escolta.

Los hombres, fieles a Warwick, lo miraron en busca de aprobación. Tras una vacilación, Jason asintió. Cam soltó la respiración que había estado conteniendo, y se acomodó en el carruaje.

El camino hasta el palacio de Nasir Al-Musavi no fue, ni mucho menos, tan animado como el recorrido anterior. Había bastante tensión en el ambiente. Muchos silencios fueron cubiertos a duras penas con conversaciones insípidas. Cam escuchó con poco interés que Nasir Al-Musavi, reputado diplomático, era miembro de una de las familias musulmanas más nobles y adineradas de Merala. Mantenía buenas relaciones con los ingleses y tuvo un trato que apenas se podía definir como «fríamente cordial» con el difunto marajá del reino.

Cuando llegaron a su destino, fue Ban quien ayudó a las damas a descender del carruaje. Jason estaba a unos pasos de ellas, vigilante pero frío. Cam sintió una pequeña punzada en el pecho. Esperaba no haberlo hecho enfadar demasiado por su decisión de acudir al palacio aquella noche.

Un grupo de sirvientes de Nasir salió a recibirlos al punto.

Una vez tras los muros, Cam alzó la cabeza y se quedó boquiabierto una vez más por la magnificencia de las construcciones indias. El Zareen Mahal se erguía orgulloso ante ellos con la luz de la luna y de las estrellas como única compañía, suficiente para iluminar las inmensas cúpulas doradas a las que debía su nombre: «El Palacio Dorado». Emitían fulgores áureos, como si la enorme fortaleza fuera un tesoro en sí mismo, hecho de oro macizo y mármol resplandeciente. La simetría de los jardines tenía una clara influencia islámica, con sus fuentes, naranjos y limoneros repartidos en formas geométricas de sonidos y aromas cítricos que cautivaban los sentidos. Caminaron en paralelo junto a una acequia que se alargaba hasta la entrada del Zareen Mahal. Unos pavos reales se cruzaron con ellos en aquel paseo nocturno; su plumaje, todo un despliegue de elegancia y armonía. Las enormes puertas del palacio se abrieron con ceremonia, y el interior se adivinó tan ornamentado como lo era el exterior. Lujosas alfombras, mobiliario de nácar, cientos de detalles con los que se quería dejar claro el poder y la opulencia de la familia Al-Musavi a aquellos que tuvieran el inestimable honor de ser invitados ante su presencia.

Los condujeron a una hermosa sala con columnas talladas cuyos ventanales

estaban abiertos de par en par para que se colara una brisa fresca de otoño. Daban a un jardín empedrado desde el cual Carmentia supuso que tendrían unas vistas perfectas de los fuegos artificiales.

Ya se habían servido té y dulces de aspecto succulento, y el gobernador los esperaba junto a su esposa. La última vez que había visto a Edith fue junto al bosque de tamarindos, y Cam intentó aparentar serenidad pese a ser un manojo de nervios que tiraban de su estómago y de sus pulmones. Entonces, el hombre que los acompañaba se hizo con toda su atención y le provocó un escalofrío que recorrió toda su espina dorsal. Nasir Al-Musavi no era muy alto pero era recio. Tenía la piel oscura característica del Indostán y, bajo el pesado turbante decorado con piedras preciosas y una enorme pluma, asomaba un cabello renegrado y ensortijado que descendía hasta los hombros. La barba era hirsuta, pero el bigote había sido cuidado con esmero, hasta tal punto, que sus dos extremos se rizaban hacia arriba, lo que le habría dado un aspecto cómico si no fuera por el brillo cruel de sus ojos negros. El atuendo lo conformaban una túnica de brocado en oro, unos pantalones bombachos de tono claro, un curioso calzado que terminaba en punta, y un lujoso sable que pendía de sus caderas estrechas. Las joyas, en cambio, eran lo que más había impresionado a Cam. Nunca había visto a ningún hombre, o mujer, para el caso, con semejante cantidad de perlas que daban vueltas y vueltas alrededor de su cuello y de su pecho hasta casi cubrirlo por completo, al igual que los gruesos aretes de oro que pendían de sus orejas y la cantidad de anillos que tapaban sus dedos.

—Bienvenidos al Zareen Mahal —dijo y abrió sus manos en un abanico de destellos metálicos. Clavó su mirada anodina en todos ellos—. Confío en que tengan una velada inolvidable.

Se intercambiaron los saludos de rigor, y Cam aprovechó la primera oportunidad que tuvo para acercarse a Jason.

—¿Dónde está Ban?

Solo se había percatado de su ausencia al presentarse ante Nasir Al-Musavi.

—Ha preferido esperar fuera, junto al carruaje, señorita Ingram. —Su voz seguía siendo demasiado fría y formal para el gusto de Cam.

—¿No quiere estar en presencia de Al-Musavi? —indagó.

—Es algo hipócrita celebrar una festividad hindú si se pertenece a una religión tan opuesta como es el islam, ¿no cree?

Parecía que no solo recriminaba ese hecho al noble musulmán, sino a ella también. Sus mejillas se pusieron un poco rojas ante el ataque innmercido.

—Pienso que podría tomarse como un acto de buena fe hacia aquello que es diferente a nosotros —respondió—, y no parecía importarle a usted mucho hace un rato.

Por la cara agria que puso el capitán, parecía que había dado en el clavo en eso último.

Cam miró hacia los lados para asegurarse de que todo el mundo estaba enfrascado en su propia conversación.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, impaciente.

—Lo que ocurre, señorita Ingram, es que ha utilizado el chantaje para hacer su voluntad, cuando lo único que yo quería era ponerla a salvo.

Ante la mirada atónita de Cam, él continuó.

—¿Acaso niegas que el impedirte venir aquí suponía enemistarme con tus hermanas?

No sentía el menor deseo de discutir con él, ni de representar el papel de consentida. Al contrario, lo que habría deseado era que Jason apreciara el valor que había mostrado al actuar con normalidad después de lo sucedido.

—Creo que está exagerando las cosas...

El capitán no respondió, pero la rigidez de sus hombros anchos fue patente. Cuando él se alejó, Cam soltó un suspiro disgustado. Añoraba al Jason espontáneo y cariñoso de hacía unas horas. Se suponía que aquella noche era especial, como un encantamiento para que todo saliera bien.

No sabía lo equivocada que estaba.

La velada transcurrió como era habitual en ese tipo de reuniones, con conversaciones banales y gestos bastante insulsos, hasta que Nasir se incorporó y se puso frente a los invitados.

—Y ahora, si las damas son tan amables —señaló los amplios ventanales—, mis sirvientes han preparado un agradable lugar para que puedan disfrutar del espectáculo.

Todos salieron a la despejada noche de noviembre por una impresionante escalera tallada en mármol que conducía a uno de los laterales del hermoso patio interior. Sobre una tarima de madera se habían extendido varias

alfombras y cojines de aspecto mullido y caro. Sus hermanas se acomodaron en el suelo con agilidad. Cam las siguió, se colocó las faldas a su alrededor como un precioso nenúfar y se arrebujó en el chal para protegerse un poco del frescor que había comenzado a arreciar.

—¿No es maravilloso todo esto, Cam? —cuchicheó Leo.

—Es como un cuento —respondió en el mismo tono. Aceptó un vasito de té del que salía una prometedora nube de vapor.

Lemy no se molestó en contestar. Acariciaba, absorta, los cojines con elaborados bordados en oro y plata.

Edith se había sentado algo más apartada del resto. Se la veía un poco nerviosa, y Cam también se dejó arrastrar por la inquietud. Antes o después tendría que hablarle de sus sentimientos por Jason. El gobernador Ingram se acercó a su mujer y le dio una palmadita afectuosa en la mano.

—Querida esposa, primas —dijo, mirando al resto de las Ingram—, Harris, Nasir Al-Musavi y yo observaremos los fuegos desde otra estancia mientras discutimos ciertos asuntos. Os dejo en buenas manos.

Todas asintieron. Cam apenas prestó atención a la pequeña legión de sirvientes que quedaba a su servicio. También estaba parte de la escolta del gobernador que había accedido al Zareen Mahal.

Contemplaron el cielo y se prepararon para la primera explosión de color. Cuando Cam giró la cabeza para mirar a Jason de manera cómplice, sintió cómo un nudo de incertidumbre se asentaba en su estómago.

Edith se había acercado al capitán Warwick para susurrarle algo. Jason asintió e intercambió algunas palabras con los guardias, para después alejarse juntos por una pequeña vereda flanqueada por naranjos.

Jason maldijo para sus adentros y siguió la estela de los cabellos de Edith, plateados bajo las estrellas. Lo que de verdad quería era ir tras aquellos tres hombres. Adivinar qué tramaban de una vez por todas. Parecía estar condenado a que cada ocasión en la que podría descubrir algo relevante se le escurriese de entre las manos, porque era imposible escabullirse dentro del palacio bajo la mirada atenta de los sirvientes y guardias de Nasir. Y no podía confiar del todo en Harris.

En realidad, lo que más deseaba era echarse a Carmentia al hombro y

llevársela lejos de allí. A Inglaterra, de ser posible. O, al menos, estar lo más cerca de ella aquella noche. Todavía estaba afectado por todo lo que había ocurrido en la plaza. Pero Edith, después de tantos meses, había elegido ese momento para pedirle hablar a solas con él.

Que lo colgasen si aquellas mujeres no hacían que se diera a la bebida.

Llegaron a un pequeño claro de luna que iluminaba una fuente de chorros saltarines y se detuvieron.

Jason esperó a que Edith fuera la primera en hablar. El silencio se prolongó en la noche.

—Jason ... —empezó al cabo de un rato, insegura—. Puede que ya no quieras ninguna explicación acerca de lo que ocurrió, pero yo necesito dártela.

—Tal como ha dicho, señora Ingram —respondió con cautela Jason, marcando el título que los separaba ahora—, ya es tarde para explicaciones. Solo deseo lo mejor para usted.

—Tú siempre has sido lo mejor para mí —dijo Edith—. Y también lo peor.

Los músculos de Jason se tensaron. Contempló a aquella mujer menuda y de rasgos perfectos.

—¿Va a decirme cuánto tiempo guardó luto por mí? ¿Una semana? ¿Dos? ¿O es este el momento en el que por fin finge que se alegra de verme?

Ella no respondió a las pullas.

—No fuiste capaz de esperarme, Edith. Por amor de Dios, ni siquiera fuiste capaz de llorarme un poco antes de casarte. No sé qué quieres de mí ahora —resopló Jason.

Lo mejor era acabar con la pantomima.

—Te esperé, Jason, y te lloré demasiado. Ese es el problema.

Estaba temblando cuando se acercó más a él.

—Edith, eres la esposa de otro hombre. Tienes que olvidar que una vez estuvimos prometidos y ser feliz.

No quería que ella sufriera por él. Pese al compromiso, eran apenas dos desconocidos que se habían escrito cartas educadas a través de la distancia.

Su abandono le había dolido muchos meses atrás, pero aquello era el pasado. Ahora tenía a Cam.

—No lo entiendes, ¿verdad?

Para sorpresa de Jason, Edith comenzó a tirar de la punta de sus guantes

hasta dejar sus blancas manos al descubierto. Alzó una de ellas para rozarle la cicatriz de la sien.

Jason no lo permitió, la sujetó antes de que llegara a estar cerca siquiera. Era un gesto demasiado íntimo, demasiado parecido al primer roce que sintió de las manos suaves de Carmentia.

Cuando fue a soltar la mano de Edith, un haz de luz incidió sobre su delicada muñeca. Jason soltó un jadeo de dolor y conmoción. Las cicatrices eran claramente visibles allí, sobre su piel de porcelana surcada por venas azules y llenas de vida. Agarró la otra mano con rapidez y la giró para encontrar las mismas marcas en la otra muñeca.

—No.

Unas gotas resbalaron sobre sus dedos, aún aferrados a la tierna carne de Edith. Sintió sus sollozos antes de verla llorar.

—Cuando supe que... —Las palabras se atascaban en la garganta de su antigua prometida—. Quise irme contigo —consiguió terminar de alguna manera.

Jason cerró los ojos.

—Dios Santo, Edith. No sabía nada... ¿Por qué no me lo has dicho en todos estos meses?

—Tú mismo has respondido —contestó entre lágrimas—. Era demasiado tarde. Mi familia consiguió ocultar lo que había hecho, y me hicieron jurar que jamás los deshonraría de esa forma. Tenía que pensar en ellos. Edward me cortejó, nos casamos, y yo...

Jason depositó un ligero beso en cada una de sus muñecas; se sentía como el más vil de los insectos.

—Jamás debiste hacerte daño por mí, Edith. —Pasó un cabello rubio por detrás de su oreja—. Por nadie. Eres una mujer increíble.

Edith rompió a llorar en sollozos más desgarrados. Jason trató de consolarla. Le acarició los brazos con torpeza. Siempre se había sentido demasiado grande, demasiado bruto en su compañía.

—Eres hermosa, dulce. La esposa de un hombre que, por lo visto, ha sabido cuidarte mejor que yo. —Hizo que ella alzara la cabeza con una mano inestable bajo su barbilla. Le temblaba el pulso—. Te pido perdón, Edith. Te pido perdón desde lo más hondo de mi corazón por todo el dolor que te he

causado. No sé si hay algo que pueda hacer para repararlo...

—Sí puedes. —Edith se aferró a él—. Di que me seguirás amando, Jason. Como yo a ti.

—Edith, yo no...

La respuesta que tenía que dar era lo más difícil que había hecho nunca. Antes prefería recibir otro disparo que herirla de nuevo. Pero jamás podría prometer una mentira semejante. Solo traería más dolor.

—¡No! ¡No quiero oírlo!

Le golpeó el pecho con fuerza inusitada, y los dos lo notaron a la vez. Antes de que pudiera detenerla, Edith hurgó dentro de su casaca y sacó el guardapelo de plata que contenía sus cabellos. Se había convertido ya más en un talismán de buena suerte que en un recuerdo de su prometida.

—Lo sabía... todavía conservas mi guardapelo —susurró—. Bésame, Jason, una última vez...

Comenzaron los fuegos artificiales, y Edith se lanzó a sus brazos.

La primera explosión de luz roja alumbró el cielo. La siguieron otra verde y otra azul, como estrellas fugaces que estallaran hasta disolverse en el horizonte. Sin tiempo para reaccionar, Jason sintió el roce de sus labios, al tiempo que oía un crujido de grava en el suelo. Se apartó de Edith para ver la cara iluminada de Cam.

Estaba surcada de lágrimas que corrían por sus mejillas.

Cam sintió que se ahogaba. El corsé la oprimía tanto que no podía expandir los pulmones para expulsar el llanto que ardía en su pecho. Un dolor sordo en su corazón fue haciéndose con el control de sus extremidades hasta dejarlas entumecidas. Sus ojos, aun con todas sus imperfecciones, no la engañaban. Jason había besado a Edith en las muñecas con ternura y luego había rozado sus labios con los de ella. Esos labios que apenas unas horas antes se habían unido a los suyos plenos de ardor, que se habían apoderado de una parte de su ser para no devolverla nunca.

Una serie de imágenes encajaron en su mente. Jason llevándose la mano al pecho la primera vez que vio a Edith. La forma que había sentido Cam bajo su casaca mientras la besaba junto a los tamarindos. En todas las ocasiones que había compartido con ella, el guardapelo de su antigua prometida descansaba cerca de su corazón... Incluso mientras casi le hizo el amor en el callejón. Sintió cómo el dolor se volvía más punzante, perforándola. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? Él nunca había dejado de pensar en Edith.

Permaneció escondida entre los naranjos. Sintió lágrimas ardientes que acabaron deslizándose por su rostro para morir en el suelo.

Le dio otro vuelco al corazón cuando la mirada azul de Jason se cruzó con la suya.

Debía de haber hecho algún ruido sin querer.

Se giró y se alzó las faldas para echar a correr entre los árboles, pero se tropezó y cayó de bruces. Se desgarró el vestido, y un dolor atroz le quemó la rodilla.

Se quedó así, tirada en el frío suelo de piedra unos segundos. Escuchó unos pasos ágiles y pesados a su espalda, e hizo un enorme esfuerzo por incorporarse.

No estaba muy lejos de sus hermanas, y los fuegos artificiales seguían iluminando los jardines como rayos mágicos en una noche sin tormenta.

Le temblaban tanto las piernas que le fue imposible levantarse. Más lágrimas amargas dejaron un sabor a sal en sus labios.

Se vio alzada en vilo y aplastada contra un pecho que conocía muy bien.

—Carmentia. Señorita Ingram —rectificó Jason—. ¿Está herida?

—No me toque —respondió.

Se apartó con rapidez de él, pese al dolor de la pierna.

—Carmentia, por favor...

Cam inspiró hondo. Pidió a su angustiado corazón que latiera por un momento.

—No se atreva a llamarme por mi nombre. Y no vuelva a tocarme.

No quería mirar a Jason. Estaba segura de que la pena se desbordaba por sus ojos.

Rozó la seda verde de su precioso vestido, la prenda que había supuesto un reflejo de su felicidad. Estaba roto, sucio, y sintió la llegada de nuevas lágrimas.

—Tienes que escucharme. —La voz de Jason era un susurro ronco.

—Jason... —La voz de Edith impulsó a Cam como un resorte.

—Lo dejo con su antigua prometida, capitán. —Apenas prestó atención a la expresión tormentosa de Warwick— Sé lo de su compromiso. Aunque usted no se haya molestado en decírmelo.

Dio media vuelta con dignidad. Se cubrió a duras penas con el chal e hizo todo lo posible para que no se notara su cojera hasta que alcanzó la tarima de madera. No se giró para ver si la pareja de amantes la seguía o no.

Tenía que fingir que no le importaba.

—Cam, te has perdido todos los fuegos —la reprochó Lemy.

Se acercó a ella, con Leo a la zaga.

—No me encuentro bien. —Sus hermanas la miraron, súbitamente alerta. Cam jamás se quejaba—. Me gustaría regresar a casa.

No sabía durante cuánto tiempo más aguantaría el dolor que amenazaba con asfixiarla.

—Por supuesto —asintió Leo—. Iré a buscar al primo Edward...

—¡No! —dijo Cam, quizá con demasiada brusquedad—. Tardaríamos mucho en irnos. Creo que el señor Ban todavía aguarda fuera con el otro carruaje.

—Es verdad —la secundó Lemy—. Yo lo vi quedarse en la entrada del

palacio. Creo que estaba fumando.

Sus hermanas mayores la ignoraron. Leo solo asintió. Entonces su mirada se agudizó tras las gafas al atisbar algo por encima del hombro de Cam. No tenía que girarse para saber quién estaba allí. Se puso aún más nerviosa. No quería enfrentarse otra vez a Jason.

—Vayámonos, por favor —la apremió en voz baja.

Leonelle volvió a asentir y la tomó de la mano para hablar con la escolta del gobernador. Pronto se separaron un par de hombres para acompañarlas a la entrada del dorado Zareen Mahal. A Cam le pareció distinguir el rostro lívido del capitán Warwick, como si tratara de decirle algo mientras la veía alejarse. Solo cuando estuvieron sentadas en el carruaje, empezó a llorar sobre el hombro de Leo, frente a una pasmada Lemy.

Mientras, en un rincón del lujoso palacio, dos figuras intercambiaban acusaciones en voz baja. No querían que los escuchara el tercer individuo, que había salido de la estancia después de que una exorbitante cantidad de oro cambiase de manos.

—Los hombres que ha enviado por ella son unos incompetentes.

—No se atreva a endosarme su fracaso. La idea de atraparla en medio de una estampida humana fue idea suya. —Hubo una ligera pausa—. Y resulta evidente que fue pésima.

—Todo es culpa del condenado Warwick —maldijo la voz con un susurro cargado de odio—. Deberíamos eliminarlo de una vez.

Una carcajada seca precedió a la respuesta.

—No tenga tanta prisa. Con eso solo lograríamos atraer la atención del virrey. Hemos conseguido que Lord Canning se mantuviera convenientemente apartado de nuestros asuntos, pero sumar la muerte del capitán a la lista sería la gota que colme el vaso.

—Ahora piensa así porque tiene las arcas llenas con la fortuna que le acaba de entregar Al-Musavi. Gracias a mí.

—Usted ha sido un contacto muy útil. Pero no se confunda, Harris, la he conseguido yo mismo, nombrándolo nabab.

Otra sarta de impropiedades se perdió entre las paredes de mármol hasta que la voz se calmó.

—Lo único cierto es que tendremos que volver a intentar llevarnos a su querida prima Carmentia. Sabe que, de una forma u otra, lo conseguiré, gobernador Ingram.

Hicieron falta seis eternos días para que Jason consiguiera hablar con una Ingram, pero no con la hermana que él quería. Siempre que iba a la residencia del gobernador, Carmentia se encontraba indispuesta, lo cual no era cierto, porque Surinder y Ambika mantenían un ojo vigilante sobre ella para contárselo después. Era frustrante no poder enviar ningún mensaje a través de ellos para no descubrir que estaban a su servicio. Tampoco podía rebatir las palabras del mayordomo indio que lo atendía en la puerta cada mañana.

Sabía que George Harris la visitaba todos los días, y aquello lo sacaba de quicio como ninguna otra cosa lo había hecho jamás.

Al menos tuvo el consuelo de recibir una nota de Edith, más extensa que las últimas que intercambiaron. Tras su abrumadora revelación en el jardín, Jason se había sentido destrozado, hasta el punto de perder la consciencia en el alcohol, sin saber cómo enfrentarse a la situación.

El contenido de la carta le encogió el alma, aunque la caligrafía impecable transmitía que Edith había recuperado su aplomo y su serena compostura:

«Estimado Jason:

Ante todo, quiero preservar el honor de mi marido, a quien, pese a no poder hacer entrega de mi amor por el momento, sí que debo todo mi respeto. A pesar de los sentimientos que tan abiertamente expresé en el palacio, jamás le sería infiel a Edward.

Sé que ya no existe un futuro para nosotros, pero no me arrepiento de ninguna de mis palabras, de confesar lo que mi corazón todavía no ha olvidado. Aquella noche reuní todo mi coraje para enfrentarme a ti, y lo único que lamento es no haber sido capaz de conseguirlo antes para evitarnos más dolor a ambos. Necesitaba expulsar el peso de la tristeza que me embargó desde que se te dio por muerto hasta que te volví a ver en Inglaterra. Ha sido una carga que he soportado en la más completa soledad y, por fin, he conseguido aliviar mi espíritu. Te pido que no guardes remordimiento o pesar alguno por mí en tu interior, ¿cómo podrías pensar siquiera en disculparte por estar vivo?

Yo daré gracias por ello todos los días,

EDITH»

La historia de ambos era demasiado trágica como para que Jason no se retorciera aún por dentro. Nunca habría imaginado el profundo alcance de sus afectos hacia él, oculto siempre tras su hermético recato. Aún así, había tenido la delicadeza de no forzarlo de nuevo a revelar sus sentimientos por ella, y en un increíble acto de generosidad, le había concedido un perdón por su sufrimiento del que no se sentía merecedor en absoluto.

Se pasó una mano por el pelo con inquietud.

Así lo encontró Leonelle, merodeando en la entrada, y lo invitó a sentarse con ella en el salón.

—Señorita Leonelle. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. Confío en que se encuentre bien.

—Perfectamente, gracias.

Sus ojos dorados ocultaban cualquier emoción tras los gruesos cristales, pero Jason se removió, incómodo, en el asiento. Estaba seguro de que Cam le había contado lo que creyó ver la noche de Diwali.

—¿Y sus hermanas?

—Lemy está jugando fuera con Surinder. No estoy segura de si quiero responderle acerca de cómo está Carmentia.

—Lo comprendo —dijo con sinceridad—. Solo le pido que me diga si... —vaciló—, si aún está muy dolida.

—¿Usted qué cree, capitán?

—Solo sé que, a veces, se llegan a conclusiones precipitadas.

—¿Se está excusando?

Jason se sentía como en un juicio, pero ese no era el juez ante el que tenía que confesar sus pecados.

—Le ruego que me disculpe, señorita Leonelle. Ese tema quisiera tratarlo a solas con su hermana, en este mismo instante, si me lo permite.

—Me temo que eso no va a ser posible. —La voz de Leonelle, por lo general dulce, tenía un matiz acerado—. Carmentia está dando un paseo en compañía del teniente Harris.

Los ojos de Jason se entrecerraron con rabia.

—Parece que las atenciones del teniente hacia la señorita Carmentia son de lo más entusiastas.

—Así es —respondió Leo con más cautela.

—Esperaré su regreso. —Se acomodó en el sillón para dar énfasis a sus palabras. Vio que Leonelle iba a protestar y se adelantó con ironía—: No tengo ninguna prisa. Llevo esperando seis días.

Ahora Leonelle parecía alarmada.

—Verá capitán, ella suele guardar sus sentimientos a buen recaudo, pero en este momento se han desbordado. No creo que tenga intención de verlo.

Jason se pasó la mano por los ojos. Era lo peor que podía decirle. Apenas había dormido en esos días y debía tener un aspecto lamentable, con ojeras de un matiz púrpura y venitas rojas que cruzaban sus globos oculares.

—Leonelle —dijo con tono cansado, sin preocuparse ya en llamarla por su nombre—, quiero arreglar este malentendido con Carmentia, y si tengo que subir a su cuarto y tirar la maldita puerta abajo, que así sea.

Leo alzó las cejas, atónita por su lenguaje.

—No creo que la violencia sea la solución que más satisfaga a mi hermana —dijo con frialdad—. No quiero que juegue con ella.

Jason se levantó de un salto y comenzó a pasearse, nervioso, por la estancia.

—¡Por Dios santo! ¡Carmentia es la que está a punto de hacer que pierda la razón! —Sus botas repiqueteaban en el suelo con estruendo—. No dejo de pensar en ella desde que la conocí. ¿De qué tiene miedo su hermana, Leonelle?

Clavó sus ojos azules en los de Leo, y, esta vez, fue el turno de ella de moverse con incomodidad sobre el sillón tapizado.

—No creo que eso tenga relación con...

—¡Por supuesto que sí! Si no fuera tan testaruda, si no me rehuyera, ahora la situación podría ser distinta.

—¿Acaso usted le ha facilitado las cosas? ¿Cree que es agradable verse en medio de dos amantes?

Jason apretó los labios en una línea firme, hasta que se volvieron blancos.

—¿Así que eso es lo que le ha contado? ¿Lo que ella cree?

Leo giró la cabeza hacia la ventana, reacia a dar más explicaciones.

—En primer lugar, señorita Leonelle, lo sucedido en el pasado con mi

antigua prometida, y no mi amante —recalcó la palabra «no»—, es algo que solo nos atañe a nosotros tres. Le diré, sin embargo, que la señora Ingram merece mi más absoluta consideración, pero mis sentimientos hacia su hermana hacen que mi compromiso con Edith parezca algo lejano e irreal.

—Entonces, ¿por qué la besó el otro día?

No cabía duda de que las hermanas Ingram no tenían pelos en la lengua.

Exhaló aire por la nariz.

—Yo no la besé. —Antes de escuchar la voz indignada de Leonelle, continuó: —Fue la señora Ingram quien me besó, por razones equivocadas, pero perfectamente excusables y que guardaré para mí.

—Será mejor que no se muestre tan críptico en las explicaciones que piensa dar a mi hermana.

Jason se estaba enfureciendo por momentos.

—Creo haber demostrado el valor que doy a la honradez, Leonelle. Jamás haría daño a Carmentia de forma intencionada. Al contrario, quiero protegerla de cualquier cosa que pueda herirla y me condenaría mil veces por haber sido yo el causante de su dolor.

Leonelle lo observó durante un buen rato, en actitud reflexiva.

—¿Sabe por qué razón tiene Carmentia unos ojos tan peculiares?

Jason sacudió la cabeza ante el brusco cambio de tema.

—Ella no nació así, ya sabe, con un ojo verde y el otro casi negro.

Jason volvió a sentarse y se preparó para escuchar, con toda seguridad, una de las historias más importantes de su vida.

Leonelle se aferraba las manos con fuerza, y el reloj de mármol y oro de la repisaba contaba los segundos hacia atrás, remontándose al pasado.

—Creo que usted ya ha escuchado que mi hermana y yo vivimos en Merala cuando éramos niñas.

Jason asintió y tragó saliva.

—Yo tenía cuatro años y no recuerdo muchas cosas, aunque supongo que fue una etapa feliz para nosotras. Estábamos junto a nuestros padres, y puede imaginarse todas las aventuras en las que nos metimos si se fija en Lemy. — Leo esbozó una pequeña sonrisa al pensar en su hermana pequeña—. Un día en el que yo no me encontraba bien y tenía algo de fiebre, Cam aprovechó que la atención de nuestros padres estaba puesta en mí y se marchó a explorar.

Leo se interrumpió y volvió a contemplar el paisaje a través de los cristales del *bungalow*.

—Se internó en esa misma jungla que ve usted, capitán.

Jason palideció solo de pensar en todos los horrores que una niña tan pequeña podía encontrar en medio de la jungla. Animales salvajes, plantas venenosas, aquel era un lugar despiadado, sobre todo con los más débiles.

—Horas después, mis padres, al fin, notaron su ausencia y comenzaron una búsqueda frenética. Ese momento sí que permanecerá en mi memoria. Toda la casa en vilo, mi madre llorando. La encontraron casi al anochecer, hecha un ovillo junto a un arroyo, a varios kilómetros de la casa.

—¿Sabe qué ocurrió? —Jason se pasó la lengua por los labios resecos.

—Una vez que Carmentia se repuso, regresamos a Inglaterra de inmediato junto a mi madre y, conforme me fui haciendo mayor, escuchaba conversaciones, miraba a mi hermana y hacía preguntas, pero no siempre me respondían. —Se colocó las gafas con un gesto nervioso—. Al final descubrí que un grupo de delincuentes indios la encontró en medio de la selva y que la golpearon con mucha crueldad dándole patadas y puñetazos. La dejaron marcas. En especial, en su ojo izquierdo. El médico no pudo hacer nada para reparar el daño, y por eso su pupila tiene ese aspecto, sin apenas dejar

espacio al iris.

La ira se fue apoderando de él en oleadas, al igual que la comprensión y la admiración por aquella mujer que era todo coraje.

Notó cómo le palpitaban las sienas, y se cubrió la cabeza con las manos.

Removería cielo y tierra para tenerla y compensar todo lo que había sufrido.

Al notar una palma suave sobre la suya, desenterró la cabeza de entre los brazos.

—Cam es muy especial —dijo Leo—. Por fin la he visto feliz a su lado. Cuídela o jamás se lo perdonaremos.

—Lo haré con mi vida, Leonelle. Voy a casarme con ella.

Carmentia no aguantaba más en el *bungalow*. Se había convertido en una pequeña prisión, en lugar de un refugio seguro. Ambika la informaba de todas las visitas del capitán Warwick a la casa, tanto si quería como si no, y la última conversación con el teniente Harris la había llevado a tomar una drástica decisión.

Al principio, Cam no había sentido deseos de ver a nadie. Necesitaba estar sola con su pena, enterrada bajo las sábanas mojadas de tanto llorar. Después, se recriminó a sí misma el quedar reducida a ese estado tembloroso y trató de sacar fuerzas del resentimiento que sentía hacia Jason y su engaño. Se había sentido un poco mejor al confiarle todo a Leonelle, aunque se le hacía un nudo en el estómago al imaginar que podría encontrarse con Edith en cualquier momento. Pero parecía que la intención de las dos mujeres de evitarse era mutua.

Unos días atrás, el teniente Harris la invitó a dar un corto paseo alrededor de la propiedad y Cam aceptó, un tanto renuente. Para su sorpresa, la conversación fue muy agradable y distendida, y se repitió todas las tardes hasta hacía unas horas cuando, tras charlar con soltura sobre las diferencias y similitudes entre el té Darjeeling y el Assam, Harris clavó la rodilla en el suelo y la pidió en matrimonio.

—Carmentia, aún no he hablado con su primo, pero estoy seguro de que aceptará nuestra unión.

La postura era un poco forzada debido a su lesión en la pierna, y un hilillo

de sudor se escurría por el bigote oscuro mientras esperaba su respuesta.

Cam parpadeó, pillada por sorpresa.

Las miradas que el teniente le dedicaba le decían a Cam que la encontraba agradable, atractiva incluso, pero en ninguno de sus encuentros había dado muestras de un interés de tal envergadura. Ella no lo habría alentado.

Carraspeó un poco, en un intento de sacudirse la incomodidad.

—George... —vaciló, nunca había tenido que rechazar una propuesta de matrimonio, más bien porque nunca había recibido una—, me siento muy honrada por su propuesta, pero preferiría que no le comentara nada a Edward.

La cara del hombre se tornó rígida, y ella se apresuró a continuar.

—No puedo casarme con usted, George. Lo haría terriblemente infeliz.

—¿Es por mi pierna? ¿Cree que no sería capaz de mantener a una familia?

—¿Cómo dice? —Cam estaba indignada—. Por supuesto que no. Jamás sería tan superficial como para valorar las capacidades de un caballero por su físico.

Sus palabras no parecieron apaciguarlo.

—Entonces es que está enamorada de otro.

Tras la acusación, Harris trató de levantarse con mucha dificultad y se enfadó más aún por mostrarse tan vulnerable ante ella. La primera reacción de Cam fue ayudarlo, pero se detuvo. Sabía que no se lo agradecería.

—Eso, señor, no es de su incumbencia. Y ahora, si me disculpa, me marchó. Ya tiene mi respuesta.

Se había dado media vuelta y se había colado con rapidez por la puerta de servicio del *bungalow* antes de que Harris se repusiera lo suficiente como para alcanzarla. Había subido hasta su cuarto como un ladrón en su propia casa para no cruzarse con nadie y se había encerrado a cal y canto.

No vio la mirada de odio del teniente, ni el modo siniestro con el que acarició el bastón.

El desencuentro fue la gota que colmó la paciencia de Cam. George Harris se había sumado a las personas que quería evitar, en un grupo ya reducido de por sí. Todos eran cercanos al gobernador y, por ende, a ella misma. Se estaba asfixiando, así que decidió que lo mejor sería poner un poco de distancia de

por medio. No fue una decisión fácil pero, una vez que la hubo tomado, sintió que una parte del peso que le oprimía el pecho se evaporaba.

Esa misma noche, ya tarde, le pidió permiso a su primo para hacer una corta visita a la señora Campbell y a su marido en Calcuta. Recordaba con cariño los días en el barco junto a aquella formidable mujer y sabía que le haría bien. Sus hermanas estarían protegidas, rodeadas de soldados y en la seguridad de la casa, si no, no se le habría pasado por la cabeza marcharse.

Cuando se lo propuso a Edward, este la escudriñó con sus ojos oscuros y solemnes, pero no dijo nada. Al final, accedió a su marcha.

Preparó un exiguo equipaje con rapidez. Volvió a los colores oscuros, al igual que su estado de ánimo, y partió con premura mientras la casa todavía estaba medio dormida. La nota que les había dejado a Leo y a Lemy también fue breve y concisa, aunque cariñosa. Les instaba a que la esperaran en Baipur mientras ella resolvía unos asuntos en Calcuta. Estaba segura de que Leonelle lo comprendería y cuidaría de Lemy.

A Cam no le preocupó el hecho de no poder utilizar el ostentoso y mullido carruaje con el que habían hecho el camino de ida a Baipur, ya que era de uso exclusivo del gobernador. Ambika, con una expresión de reproche en sus exóticos rasgos, la estaba esperando ya con sus pertenencias en el otro carruaje que la llevaría hasta su destino, bastante más pequeño y cuya madera algo ajada hablaba de los años que había pasado transportando pasajeros ingleses en el trópico.

Partieron de inmediato, un pequeño grupo formado por el conductor indio, dos soldados a caballo y ellas mismas. Conforme iban poniendo distancia, Cam sentía cómo el hilo que la unía al capitán Warwick se iba tensando, y tiraba de su corazón de una forma dolorosa.

Cuando llevaban alrededor de una hora de camino, el balanceo del carruaje hizo que cayera en un estado de duermevela. No era una postura muy cómoda, porque tenía la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla, que se sacudía y vibraba en los baches más profundos, pero apenas había dormido durante las últimas noches y se dejó arrastrar por el sueño. De pronto, Cam sintió un vuelco en el estómago cuando el vehículo dio una sacudida mucho más brusca de lo normal. Pareció quedar suspendido en el aire unos segundos, para después precipitarse con saña contra el suelo, en un brutal estallido. Cam oyó los relinchos de los caballos mientras el mundo daba un giro de noventa

grados, y el carruaje volcaba hacia su lado. Se golpeó el hombro y la cabeza contra la puerta y quedó aturdida por unos instantes. Luego emitió un quejido de dolor e intentó aferrarse al asiento, ahora en posición vertical. Sintió cientos de pinchacitos en las palmas, desprotegidas sin los guantes que se había quitado al subir al carruaje a causa del calor. El cristal había reventado al chocar contra una piedra del terroso camino, y había esquirlas esparcidas por todas partes. Sacudió la cabeza en un intento de despejarse y logró desprenderse un poco del mareo para evaluar los daños. Al segundo, se puso de rodillas sobre la puerta destrozada con un grito ahogado.

—¡Ambika!

Su criada yacía desmadejada entre el asiento y el suelo. Sangraba con profusión por una herida en la cabeza y estaba muy pálida. Cam rezó para que no hubiera ocurrido lo peor. No quería que nada malo les sucediera a los sirvientes que la acompañaban por su deseo egoísta de huir. No prestó atención a algunos de los cristales que conseguían atravesar la tela de su vestido para lacerarla, y tocó con suavidad el rostro de su doncella. Notó un brevísimo aliento sobre la palma que la hizo suspirar, inmensamente aliviada. Tomó la decisión de no moverla hasta que alguno de los soldados o el conductor que los acompañaba acudieran a ayudarla, y se puso en pie como pudo dentro del carruaje maltrecho para pedir auxilio, pero era imposible alcanzar la puerta contraria, ni aun poniéndose de puntillas. Parecía tan lejana como la cúspide del templo de Sarasvati. Pateó el suelo con frustración. Solo entonces fue consciente del silencio antinatural que reinaba en el exterior. Nada de relinchos de caballos ni gritos de hombres que rescataban a sus compañeros o maldecían en voz alta. Solo una alarmante y descomunal ausencia de sonido que le puso el vello de punta a Cam.

La puerta se abrió de golpe. Unos intensos rayos solares que se colaron en el interior dejaron a Cam medio cegada por el resplandor y sin apenas ver a la oscura figura que se descolgó dentro del carruaje. Alzó las manos para protegerse de ambos y emitió un grito agudo cuando unas manos aferraron sus muñecas y tiraron de ella hacia arriba, casi dislocándole el hombro en su agresivo esfuerzo por sacarla de entre las maderas destrozadas. Cayó al suelo como un fardo, resintiéndose de sus múltiples magulladuras, y solo tuvo tiempo de meter un poco del aire que se había escapado de los pulmones antes de que una tela basta y de sabor agrio le fuera introducida sin miramientos en

la boca. Cuando trató de ponerse en pie y liberarse de la mordaza, un pie cayó entre sus omóplatos provocándole un intenso dolor y la retuvo contra el suelo para atarle las manos a la espalda. Después, la figura se alejó.

Cam estaba tan aterrorizada que pensó que perdería el conocimiento, pero, segundos más tarde, sus ojos se posaron en el lugar donde había volcado el carruaje y se quedaron abiertos de par en par, como imantados por la grotesca escena. El conductor yacía en el suelo, a unos cuantos metros, con el cuello torcido en un extraño ángulo. El turbante carmesí que había llevado con orgullo se retorció cerca de él, como una serpiente de sangre. El vehículo había caído en una zanja polvorienta con el eje roto y una de las ruedas todavía giraba en el aire, como si quisiera demostrar a Cam que el mundo no se había detenido, tal y como ella pensaba. Pero lo más horrible de todo era lo que tres hombres con la cara cubierta y ropas harapientas les estaban haciendo a los soldados británicos que la habían escoltado. Dos arrastraron el cadáver de uno de ellos hasta depositarlo cerca del carruaje mientras el tercero se cernía sobre el otro. Le taponó la nariz y la boca con las manos, hasta que sus piernas embutidas en botas negras dejaron de sacudirse entre espasmos. Un asesinato a sangre fría. Luego, también lo arrastraron hasta su compañero caído y apuntalaron el pesado carruaje con varios troncos. Gruñeron por el esfuerzo de alzarlo hasta que hubo espacio suficiente para meter los dos cuerpos debajo, de forma estratégica. Trabajaban con meticulosidad y eficacia, y Cam sintió que la bilis quemaba su esternón ante semejante atrocidad. Soltaron los troncos y los arrojaron al borde de la jungla, donde había decenas más, y el carruaje volvió a su posición original. Cam cerró los ojos con fuerza para ver solo oscuridad, aunque no pudo cubrirse los oídos y bloquear el ruido de la madera al golpear contra la blandura que había debajo.

Todo había sido orquestado a la perfección para que pareciera un dantesco y terrible accidente a ojos extraños. El cochero, muerto al salir despedido del pescante; los soldados, aplastados al intentar enderezar el carruaje y la doncella, desangrada en el interior. Pero, ¿qué tenían reservado para ella? ¿Qué querían?

Tenía los párpados apretados con fuerza y ni siquiera los abrió cuando la alzaron del suelo con perversa diversión.

La subieron a un caballo, delante de uno de aquellos asesinos, y se pusieron al galope.

La única, diminuta esperanza que tenía tras aquella horrenda masacre era que habían dado a Ambika por muerta y tendría posibilidades de sobrevivir.

—Ahora serás una buena chica y te perderás en la jungla con nosotros — dijo un aliento apestoso junto a su oreja—, y harás todo lo que te digamos.

Cam, por fin, llegó a las llanuras del pánico y cayó desmayada sobre el cuello sudoroso del caballo.

Una rama que tironeaba de sus ropas, junto a una voz airada en una lengua desconocida, despertaron a Cam de su involuntaria negrura y entreabrió los ojos al húmedo y místico paisaje de la jungla. No podía ver el sol a causa del techo de ramas y hojas que los envolvía en una atmósfera verde. Los árboles parecían espirales de varios troncos que se retorcían y se unían entre sí hasta formar uno solo, cuyas raíces y ramas se estiraban, amenazadoras, hacia ella. Apenas dejaban espacio para el caballo, que andaba a paso rápido pero con cuidado de no pisar las rocas desperdigadas y semiocultas entre la maleza. Debían de haberse internado mucho en la selva, porque no había rastro alguno de civilización, y la vegetación era la protagonista indiscutible de aquel turbio cuadro. Una de las monturas se situaba delante de Cam y la otra a su espalda con sus respectivos jinetes, en un cerco que no admitía escapatoria, incluso en el improbable caso de que hubiese podido deshacerse del hombre que la sujetaba con fuerza desde atrás, en la silla de montar.

El murmullo de un caudal cristalino se unía a los trinos de los pájaros, y unos monos con la cara negra y suave pelaje blanco saltaban de rama en rama, inquietos por su presencia.

Otra rama puntiaguda se enganchó en su voluminosa falda y estuvo a punto de descabalgarlos a ella y al jinete con la sacudida. Su captor volvió a hablar con la voz cargada de odio y debió de dar la orden de detenerse en un minúsculo claro, porque los otros dos frenaron a sus monturas en el acto con un brusco tirón de las riendas. Desmontó y obligó a Cam a hacer lo mismo con un salvaje tirón que envió descargas dolorosas a sus hombros retorcidos hacia atrás. El dolor se extendió a sus muñecas medio entumecidas por las ataduras, pero la mordaza amortiguó su quejido de protesta y angustia.

Un reluciente cuchillo de mortífero aspecto apareció en la mano derecha del hombre. Cam solo podía ver sus ojos negros, dos ascuas entre los pliegues de tela oscura que le cubrían la cabeza y parte del rostro moreno.

—Esos malditos trapos ingleses nos están retrasando. —Pronunció las palabras entre los dientes apretados, con un rabioso acento gutural. Hizo girar a Cam con tanta fuerza, que casi la tira al suelo para cortar la cuerda que unía

sus muñecas con una certera cuchillada—. Quítatelo —dijo, señalando con el arma las faldas hinchadas y abultadas por el miriñaque.

Aunque Cam hubiera podido hablar, no habría sido capaz de pronunciar palabra al enfrentarse cara a cara a aquellos hombres. Se frotó las extremidades atormentadas por diminutos pinchazos mientras los observaba. El que parecía liderar el grupo debió de ver la incredulidad en su rostro, porque acercó el cuchillo peligrosamente a su garganta. Luego lo bajó para cortar un poco del escote del recatado vestido y dejó un feo rasguño en su piel clara.

—¿Acaso prefieres que lo haga yo?

Antes preferiría morir a permitir que sus manos manchadas de sangre la tocasen un solo milímetro. Tenía que ganar tiempo, pero ¿para qué?

Conteniendo un sollozo, Cam intentó girarse para evitar más humillación, pero él no se lo permitió. Los tres hombres se rieron al verla alzar la tela de muselina y las enaguas con manos temblorosas, hasta que logró desenganchar el miriñaque. Dio un paso atrás para salir de los círculos de alambre y crin de caballo, con lo que se alejó un poco de aquel macabro trío. Si no hubiera estado tan aterrada, se habría ruborizado hasta las puntas de los pies, aunque la impotencia que sentía era casi tan grande como su miedo.

La evidente reducción de volumen pareció satisfacer a su torturador, que la miró de forma sucia y lasciva. Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Cam y fue absorbida por la tela inmunda de la mordaza. Estaba sola, perdida en la inmensidad de la jungla, junto a tres asesinos que podrían hacer con ella lo que quisieran. No había nadie para impedirselo. Todos en Baipur creerían que seguía de viaje hacia Calcuta, incluido el capitán Warwick, y solo Dios sabía si Ambika seguía con vida.

Otra lágrima siguió a la primera y se maldijo por ser tan estúpida. Todo el miedo que le inspiraba regresar a la India estaba fundado con demoledora solidez en la maldad que emanaba de aquellos hombres.

Un pensamiento se abrió paso hasta su mente encogida. Si hubiesen querido acabar con ella, ya lo habrían hecho. Así que no era muy probable que la disparasen si trataba de huir.

Cam se giró a toda velocidad. Exigió a sus piernas paralizadas y llenas de contusiones que corrieran hasta estar escondida en la espesura. Era su única oportunidad. Aunque se sujetó la falda con las manos libres, no contaba con

que el ruedo, que se había alargado varios centímetros al deshacerse del miriñaque, la haría tropezar, ni con la rapidez del asesino. Trastabilló varios pasos hasta que un agarre brutal la retorció el brazo. Una bofetada de igual intensidad le cruzó la cara, y notó el sabor metálico de la sangre contra su lengua, hinchada y reseca por la mordaza.

—¿A dónde cree que iba, *memsahib*? —El líder casi escupió aquel término de cortesía, su cara cernida sobre el rostro inflamado de Cam—. Te voy a enseñar a obedecer, zorra pelirroja.

Con una fuerza aterradora, el hombre la empujó contra uno de los troncos retorcidos y volvió a levantar el enorme cuchillo. Cam trató de revolverse y luchar mientras él continuaba el corte en su corpiño por donde lo había dejado minutos antes. Poco a poco, fue dejando más piel blanca al descubierto. Con igual celeridad se detuvo, alzó la cabeza y olfateó el aire como un animal de presa. Dio unas cuantas instrucciones en aquel dialecto extraño, y uno de los hombres, el más bajo, se perdió entre la vegetación, cuchillo en mano. El otro se quedó junto a los caballos, a tan solo unos pasos de ellos y en clara posición de alerta.

El alivio inundó a Cam y trató de respirar con más normalidad, pero el líder soltó una carcajada despectiva sobre ella con su aliento nauseabundo.

—No te alegres tan rápido, *memsahib*. Hay cosas mucho peores que yo acechándonos en la jungla.

Cam esperó, con el corazón en un puño, a escuchar el rugido de alguna bestia salvaje. En lugar de dientes y mordiscos, un cuchillo silbó al surcar el aire y se clavó con fatal precisión en el pecho del hombre situado junto a los caballos. Se desplomó en el suelo y las monturas huyeron, espantadas.

Una silueta fue emergiendo entre dos troncos enredados frente a Cam, tenía el brazo levantado y la pistola apuntaba sin vacilar al lugar donde estaba el asesino.

—Suelta las armas y apártate de ella.

Carmentia sintió que las piernas no la sostenían más y se deslizó por la corteza rasposa del árbol. Ni siquiera le importó que el indio lanzara la pistola que llevaba en el cinturón y el largo cuchillo bien lejos de su alcance, antes de alejarse de su lado.

Su salvador era Jason.

Jason vio la figura aovillada y maltrecha de Carmentia en el suelo y amartilló el gatillo. Solo tenía que apretar, una ínfima presión del dedo índice, y la pesadilla que se había atrevido a atormentar a Cam de nuevo desaparecería para siempre. Los otros dos hombres ya lo habían hecho. Uno, con el cuello cortado de un tajo mientras intentaba atraparlo entre la maleza; el otro, con el mango de un cuchillo sobresaliéndole del pecho.

Pero odiaba derramar más miedo y sangre delante de ella. Ya se encargaría de eso más tarde.

Antes quería respuestas para el infierno por el que había pasado.

La tarde anterior había tenido que marcharse muy frustrado del *bungalow* de Ingram porque no había logrado dar con Carmentia antes de que lo reclamasen en el acuartelamiento por un asunto que requería su presencia.

Se había ido a dormir sin dejar de pensar en ella, pero había tenido que levantarse antes del alba para volver a reunirse con sus hombres, del todo ajeno al hecho de que Cam se estaba escabullendo de Baipur delante de sus narices. Nunca se habría imaginado que se atrevería a marcharse sola, no después de lo que le había contado Leonelle. Jamás volvería a subestimarla, ni a quitarle los ojos de encima. Aunque tardase mil en años en explicar lo que había sucedido con Edith, no desistiría.

La cara de Ban al acercarse a él a media mañana solo podía significar que traía malas noticias.

—He estado en casa del gobernador. *Memsahib* Carmentia ha partido hacia Calcuta esta mañana. Me he enterado porque sus hermanas estaban montando un escándalo que se oía a tres kilómetros del *bungalow*.

Jason miró atónito al brahmán. Luego soltó un juramento y salió corriendo hacia su propio *bungalow* para prepararse para el viaje. Dejó órdenes para cumplir en su ausencia y, cuando reunía algo de munición, reparó en un papel medio arrugado en su escritorio y volvió a maldecir.

Ambika debió de hacer llegar la nota en la que avisaba de su partida cuando él ya había se había marchado.

No le sorprendió ver que Ban también estaba listo para partir nada más entrar en las cuadras. Instaron a los caballos a un raudo galope por la ancha carretera flanqueada por higueras y dejaron una estela de polvo detrás.

Jason sabía que la visión del carruaje destrozado se convertiría en uno de los peores recuerdos de su vida. Hasta que llegó a los restos de madera y hierro, solo imaginó a Carmentia ensangrentada y sin un hálito de vida. Desmontó de un salto, sin esperar a que el caballo se detuviera. Trepó a lo alto del vehículo e introdujo medio cuerpo en el interior. Cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz, vio la figura tendida y se le paró el corazón. Ban también había subido y aguardaba sus palabras, en tensión.

—Es Ambika —dijo al cabo de unos segundos. Y se sintió culpable porque su voz no sonaba tan consternada como debería.

No era Cam.

Ban le hizo a un lado con algo de rudeza y se introdujo con agilidad en el carruaje.

—¡Está viva! —gritó—. Ayúdame a sacarla.

Los dos hombres izaron el menudo cuerpo de la doncella india, y Ban se arrodilló a su lado para atenderla. El sari naranja que la envolvía estaba salpicado de gotas de sangre. Jason intentó ayudar, pero estaba tan nervioso que resultaba más un estorbo que otra cosa, hasta que el brahmán lo apartó con delicadeza. Sin otra cosa que hacer más que esperar noticias de Ambika e intentar no perder el juicio, revisó una y otra vez el lugar de la catástrofe y los cuerpos del conductor y de los soldados aplastados, pero no encontró ni rastro de Cam. Lo que había eran huellas de cascos de caballos espantados por todas partes y hacia todas direcciones, lo que dificultaba encontrar un rastro fiable. Era imposible que hubiera seguido ella sola rumbo a Calcuta después de aquello. Jason apretó los puños, quizá también estuviese herida. Si hubiera retomado el camino a Baipur para pedir ayuda, se habrían cruzado con ella muchos kilómetros atrás, y era absurdo pensar que se había internado en la jungla. No había ninguna razón lógica para hacerlo. Todo lo contrario. Entonces, ¿dónde diablos estaba?

Tras comprobar que Ambika estaba estable, dentro de la gravedad de sus lesiones, Ban se acercó a él. Jason observaba cómo las raíces aéreas de los banianos se aferraban a los troncos de otros árboles desprevenidos, hasta estrangularlos. Así se sentía el capitán, asfixiado por la angustia.

—¿Dónde diablos está? —repitió en voz alta la pregunta que había torturado su cabeza los últimos veinte minutos.

El brahmán se mantuvo en silencio a su espalda y el capitán dejó vagar la mirada algo perdida por la vegetación una vez más.

De pronto, como si alguien hubiera escuchado sus plegarias silenciosas y lo guiase, vio algo que se había negado ver hasta ese momento, porque no soportaba la idea de que Cam estuviera sola en medio de la jungla. Se precipitó hacia un pequeño parche verde entre los árboles y encontró la señal de una herradura que había pisoteado unos hierbajos. Un trozo de tela negra ondeaba sobre una ramita escasos pasos más adelante. Como si lo apremiase a encontrar a su dueña.

Con un escalofrío, regresó a por su montura y se acercó a Ban, que asintió incluso antes de que pronunciara palabra alguna.

—Cuida de Ambika —dijo de todas formas—, ve con ella a la aldea más cercana para que la atiendan de inmediato. Yo iré por Carmentia y no regresaré sin ella.

—Ándate con ojo. —Fue su escueta respuesta.

—Lo haré, amigo mío. —Miró la figura de Ambika, todavía tendida en el suelo con un trozo de tela blanca que Ban se había arrancado como almohada—. Os debo mi eterna gratitud a los dos... otra vez.

Espoleó a su caballo y cabalgó sin descanso. La hermosa imagen de Cam entregándose a él sin reservas en Diwali fue la luz que lo guió.

Hasta que, por fin, la tuvo frente a él.

Ahora estaba acurrucada contra un inmenso árbol y trataba de desatarse la mordaza con manos temblorosas.

Jason aferró la pistola con más fuerza.

—¿Qué pretendíais hacer con ella? —Su voz sonaba ronca por la rabia en ebullición—. ¿Por qué os la llevasteis?

No podía ver bien la cara de aquel hombre, pero estaba seguro de que había esbozado una sonrisa retorcida.

—¿No es evidente? Es una *memsahib* muy guapa. Solo queríamos ser amables y enseñarle lugares especiales que los *angrezi* nunca visitan.

Jason enseñó los dientes y bajó la pistola. Apuntó a la pierna.

—No podrás ir a ningún sitio con la rodilla destrozada.

El tipo pareció perder algo de su actitud desdeñosa, la voz del capitán era tan pausada que la amenaza sonaba muy real. Alzó las manos en son de paz.

—Vamos, *sahib*, solo queríamos divertirnos un rato.

Jason alzó de nuevo la pistola. Esta vez, apuntó a la cabeza.

—¿Quieres morir? Porque te pegaré un tiro entre ceja y ceja ahora mismo, sin escuchar las respuestas que quiero. —Hizo una pequeña pausa—. Pensándolo bien, te lo mereces, solo por tocarla.

Jason se iba aproximando poco a poco a las figuras junto al árbol, dominado por la ira.

Vio que el hombre había empezado a sudar de manera copiosa. Era probable que lamentase las palabras que había utilizado.

Cam seguía inmóvil, y Jason no quería hacer ningún movimiento brusco que diera ventaja a aquel bastardo sobre ella. Hizo una rápida evaluación de su estado y soltó una maldición al ver su rostro y su pecho magullados. Apenas fueron unos segundos, pero resultó ser una distracción fatal.

Cuando pasaba junto al cuerpo tendido del indio al que había lanzado el cuchillo, una mano ensangrentada le aferró la bota, desequilibrándolo. Jason miró hacia abajo en un acto reflejo justo cuando el hombre exhalaba su último suspiro. El otro cabrón aprovechó esa mínima vacilación para abalanzarse sobre él y rodaron por el suelo, en un forcejeo mortal por la pistola.

En cualquier otro momento, su corpulencia habría bastado para deshacerse del escuálido indio como si fuera un mosquito, pero todavía no se había recuperado del balazo en la sien y el impacto contra el suelo lo había debilitado. Al caer, Jason se había golpeado la cabeza y estaba tratando de contener el dolor que amenazaba con extenderse por su cráneo como un dique roto.

Sintió cómo la pistola se resbalaba de entre sus dedos, escuchó la detonación y a Carmentia gritar aterrada.

Todo el alivio que Cam había sentido al ver aparecer a Jason se esfumó como gotas de lluvia al sol cuando empezó la lucha cuerpo a cuerpo. Estaba segura de que algo iba muy mal. Su piel, de un precioso matiz dorado, estaba blanca como la cera y sus movimientos apenas tenían fuerza para repeler el ataque. Debía ayudarlo como fuera. Se obligó a ponerse de rodillas y buscó con desesperación a su alrededor. Trató de localizar las armas que habían caído en alguna parte de la maraña de vegetación. Acababa de rozar algo cuando sonó un disparo, y un alarido escapó de su boca al ver la pistola echando humo en la mano del asesino.

Miró el pecho del capitán Warwick, esperando verlo cubierto de sangre, pero solo percibió que subía y bajaba con rapidez.

Tenía que haber errado el tiro, no podía morir, no podía...

Su secuestrador alzó la pistola, ahora sin munición, para descargar la culata con fuerza sobre Jason.

Antes de que llegara a hacerlo, Cam, se lanzó sobre él y lo golpeó en la cabeza con la piedra llena de aristas que había recogido. Empleó todas las energías que le quedaban y oyó un crujido repugnante. El indio la miró, sorprendido, una milésima de segundo antes de desplomarse.

Con la mente bloqueada, Carmentia lanzó lo más lejos que pudo la piedra pegajosa para inclinarse sobre Jason con avidez. Palpó su pecho y sus extremidades en busca de alguna herida de bala y respiró aliviada al no encontrar ninguna. Su mirada azul, en cambio, estaba desenfocada y la llenó otra vez de temor.

—Capitán Warwick. —Su voz era suave al rodearle las mejillas con manos inestables. Intentó que reparase en ella—. Dígame qué le ocurre. ¿Dónde le duele?

Jason parpadeó un par de veces, como si sus espesas pestañas pesaran toneladas.

—Dios... Es mi cabeza. —Por fin la miró, y ya no apartó la vista—. ¿Estás bien? —Ella asintió con rapidez, el capitán hablaba entre los dientes

apretados y Cam era consciente del esfuerzo titánico que hacía para pronunciar cada sílaba—. Carmentia, tenemos que irnos de aquí. El olor a sangre... Pronto vendrán chacales u otras fieras...

Por supuesto que Cam estaba deseando salir de la jungla y encontrar a un médico que atendiera a Jason, el hecho de que se toparan con un tigre o un jaguar solo les dio a sus acciones un tinte todavía más siniestro y apremiante. Miró a su alrededor y se obligó a insuflar cordura y oxígeno a su cerebro.

Los caballos habían tratado de huir despavoridos tras el disparo, pero las riendas de uno de ellos se habían enredado en una rama y estaba algo nervioso, con los ojos en blanco y los hollares dilatados. Cam se acercó muy despacio, con las palmas en alto y rezando por que no soltara una coza a su cuerpo vapuleado. Parecía ser un animal de carácter tranquilo por naturaleza, porque no tardó en quedarse quieto bajo las palabras cariñosas de Cam.

—Eres un caballito muy bueno, ¿verdad? —Era un susurro apenas audible mientras deshacía el nudo de las riendas. El caballo parecía esperar, expectante, el momento en el que Cam lo montara. Le acarició el hocico aterciopelado—. Estoy segura de que no disfrutabas nada de la compañía, ¿a que no? Has sido muy valiente, así que creo que te llamaré Brío. ¿Qué te parece?

Miró de reojo hacia donde estaba tendido Jason, que no se había movido, y condujo al caballo castaño, ya libre, hasta él. Ahora solo tenía que conseguir que se sentara en la grupa.

Inglaterra le pareció más cercana que la distancia que separaba a Jason del lomo del animal.

Con un suspiro, volvió a arrodillarse a su lado y le tocó el hombro. Por suerte, no estaba dormido, aunque había cerrado los ojos y solo abrió dos rendijas oscuras.

—¿Cree que podrá subir al caballo?

Jason se incorporó pulgada a pulgada, y Cam le pasó los brazos bajo las axilas para ayudarlo. Para cuando se tambaleó como pudo sobre el lomo del animal, los dos sudaban en abundancia, aunque ella no se dejó engañar. Jamás habría podido mover a un hombre tan corpulento como el capitán Warwick sola, él había hecho casi todo el esfuerzo y ahora estaba agotado y el color pálido de su piel había dado paso a un amarillo enfermizo. Cam se acomodó delante de la silla, a horcajadas, e hizo ademán de pasarle las riendas.

Jason apenas movió la cabeza como negativa y se aferró a su cintura con debilidad.

—Es posible que pierda la consciencia. —Se giró, horrorizada, y supo que Jason estaba al límite de su resistencia—. Busca el curso del río y cabalga hacia donde se pone el sol. —Hizo una pausa para tragar con dificultad—. Cuando el caudal se bifurque, continúa por el margen izquierdo hasta un paredón de piedra. Allí hay una gruta que nos dará cobijo, al menos por esta noche...

Cam asintió y apretó con tanta fuerza el cuero de las riendas, que los nudillos se le pusieron blancos e instó a Brío para que empezara a andar.

Les daría cobijo si conseguían llegar sanos y salvos. Y a Cam nunca se le había dado bien orientarse.

Para inmensa fortuna de Cam, encontrar el río no fue tan difícil como pensaba. Solo tuvo que dejarse guiar un poco por el oído y atravesar la espesura hasta que dio con un cauce de aspecto profundo y bordeado de cañas que se agitaban con la brisa. Tiró un poco de las riendas hacia la derecha para perseguir al sol, que ya era una bola rojiza que intentaba escurrirse entre los árboles.

Su atención estaba dividida entre tratar de captar los sonidos de la jungla en busca de algún peligro inminente y cuidar del hombre que la rodeaba con sus brazos. Hubo un momento durante el trayecto en el que sintió todo el peso del capitán sobre su espalda y la barbilla apoyada en su hombro y pensó que se había desmayado. Iba a detener la montura, asustada, pero un firme apretón en la cintura la detuvo. Le pareció notar que le deba un beso en la oreja, aunque fue tan ligero que podría haberlo imaginado.

—Sigo aquí... —dijo con un murmullo ronco y cansado.

Cam respiró algo más tranquila y continuó la marcha hasta doblar un pequeño recodo del río. Frenó en seco. No era de extrañar que tuvieran que continuar por el lado izquierdo, tal y como había dicho Jason. El río se dividía en dos ante ellos, separado por un pequeño islote verde en el centro. La parte derecha daba paso a un manglar cuyas aguas lamían la espesa vegetación que parecía crecer en la misma corriente. Era intransitable para cualquier persona, ni que decir para un caballo. La parte izquierda, en cambio, parecía más

despejada y accesible.

La mala noticia era que se hallaban en el margen derecho del río.

Lo único que pudo hacer Cam fue mirar atónita de un lado a otro.

El caballo piafó y removió los hierbajos con las patas herradas.

—¿Hemos llegado ya? No quería que pensaras en cómo sería el puente y te asustaras antes de tiempo.

Cam giró un poco el cuello en dirección a la voz del capitán.

—¿A qué puente se refiere? No hay ninguno. —Se felicitó por lo tranquila que había sonado cuando estaban perdidos en medio de la jungla y a punto de anochecer.

Jason lanzó un par de floridas maldiciones y se llevó la mano a la sien herida.

—Tiene que estar aquí, Carmentia. Es el lugar correcto.

—Con el golpe que se ha dado en la cabeza es lógico que se encuentre un poco desorientado. Quizá si retrocediéramos un poco...

—Imposible. —Fue la tajante respuesta.

—Si no fuera tan testarudo...

—No se te ocurra llamarme testarudo a *mí*. —Pese a su debilidad, su tono resultó bastante amenazador. Cam intentó deslizarse del caballo, pero Jason la apretujó contra él. —¿A dónde demonios crees que vas? Vamos a acercarnos a la maldita orilla. Busca cualquier cosa que te recuerde en lo más mínimo a un puente.

Cam rezongó de forma muy poco femenina y se armó de paciencia.

El caballo fue dando pasos lentos hacia borde de las aguas, ahora teñidas de un fuego anaranjado por el atardecer.

Carmentia estuvo a punto de pasarlo por alto, pero un ave de gran envergadura que parecía atareada pescando para la cena atrajo su atención y entonces lo vio. Algo parecido a una estructura de madera medio sumergida entre las ondas parduzcas del río.

—Capitán Warwick, me temo que ya no hay puente.

Jason se asomó con infinito cuidado sobre su hombro.

—Condenado monzón. —Las palabras salían en pequeñas exhalaciones, probablemente fruto del dolor y el enfado—. Este año las lluvias han tenido que parecer un maldito océano cayendo del cielo para que el puente todavía

esté así.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cam.

—Tenemos que cruzarlo. No hay otra opción.

—¿Qué?

Cam empezó a preocuparse de verdad por las condiciones mentales del capitán tras el golpe.

—¿Confías en mí?

Cam tembló. Aquella era una pregunta muy traicionera. ¿Confiaba en él después de lo ocurrido con Edith? Como hombre, en sus sentimientos por ella, desde luego que no, pero...sí que confiaba en su valor y en su destreza como soldado.

—¿Confías en que te protegeré? —concretó él, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí.

Apenas había pronunciado las dos sílabas cuando Jason clavó los talones en las ancas del animal, que salió disparado hacia delante, sorprendido por ese trato después de la suavidad de Cam con las riendas.

Fueron directos a la corriente.

Carmentia cerró los ojos y soltó un pequeño grito. Esperaba sentir cómo el agua la envolvía en su fría humedad en cualquier momento. No sabía nadar y Jason no estaba en condiciones de cargar con ella hasta la otra orilla.

Escuchó un chapoteo y probó a entreabrir un poco las pestañas.

Estaba felizmente seca y todavía sobre el lomo de Brío. Habían cubierto más o menos un tercio del camino y el animal avanzaba con lentitud pero sin pausa. Sus pezuñas, hundidas en el agua, creaban ondas que se expandían en grandes círculos hasta desaparecer. Parecía cosa de magia, como si el animal flotara sobre el río.

—Más que un puente, son unos cuantos tablones atados con cuerdas y clavados en el suelo. —Las manos de Jason en la cintura la ayudaban a mantener el equilibrio ante el balanceo del animal al vadear el agua—. Esperemos que no se hayan podrido y aguanten nuestro peso y el del caballo.

—Lo prefería cuando estaba callado. Me dan ganas de aporrearlo yo misma en la cabeza.

Le pareció notar un movimiento a su espalda, como si Jason intentara

contener la risa, pero le temblasen los hombros.

—Lo estás haciendo muy bien —la elogió con voz tierna—. Ya casi hemos llegado.

Cam tragó saliva de forma convulsa. En realidad, estaban justo en medio del puente sumergido y el caballo tenía las patas bastante hundidas en el agua. Temió que la corriente, fuerte e inexorable, los arrastrara, y se aferró a las grandes manos de Jason. Cerró otra vez los ojos. Él entrelazó los dedos con los de ella, con las palmas unidas y le transmitió fuerza en un contacto que se le antojó a Cam casi tan íntimo como los abrazos que habían compartido.

Un pequeño tirón de las riendas los obligó a separarse y Cam notó un aguijonazo de dolor en el pecho. No podía dejarse llevar por las circunstancias, aunque su cuerpo anhelara su cercanía.

Pasó una eternidad hasta que volvió a escuchar las herraduras del caballo salpicar sobre la madera, donde el agua era menos profunda.

Por fin, consiguieron alcanzar la orilla enfangada y con tocones secos que sobresalían del lodo como dedos esqueléticos. Cam se dejó caer hacia delante, sin fuerza. Jason la abrazó y la acercó a su pecho.

—Has sido muy valiente. Solo falta un poco más —dijo.

Le puso una mano en la mejilla e intentó que volviera la cara hacia él, pero Cam mantuvo la barbilla agachada, rígida.

—Será mejor que lleguemos cuanto antes —respondió—. Casi ha anochecido.

Jason emitió un quedo suspiro y continuaron varios metros más hasta llegar a un pequeño edén de hierba frondosa junto a un paredón de piedra que custodiaba la cara oeste del río. Cam vio un pequeño agujero en la roca, no muy lejos del suelo.

Desmontaron a duras penas y subieron con lentitud los escalones excavados en la piedra. La mano derecha del capitán aferraba con fuerza los salientes de la pared y la izquierda descansaba sobre el hombro de Cam para mantener un precario equilibrio, hasta que lograron introducirse en la gruta. Brío se quedó pastando tranquilo bajo sus pies.

Cuando estuvieron dentro, vivos y seguros al fin, Jason perdió la consciencia.

La gruta estaba bien abastecida con mantas, cuencos apilados y otros enseres cotidianos, como si se utilizara con asiduidad. Aunque estaba física y mentalmente destrozada, Cam tenía aún los nervios de punta y le era imposible dormir. Después de comprobar que el capitán Warwick estaba todo lo bien que podía estar en esa situación, se dedicó a explorar el diminuto espacio y a buscar alguna fuente de luz antes de que el último de los tímidos rayos de sol desapareciera. No quería quedarse a oscuras allí dentro. No tardó mucho en encontrar una lámpara de aceite y unos fósforos. Un haz de luz iluminó la cueva y proyectó sombras retorcidas en las paredes que rezumaban agua y estaban cubiertas de líquenes. Y, aún así... había algo acogedor en aquel lugar apartado, como si alguien hubiese hecho de él un pequeño hogar. Supuso que Jason lo habría encontrado en alguna expedición anterior y lo habría acondicionado, puesto que llevaba años sirviendo en Merala. La importancia de tener un refugio seguro en la jungla era indiscutible, y más para un soldado. Unas esterillas con un par de cojines cubrían parte del suelo y aportaban calidez. Solo al ver una jarra llena de agua, Cam se dio cuenta de lo sedienta que estaba. Unos cuantos sorbos con sabor a polvo pasaron por su garganta reseca y luego se inclinó sobre Jason para que bebiera un poco. Lo incorporó con cuidado y él se quejó, dolorido y entre sueños, pero unas cuantas gotas consiguieron atravesar sus labios cuarteados.

Pronto el cansancio hizo mella en ella. Dejó la lámpara cerca de la entrada para que disuadiera a cualquier animal curioso de adentrarse allí y se acurrucó junto al capitán. Se quedó dormida en segundos, arrullada por el goteo del agua y la respiración de Jason.

Carmentia se despertó con las primeras luces de la aurora a causa de un ruido que no supo identificar. Se apartó el pelo suelto de la cara, todavía medio adormilada, hasta que escuchó el ruido otra vez. Cualquier rastro de sueño se evaporó a causa de la preocupación, y se apoyó en un codo para mirar a Jason, que se removía y se quejaba, presa de una pesadilla.

El cabello oscuro le había caído sobre la frente al agitarse y cubría la cicatriz. El asomo de barba le daba a su cara un aspecto más duro y peligroso. Implacable. Pero Cam sabía que detrás de la fachada de severo militar del ejército también se escondía un hombre risueño, apasionado... Al parecer, Jason Warwick podía ser muchas cosas a la vez.

Cam acercó la mano a su frente para asegurarse de que no le había subido la temperatura, y eso pareció ejercer un efecto calmante en él.

—Carmentia...

Su nombre sonaba como algo preciado en los labios masculinos.

Jason trató de alzar una mano y volvió a quejarse. Cam notó que se le agolpaban lágrimas en los ojos.

—Gracias..., gracias por venir a buscarme —dijo en voz baja—. No sabes cuánto siento que estés así por mi culpa

De pronto se le ocurrió algo. Se hizo un burdo moño con las pocas horquillas que le quedaban y luego se arrastró hasta quedar detrás de Jason. De rodillas, colocó la cabeza magullada del capitán sobre su regazo con sumo cuidado y aprovechó un instante fugaz para contemplar ese rostro apuesto. Desde su posición podía ver la frente ancha y morena, las arruguitas alrededor de los ojos, unas pestañas cortas y abundantes, la elevación de su altiva nariz. Era tan hermoso, en su fiera masculinidad, que resultaba intimidante. Tuvo la tentación de pasar las yemas de los dedos por el contorno de esos labios que la tenían fascinada y que estaban un poco entreabiertos por la respiración irregular. Alargó la mano, dudando... Se detuvo y rozó los cabellos castaños y ensortijados de la frente en su lugar.

Luego bajó los dedos hasta las sienes y empezó a presionar con suavidad, con pequeños masajes circulares. No sabía si aliviaría el dolor de Jason, pero Cam se lo había hecho a su abuelo cientos de veces cuando se veía acosado por la jaqueca.

Solo que aquel hombre no era el anciano vizconde Graves.

Era el hombre que la había salvado de la muerte, o de algo peor.

Era el hombre del que estaba enamorada.

Y al que jamás tendría...

Iba a apartarse cuando se encontró con unos intensos ojos azules que la miraban sin parpadear. Las manos de Jason cubrieron las suyas por completo

para impedir que se alejara de él.

—No te detengas, por favor —pidió con voz grave.

En la intimidad de la cueva, solos los dos, la petición parecía esconder algo más profundo que la simple presión de los dedos de Cam. Ella sabía que, incluso sin ese ruego, nunca podría poner freno a los sentimientos que Jason había desatado en su interior. Pero él no podía enterarse. No se permitiría volver a ser tan vulnerable en su presencia.

Trató de retirar las manos una vez más. Jason la sujetó de nuevo.

—Cam, me duele tanto... Tú eres la única que puede ayudarme.

La voz de Jason era muy tenue. Cam se fue inclinando hacia él, atrapada en sus iris índigo, como si el capitán tirase del hilo con el que tenía sujeto su corazón.

Estaban tan cerca que sus alientos se entremezclaban.

Jason la sujetó entonces de la nuca y tiró hacia abajo, para cerrar el espacio que los separaba.

El beso impactó en todas las terminaciones nerviosas de Cam. Era una postura extraña, sus cabezas unidas en direcciones opuestas. Sus labios, en cambio, encajaron como un certero engranaje.

Una imagen de la noche de Diwali, de esos mismos labios posados en otra mujer, hizo reaccionar a Cam. Se apartó con tanta brusquedad que la cabeza de Jason resbaló por las rodillas de ella y aterrizó en la esterilla con un pequeño crujir de las cañas trenzadas. Cam emitió un culpable «uy» y se llevó una mano al pecho, muy alarmada. Esperaba la protesta dolorida de Jason. Aunque era evidente que todavía no era lo bastante inmune para acercarse a él sin sucumbir a sus caricias y a sus besos, no quería causarle ningún daño de manera intencionada. Ni siquiera podía pensar en que volviera a caer en la inconsciencia. No sería capaz de afrontar otra vez el miedo que había pasado hacía unas horas.

La protesta no llegó.

Al posar su mirada en él, Cam entrecerró los ojos con suspicacia, recelosa.

—¿No le ha dolido el golpe, capitán?

Jason se estaba girando en ese momento para ponerse en pie con agilidad.

Con demasiada agilidad.

No se parecía en nada al hombre casi agónico del día anterior, desplomado

sobre ella sin poder dar un paso.

Su cara era la viva imagen de la inocencia.

—Mucho. —Se llevó una mano a la nuca y frotó con tesón—. Eres una mujer cruel, Carmentia.

La mirada de Jason seguía siendo predatora, sin una sola sombra de sufrimiento. Aquello confirmó sus sospechas.

Cam se sujetó el bajo del vestido con recato y se aproximó con pasitos cortos y candorosos.

—Pensé que donde más le dolía era aquí.

Cuando llegó a su lado, levantó el puño y lo estrelló en la sien derecha del capitán.

Lo pilló totalmente desprevenido, y esta vez sí que se quejó. Se apartó a un lado con rapidez y se irguió cuan alto era, abandonado todo ardid.

—¿Pero qué demonios...?! —empezó a rugir, con la mano en la zona que había golpeado Cam.

—Usted mismo me acaba de decir que era la única que podía ayudarlo. Solo quería recordarle cómo se finge estar enfermo —lo interrumpió con voz melosa—. Espero haberle sido útil.

Jason no contestó, ni se disculpó.

Toda la congoja, todo el agradecimiento de Cam se convirtieron en rabia. En la impotencia y el dolor que no había sido capaz de expulsar aquella terrible noche en la que vio a Jason en brazos de Edith, y que habían estado causando arañazos en su alma. ¿Cómo se atrevía el capitán a usar esos sucios trucos con ella y besarla después?

Cargó de nuevo contra él.

—¡Mentiroso! Lo que ha hecho es algo rastrero, poco digno de un hombre respetable. ¿Qué pretendía al tratar de engañarme así? —lo acusó—. ¿Acaso le resulta divertido asustarme haciéndome creer que estaba herido de gravedad? ¿Disfrutó cuando me atribuí la culpa de un malestar que es obvio que usted ya no siente?

Jason la redujo con facilidad al sujetarla con cuidado por las muñecas.

—Por suerte, mis dolores de cabeza se pasan con relativa facilidad tras un breve descanso. En realidad, esperaba conseguir un poco de compasión de mi dulce soldado —confesó—, pero veo que sigues siendo igual de implacable.

El enfado de Cam fue en aumento.

—¿Cómo se atreve?! Es usted un despreciable embustero sin un ápice de honor.

Tiró para soltarse.

—Suficiente, Carmentia.

Poner en duda su honradez parecía haberlo irritado un poco. Bien. Ella hervía de rabia,

—¿Siempre tratas así a los hombres que intentan halagarte? —continuó Jason.

La pregunta escoció. Cam quiso devolverle el daño.

—Gracias a usted sé distinguir a los hombres que intentan halagarme — casi escupió la palabra— y acto seguido traicionan mi confianza, de los que actúan con honestidad.

Jason la miró con fijeza.

—Explícate.

—George es todo un caballero, no como usted.

—¿George?

El brillo de sus ojos ya no era juguetón, ni apasionado. Era de un azul peligroso. Cam sintió la presión de sus dedos clavándose en su piel.

—Sí, el teniente George Harris. Me ha pedido que me case con él —dijo, solo para tener la satisfacción de molestarlo aún más.

—¿Qué le has respondido?

No porque fuera bajo su tono sonaba menos intimidante.

Cam alzó la barbilla.

—No es de su incumbencia.

—Dime qué le has respondido, Carmentia.

Cam mantuvo los labios apretados con terquedad. Dio otro tirón, y esta vez Jason la soltó... solo para empezar a desabrocharse los botones de la casaca.

—Da igual lo que hayas contestado. No te vas a casar con él.

Cam retrocedió un poco, sin dejar de observar sus movimientos.

—¿Por qué está tan seguro, capitán?

—Porque eres mía.

El corazón de Cam se paró un segundo para después lanzarse a un latir

desenfrenado contra sus costillas.

La casaca ya había caído al suelo. Continuó con los botones de la camisa.

No había dicho que la quería, ni siquiera que tenía que casarse con ella después de lo que ocurrió en el callejón. Tan solo parecía un juguete del capitán.

Su genio se avivó más.

—Puede que haya interpretado mal nuestra relación. Puedo asegurarle que ha sido de lo más instructiva, pero se ha acabado.

—Carmentia. —Era evidente que el capitán estaba enfadado—. He cruzado media jungla buscándote, sin saber si estabas viva o muerta. He acabado como si me hubiera pisoteado el cráneo un maldito elefante y, pese a todo, he intentado ser razonable contigo.

—¿Razonable?!

—Sí —la cortó él—, más allá del límite de la paciencia de cualquier hombre. Es obvio que no vas a escucharme, ni siquiera vas a dejar que me explique acerca de lo que ocurrió en Diwali. ¿O vas a creer una palabra de lo que te diga?

La desafió a decir que sí. De todas maneras, él saldría ganando. Si la respuesta era afirmativa, y Jason confesaba sus sentimientos por Edith, tendría que oír algo para lo que no estaba preparada en absoluto. Si decía que no, estaría dando la razón a Jason sobre su actitud intransigente.

Se sentía acorralada.

El silencio se prolongó hasta que Jason se dio por satisfecho.

Se desabrochó el último botón de la camisa.

—Es evidente que solo hay una forma de solucionar esta situación, para que entiendas lo que sucede entre nosotros de una vez por todas.

Cam tragó con dificultad y retrocedió un poco más en la estrecha cueva.

—¿Y qué solución es esa?

Apenas podía vislumbrar una pequeña extensión de piel morena bajo las sombras de la camisa abierta, pero bastó para que se le acelerase el pulso.

—Voy a hacerte el amor.

Los pies de Cam reaccionaron incluso antes que su cerebro, y voló por las escaleras de la gruta. Salvó los últimos peldaños de piedra de un salto. Reprimió un gemido cuando el impacto repercutió en su cuerpo dolorido, pero

no se detuvo.

Los ojos almendrados de Brío la siguieron con curiosidad cuando pasó a su lado como una exhalación. Luego volvió a bajar la cabeza para seguir pastando con aire apacible junto al río.

Cam frenó en seco y echó a correr hacia el caballo.

No había dado dos pasos cuando Jason agarró su falda por detrás y dio un fuerte tirón que la envió trastabillando a sus brazos.

—Suélteme.

Las fuerzas de Cam la iban abandonando, pero apoyó las manos en el pecho del capitán en un intento inútil de apartarlo.

—¿Por qué me hace esto? —preguntó con voz rota.

—Ya basta de juegos.

Jason bajó la cabeza para besarla. Cam no pudo contener un sollozo de dolor cuando las manos del capitán rodearon su espalda amoratada con demasiado ímpetu para acercarla a él.

—¿Carmentia?

Aflojó un poco el abrazo para mirarla a la cara, y Cam trató de contener las lágrimas que lastimaban su garganta.

—Estás herida.

No era una pregunta.

Las manos de Jason se tornaron suaves mientras le apartaba algunos mechones de la cara. La giró de espaldas y, para su sorpresa, empezó a desabrocharle el vestido. O los jirones de tela negra que quedaban de él.

Cam trató de girarse de nuevo.

—¿Qué cree que está haciendo? Deténgase en este instante.

Jason continuó con la tarea, ajeno a sus protestas.

—Voy a ver lo que te han hecho esos malnacidos.

Cam se estremeció por la furia contenida que transmitía su voz.

—Ya le he dicho que no es de su incumbencia. —Sabía que estaba siendo infantil, pero no le importaba. Lo único que deseaba era recostarse contra Jason y dejarse envolver por la fuerza y la seguridad que sabía que transmitían sus brazos. Y no podía hacerlo. No cuando se sentía traicionada por él—. No soy asunto suyo.

Jason la volvió con delicadeza hasta que quedaron frente a frente y le sostuvo la barbilla con ternura. Una pequeña corriente de aire acarició la espalda expuesta de Cam.

—Me extraña que no lo sepas. Te convertiste en asunto mío desde el mismo instante en el que posaste esos ojos misteriosos en mí y me embrujaste para siempre —respondió él.

Y Cam dejó de pensar en nada.

Jason puso las manos sobre los hombros de Carmentia. Tiró despacio hasta que el vestido cayó con un frufú sobre la hierba alta. Se deshizo también del corsé y la alzó sin ningún esfuerzo para sacarla del círculo de ropa que se había formado a sus pies.

Se le encogió el corazón al notar el titubeo de ella antes de rodearle el cuello con los brazos y ocultar el rostro en su pecho.

No la llevó a la gruta, sino que la acercó a la límpida corriente de agua y se sentó con ella en el regazo. Estuvieron un rato sin moverse, escuchando el fluir del río y el zumbido apacible de los insectos.

Con cuidado, para no asustarla, le quitó los zapatos y empezó a bajarle las medias. Cam se puso rígida al instante.

—Tranquila, cariño. —No pudo evitar esbozar una sonrisa cuando notó el respingo de sorpresa de Cam al llamarla así por primera vez—. Solo quiero ver qué heridas tienes, y lavarlas para que no se infecten.

La tendió boca abajo sobre el mullido verde, y unas cuantas mariposas sobresaltadas alzaron el vuelo. Algunas caléndulas silvestres de color anaranjado quedaron atrapadas bajo el cuerpo de Cam y desprendieron su penetrante fragancia.

Levantó la camisola para descubrir unos moratones púrpura en la tierna carne entre los omóplatos. También tenía un gran hematoma en el hombro derecho, sin duda a causa del golpe en el carruaje.

Soltó un juramento e inclinó la cabeza para depositar unos besos ligeros como gotas de rocío sobre la carne magullada, y notó el estremecimiento de Cam. Luego la tumbó de espaldas con infinita dulzura.

Ella le devolvió la mirada sin pestañear, totalmente confiada.

Jason sintió una marea crecer en su interior, que arrastraba cualquier otro

sentimiento que no fueran el querer y el cuidar a esa mujer para el resto de su vida.

Una única y demoledora verdad volvió su mundo de un radiante verde jade, como el iris de sus ojos.

Amaba a Camentia Ingram con cada fibra de su entregado ser.

Deseaba derramar mil poemas sobre ella, alabanzas exaltadas y sonetos embelesados.

Pero era un hombre de guerra. Nunca le habían importado un bledo las palabras floridas o los versos enrevesados hasta que la conoció. Se conformó con dejar que aquella sensación exquisita llegase a cada recoveco de su alma, y respiró hondo para evitar inclinarse y besarla con locura.

Se concentró en examinarla a fondo. Lavó sus manos laceradas con pequeños rasguños y vio el adorable bochorno de Cam cuando bajó el escote de la camisola. Tenía que descubrir un poco su pecho para limpiar el corte que aquel bastardo le había hecho con un cuchillo.

—Debería volver a comprobar que no está muerto —gruñó—, para darme el gusto de acabar con él yo mismo.

Hizo un cuenco con las manos para coger agua del río y verter un poco sobre la herida, poco profunda. Diminutas gotas brillantes corrieron en todas direcciones sobre los pechos erguidos de Cam, y él deseo lamerlas una a una.

Ella negó con la cabeza tras el comentario, con el rostro medio girado hacia la corriente, su sereno perfil expuesto a Jason.

—No es para tanto...

—Valiente hasta el final, ¿verdad, cariño?

Repetiría esa palabra a todas horas solo para ver el precioso rubor que causaba en ella.

Fue bajando con lentas caricias hasta sus piernas y se fijó en los feos arañazos de su rodilla derecha, que ya estaban cicatrizando.

Apretó tanto las mandíbulas que le dolieron.

—Esta herida es la peor de todas.

La sujetó bajo la corva para que doblase un poco la rodilla. Sintió su piel satinada fundirse en él mientras Cam se incorporaba sobre los codos para mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque te la causé yo.

—¿Cómo sabes que...?

Cam se calló. Era obvio que no quería revelar más, pero no hacía falta.

—Sé que te tropezaste por huir de mí en Diwali. —Depositó los mismos besos suaves que en la espalda sobre su rodilla, sin dejar de sostenerla—. No quería hacerte ningún daño.

Aquello pareció sacar a Carmentia de su lasitud. Casi le dio una patada por levantarse. Lo enfrentó con los puños apretados.

—Entonces no debiste besar a Edith. Ni siquiera me dijiste que estuvisteis prometidos.

Jason también se puso de pie y alzó las palmas, sin nada que esconder.

—Cam, yo no...

Se detuvo de golpe. Un sudor frío le bajó por la espina dorsal al ver el cuerpo del reptil deslizándose milímetro a milímetro por la tupida hierba hacia los pequeños pies de Carmentia, desnudos y desprotegidos.

—No te muevas.

Ella abrió la boca para protestar.

—Carmentia, haz lo que te digo.

Cam debió de leer el miedo en la expresión de su cara, o en el apremio de su voz, porque se quedó quieta como una estatua. Jason no dudó un segundo en dar un salto con el que se interpuso entre la serpiente y ella. La cobra se asustó y se lanzó al ataque con un movimiento increíblemente rápido.

Jason escuchó el grito estrangulado de Carmentia y sacó el cuchillo que llevaba en el cinturón para cortar la cabeza escamosa y moteada, enganchada a su bota. Se deshizo de los restos con repugnancia.

Unos centímetros más arriba, y la mordedura habría esquivado la protección del cuero para llegar a la carne, inyectando su veneno mortal.

Iba a girar hacia Carmentia, cuando notó sus curvas y su calidez apretadas contra él, sin apenas poder creérselo. Era la primera vez que se lanzaba en sus brazos por voluntad propia.

Temblaba de arriba abajo.

—¿Estás loco? ¡Eso que acabas de hacer es lo más estúpido que he visto en mi vida! —Su voz, por lo general dulce y pausada, era aguda por el miedo—. Podrías haber muerto... Otra vez.

Jason la abrazó con cuidado.

—¿No ves que haría cualquier cosa por ti?

Podía notar la respiración agitada de Cam en su cuello, hasta que prorrumpió en desgarrados sollozos que sacudieron su cuerpo.

—Estaba muy asustada —la escuchó decir, con el aliento entrecortado—. Llevo toda mi vida asustada. Pero, sobre todo, tengo miedo de perderte a ti.

Jason gimió y la alzó contra su pecho. Se dirigió a grandes zancadas hacia la gruta con ella en brazos.

—Voy a demostrarte con mi cuerpo de una vez por todas lo que no crees que pueda expresar con palabras.

Cam se entregaría a Jason sin restricciones ni remordimientos.

Al menos, cada precioso instante que compartieran sería solo de los dos, ocultos en esa pequeña porción de salvaje paraíso.

No soportaba lo cerca que había estado de perderlo. Primero, en el claro, a manos de unos asesinos y después, al interponerse en la trayectoria de la serpiente. Sin dudar un instante en protegerla.

Ahora Jason la había tumbado sobre las esteras y estaba terminando de desnudarla poco a poco, sin prisa. Cada roce de sus manos acababa con la angustia que sentía al pensar en lo que podría haber pasado junto al río y la hacía estremecer.

Sus miradas eran como ascuas ardientes que le quemaban la piel.

Se sintió tímida al quedar expuesta a él por completo e hizo ademán de cubrirse con los brazos. Pero Jason la detuvo. Se puso a horcajadas sobre ella y la sujetó con cuidado.

—Eres la mujer más hermosa que haya pisado cualquier tierra de Oriente u Occidente. —Su boca apasionada se detuvo a unos milímetros de la de ella—. Jamás trates de huir de mí de nuevo.

Cam notó un agradable calorcillo en el pecho, que se extendió hasta el vientre cuando Jason lamió su labio inferior y lo oyó gemir de satisfacción, como si hubiera saboreado la más deliciosa fruta. Por nada del mundo se alejaría de él en ese momento.

—¿Me lo vas a permitir, Carmentia? —Continuó seduciéndola con su voz grave, cautivadora—. Quiero adorarte con mis manos, con mis labios, con

todo lo que soy.

«¿De verdad crees que podría resistirme a ti?». Cam no pronunció las palabras en voz alta porque estar tan cerca de Jason la debilitaba, hacía que fuera consciente de su feminidad, del deseo que empezaba a latir entre sus piernas.

En lugar de responder, pasó su propia lengua por donde lo había hecho la de Jason y estiró los brazos para deshacer el incómodo moño sin apartar los ojos de él. Ese gesto reveló todas sus curvas ante la mirada hambrienta del capitán, que la recorría sin perder un solo detalle. Se sintió tan deseada, tan estimulada por lo que encontró en sus profundidades azules, que se atrevió a arquearse todavía más, en un fingido intento de alcanzar las horquillas. El movimiento la llevó a rozarse contra él con provocativa lentitud.

Jason pareció dar una sacudida cuando sus cuerpos se tocaron y notó que se endurecía contra ella.

—Eres una pequeña descarada. —Su tono era ronco y puramente sexual—. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

—Creí que te había embrujado...

Jason sonrió y enseñó ese hoyuelo que Cam amaba tanto.

—Eso lo hiciste justo después.

Se inclinó y tomó la boca de Cam en un beso lento y posesivo que la llevó a las estrellas. Cam enredó los dedos entre los mechones castaños y disfrutó de la sensación de tener su peso sobre ella. De los envites de esa lengua que exploraba cada recoveco de su interior, a los que respondía con el mismo anhelo. Quería que volviera a proporcionarle ese enorme placer que consiguió una vez con sus fuertes manos. De todas las formas posibles.

Como si le hubiera leído el pensamiento, esas manos diestras la acariciaron de arriba abajo en interminables pasadas, ligeras y sensuales, hasta que Jason las colocó sobre sus pechos y frotó ambos pezones con los pulgares. Después trazó círculos lentos sobre las duras puntas. Le succionó la lengua, y ella gimió por el increíble placer que le proporcionaba su contacto.

—Siempre me haces arder —jadeó Cam.

Los labios de Jason se curvaron en una sonrisa perversa al recordar la noche que compartieron en el barco.

—Hoy nos vamos a convertir en cenizas, cariño.

Los dos respiraban con dificultad.

Cam por fin se permitió acariciar con suavidad el hoyuelo de su mejilla y abrió las piernas para pegarse a él. Sintió la presión de su dura masculinidad donde más lo necesitaba.

El capitán ahogó un gemido y dejó una estela de besos por su mandíbula. Su mano derecha descendió poco a poco por el abdomen, hasta que abrió sus pliegues con cuidado y la frotó con el índice. Cam elevó las caderas hacia él y se aferró a sus hombros entre suspiros entrecortados.

—Dios, estás empapada, amor —susurró en su oído. Rozó la tierna carne con la uña, provocándole un estremecimiento—. ¿Quieres sentirme aquí, Carmentia?

Cam jadeó, sin aire, cuando Jason, con los ojos casi negros de deseo, introdujo el largo dedo en su interior. Empezó a moverlo de dentro afuera, cada vez más profundo. Luego en círculos, dilatándola.

—Espero que sí, porque yo no puedo aguantar más sin estar dentro de ti.

Cam tampoco podía aguantar. Estaba terriblemente excitada, intoxicada por el sabor y las caricias del hombre que amaba.

Jason se apartó un momento, echándose hacia atrás, y Cam medio sollozó en protesta. Pero él la atormentó todavía más al flexionar los hombros y dejar que la fina batista de su camisa resbalara por la piel, muy despacio. En la tenue luz de la gruta, dejó al descubierto su pecho, ancho, poderoso y cubierto por un vello oscuro; su abdomen, plano y surcado de músculos, sus numerosas cicatrices de soldado. Se puso de pie para deshacerse de las botas y los pantalones con rapidez. En aquel juego de luces y sombras se alzaba sobre ella como un dios de la guerra. Desnudo y magnético.

Cam sintió una nueva oleada de humedad al contemplarlo.

—Piel contra piel, ¿recuerdas? —dijo, en tono áspero, al regresar a su lado.

Cómo olvidarlo.

Pero la realidad superó cualquier fantasía que Cam hubiera podido tener cuando Jason le besó ambas rodillas antes de separárselas con cuidado para acomodarse de nuevo entre sus muslos, cubriéndola solo con su cuerpo encendido y expuesto, despojado de todo excepto de su intención de darle tanto placer como ella pudiera resistir. La sensación de sentir su carne, fuerte

y flexible, contra la suya, estuvo a punto de hacerla gritar. Ahora anhelaba más...

Cam estaba segura de que Jason pudo intuir su reacción, porque volvió a besarla con intensidad y le apoyó las manos sobre el torso, invitándola a tocarlo. Dudó solo un segundo antes de dejar que sus palmas vagasen por toda aquella extensión de piel morena y cálida con la que tantas veces la había tentado. Él ronroneó, como un tigre complacido, y la dejó hacer.

Empezó a recorrerlo con más decisión, animada por su respuesta entusiasta, hasta que sus dedos bajaron demasiado y rozaron sin querer esa parte rígida que se erguía hacia ella, tan extraña y familiar a la vez. Dio un respingo y retiró la mano, algo confundida, pero Jason la agarró con suavidad y la colocó con firmeza sobre él. Con un quejido erótico, el capitán apretó los dedos en torno a la base, y Cam se dejó seducir por su textura, por esa dureza arropada en seda. Con los dedos aún entrelazados con los de Jason, probó a rozar toda su longitud y recibió más gemidos guturales por respuesta.

—Oh, Dios...

Jason tenía la cabeza echada hacia atrás, la respiración alterada, y verlo así, entregado por completo a ella, la volvió líquida por dentro.

Cam también gimió, y Jason bajó la cabeza con brusquedad y la atravesó con una mirada en llamas que la clavó en el sitio. Sin soltarla, acercó la punta redondeada a su sexo y empezó a acariciarla con una lentitud que la hizo temblar de arriba abajo.

Cuando ya estaba al límite, presa de un apremio desconocido, sintió cómo empezaba a invadir su cuerpo. Se echó hacia atrás por instinto con el primer pinchazo de incomodidad, pero él la sujetó por el trasero y no le permitió apartarse.

—Agárrate fuerte a mí. —Jason estaba empapado en sudor y pronunciaba las palabras entre los dientes apretados—. Te prometo que es la última vez que te hago daño.

«Sin restricciones. Sin remordimientos».

Cam lo rodeó con las piernas y con los brazos, y Jason, mirándola a los ojos, la penetró de una embestida. Ella apenas sintió un fogonazo de dolor, acompañado por el suave gruñido de él.

La besó en la frente.

—¿Estás bien, mi vida?

Cam asintió, inspiró hondo y dio un respingo al notar a Jason en su interior. La molestia iba remitiendo y probó a moverse un poco. Los dos jadearon de placer.

Tras un par de embestidas suaves, Jason se puso de rodillas y le sostuvo las caderas, sin salir de ella. No apartó la vista de su rostro. Aferró su pierna y la dobló hasta que el pie quedó apoyado contra su pecho, justo sobre el corazón, mientras la otra le seguía rodeando la cintura. Con esa postura se introdujo más en ella, llenándola del todo y haciéndola gritar.

Él soltó un juramento y comenzó a entrar y a salir de su pasaje resbaladizo. Cam sollozaba cada vez que arqueaba las caderas y acudía, por puro instinto, a su encuentro.

Cuando todas las sensaciones se concentraron en su vientre, Jason se detuvo.

—Sabes quién está haciéndote el amor, ¿verdad?

Cam lo miró, aturdida y frustrada.

—Aún no has pronunciado mi nombre, Carmentia.

Cam comprendió que Jason quería atarla a él de todas las formas posibles. Que se entregase en cuerpo y alma.

Sintió la necesidad de provocarlo. Atormentarlo un poco, como él estaba haciendo con ella.

—Tú me estás haciendo el amor..., capitán.

Cam le acarició el pecho y subió por su rostro hasta la cicatriz; el aroma de las caléndulas se desprendía de su toque.

—Dirás mi nombre, Carmentia.

Era una promesa oscura y apasionada.

Rotó las caderas, y esta vez la penetró muy despacio, en un ángulo con el que rozaba su clítoris en cada lenta y tortuosa acometida. Enviaba punzadas deliciosas por todo su cuerpo que la encadenaban, a la espera de una liberación que no llegaba. Se introducía un poco más en ella con cada respiración, para luego volver a apartarse, y Cam perdió el control.

—¡Jason! Por favor...

Jason la premió empujando cada vez más rápido en su interior, con desesperación, y Cam se aferró a los hombros de él hasta que su mundo estalló

en pedazos en un llanto de éxtasis. Sus contracciones alrededor del miembro de Jason fueron tan fuertes y constantes que él llegó al orgasmo casi al mismo tiempo. Lo escuchó gritar su nombre y derrumbarse sobre ella.

Cuando Jason la estrechó entre sus brazos, Cam pensó, adormecida, que acababa de vivir la experiencia más maravillosa y arrolladora de su existencia.

—Carmentia... ¿Puedo preguntar de dónde surgió ese nombre tan singular?
—dijo Jason con voz perezosa.

Los dos yacían acurrucados bajo las mantas, sin querer soltarse.

—Puede, capitán Warwick. Pero a mí me corresponde decidir si deseo responder o no. —La expresión de Cam era tan relamida que Jason le dio un pellizco travieso en el trasero. Ella chilló entre risas para añadir justo después —: ¿De verdad es un nombre tan horrible como me lo parece a mí?

—Claro que no. —Se apresuró a responder—. Es único, como tú.

La beso con suavidad, y ella suspiró, rendida.

—Mi padre me puso ese nombre en honor a la diosa Carmenta. En la Antigua Roma, se la consideraba la protectora de las madres y de los niños.
—Jason le lanzó una mirada elocuente, y Cam le dio un golpecito en el hombro —. Padre tenía cierta tendencia a los nombres extravagantes, nada más.

Tuvo que darle la razón.

—Leonelle, Lemy... —repasó en voz alta.

La extraña expresión en el rostro de Cam lo puso en alerta. Enarcó una ceja, y ella pareció encontrarse en un serio dilema antes de contestar.

—Si Lemy se entera de que te lo he dicho, me matará. Odia su nombre con todas sus fuerzas. Verás, en realidad se llama... —Cam bajó la voz, como si su hermana pequeña de verdad pudiera oírlo desde kilómetros de distancia. Susurró unas palabras al oído de Jason, y este casi se atragantó.

Una sonrisa cariñosa se dibujó en sus labios segundos después.

—Es un nombre notable, desde luego. Cuando sea mayor, seguro que lo apreciará más.

Cam también sonrió, y los dos se quedaron tumbados en silencio para disfrutar de aquellos minutos de paz.

Una paz que Jason odiaba tener que romper.

—¿Me dejarás contarte ahora lo que ocurrió con Edith?

Pudo sentir cómo se tensaba.

—No creo que sea el mejor momento... —empezó a decir ella.

—Yo creo que es el momento preciso. Quiero despejar esa sombra de tus ojos, Cam.

Vio su expresión concentrada, debatiéndose duramente entre el dolor de saber y la incertidumbre de mantenerse ignorante.

—Está bien —dijo al final.

Jason besó la llama de sus cabellos y la abrazó más fuerte.

Por fin había llegado el momento de la verdad.

Consciente de lo crucial que era esa conversación, dudó sobre cómo abordar el asunto. El camino para que Cam comprendiera todo lo ocurrido pasaba por conocerlo mejor a él, y estaba dispuesto a abrirse por completo. Sin máscaras ni tapujos.

—Verás, no soy un hombre complicado. Mi vida es sencilla, o al menos lo era hasta la emboscada. Mis aspiraciones consistían en servir lo mejor posible a mi país y formar mi propia familia.

El rostro de Cam mostraba preocupación.

—¿Qué ocurrió durante la emboscada, Jason? ¿Y durante todos esos meses que estuviste desaparecido? ¿Me lo contarás?

—Lo haré... más tarde.

Ella apenas se calló un segundo con gesto contrariado.

—¿Y tus padres? Me gustaría que me hablaras sobre ellos.

Jason esbozó una mueca ante lo que parecía un intento de retrasar lo inevitable. Pero, en ese aspecto al menos, podría complacerla un poco.

—Mi padre fue coronel del Décimo Regimiento de Húsares de Su Majestad y murió en el campo de batalla cuando yo tenía cuatro años. Como hijo varón, como su único hijo, en realidad, quise continuar su legado y me alisté en el ejército de la Compañía de las Indias Orientales a los dieciséis. El resto, como puedes imaginar, fueron años de férrea disciplina y sacrificios para llegar hasta donde estoy hoy.

Cam estaba tan interesada que se había recostado sobre él, con los antebrazos apoyados sobre su pecho. Jason alzó la cabeza y le robó un ligero beso.

—¿Y qué me dices de tu madre?

—Murió cuando yo aún no había cumplido diez años. Me cuidó una tía de

mi padre, una mujer mayor que pasaba por alto mis trastadas, por muy molestas que fueran.

Se encogió de hombros. Trató de restar importancia a aquellos años solitarios. En realidad, toda su vida se había asemejado a un erial falto de emociones hasta que conoció a Carmentia.

Cam le acarició el rostro con suavidad, como si hubiese notado cuánto lo había afectado su infancia aislada, pese a todo.

—Yo no sé qué habría hecho sin mis hermanas. Las adoro.

Jason se acomodó mejor sobre uno de los cojines y le devolvió la caricia al deslizar una mano por su espalda.

—Estoy seguro de que ellas sienten lo mismo por ti, siempre han estado cuidadas y protegidas. —Se le ocurrió algo que lo hizo sonreír—. Cuando tengamos hijas, serás una madre temible que ahuyentará a sus pretendientes en lugar de hacerlo yo.

Cam agachó la cabeza y se sonrojó tanto que Jason pudo notar el calor de su mejilla sobre el pecho. Luego la escuchó mascullar algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Que tú también eres bastante temible cuando te lo propones.

Su hechicera era buena en esquivar temas comprometidos con mucha elegancia. No era fácil evitar decir una palabra acerca de su alusión directa al matrimonio o a que sería el padre de sus hijos.

Jason rio y se giró para sentirla debajo de él.

—Tienes razón. A veces tiendo a usar un poco de fuerza bruta para conseguir lo que quiero. Lo que me recuerda... —Le dio un pequeño mordisco en el tierno lóbulo de la oreja, y Cam se estremeció—. Que nos hemos desviado de la conversación.

Se puso serio y se incorporó para después cubrir a Cam con su camisa. No le hablaría de su historia con Edith casi haciéndole el amor, por mucho que le costara apartarse de ella. Se lo debía a Cam y, sobre todo, a Edith.

Por unos segundos solo se escuchó el sonido de las gotas de agua escurriéndose entre la roca viva.

—Edith y yo estuvimos comprometidos tres años, pero el tiempo que compartimos juntos fue un cortejo mucho más breve —dijo de sopetón—. En realidad, íbamos a casarnos antes, pero, con el motín del 57, acordamos

posponer la boda hasta que la situación aquí se calmase.

Se pasó la mano por los mechones, ya desordenados, y la miró. Estaba pálida, y su pelo rojo caía libre sobre los hombros cubiertos con su ropa, tan quieta como una estatua de cobre y mármol.

—La dulzura de Edith transmite tranquilidad, una vida sin sobresaltos. Yo me aferré a esa paz que tanto se necesita en India y magnifiqué los sentimientos de afecto que comenzaban a surgir entre dos personas que apenas se conocían. El guardapelo que me dio era mi talismán contra el horror que viví.

Cam tragó saliva con dificultad.

Ahora venía la parte más difícil para Jason.

—Fue un duro golpe ver cómo esa ilusión de seguridad que había construido en mi cabeza, en especial después de que casi me mataran, se desmoronaba sin control cuando vi a Edith casada con otro hombre. Para mi sorpresa, esos sentimientos no tardaron mucho en cambiar, mis emociones tomaron un rumbo inesperado y extraordinario. —Quiso gritar desde lo más profundo de su pecho que ese nuevo rumbo era Cam. Se contentó con mirarla con intensidad y proseguir—: Para Edith, en cambio, no fue tan sencillo.

—Ella aún te quiere.

Era una afirmación rotunda.

Jason hizo un gesto evasivo con la cabeza.

—Lo que me confesó en Diwali, Cam, fue algo terrible. —Estiró las manos y contempló el interior de sus muñecas, pensando en otras más frágiles, vulnerables—. Edith trató de quitarse la vida al creer que yo había muerto.

—¡No puede ser verdad!

Apretó los puños al escuchar el grito de Cam.

—Lo vi con mis propios ojos...

Cuando hubo terminado de relatarle la desgarradora historia que vivió con su antigua prometida esa fatídica noche, Jason vio cómo Cam se levantaba y empezaba a caminar con nerviosismo de un lado a otro de la cueva.

Se había cerrado la enorme camisa, que le llegaba hasta los muslos, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si rechazara sus crudas palabras.

Esperó, con la impaciencia reconcomiéndole, al próximo sonido que saliera de los labios de Cam. No podía ni imaginarse cuál sería su reacción,

pero jamás habría adivinado lo que diría:

—Necesito estar sola.

Echó a caminar hacia la salida. Jason se levantó con agilidad y la sujetó del brazo.

—No vas a mover un pie de aquí sin mí.

Ella se giró.

—No voy a bajar al río. Me quedaré en la entrada, pero, Jason, por lo que más quieras, déjame sola. Necesito pensar después de lo que me has dicho.

—Te lo he contado para que comprendieras por qué me comporté de esa forma en el Zareen Mahal, no para crear un abismo entre tú y yo.

—Lo único que sé ahora es que Edith te quería tanto como para intentar suicidarse.

Todo su cuerpo se tambaleó con esa frase, y se sintió conmovido por el sufrimiento que delataban sus ojos.

Había sido estúpido pensar que se echaría en sus brazos al entender que no la había traicionado con Edith después de aquel triste relato. Su Cam jamás actuaría así. Muy en el fondo, Jason sabía que eso podría alejarla todavía más si cabe, pues su compasión estaba puesta en Edith.

Se pasó la mano por la mandíbula, y la barba de varios días le raspó la palma con un sonido característico.

—Muy bien —decidió—. No hemos comido nada en muchas horas y necesitaremos fuerzas para regresar a Baipur.

Se puso los pantalones y la casaca sin abotonar, y luego se agachó a por la pistola y el cuchillo. También enrolló varias cuerdas que estaban retorcidas en un rincón de la gruta, por si podía tender alguna trampa.

Cogió otro cuchillo más pequeño con el mango labrado y se lo tendió a Cam por la empuñadura. Ella lo miró, atónita.

—Puede que esté fuera un par de horas. —Eso le daría tiempo más que suficiente para pensar en lo que quiera que cruzase por su preciosa cabeza, por bueno o malo que fuera—. Me sentiré más tranquilo si tienes un arma contigo. Pero, Carmentia, más vale que cuando regrese estés aquí o no te gustarán las consecuencias.

Ella cogió el cuchillo con la mano algo temblorosa y no pareció reaccionar a su amenaza.

—¿Estás seguro de que aquí no hay nada que podamos comer? —preguntó Cam en voz baja—. Cuando te dije que quería estar sola, no me refería a que tú te marcharas lejos.

—No te preocupes, cariño. Aquí estás a salvo. Si no, jamás se me habría ocurrido irme.

Cam lo atravesó con la mirada.

—No era en mí en quien pensaba.

Estaba pensando en él.

Jason la aferró por las solapas de la camisa y tiró de ella para depositar un beso en aquellos labios que pronunciaban las palabras justas para volverlo loco. Era la contradicción personificada. Lo quería cerca, pero lejos.

Cam le devolvió el beso, y Jason no pudo evitar bajar las manos hasta su trasero y apretarla contra él. El pequeño cuchillo tallado cayó al suelo con un ruido metálico.

—No tardaré.

Se marchó antes de que fuera incapaz de hacerlo.

Unas horas después, Cam estaba sentada en la entrada del refugio, arrebujada en las mantas, y con la espalda apoyada contra la pared de piedra. Contemplaba la densa jungla desde la pequeña terraza que se formaba sobre los peldaños de la gruta.

Se había prometido a sí misma entregarse a Jason por completo, sin importar las consecuencias. Se había tapado los ojos con total premeditación para bloquear lo que vendría después.

Qué ilusa había sido, como una niña que cree que puede jugar con fuego sin quemarse. Ahora se consumía en las llamas.

No se arrepentía de haberle ofrecido su virginidad, sino todo lo contrario, porque había conocido la dicha más plena en los brazos del capitán Warwick.

Todo era distinto desde entonces.

Quería más de aquella felicidad que la había eludido tanto tiempo. Más de aquella excitación que hacía arder su cuerpo y le hacía cosquillas en el corazón.

Y nada había cambiado.

Inhaló la fragancia masculina que aún se desprendía de la camisa de Jason.

Se enjugó una lágrima al escuchar el suave relincho de Brío y asomó la cabeza lo justo para ver cómo Jason salía a grandes zancadas de la espesura.

Soltó un suspiro de alivio ante su regreso. Por lo que a Cam respectaba, podría haber pasado solo unos segundos sentada sobre la roca fría o bien un siglo. Demasiado pronto para enfrentarse de nuevo a él. Demasiado tiempo sin él.

¿De verdad había hablado con tanta naturalidad sobre los hijos que tendrían?

Se sonrojaba solo con recordarlo. Ojalá pudiera ser verdad, tener una vida sencilla como la que Jason deseaba. Pero Cam no se dejaba engañar, no había nada simple en ellos.

Sintió una punzada de dolor en el pecho al ver su apuesto rostro, como si se le hubiera clavado el pequeño cuchillo que había dejado a su lado. Tenía un aspecto algo salvaje, con la casaca abierta sobre su pecho desnudo, y sus pasos ágiles lo llevaban cada vez más cerca de la gruta.

Era tan guapo que el corazón de Cam siempre se olvidaba de cómo latir en su presencia.

Por fin, llegó a la terraza de piedra y la ayudó a incorporarse.

—Hola.

—Hola.

Los dos estaban bastante cohibidos. La ternura invadió a Cam al verlo tan inseguro.

—Me alegro de que ya estés aquí.

Jason sonrió con malicia y movió la cuerda que llevaba colgando a la espalda.

—No he venido solo.

Unas cuantas plumas marrones salieron volando y cayeron entre ondulaciones a los pies de los dos.

—Solo he podido conseguir un par de codornices sin usar la pistola, pero servirán por hoy.

Entró un momento para dejar la preciada carga a un lado de la cueva y volvió a salir.

Cam contempló cómo la brisa alzaba las plumas y se las llevaba lejos de

allí, hacia el sol que se iba poniendo en la distancia.

—Tenemos que regresar —dijo, a nadie en particular.

Le llegó su queda respuesta:

—Saldremos mañana a primera hora, si te encuentras con fuerzas.

Jason llegó a su altura, junto al borde del precipicio, su perfil también girado hacia el atardecer. Destellos de poniente arrancaban luces doradas de su cabello.

—¿No me vas a preguntar qué es lo que he estado pensando?

Jason no respondió por un momento.

—No sé si quiero saberlo.

Cam se mordió el labio y le tocó la manga con suavidad para que se girara hacia ella.

—No podría vivir tranquila si le hiciera esto a Edith.

—Entonces, la eliges a ella en vez de a mí.

No había reproche en su voz, solo pena.

—¡No! Sabes que no es así.

—¿De verdad crees que lo sé, Carmentia? Yo solo veo que el único que se expone a que le pisoteen el corazón a cada instante soy yo. Veo que estás escondida detrás de un muro que no me dejas derribar, y que Edith es solo una excusa para seguir escondiéndote de mí.

—¿Cómo puedes decir eso de Edith? Ella ha sufrido...

Jason no la dejó acabar y la arrinconó contra el paredón.

—Ni se te ocurra darme lecciones sobre lo que ha padecido Edith. ¿Crees que soy un monstruo? ¿Que no me destrozó por dentro saber que soy el culpable de su desgracia, y que daría lo que fuera por borrar lo ocurrido? Me torturo pensando que lo habría evitado si le hubiera escrito antes, avisándole que estaba vivo; si jamás le hubiera propuesto matrimonio.

Cam estaba algo asustada por la furiosa vehemencia de Jason. Su rostro, desolado.

—Lo siento. No quise decir que fueras tú el culpable...

—No hace falta que lo digas. Es lo que siento y llevaré esa carga mientras viva. Pero hay otra carga que te empeñas en poner sobre mis hombros y que no voy a tolerar. —Le sostuvo la cabeza para que no perdiera detalle de lo que

tenía que decir—. No puedo cambiar el hecho de que la conocí antes que a ti, Carmentia. No es justo que me castigues por eso. Que dudes de mí a cada instante.

Las palabras cayeron sobre Cam como una bofetada más fuerte y dolorosa que ningún golpe que hubiera recibido antes, y las lágrimas le picaron en los ojos.

¿De verdad a eso se reducía todo? Toda su angustia, su miedo a abrirse a él. ¿Eran porque no era capaz de enfrentarse al hecho de que Jason hubiera querido a otra mujer antes que a ella?

Sonaba tan horrible, tan real, que la invadió la cólera.

Lo apartó de un empujón.

—Es verdad que no me conoces en absoluto si has llegado a esa conclusión. —Le pareció que Jason se encogía un poco. Se agarró a otra razón que ahora le parecía más que válida para mantenerse apartados, pese a haberla ignorado días atrás—. Edith me pidió que me alejara de ti, dijo que no soportaría vernos juntos.

—Entonces marchémonos de aquí. Gracias a Dios, Edith ha rehecho su vida y puede ser feliz. Vayámonos. Tus hermanas, tú y yo. La India es inmensa, Inglaterra ha sido siempre tu hogar. Solo di un nombre y partiremos mañana mismo.

Cam se quedó clavada en el sitio, muda por la impresión.

—¿Lo ves, Carmentia? Sea lo que sea lo que sientes por mí, no es suficiente. —El brillo azul de sus ojos parecía apagado—. Hoy dormiré fuera.

Hizo ademán de girar sobre sus talones para irse, y Cam sintió pánico de los centímetros que los empezaban a separar.

Alargó el brazo hacia él.

—¡Te amo!

La espalda de Jason se quedó rígida, como si lo hubiera alcanzado un rayo, y Cam se llevó las manos a la boca, presa de un temblor incontenible.

El capitán se volvió con la rapidez de una pantera, y se vio alzada en vilo y aplastada contra su cuerpo.

La conmoción llegó a cada uno de sus huesos cuando también lo sintió temblar contra ella.

—Repítelo —dijo Jason con voz queda.

Pero Cam no era capaz de hacer brotar ningún sonido de su garganta oprimida mientras se sostenían la mirada.

—Repítelo, Carmentia —la presionó él.

Tras esa brusca exigencia, a Cam no le costó captar la incertidumbre de Jason, la absoluta necesidad que tenía de escuchar una vez más su apasionada declaración. Lo que la sorprendió fue descubrir que ella sentía el mismo apremio por decírselo de nuevo.

Dejó escapar un poco de aire entre sus labios antes de hablar.

—Te amo, Jason Warwick.

Jason se apoderó de su boca con una ternura casi reverente, pero antes de que Cam pudiera perderse en el beso, vio cómo su capitán hincaba una rodilla en el suelo y se llevaba la mano a la casaca, justo sobre el corazón.

El lugar donde había estado el guardapelo de Edith.

Parecía más nervioso de lo que había visto nunca a aquel hombre curtido en mil batallas y tan seguro de sí mismo.

Sacó los dedos de un bolsillo interior, y el pulso de Cam se disparó al ver lo que sostenía con gran cuidado.

Jason había formado un diminuto y precioso anillo de madera y hojas trenzadas con paciencia y cariño infinitos. Las delicadas guedejas entretejidas de verde y oro se perdían en sus manos morenas, y lo sujetaba como si fuera el tesoro más importante del mundo. Se aclaró la voz para dirigirse a ella:

—Carmentia Ingram, eres mi único presente y mi sueño de futuro, ¿me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Cam intentó contener el nudo de emoción que le ceñía la garganta y el pecho y llevar aire a sus pulmones.

En realidad, la vida era muy sencilla. Dos letras. Una sílaba.

—Sí.

Jason le dedicó una de esas sonrisas capaces de parar el mundo y se incorporó para introducir el anillo con suavidad en su dedo anular.

Con la tenue luz del atardecer, sus mejillas cubiertas de barba parecían un poco sonrojadas.

—Es posible que sea la peor alianza de compromiso de la historia.

—Para mí, es más valioso que cualquier otra joya. —Cam lo estrechó contra su pecho. Después, volvió a estirar el brazo y abrió los dedos para desplegarlos ante ella—. Siempre estará conmigo.

No podía dejar de contemplar la frágil banda que había encajado a la perfección en su mano izquierda.

Jason tomó esa misma mano y besó la palma con fervor. Cam sentía las espirales que empezaban formarse en su vientre por su cercanía, como si caminase entre las nubes.

—¿Sabes por qué se utiliza este dedo para llevar las alianzas y no cualquier otro? —Ella sacudió la cabeza. Entonces, muy despacio, Jason fue trazando una línea con las yemas de los dedos que iba desde el anillo hasta el codo, y le puso la piel de gallina. Siguió subiendo por el brazo—. Los romanos creían que el dedo anular estaba directamente conectado con el corazón.

Al decir estas palabras, su mano ya había alcanzado el pecho de Cam, y la introdujo con cuidado dentro de la camisa para ponerla encima de su seno izquierdo, el pezón justo en el centro de su palma.

—Yo estoy seguro de que mi corazón es el que está conectado al tuyo —dijo con un susurro ronco.

Cam gimió y se apretó contra él.

—Te amo, te amo —solo atinaba a repetir una y otra vez—. Te a...

Jason la calló con un beso y la llevó a la intimidad de la cueva.

Ver a Cam recostada contra los almohadones, llevando tan solo su camisa

subida casi hasta la cintura, y con el anillo de bambú envolviendo amorosamente su dedo era más de lo que podía aguantar. Sentía su miembro duro y palpitando contra los pantalones, impaciente por volver a tomar a su mujer.

Porque, para Jason, ya era su esposa. Solo hacían falta un vicario y una rápida ceremonia para que el resto del mundo lo supiera.

La sangre le corría por las venas cuando se arrodilló junto a ella. Tomó un cojín y la obligó a alzar el trasero para encajarlo debajo de sus caderas, lo que dejó la pelvis elevada.

—Jason, ¿qué estás haciendo?

Le encantaba su nombre en sus labios llenos.

Lo miraba con las pupilas dilatadas, excitada.

—Solo me estoy asegurando de que no te arrepientas de haberme aceptado.

Cam se echó a reír, un sonido cristalino y precioso que reverberó en la cueva e hizo que Jason parpadeara, aturdido. No podía creer que aquella increíble mujer fuera realmente suya al fin.

—Espero que seas muy convincente. Ya sabes que no me impresionas con facilidad —bromeó Cam.

—Te aseguro que voy a poner todo mi empeño, amor.

Le separó las rodillas con una caricia lenta y apoyó las caderas sobre las suyas. Tuvo que apretar los dientes cuando presionó su dureza contra la ardiente humedad que se escondía bajo la ropa, y que traspasó sus pantalones.

Luego se inclinó sobre ella para robarle otro beso en los labios mientras le acariciaba las sienes con los pulgares y hundía los dedos en su gloriosa melena. La besó en la barbilla y continuó descendiendo por la suave columna de su cuello.

Inhaló hasta que sus pulmones se llenaron de ella. El perfume de las caléndulas aún persistía, y Jason ya no podría ver ni oler esas flores sin pensar en Cam mientras le hacía el amor.

Desabrochó un botón de la camisa y besó la piel expuesta. Hizo lo mismo con el segundo, dejando un rastro de humedad. Llegó al tercero y lamió la tierna piel entre sus pechos. Allí se entretuvo para pasar los labios por la redondez de su seno hasta que vio que se enrojecía por el roce de su barba. Depositó un ligero beso al pezón y se prometió darle la atención que merecía

más tarde para continuar con el descenso. Sacaba los botones de sus ojales con desesperante lentitud mientras se dirigía a su objetivo. Alcanzó el ombligo de Cam e introdujo la lengua en esa diminuta cavidad.

Ella se agitó un poco, su respiración se había acelerado, pero no dijo nada.

Llegó al último botón y la descubrió por completo.

—Aún no estás impresionada.

Cam alzó ligeramente la cabeza, con los labios un poco entreabiertos, y le sostuvo la mirada.

—No.

Jason aceptó el desafío con desbordante euforia y volvió a bajar la cabeza, esta vez mucho más cerca del lugar que deseaba explorar a fondo con la boca.

Con las caderas alzadas por el cojín, se abrió ante él como una ofrenda femenina y maravillosa.

Cuando Cam se dio cuenta de sus intenciones, trató de detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Jason la tenía sujeta por los muslos y la contemplaba con verdadero deleite. Se relamía de anticipación.

—Solo siénteme, Carmentia.

Sacó la punta de la lengua y recorrió su hendidura de abajo arriba con una sola pasada, muy despacio, lo que provocó que Cam se cubriera la cara con las manos y gimiera de placer. Mitad inocencia, mitad pasión descontrolada.

Abrió sus pliegues todavía más y se dedicó a saborearla en cuerpo y alma. Extraía su esencia con giros rápidos y lametazos suaves de su lengua experta, sin detenerse a darle una mínima tregua. El sonido de sus sollozos era como la más arrebatadora de las melodías, aun cuando la sangre le retumbaba a Jason en los oídos.

Estimuló aquella protuberancia sonrosada e inflamada con pequeños mordiscos, para después succionar con fuerza hasta que Cam le tironeó del cabello, empujó contra su boca y se deshizo en mil temblores sobre sus labios.

Warwick se quitó los pantalones con rapidez y la penetró cuando aún estaba desmadejada y sin resuello.

—¡Jason! No puedo más...

—Claro que puedes, mi amor.

Dejó escapar un siseo de placer entre los dientes al sentir los músculos que lo envolvían y se contraían. Lo apretaban con los últimos espasmos de su

orgasmo anterior, como una tortura exquisita.

En esa postura ambos podían observar cómo Jason se introducía en ella, y ver a Cam clavar sus ojos donde sus cuerpos se unían hizo que alcanzara el clímax en un par de embestidas, unido a sus nuevas contracciones de éxtasis.

—Eres impresionante —le llegó el jadeo agotado de Cam.

Jason todavía tuvo fuerzas para reír, y se quedó dormido con una sonrisa en los labios mientras la abrazaba contra su corazón.

La despertó un rato después, con los pétalos de una flor rozando la curva de uno de sus elegantes pómulos.

Cam alzó un poco los párpados, pesados y seductores por el sueño, y luego los abrió de par en par, con expresión de deleite.

—Caléndulas.

Jason había recogido un buen manojo de esas resistentes y hermosas flores y las había repartido por la gruta, como un pequeño jardín secreto.

Le colocó detrás de la oreja la que él sostenía y le dio un beso.

—¿Te gusta?

—Me encanta —suspiró contra sus labios. Se apartó un poco y alzó la nariz—. ¿Y qué es ese olor tan delicioso?

Jason trató de reprimir en vano un agudo ataque de vanidad masculina al verse elogiado.

—Nuestra cena. Ven.

La ayudó a levantarse y trató de no sentir pena al ver que cubría su precioso cuerpo con el vestido que él había recuperado de su encuentro anterior en el río. Por desgracia, cuando volvieran a la civilización tendría que acostumbrarse a verla vestida con regularidad.

Fuera de su dormitorio, por supuesto.

La llevó a un rincón, donde los esperaban las codornices que Jason había asado con paciencia en un diminuto fuego para no provocar mucho humo y que desprendían aquel aroma que le había hecho la boca agua a Cam. Se sentaron sin dejar un milímetro entre ellos y se dieron de comer el uno al otro, rodeados por la luz de las velas y el aroma de las flores.

Cuando terminaron, su hechicera se dirigió a él.

—Me prometiste que me contarías más cosas sobre aquel día. Sobre la emboscada. —Cam le habló con voz suave pero firme, y Jason la acercó todavía un poco más a su cuerpo.

—¿De verdad quieres saber más?

—Yo... he pasado tanto tiempo angustiada, pensando dónde estarías, lo que sentirías. Necesito saberlo, Jason. En los periódicos apenas se explicaba nada y no me atrevía a preguntarte a ti...

—Así que te interesaste por mí desde el principio. Yo, pasándolo mal todos estos meses creyendo que no te importaba, y tú ya me querías incluso antes de conocerme —la interrumpió, pavoneándose.

Las mejillas de Cam se arrebolaron para su deleite.

—No está bien ser tan engreído.

Jason se rio y la besó en la boca.

—Aprovecharé cada ocasión que se me presente para hacer que te sonrojes, mi amor. Estás avisada.

Cam le devolvió el beso y le rozó la cicatriz.

—Estás eludiendo mi pregunta.

—¿Lo estoy haciendo?

—Sí —respondió, con una paciencia sorprendente—. ¿Te es muy duro recordarlo?

—Bastante, en realidad. No dejo de pensar en mis hombres, en que no merecían ese final que yo he logrado esquivar por poco.

Jason guardaba tantas cosas dentro...

Solo se detuvo un segundo antes de confesarle algo. No quería pensar en Carmentia como si se tratase de alguien ajeno a él y a su vida. Porque era todo lo contrario, era una parte misma de su ser.

—Cam, no fue un *sadhu* quien me rescató.

—Ah, ¿no? —replicó, asombrada.

Estaba claro que deseaba preguntar más, pero respetó su ritmo.

—No. —Inspiró hondo—. Las personas que me salvaron fueron Ban y Ambika, tu doncella.

—¿Qué? ¿Qué hacía Ambika con Ban?

La confusión hacía que su ceño se frunciera. Jason le pasó el dorso de la

mano por la mejilla antes de responder.

—Se conocen desde hace mucho tiempo. Los dos han pasado gran parte de su vida en Baipur.

—Pero me dijiste que Ban te ayudó durante tu convalecencia en una pequeña aldea de Merala. ¿No era verdad?

—No es del todo mentira, pero, antes de eso, Ban y Ambika me encontraron herido de gravedad tras la emboscada y me trajeron a esta gruta de inmediato para socorrerme.

Cam rodeó con fuerza la cintura de Jason.

—¿El ataque ocurrió aquí?

—Lo bastante cerca como para que pudieran trasladarme y llegar vivo, aunque Ambika me dijo que habían estado a punto de recitar los vedas al ver que no despertaba.

—Oh, Jason... ¿Cuánto tiempo...?

Parecía incapaz de terminar la pregunta.

Jason le acarició la espalda en un gesto reconfortante.

—Tardé unos dos meses en recuperar por completo la consciencia. Y, después, me llevaron a esa pequeña aldea de la que te hablé, donde pude terminar de recuperarme.

Podía sentir cómo Cam seguía rodeándolo con toda su energía. A pesar de las lágrimas que derramaba por él, lo hacía sentir mejor.

Una vez que comenzó a hablar, le fue fácil mostrar a Cam todo el sufrimiento que vivió y el dolor que había sepultado dentro en esos meses mientras ella lo calmaba y lo sanaba con sus palabras y sus caricias.

Al cabo de un rato, cuando Jason recuperó el control de sí mismo, Cam le hizo una última pregunta:

—Entonces, ¿por qué dijiste que te había encontrado un *sadhu*? ¿Por qué ocultas a Ban y Ambika?

Jason, sencillamente, respondió.

Y la sorpresa de Cam fue mayúscula.

Cuando Carmentia consiguió sobreponerse al estupor, Jason la tomó de la mano.

—Ven. Quiero enseñarte algo más.

Salieron a la terraza, y rodeó la cintura de Cam por detrás, preparado para su reacción.

—Dios mío, Jason. —Se apoyó contra él, sin aliento—. Es tan bello.

La noche había extendido su manto sobre la jungla, pero no era una tela opaca y sofocante, sino que parecía vibrar, repleta de luz y sonido.

Las hojas cantaban al son del viento, entre melodías de animales y chirridos de insectos. Las luciérnagas danzaban sobre la hierba en un eterno baile que titilaba y se agitaba con la brisa y, las más atrevidas, se deslizaban sobre las aguas del río igual que avezadas patinadoras que desafiaran la corriente.

El cielo, tan bajo que casi podrían alcanzarlo con las manos, estaba cuajado de estrellas de cristal brillante, como si alguien hubiera espolvoreado azúcar sobre terciopelo.

También las criaturas nocturnas salían a dar sus sigilosos paseos y, de vez en cuando, se escuchaba el ulular de un búho en alguna rama sobre sus cabezas.

Cam buscó las manos de Warwick, y entrelazaron los dedos en un momento íntimo, encantado. Estaban atrapados por un sortilegio que solo la naturaleza conocía, y Jason pudo sentir el contacto romo de la madera del anillo contra su piel mientras los envolvía el fulgor plateado de la luna.

Percibieron un aleteo, y Cam se sobresaltó un poco al ver el cuerpo de un enorme murciélago de la fruta en busca de algún dulce néctar con el que satisfacer su paladar.

—La India es desgarradoramente hermosa —murmuró Jason en su oído.

—Ojalá algún día pueda dejar de temerla del todo —le respondió con un hilo de voz.

—Lo harás, mi amor. ¿Acaso no eres mi valiente soldado?

El capitán se sentó y la acomodó en su regazo para contemplar el exquisito firmamento de Oriente.

Pasado un rato, Jason pensó que se había dormido, hasta que le habló.

—¿Recuerdas lo que me contaste sobre el karma?

Asintió, y ella debió de notar el movimiento contra su cuerpo, porque continuó.

—No me puedo quitar de la cabeza al hombre que golpeé. ¿Crees que estará muerto? ¿Y que yo... recibiré un castigo por ello?

Estaba tiritando. Jason la tapó con una de las mantas que había preparado y le dio un beso en la coronilla. Había sobrellevado una experiencia muy traumática con enorme entereza, no iba a permitir que se derrumbase ahora.

—Lo hiciste para salvarme, cariño. Eso debería contar para algo, ¿no? Además, puede que ese fuera el castigo que se merecía aquel desgraciado por portarse aún peor en una vida anterior.

—Oh. —Cam parecía muy sorprendida—. Siempre se pueden ver las cosas desde otra perspectiva, ¿verdad?

—Si es para ver el lado positivo, sí —respondió con prudencia.

—Entonces... ¿Qué dirías de unos hombres que golpean a una niña sin ninguna razón lógica? ¿Encontrarías algo positivo aparte de la simple crueldad? Porque yo no puedo.

Jason no podía dejar de asombrarse por los derroteros que tomaba la mente de Cam, por la forma de intentar abrirse a él, pero sin conseguirlo del todo.

—Diría que merecen morir de la manera más agónica posible en todas y cada una de las miserables existencias en las que renazcan.

Le pasó la mano sobre el hombro derecho, por encima de la ropa, donde había visto una antigua y pequeña cicatriz.

—¿Te hicieron ellos esto?

Los músculos de la espalda de Cam se contrajeron, y se apartó un poco de él.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó, en tono monocorde.

Jason guardó silencio un instante. Quería elegir bien las palabras.

—Fui a hablar con tu hermana Leonelle cuando tú no me recibías. Le hablé de mis intenciones de convertirme en mi esposa, y ella me relató algunos recuerdos de vuestra infancia para que pudiera comprenderte mejor —respondió al fin—. Cariño, no tienes que contarme nada que no quieras.

Por fin había logrado entender la actitud de Cam respecto a la India y no quería exigirle nada que ella no estuviera dispuesta a revelar. La escuchó llorar, la giró hacia él y pasó las piernas sobre su muslo para poder acunarla mejor contra su pecho.

—Todo fue por la estrella.

—¿Qué estrella, mi vida?

—El diamante.

La mano de Jason se detuvo en el aire en el acto de acariciarle el pelo.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

Carmentia se sentía preparada para confiar ciegamente en Jason, al igual que él había hecho con ella, y era una sensación indescriptible y liberadora. Iba a convertirse en su esposa, le había entregado su corazón, y ahora le entregaría sus secretos. Allí estarían tan seguros como en la caja fuerte más acorazada.

Se acurrucó contra su pecho cálido antes de empezar.

Al principio las palabras se atascaban en su garganta, pero luego comenzaron a fluir como un río caudaloso.

Le relató cómo una traviesa niña de seis años se internó en la jungla para esconderse de sus padres en un juego inocente, y se alejó tanto que llegó a unas ruinas milenarias y maravillosas. Y de cómo allí, medio sumergido en las aguas y en un lugar al que ningún adulto se atrevería a acceder, encontró un fantástico diamante en forma de triángulo que brillaba como si contuviera cientos de soles en su interior.

En lugar de cogerlo y llevárselo consigo, la niña inventó un reino de fantasía en el que la joya era la reina indiscutible: una estrella mágica caída del cielo y oculta en las entrañas de la Tierra, donde debería permanecer siempre para no perder su fulgor.

Exultante, emprendió el regreso a casa para hablar de su fabuloso hallazgo a sus padres y a su hermana pequeña.

Pero no pudo llegar muy lejos.

Unos hombres de tez oscura, no sabría decir cuántos, se cruzaron en su camino.

Cam tuvo que hacer un alto ahí, y Jason besó su frente con dulzura.

—Estuvieron golpeándome hasta que se cansaron, o yo me quedé inconsciente, ya no recuerdo cuál de las dos cosas sucedió primero. Decían palabras que no alcancé a comprender hasta años después, pero que me obligaron a madurar antes de tiempo. Para ellos no era más que sucia escoria inglesa. La repugnante hija de sus opresores. —Tragó con dificultad—. Hasta ese momento yo... no sabía lo que era el odio, Jason.

Lo miró y vio que estaba lívido, presa de emociones profundas que bullían con rabia en su interior.

—¿Sabes qué fue de esos hijos de perra?

Cam sacudió la cabeza.

—No. Regresé a Inglaterra al poco tiempo, y mis padres me hicieron prometer que no hablaría nunca de la joya ni de aquel día. Ellos también prometieron no hacerlo. Querían protegerme, incluso aunque el diamante les pareciera una fantasía. En cuanto a... —No podía repetir el calificativo que Jason había dado a sus agresores—. Supongo que mi padre los encontraría y los juzgaría.

Se encogió de hombros, indefensa.

—Cuando desembarqué en Calcuta, miraba a cada hombre y cada rostro que encontraba, pensando que podían ser ellos.

La angustia y el miedo de la infancia había dejado cicatrices profundas que no sanarían tan rápido como las físicas.

—Nadie volverá a ponerte un dedo encima mientras yo esté contigo, mi amor.

Dejó que sus palabras la reconfortaran mientras intentaba no pensar en la pesadilla que había vivido el día anterior.

—Lamento tanto que después de todo este tiempo muchas cosas no hayan cambiado. La violencia de ayer no es sino una muestra de que la historia se repite. Me gustaría que todos los que amamos, sufrimos y sentimos la India pudiéramos convivir en paz sin importar el color de nuestra piel.

Jason no contestó, pero Cam no dudaba en atribuir el ataque al profundo rencor que algunos indios todavía sentían por los ingleses, más grande si cabe por tener que estar oculto y ulcerado. No vio la mirada escéptica del capitán Warwick.

Jason seguía tratando de asimilar el relato de Carmentia. ¡Por Dios! No podía creer que su precioso soldado hubiese encontrado el *Masha-i-noor* cuando no era más que una niña. Porque pondría una mano en el fuego a que la estrella mágica de la que hablaba y el legendario diamante eran uno y el mismo.

El cerebro del capitán era un torbellino de sospechas y acusaciones, piezas

que se esforzaban por encajar en su lugar. Un fogonazo de lucidez lo alertó de que Ban y él habían errado al suponer que Al-Musavi tenía el diamante. El nabab podía ser acusado de muchas cosas, pero no de cometer extorsión con la valiosa joya.

Después lo acosaron los remordimientos por no contarle de inmediato a Cam lo del dibujo que encontró en el despacho de su primo. Pero algo lo detuvo. No podía evitar preguntarse cómo había llegado la acuarela a manos de Ingram. ¿Por qué, después de tantos años, el diamante volvía a salir a la luz? Y en el momento exacto en el que Carmentia regresaba a Merala.

—Cariño, ¿en algún momento le has hablado a tu primo Edward del diamante? —la sondeó, con todo el tacto posible.

Cam negó solo una vez con la cabeza.

—No, nunca. ¿Por qué lo dices?

—Yo... me preguntaba si el gobernador era consciente de algo tan importante. De que tenía que mantenerte a salvo. Puede que tu padre se lo confiara cuando lo nombró vuestro tutor.

Se detuvo un momento, pensativa. Luego volvió a negar con la cabeza.

—No puede saberlo. Yo nunca se lo he dicho, y no creo que papá rompiera su palabra de guardar silencio. Además, siempre lo consideró un cuento de niños. Pero, aún en el improbable caso de que así fuera, sé que Edward cuidaría de mí, no te preocupes por eso.

La confianza con la que Cam hablaba de su familia revelaba que ella jamás sospecharía de una traición, y mucho menos por parte de su padre o de su primo. Daba por hecho que conocer la existencia de la gema no la pondría en peligro, puesto que los suyos guardarían el secreto hasta el final.

Para Jason no estaba tan claro. Sin embargo, no revelaría sus dudas todavía, no quería causarle más aflicción ni asustarla demasiado pronto. Por desgracia, ya había sufrido bastante. Pero, pensara lo que pensase Cam, el intento de rapto tenía que estar relacionado con el *Masha-i-noor* de alguna manera.

Él se encargaría de que nada malo volviera a sucederle.

Por su descripción, estaba casi seguro de que las ruinas a las que se refería eran las de Hara Baori, una de los cientos de construcciones abandonadas y proclives a los derrumbes que hablaban de tiempos remotos en los que

antiguas civilizaciones poblaron la India. No era de extrañar que nadie hubiera podido dar con la preciada gema en tantos años.

Nadie, excepto una pequeña aventurera.

No sabía cómo lo conseguiría, pero iría allí con Ban para hacerse con el diamante y descubrir de una vez por todas la cara de los verdaderos culpables.

Durmieron hasta el alba, y Jason volvió a hacerle el amor muy despacio. Dilató cada segundo contra su piel por todos aquellos minutos que pasarían separados en los próximos días. Cam le había pedido que no dijera nada de su compromiso hasta que ella hubiera podido hablar con sus hermanas y con Edward, y Jason aceptó a regañadientes.

Aún tenían muchas cosas que decidir. La principal era si Cam podría permanecer en Baipur algún tiempo más, cerca de Edith.

Jason no se arrepentía de haberle ofrecido la posibilidad de marcharse lejos de Merala en medio de su acalorada discusión. Pero ese impulso había surgido antes de que le hablase del diamante. Con semejante información, Cam no estaría segura en ningún sitio, y Jason necesitaba descubrir a los hombres que querían dañarla y tener el pleno convencimiento de que su primo no estaba implicado en el ataque a su carruaje. Luego podrían irse.

Solo entonces tomó conciencia absoluta de lo mucho que estaba dispuesto a sacrificar por ella. No pudo evitar sentir un nudo de aprensión al pensar en todo lo que suponía partir: dejar atrás a sus hombres, el lugar que había sido su hogar y, por encima de todo, olvidar la incertidumbre que lo consumía desde la emboscada... ¿Sería capaz de irse sin conocer la verdad? ¿Sin saber si había o no más implicados? Por duro que fuera, tendría que serlo, no quería que Cam se viera envuelta en más peligros.

Montaron a Brío, y el obediente caballo emprendió la marcha dando un rodeo para no tener que atravesar el temible puente anegado de agua.

—¿Crees que Ambika estará bien? —preguntó Cam desde atrás.

Jason le había explicado sin muchos detalles cómo Ban y él habían encontrado a la fiel sirvienta en el carruaje destrozado para no asustarla.

—Estoy seguro de que se repondrá pronto. Está en las mejores manos.

Sintió cómo Cam apoyaba la cabeza con delicadeza en su espalda.

—Nunca podré compensarlos como se merecen por salvarte, Jason. Puedo

sentir tu corazón latir gracias a ellos. —Se giró para echar un último vistazo al paredón de roca—. En esta cueva ocurren milagros. Ahora puedes estar aquí conmigo, siempre.

—Siempre, mi amor.

Bajo la guía experta de Jason no tardaron demasiado en atravesar la jungla y encontrar el camino principal hacia Baipur. Apenas distaban unos kilómetros para llegar al *bungalow*, y Cam se debatía entre las terribles ganas que tenía de abrazar a sus hermanas, la incomodidad de su relación con Edith y Edward a partir de ahora, y las explicaciones que tendría que dar sobre su «incidente» camino a Calcuta.

En su cabeza giraban torbellinos de pensamientos desconectados entre sí que la llevaban de la euforia por la magia vivida con Jason a la congoja absoluta al pensar en él herido y asustado tras el disparo que casi le cuesta la vida.

Tenía la sensación de que pasaría una eternidad hasta que dejase de mirar asustada a sus espaldas, esperando un nuevo acto de violencia, pero necesitaba deshacerse de esa angustia. Aunque él le había dado a elegir, no quería separar a Jason de la India, de sus logros y del camino que se había abierto a costa de sudor y sangre.

Lo superaría. Juntos lo conseguirían.

Divisaron el blanco resplandor de la casa hacia el final de la tarde. Jason se giró y le robó un último beso con rapidez. Sabía a promesas y a futuro.

—Carmentia, por favor —le pidió—, recuerda lo que te he dicho. No te apartes de Surinder mientras yo no pueda estar a tu lado. Y si tienes cualquier problema, *cualquiera* —recalcó—, envíad a alguien para que venga a buscarme. Yo acudiré de inmediato.

La preocupación por ella que brillaba en sus ojos azules dio fuerzas a Cam.

—Estaré bien con Surinder —lo tranquilizó.

Y era cierto, estaba segura, el joven sij siempre le había inspirado confianza. Y más ahora que sabía la relación que los unía a Jason y a él desde hacía muchos años. El capitán se lo había confesado durante el camino, con cierta vergüenza. Pero, a Cam, saber que Jason había enviado a Surinder a su *bungalow* para cuidar de ella y de sus hermanas, le derretía el corazón de

amor por él y se lo llenaba de gratitud hacia Surinder.

Desmontaron y se acercaron a la entrada, pero ningún sirviente se acercó a recibirlos. No se apreciaba movimiento alguno en el interior de la casa.

Cam reprimió un escalofrío y no pudo evitar aferrar la mano de Jason, que le devolvió el apretón con firmeza.

Llamaron un par de veces hasta que se escuchó el eco de unas pisadas. Leonelle abrió la puerta con lentitud, como si moviera una roca que pesara toneladas. Se la veía muy pálida, y sus ojos castaños se llenaron de lágrimas tras el cristal de las gafas al ver a su hermana. Iba vestida de negro por completo. Otra vez.

—Oh, Cam. —Se lanzó a sus brazos y la hizo tambalear—. Es el primo Edward. Está muerto.

El ambiente lúgubre se apoderó de todos los que vivían en el *bungalow* hasta casi asfixiarlos. Incluso Lemy se había sumido en un mutismo de pesar. En Oriente se repetían casos de hombres sanos y plenos de energía en el desayuno, que se desplomaban sin vida al anochecer, arrasados por una fiebre desconocida. Al parecer, aquello era lo que le había sucedido a Edward apenas unas horas antes de que llegaran, y lo que dictaminó el anciano médico, por muy insatisfactoria que fuera la respuesta para Cam. Fue respaldado por los residentes más veteranos de Baipur, oficiales, dueños de plantaciones, y demás británicos allí asentados, que se acercaban a dar el pésame a la familia y agitaban la cabeza con tristeza mientras veían cómo otro de sus compatriotas les era arrebatado por la dureza inescrutable de la India.

Harris también se presentó en el *bungalow*, con el semblante algo demudado. Presentó sus respetos con brevedad y se marchó igual de rápido, no sin antes asegurar a Carmentia que su desencuentro del pasado quedaba olvidado, y que regresaría pronto para prestarles cualquier servicio que pudieran necesitar.

Por suerte, Jason no estaba cerca para escuchar su resuelta declaración.

El propio virrey envió sus condolencias y aseguró a las damas que podrían permanecer en Baipur tanto como desearan con el apoyo incondicional de la Corona.

Con la inmensa confusión que supuso la muerte inesperada de Edward y la posterior organización del funeral, nadie se dio cuenta de preguntar a Cam a qué se debía su vuelta apresurada de Calcuta, y para ella fue un alivio no tener que mentir ni engañar a sus hermanas sobre el tema. Ellas dieron gracias a la divina providencia por hacerla regresar antes, y Cam no las sacó de su error.

Edith, por su parte, parecía ajena a todo. Vagaba por la casa como una aparición, carente de expresión o emoción alguna.

Excepto un día en el que Jason trató de acercarse a Cam en un rincón de la casa que no estuviera atestado de visitas.

—Señorita Ingram.

El calor de sus ojos desmentía el tono formal que empleó para dirigirse a Cam, al agarrarla del brazo para acercarla a los ventanales abiertos de la biblioteca.

—¿Cómo estás, cariño? —susurró en un tono mucho más íntimo cuando se escabulleron hacia la veranda.

Apenas habían tenido un minuto para descansar en aquellos días, mucho menos para hablar a solas.

Cam quería abrazarse a él para olvidar esa tragedia que todavía no asimilaba del todo. ¿Hasta cuándo les iban a suceder calamidades a los Ingram? ¿Cuántas pérdidas?

Pese a la ira que sintió cuando Edward se comportó de forma arbitraria, obligándolas a ir a la India con él, se había preocupado de que tuvieran los mejores cuidados. Se había hecho responsable de ellas con toda la cercanía que su adusto carácter le permitía. Era su familia, por amor de Dios. Una familia cada vez más reducida.

Tragó saliva y forzó una sonrisa hacia Jason.

—Estoy bien. Son Leo y Lemy las que me preocupan... y Edith. Han vuelto a quedar a la deriva.

—Deberíamos anunciar ya nuestro compromiso. Ya sé que te parece precipitado e inapropiado dadas las circunstancias —la interrumpió antes de que pudiera contestar—, pero así tus hermanas estarían seguras a nuestro cuidado. En cuanto a Edith... Sabes que haré todo lo que esté en mi mano y más para que supere esta terrible situación.

Cam contuvo a duras penas el impulso de besar a Jason sin importar dónde estaban o quién se encontrara cerca. En lugar de eso, alzó la mano izquierda y posó sus labios sobre el anillo de bambú.

Los ojos índigo de Jason despidieron llamaradas, y la acorraló contra la pared, con una mano a cada lado de su cuerpo, sin llegar a tocarla.

—¿Es eso un «sí»?

—Es un «muy pronto».

Se puso de puntillas y le rozó apenas la mejilla, donde se formaba aquel encantador hoyuelo cuando sonreía.

Se coló por debajo de su brazo y volvió al interior de la casa, con él pegado a sus talones. Apenas habían atravesado la biblioteca cuando se

cruzaron con Edith.

Los tres se quedaron muy quietos, congelados en un segundo interminable.

Aunque no habían hecho nada incorrecto, Cam no pudo evitar que su cara adquiriera un vivo tono escarlata, y pudo ver cómo se resquebrajaba la máscara inexpresiva de Edith al posar sus ojos en ella. Era una mirada tortuosa, que se transformó en el más puro anhelo cuando giró la cabeza para contemplar a Jason.

—Tus hermanas te estaban buscando. —Se dirigió a Cam sin mirarla de nuevo.

—Gracias, Edith. Iré a ver qué necesitan.

Cam no perdió la oportunidad de abandonar el ambiente tenso que se había creado en la biblioteca.

Encontró a Leo y a Lemy enseguida, vigiladas de cerca por Surinder.

—Cam, necesitamos salir de esta casa. Aunque sea un paseo corto a los establos —dijo Leo en cuanto la vio.

Carmentia se ablandó al instante y las abrazó. Comprendía muy bien la necesidad de respirar un poco de aire puro.

—No hace mucho que hemos estado con Brío. —Leo y Lemy habían adorado al instante al dócil caballo pardo que había traído a su hermana de vuelta—. Se me ocurre algo mejor en lo que podéis ayudarme —continuó Cam—. Surinder nos acompañará.

El criado asintió una vez, y Lemy pareció animarse.

—¿De qué se trata?

—Vamos a recoger caléndulas.

Jason daba vueltas en su estudio como un león enjaulado. Todo se había complicado de la peor manera posible. La solución al rompecabezas del diamante y a la masacre en Merala seguía tan lejos de su alcance como al principio, ya que las posibles respuestas se habían perdido con la muerte de Edward Ingram.

Lo que más le preocupaba, sin embargo, era la seguridad de Cam. ¿Cómo no iba a pensar Jason que había alguien detrás del repentino fallecimiento del primo de Carmentia? ¿Detrás de esa valiosa y maldita joya?

Pero no podía actuar sin pruebas ni culpables y, para su eterna frustración, quedaba un gran margen de duda: el gobernador se había granjeado muchos enemigos al aceptar a Nasir al-Musavi como nabab de Merala.

Surinder lo sacó de su angustioso ir y venir cuando se presentó ante él con una reverencia. Los pesados aros de hierro de sus brazos flacos entrechocaron al enderezarse.

—¿Qué ocurre? —casi ladró Jason.

—Hay un hombre bastante extraño cerca de la casa de las *memsahibs*, *huzoor*.

Se acercó a él al instante.

—¿A qué te refieres con extraño? ¿En qué parte de la casa?

Antes de que el chico empezase a contestar, Jason ya estaba poniéndose la chaqueta.

—Es un indio mugriento que ronda los establos. Al principio no le di importancia, porque hay mucha gente que va y viene de la casa en estos días de duelo, y aprovechan la ocasión para mendigar. Pero, hace un rato, cuando volvía de un paseo con las *memsahibs*, he vuelto a verlo. Como si siguiera nuestros pasos.

—¿Has visto a alguien más que te hiciera sospechar?

—No, *huzoor* —respondió. Luego acarició el mango del cuchillo que llevaba al cinto—. Me hubiera encargado de él, pero usted me dijo que le avisara antes de hacer nada.

—Has hecho muy bien, Surinder. Yo me ocuparé. ¿Dónde están las señoritas Ingram?

—Están seguras en el *bungalow*.

Jason asintió, satisfecho.

—Muy bien —repitió—, puedes volver con ellas. Te haré llamar si es necesario.

El joven sij se retiró tras una nueva reverencia que inclinó su turbante, y Jason puso rumbo a la residencia del gobernador.

Se aproximó a los establos a pie. Trató de ocultarse en las escasas sombras de unos árboles *kikar* algo raquíticos y repletos de pinchos que crecían cerca, para no llamar la atención. No vio ni rastro del hombre que había descrito Surinder en las inmediaciones, y decidió echar un vistazo en el interior del

edificio.

Se introdujo con sigilo en la construcción de madera, con la misma ausencia de resultados. A aquella hora tardía solo se escuchaba el movimiento algo inquieto de los caballos y el crujido del heno.

Al cabo de un rato, cuando estaba a punto de agotarse la escasa paciencia que le quedaba, distinguió el eco de unos pasos que se acercaban a la puerta. Se coló en uno de los boxes vacíos y esperó a que sus ojos se adaptaran a la escasa luz.

—Hablares aquí, y solo durante el segundo exacto que tardarás en explicarme qué demonios ha sucedido. —La voz airada que llegaba desde el box de al lado le resultaba tremendamente familiar, pero hablaba en un siseo tan bajo que no pudo ponerle nombre—. ¿Cómo se te ocurre acercarte a la casa? Si alguien te hubiera visto antes que yo, habría sido un completo desastre.

—Esa puta inglesa casi acaba conmigo. ¿De verdad pensó que no vendría a por ella para darle lo que se merece? Además de a cobrarme mi dinero, *sahib*.

La segunda voz habló en un tono mucho más elevado, y Jason la identificó de inmediato. La cólera le abrasó las venas.

El modo de escupir el título de cortesía era el mismo que aquel malnacido indio había usado cuando raptó a Cam. La piedra no había acabado con su miserable existencia, pero él se encargaría de eso muy pronto.

Se obligó a quedarse quieto unos segundos más, hasta descubrir a quién pertenecía la primera voz.

—¡Eres aún más estúpido de lo que creía! Es obvio que no llegaste a sacarle ninguna información.

El hombre también había dejado de susurrar. Jason sintió una hiel amarga que le quemaba por dentro al reconocer a George Harris.

Su amigo.

En su fuero interno, había deseado que la desconfianza que sentía Ban hacia él y los cabos sueltos que no conseguía atar sobre el ataque de los cipayos fueran meras sospechas sin fundamento. Harris debía ser una víctima inocente más.

Era evidente que no.

Sin poder contenerse, aferró la pistola y se enfrentó a aquellas dos

alimañas.

—Por información no te referirás al paradero de cierto diamante, ¿verdad, Harris?

Apuntó a los dos hombres, que se encontraban bastante juntos en el estrecho compartimiento, y no pudo evitar un ramalazo de satisfacción al ver sus rostros transfigurados de alarma.

—No vas a acercarte ni a un kilómetro de Carmentia. Ten por seguro que me encargaré de ello.

Harris fue el primero en recuperarse.

—Debí suponer que conseguirías saber dónde estaba la gema antes que yo, Warwick —dijo con sorna—. Resultaba evidente que era a ti a quien Carmentia Ingram quería meter en su cama. ¿Te la follaste tan bien que lo largó todo al instante?

Jason apretó los dientes hasta que le crujieron las mandíbulas, pero logró contenerse. No iba a entrar en su juego y mostrarse vulnerable.

—¿Por qué tantas muertes, Harris? —preguntó en cambio—. ¿Qué tenía que ver nuestro destacamento con el diamante?

Probó al azar, a la espera de su confesión.

Harris se encogió de hombros, poco importaba ya si decía la verdad. Incluso parecía con ganas de alardear de ello.

—No mucho, en realidad. Simples negocios. —Una sonrisa desagradable afeó sus rasgos—. La información es poder, y una gran fuente de riquezas, amigo mío. Una noticia tan jugosa como un reducido grupo de soldados ingleses transportando tal cantidad de armas y munición agita muchas orejas y abre muchos bolsillos en la sediciosa India.

La muerte de amigos y compañeros se justificaba con la simple codicia. De la manera más natural.

El teniente estaba en calma, mientras que el indio apenas respiraba ante la boca del cañón.

—¿Y qué bolsillos se abrieron, Harris? ¿Los de esos cipayos asesinos? ¿O los de alguien mucho más poderoso?

Quería oírlo, quería escuchar el nombre de Al-Musavi. También se lo debía a Ban.

—Vamos, Warwick. Esto empieza a ser aburrido. Creo que voy a hacerte un

pequeño favor, por los viejos tiempos.

Con una rapidez que Jason habría admirado en cualquier otra circunstancia, Harris desenfundó la pistola y pegó un tiro a bocajarro al harapiento compinche. El hombre aún tenía una mirada de asombro en sus ojos oscuros, mientras un hilillo de sangre bajaba por el agujero del tamaño de un chelín, que le había abierto en la frente. Su cuerpo se desplomó al suelo.

Jason solo atinó a encañonar a Harris, impresionado.

El teniente se encogió de hombros otra vez.

—Estaba aquí para matar a Carmentia Ingram. Deberías agradecermelo.

—¡Trabajaba bajo tus órdenes!

Jason estaba seguro de que Harris había perdido la razón. Un hombre cuerdo no cometería aquella locura, ni se mostraría tan impasible cuando la muerte lo rondaba de cerca.

—El plan era tenerla encerrada hasta que me dijera lo que quería. Pero nunca te puedes fiar de que las cosas salgan bien. —Le mostró el bastón—. Si no, mira mi pierna. Yo no era un blanco a abatir. Mi aseguraron que saldría ileso de la emboscada, no que un torpe bastardo indio me dejaría cojo.

—Deberías haber muerto ese día.

—¿Y por qué no me disparas ahora, Warwick?

—No va a ser tan fácil para ti —respondió Jason, acercándose—. Me vas a decir todo lo que quiero saber y luego te someterás a juicio. Quiero que te enfrentes al desprecio público. Y a la sentencia.

Tendría a Al-Musavi, o a quienquiera que hubiese pagado a George Harris. Harris se rio.

—Honorable hasta el final. Siempre haces lo correcto, ¿verdad, capitán?

—No me parece bien disparar a un tullido cuya arma está descargada.

Aquello sí consiguió enfurecerlo.

—Muy noble —dijo con sorna—. Yo, sin embargo, no tuve reparos en volarle los sesos a un alcohólico.

—¿A quién te refieres?

—Ya que van a juzgarme, mejor que lo hagan por todos mis crímenes. — Harris estaba muy pálido. La postura inmóvil y rígida debía de estar causando estragos en su pierna—. Me refiero a Jonathan Ingram.

—¿Tú acabaste con el padre de Carmentia?!

—Oh, y eso no es todo. Con su primo fui más refinado. —Enseñó los dientes—. Un veneno suministrado con esmero, y Edward Ingram dejó de respirar. Ya sabes, uno tiene que probar nuevos métodos.

Jason iba a romperle todos los huesos del cuerpo a aquel desconocido. Ese asesino no podía ser el mismo George Harris con el que había bromeado y luchado durante años.

Todo ese tiempo, Carmentia había estado en peligro delante de sus narices.

—Cabrón... —Ciego de ira, arrojó la pistola a un lado y lo aferró por las solapas—. Dime por qué.

Harris ni siquiera parpadeó ante su furia.

—Jonathan Ingram era un borracho solitario deseoso de revelar secretos. No fue difícil hacerme su confidente y que me contara cómo su hija descubrió hace años un fabuloso diamante. Pero está feo dejar las cosas a medias. —Con fingido pesar, meneó la cabeza todo lo que le permitía el agarre de Jason—. Parecía muy escéptico. No sabía, o no quería decirme, la localización exacta de la joya. Así que me harté. Acabé con él antes de que pudiera decírselo a alguien más. Por esa época, ¿qué más me daba ya? Había perdido todo: mi cargo como teniente, mi pierna...

—¿Y Edward Ingram? —No pudo evitar la idea descarnada que se le vino a la mente—. ¿Fuiste tú quien propició la boda entre Edith y el gobernador?

—Oh, no. Eso fue una deliciosa coincidencia del destino, con la que disfruté a lo grande. Pero Edward fue una enorme decepción a pesar de que, cuando le envié una ilustración del *Masha-i-noor*, se interesó por el diamante de inmediato.

Así que había sido Harris el encargado de hacerle llegar a Ingram el dibujo de la valiosa joya, y él había mordido el anzuelo. Era una tentación descomunal, incluso para el adusto gobernador.

—¿Por qué no preguntó a su prima directamente por el diamante?

Retorció las solapas un poco más, quería dejar a aquel traidor sin aire.

—Su relación no era tan estrecha como para creer que ella le revelaría su secreto sin más, se trata de una mujer muy reservada, no como su padre. Así que accedió a traer a Carmentia a la India. Era un tipo listo. Se lucró mucho a mi costa. —Tragó con algo de dificultad—. Te pidió que hicieras de escolta

para tenerte controlado, y nosotros acordamos trabajar juntos bajo la excusa de descubrir al posible asesino de su tío. Qué ironía, ¿verdad? Murió sin saber que había sido yo. —Intentó reír, pero el escaso oxígeno no se lo permitió—. Además, Ingram propició los intentos de raptó de su prima, ¿no te pareció extraño que le dejase tanta libertad para moverse allá donde quisiera? Sin embargo, quería a Carmentia ilesa, tanto como fuera posible. Tras sabotear el carruaje llegaron los remordimientos, y tuve que actuar de nuevo. —Su voz era puro desprecio—. Cuando comienzas algo así, o te involucras del todo o te quedas fuera.

—Hasta las últimas consecuencias.

Jason lo soltó para que tuviera la oportunidad de defenderse antes de que estrellara el puño contra aquel rostro sádico.

Harris, como la sabandija ladina que era, fingió que le fallaba la pierna herida. También era un hombre corpulento y, al caer al suelo, se agarró a Jason y lo arrastró con él.

Lo último que vio el capitán Warwick fue el resplandor de la bola de plata del bastón antes de que se estrellase con una violencia brutal contra su sien herida.

Carmentia colocó otro paño húmedo sobre la frente de Jason. La sien derecha estaba muy inflamada, y su cicatriz, de un rojo furioso.

Lo habían trasladado al *bungalow* de las Ingram justo después de que Surinder lo encontrara y diera la voz de alarma.

No sabían lo que había ocurrido. Todo apuntaba a un intento de robo de alguna de las monturas del gobernador.

Ni siquiera habían escuchado el disparo desde la casa. Pero a Cam le contaron que Jason estaba tendido en el suelo, inconsciente, junto al cuerpo de un hombre muerto de un balazo. Tampoco sabían cómo o con qué había sido capaz de golpear al capitán antes de morir, o si había algún implicado más. Pero el joven sij quería averiguarlo.

Surinder había desaparecido tras las explicaciones hacia quién sabía dónde.

El anciano doctor Hart acudió pronto a su llamada, pero había echado un vistazo a la cabeza de Jason y se había encogido de hombros. No estaba en sus manos hacer nada más que dejarlo al destino.

Cam se mordió con fuerza el labio inferior y continuó con las pasadas del pañuelo.

De eso hacía muchas horas. El sol se había ocultado en el horizonte, y Jason aún no había despertado.

Pero tenía que hacerlo. Su pulso era fuerte. Podía sentir los firmes latidos de su corazón.

Un corazón que le pertenecía.

Cam pasó los siguientes días sin apartarse de Jason. Sin dormir, sin apenas comer, pese a las protestas de su familia y del doctor Hart. También se enfrentó al coronel Ferguson, que acudió de inmediato al enterarse de lo ocurrido.

Nada ni nadie la apartarían de él. Aun a costa de su reputación.

El silencio en la habitación era tan opresivo que Cam tomó la costumbre de hablar a Jason sin parar. Le contaba la impresión que le causó la primera vez que lo vio, cuando quedó aturdida por la intensidad de su mirada, y también todo lo que habían pasado juntos, las promesas que quedaban por cumplir. Dejó expuestos sus sentimientos como nunca antes se había permitido hacerlo.

Deseaba que cada sílaba calase hondo en él para traerlo de vuelta de aquel sueño antinatural en el que se hallaba sumido.

Cuando la pena superaba a cualquier palabra pronunciada en voz alta, rezaba sin voz. Pedía ver el índigo de sus ojos y que Ban retornase pronto. Ambika y él habían sido capaces de curarlo una vez. Lo conseguirían de nuevo.

—Mi amor... —se atrevió a llamarlo una mañana, agotada tras otra noche en vela junto a su lecho—, tienes que regresar junto a mí. Nos espera toda una vida juntos.

Se dejó caer sobre su pecho, decidida a no derramar otra lágrima. Notaba el subir y bajar acompasado de su respiración, un ritmo suave que la tranquilizaba. Apenas unos segundos después, esta se aceleró, y Cam se inclinó ansiosa sobre él. ¿Podría ser que...? ¿Acaso la había escuchado? «Dios mío, ojalá que así sea...».

Los párpados de Jason se agitaron un poco, y sus labios se entreabrieron.

—¿Jason...?

—Ángel..., estás aquí... —dijo entre los labios resecaos.

Cam se quedó inmóvil por un momento. El alivio que sentía al verlo consciente, al oír por fin su voz, era tan inmenso que casi no era capaz de controlar sus emociones. Se enjugó un par de lágrimas traicioneras, contuvo el resto en un nudo apretado en la garganta, y lo abrazó con una fuerza nacida del amor y de la angustia que habían sacudido su cuerpo los últimos días.

Sus plegarias habían sido atendidas, y sentía que el pecho se había expandido hasta alcanzar los confines del mundo, libre y repleto de gratitud. Repleto de Jason. Temblaba por la conmoción y la felicidad más absolutas.

«Está despierto. Está despierto. Está despierto». Era la única letanía que su cabeza podía asimilar en esos momentos.

Jason se removió, inquieto. Cam se incorporó con rapidez para coger un vaso de agua de la mesilla.

—Pronto te pondrás bien —dijo con suavidad, tratando de hablar con un tono ligero pese a su garganta constreñida.

Los ojos índigo estaban fijos en ella.

—¿Quién eres? —escuchó preguntar a aquella voz ronca y amada.

El vaso que sostenía Cam se escurrió de entre los dedos agarrotados hasta hacerse añicos contra el suelo.

El capitán giró el cuello tan deprisa para ver lo que había ocurrido que soltó un gemido de dolor. Se le enturbió la vista, y volvió a sumergirse en una especie de semiinconsciencia.

Cam voló escaleras abajo para llamar de inmediato al doctor Hart.

El médico, más tozudo que una mula vieja, había prohibido a Carmentia pisar la habitación mientras reconocía a Jason. La amenazó con no volver a dejarla acercarse a su paciente, así que lo esperó en el salón, con los nervios de punta y la alfombra arrasada por su caminar intranquilo.

Jason se encontraba desorientado y dolorido. Dado su estado, era más que comprensible.

Trató de deshacerse de la sensación de desastre inminente que retorció su estómago y escuchar el diagnóstico.

—¿Cómo está? —preguntó en cuanto vio al doctor aparecer por la puerta.

El anciano caballero la miró, compungido.

Al principio, cuando Cam se opuso con una voluntad férrea a dejar los cuidados de Jason en manos de sirvientes o de cualquier otra persona más apropiada que una dama soltera, el médico la había tratado con franca desaprobación. Al hacerse evidente que estaba más que cualificada para el papel de enfermera y que cumplía sin rechistar todas las órdenes del doctor Hart, él empezó a mostrar una especie de renuente admiración.

—Señorita Ingram. Las noticias que traigo no son las mejores. Aunque tampoco son las peores.

—Adelante. Puede decirme lo que sea.

—El capitán ha sufrido unos golpes muy severos en el cráneo en un corto espacio de tiempo. Es casi un milagro que siga vivo. Esas son las buenas noticias. Las malas noticias son —vaciló— que dichas contusiones han provocado secuelas.

—¿Qué clase de secuelas?

—El capitán cree que estamos en diciembre de 1858. No recuerda los últimos meses transcurridos. Y no puedo asegurarle que los daños sean reversibles. El cuerpo humano es bastante caprichoso, sabe usted.

Cam escuchó las explicaciones sobre la pérdida de memoria de Jason de forma distorsionada, como si estuviera bajo el agua y solo sintiera las hondas del maremoto que se estaba produciendo bajo sus pies.

Diciembre de 1858.

Aún no había conocido a Cam.

Todavía estaba prometido con Edith.

No podía ser. Aquello era una broma cruel que iba a parar en ese mismo instante. Era imposible que Jason se hubiera olvidado de ella.

—¿Está despierto?

—Eh..., pues sí —acertó a responder el médico—, se encuentra bastante bien, dadas las circunstancias.

Salió de la estancia sin pronunciar palabra, ante el ofendido doctor Hart, que trató de detenerla.

—¡Espere! Señorita Ingram, hay algo más que debe saber...

Cam subió los escalones de dos en dos hasta llegar al cuarto donde descansaba Jason.

Entró sin llamar. Lo encontró medio recostado contra el cabecero de la cama. Con el vendaje blanco que contrastaba con los mechones oscuros de su pelo.

Vivo, y más guapo que nunca.

Cam titubeó en la puerta y se alisó el vestido negro para ganar tiempo. Estaba aterrada.

Él, en cambio, tenía un aire apacible, satisfecho.

«Todo está bien», se dijo. Aquel era el hombre que le había hecho el amor con una pasión cálida y desbordante. El que insistía en hacerla su esposa lo antes posible. ¿Cómo no iba a recordarla?

Instó al pie derecho a dar un paso, pero se quedó clavada en el sitio.

Jason estaba sonriendo de una manera tierna y pícara a la vez. El hoyuelo en su curtida mejilla destilaba sensualidad. Era una escena perfecta para el reencuentro que tanto había anhelado Cam.

Solo que no le sonreía a ella.

Vio cómo Jason estiraba la mano hacia una figura medio oculta por las columnas de la cama, que le había pasado desapercibida hasta ese momento.

Los cabellos rubios, la gracia discreta de sus movimientos. La mujer era inconfundible.

Edith se encontraba en la habitación, con Jason, y le devolvía la misma sonrisa cómplice mientras se acercaba a él para enlazar su mano, frágil y delicada, en la grande y oscura del capitán. Era una escena demasiado íntima que hizo sentir a Cam como una intrusa y envió dardos afilados a su pecho.

—¿Jason?

El aludido dejó de sonreír y alzó la vista para observarla con fría eficacia, sin soltar la mano de Edith. Ella tenía una expresión casi culpable.

—Otra vez usted. Por suerte, esta vez no tiene nada de cristal en las manos —dijo con sorna—. ¿Nos conocemos?

Cam tuvo que apoyarse en el pomo de la puerta, las extremidades súbitamente laxas.

—Esto no tiene ninguna gracia —atinó a decir.

—No pretendo que la tenga —respondió en tono seco—. Le debo a usted un despertar muy incómodo, señora. No estoy acostumbrado a abrir los ojos y encontrar a alguien tan... cerca de mí.

Cam entendió lo que Jason quería decir en realidad. No había estado cerca. Había estado literalmente tumbada sobre su pecho, abrazándolo. Y a él no le había gustado.

Un sofoco angustiado coloreó su rostro. ¿Por qué la trataba así?

—Jason, soy... —Se le atragantaron las palabras—. Soy yo. Cam.

Jason la miró, un tanto renuente, y luego ladeó la cabeza, como si estuviera peleándose por ubicarla en las lagunas que lo privaban de recuerdos. Se llevó la mano libre a la sien e hizo un gesto de dolor.

Muy alarmada, Cam iba a acercarse a él con pasos temblorosos. Frenó en seco cuando vio cómo Edith sujetaba la cara de Jason con afecto y lo amonestaba con voz dulce:

—El doctor ha dicho que no debes hacer esfuerzos.

—Estoy bien, ángel. No quiero que te preocupes.

«¿Ángel?». Él ya había utilizado esa palabra antes, al recuperar el

conocimiento. ¿El primer pensamiento de Jason al despertar había sido para Edith en lugar de para ella?

—Supongo que usted estaba aquí para ayudar a señorita Gardner a atenderme. Se lo agradezco, pero puede retirarse. Ya no será necesaria. — Jason ni siquiera la miró al pronunciar esas palabras, mientras colocaba las manos, grandes y morenas, sobre las diminutas de Edith y las apretaba contra su rostro.

Cam creyó notar algo que se rompía en su interior. ¿Cómo podía tratar a su exprometida con tanta ternura y dirigirse a ella con semejante indiferencia? Casi con desprecio.

Era imposible.

Todos los días de sufrimiento empezaban a pesar como una losa que la aplastaba y la dañaba cada vez más. El comportamiento de Jason solo hacía la carga más insoportable, asfixiante.

—Señorita Ingram.

La voz del doctor Hart, que la había seguido, sonó a su espalda. Se dirigió hacia él como en trance.

—No me dejó terminar —dijo en un murmullo, para que no llegase a oídos del capitán—. Warwick estaba muy alterado cuando llegué. Tanto que temí que cometiera alguna insensatez, como salir corriendo de la cama. Me aseguró que había escuchado la voz de su prometida, Edith Gardner, cuando se debatía en la inconsciencia. Debió de confundirla con usted. No me quedó más remedio que decirle que ella había venido desde Inglaterra, y exigió verla.

—¿Le explicó que ella es ahora la viuda de Edward Ingram? —El tenue susurro salió de manera natural. Se sentía avasallada por los acontecimientos—. ¿Que la voz que escuchó era la mía?

Las mejillas del médico se pusieron de un bermellón brillante.

—De eso precisamente quería hablarle. —Se atusó el bigote canoso—. Acaba de ver la reacción del capitán cuando trata de recordar algo de los últimos meses. Un dolor muy agudo le atraviesa el cráneo. Ya nos sucedió cuando traté de decirle que no estamos en 1858 y todo lo que ha ocurrido desde entonces. Lo que necesita el capitán Warwick en estos momentos es tranquilidad absoluta y mucho reposo.

—¿Qué me quiere decir? —preguntó Cam, con la garganta seca—. ¿No va

a decirle quién soy yo?

—Opino que lo mejor es dejar que el capitán se recupere a su ritmo. Sin presiones externas que lo lleven a forzar el cerebro con solo Dios sabe qué consecuencias.

—¿A su ritmo? —repitió, atontada.

—Obligarlo a que la recuerde a usted, o a cualquier otra persona o circunstancia de las que se ha desprendido su mente, puede ser sumamente perjudicial si se hace a la fuerza. En cambio, mantenerlo cerca de cosas familiares resulta beneficioso. Y ahí es donde quería llegar. Verá —carraspeó con incomodidad—, como Warwick todavía cree que existe su compromiso, la señora Ingram se ha ofrecido a seguir representando el papel de su prometida. No es un método demasiado ortodoxo, pero no me ha quedado más remedio que aceptar. Nunca me había enfrentado a un caso así, señorita Ingram, pero eso parece tranquilizarlo en estos momentos tan difíciles para él. —La miró con atención—. No dudo de su comprensión, ya que ha hecho un excelente trabajo cuidándolo.

Cam no respondió.

«La dulzura de Edith transmite tranquilidad. Una vida sin sobresaltos. Yo me aferré a esa paz que tanto se necesita en la India...». Las palabras que Jason había usado para describir a su antigua prometida en la gruta resonaban en su cabeza. Edith era paz. ¿Y qué era Carmentia para él? Ahora mismo, el más absoluto caos...

—¿Se encuentra bien, señorita Ingram? Está usted muy pálida. Lleva demasiados días sin descansar como es debido. Puedo examinarla y...

—¡No!

Cam tenía que salir de aquella estancia, estaba al límite de su resistencia. Echó a correr hacia su cuarto. Apenas había atravesado el umbral cuando el suelo salió con fuerza a su encuentro, y todo se volvió negro.

Después de que la mujer de ojos extraordinarios dejase caer el vaso, Jason se había despertado con un dolor en el cráneo que amartillaba su cerebro hasta hacerle rechinar los dientes. No tenía ni idea de cómo había acabado postrado en esa cama. Ni de quién o qué lo había herido. Pudo reconocer al decrepito médico del gobernador Jonathan Ingram, que le hizo unas cuantas preguntas

que lo dejaron conmocionado. Al parecer, el golpe en la cabeza no solo lo había dejado hecho papilla, sino que se había llevado algunos de sus recuerdos. Por primera vez desde que ingresó en el ejército, desde que exponía su vida a peligros y amenazas, se sentía desvalido e indefenso. Y quería desterrar ese sentimiento cuanto antes y para siempre.

Rechazó el láudano que podría haber aliviado el dolor que lo corroía cada vez que intentaba recordar. Lanzas de fuego lo atravesaban sin piedad y evitaban de la forma más eficiente que pudiera atravesar la bruma que encerraba su memoria.

Solo una constante se mantenía.

Edith.

Había sentido sus manos cariñosas que cuidaban de él, la voz que lo envolvía y lo mantenía atado a la cordura.

Daba gracias a Dios porque ella estuviera en la India. Aunque no supiera cómo ni por qué.

«Eso no es ninguna novedad», pensó con ironía.

Edith había acallado sus preguntas con magistral dulzura, y él no había tenido fuerzas para insistir. Ya lo intentaría más tarde. Demonios, estaba agotado.

Después había entrado esa mujer de nuevo. Tenía el rostro demacrado y unas enormes ojeras violáceas bajo esos ojos dispares. Su mirada lo había atravesado con una mezcla de esperanza y sufrimiento que lo habían hecho sentir muy mal, como si hubiera cometido la peor de las canalladas. Su dolor de cabeza se había multiplicado por mil al intentar situarla en su memoria.

«Cam». Cuando ella dijo su nombre, las brumas se habían agitado de forma convulsa para castigar a su ya apaleado cerebro. Una interrogante se escurría con total impunidad entre sus recuerdos.

No pudo evitar preguntarse quién era ella.

Dos días después, Cam miraba el *punkah* que pendía en el techo de su cuarto sin ver nada en realidad, desmadejada en la cama. Esperaba despertar en cualquier momento de la pesadilla.

Unos cuantos días de reposo, y no saltarse ninguna comida. Esas fueron las instrucciones que el doctor Hart dio a Cam, tras recuperarse del desvanecimiento.

Ningún ungüento o bebedizo mágico para un corazón que se estaba resquebrajando.

La puerta se abrió con suavidad, y entró Leonelle.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió sin remordimientos.

Leo dejó una bandeja con comida en la cómoda repleta de frasquitos y peines de Cam. El olor del caldo le revolvió el estómago.

—No tengo hambre, Leo.

Su hermana suspiró.

—Ya me imaginaba que dirías eso. —Cogió el cuenco y lo acercó hasta la cama—. Pero tienes que comer.

La ayudó a incorporarse con unos cuantos almohadones mullidos que colocó tras su espalda, y Cam obedeció a regañadientes.

Cuando el plato estuvo vacío, Leo se sentó sobre el colchón, junto a ella.

—Edith me ha comentado que el capitán Warwick se ha trasladado a su *bungalow*.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Cam trató de salir de la cama demasiado rápido y la cabeza comenzó a darle vueltas. Leo tuvo que sujetarla y volverla a acomodar sobre las almohadas.

—Precisamente por esto.

Carmentia ignoró el tono de reproche de su hermana.

—Tienes que ayudarme a vestirme.

—Cam, escúchame. No estás en condiciones de dar ni dos pasos seguidos.

—Ya te he dicho que estoy bien —resopló.

Leonelle se colocó las gafas y la aferró por los hombros.

—No. No lo estás. Quiero que me prometas que vas a descansar. Que vas a cuidarte. —Estaba utilizando un tono severo que jamás le había escuchado—. Cuando estés recuperada, podrás ir a hablar con el capitán.

Cam se sentía extraña, como si los papeles se hubieran invertido y Leo fuera la hermana mayor, sensata e inflexible al regañarla.

Sacudió un poco la cabeza.

—¿Sabes cómo está? ¿O por qué se ha ido?

—Está lo bastante restablecido como para que el doctor le permita moverse. Al parecer, no le parece correcto estar bajo el mismo techo que cuatro damas solteras.

Eso atrajo toda la atención de Cam.

—¿Sabe quiénes somos?

—Solo que somos las hijas del gobernador Ingram. Edith le dijo que padre ha muerto y que estamos nosotras solas en la casa. También le ha dicho que ella es una amiga íntima de nuestra familia y que ha venido a acompañarnos. Una verdad bastante retorcida, ¿no crees? Aunque no debería sorprendernos, después de lo que ha hecho. También tendrías que hablar con ella.

—¿Jason ha... preguntado por mí?

Contuvo el aliento, a la espera de la respuesta. El resto no importaba.

—Sí —dijo Leo, pero la cortó antes de que Cam pudiera decir nada—. Aunque no como tú esperas. Quería saber con quién compartía Edith la casa. No te recuerda, Cam.

Las palabras de Leonelle eran brutales en su sinceridad.

Cam giró la cabeza y divisó las ramas cubiertas de verdor entre las cortinas medio cerradas de la ventana. Apretó los puños con rabia. En ese momento odió la India con una intensidad desgarradora. Odiaba a un país que le daba tanto, para luego arrebatárselo con la crudeza de unas garras predatorias, despiadadas.

—Él... quería casarse contigo, Cam. —Volvió la cabeza y vio que la miel en los iris de Leo se había vuelto brillante y compasiva—. Me lo dijo después

de Diwali.

Los ojos de Cam también se tornaron acuosos. Leonelle la abrazó con fuerza.

—Todo se va a arreglar.

Cam se dejó acunar. Aún se sentía exhausta, pero su hermana tenía razón. No podía rendirse. Lo más importante era que Jason estaba vivo. Recuperaría todas sus fuerzas y rescataría los recuerdos compartidos con él de allá donde se hubieran perdido.

Permitió que un rayo de esperanza aliviase su pecho compungido.

Unos días más tarde, Cam, ataviada con uno de sus mejores vestidos de luto, atravesaba las puertas del *bungalow* del capitán Warwick. Las pecas todavía resaltaban demasiado contra su piel pálida, aunque había tratado de disimularlas para presentar un buen aspecto. Estaba tan nerviosa que le temblaba la mandíbula. Nunca se había sentido tan insegura, tan vulnerable. Cientos de dudas se empujaban unas a otras en su cabeza para ser la primera en surgir. ¿Cómo reaccionaría Jason al verla aparecer?, ¿le causaría otro de esos terribles dolores de cabeza al ignorar al médico y acercarse?, ¿y si Jason no volvía a acordarse de ella nunca? Esa era la cuestión más terrible de todas.

Un criado la recibió al momento y, por suerte, la arrancó de sus cavilaciones al conducirla al interior de la casa.

Alzó la cabeza y se dio ánimos para seguir luchando por el hombre que amaba.

La residencia del capitán tenía menos estancias que la del gobernador, y pronto llegaron a un saloncito austero y funcional. Para decepción de Cam, estaba vacío. El joven indio la invitó a sentarse a esperar a *huzoor* Warwick, que no tardaría mucho en regresar.

Cam se acomodó en una recia silla de madera, la espalda tiesa y las manos fuertemente apretadas, con las palmas cubiertas de un sudor frío bajo los guantes.

Unos minutos después escuchó unos pasos que se acercaban, y su corazón empezó a aletear como un pájaro enjaulado. Nunca había estado tanto tiempo separada de Jason desde que embarcaron en el *Valiant*. Necesitaba ver su rostro, acariciar sus cabellos oscuros, que la besara como si fuera la única

mujer que le inspirase amor.

Se puso en pie de un salto cuando él entró. Era una de las raras ocasiones en las que no llevaba el uniforme militar. Una camisa blanca envolvía su pecho musculoso y los pantalones de ante marrón se aferraban a sus muslos anchos como una segunda piel. Estaba guapo a rabiar, tan sano que Cam quiso reír de felicidad a los cuatro vientos.

Pero la radiante sonrisa murió en sus labios cuando vio a la persona que lo acompañaba.

La menuda Edith Ingram apoyaba su mano en el poderoso brazo de él. Juntos, otra vez.

A Cam se le cayó el alma a los pies. Su visita a la casa de Jason no tenía que ser así.

Se había mantenido fuera de la vista de Edith durante los últimos días en su *bungalow*. Tampoco aparecía en los escenarios más agónicos que había imaginado para torturarse antes del reencuentro con el capitán. Carmentia la había extirpado de su mente como quien extrae metralla de una herida abierta. Había sido incapaz de pensar en la pareja que formaban, en los ratos que compartían ahora que Jason había vuelto a cortejarla. Y mucho menos en los labios del capitán unidos a los de la hermosa viuda mientras ella se recuperaba de su desvanecimiento postrada en una cama.

Pero en este momento se encontraba cara a cara con la realidad, y otra pregunta que no había tenido el valor de plantearse antes se coló en su cabeza. ¿Cuánto tiempo más fingiría Edith su papel de prometida, y cuánto tiempo lo soportaría ella?

Se quedó parada junto a la silla sin saber qué hacer a continuación.

La pareja parecía igual de incómoda que ella. Se detuvieron en el centro del saloncito.

Edith iba a soltarse, pero Jason la detuvo y la sujetó contra él. Cam se clavó las uñas en las palmas hasta que se formaron unas pequeñas medias lunas en la tela.

—Señorita Ingram.

—Capitán Warwick. Edith —se obligó a decir.

—¿A qué debemos su inesperada visita?

Cam notó que un rubor se apoderaba de su cuello y sus mejillas ante la

crítica velada del capitán. «Inesperada» significaba que los había interrumpido con su presencia no deseada.

—Yo... Venía a ver cómo se encuentra, y me preguntaba... —Llevó las manos al frente y las apretó contra su abdomen para disimular el temblor. Notaba la banda de madera que presionaba su dedo. Exponerse así ante ese Jason tan distante era lo más difícil que había hecho nunca—. Me preguntaba si podría hablar unos minutos con usted a solas, capitán.

Jason la miraba con los párpados entrecerrados. No había ni una chispa del antiguo calor que los iluminaba al posarse en ella, más bien había disgusto.

—Me temo que eso no es posible.

El corazón de Cam dio un doloroso vuelco.

—No hay nada que no pueda decir delante de mi mujer.

A Cam le zumbaron los oídos, puntitos negros danzaron ante sus ojos, y tuvo que dar un paso atrás para apoyarse en la silla sobre la que se había sentado.

Todo el mundo en Baipur parecía dispuesto a seguir la absurda charada de Edith y del doctor Hart, pero ¿de verdad habían contraído matrimonio? ¿Cam había llegado *tan* tarde?

—Jason...

Le llegó la suave protesta de Edith en la distancia.

—Lo siento, ángel. Pero muy pronto te convertirás en mi esposa. Sabes que tengo razón.

El alivio que debería sentir Cam no llegó. Las grietas de su corazón se convirtieron en profundos y yermos desfiladeros. Se estaba derrumbando.

Atravesó la estancia con piernas inestables hasta detenerse frente a ellos, tratando de no hacer caso a las extremidades entrelazadas de Jason y Edith, sin poder evitarlo.

—Edith. Esto ha ido demasiado lejos. —Le temblaba la voz—. Tienes que parar.

—Perdóname, Carmentia.

Evitaba mirarla a los ojos y Cam sintió rabia por su cobardía, por la manera desleal en la que se había interpuesto entre ambos. La actitud de Jason, en cambio, era claramente hostil.

—¿Qué demonios significa esto?

—Jason, por favor —susurró Cam—, mírame a los ojos. ¿De verdad no me recuerdas?

Lo miró, implorante, aunque lo que quería era salir corriendo de la estancia.

«Por favor, Jason». Era una ferviente plegaria.

«No me hagas pasar por esto. Así no. No delante de Edith».

Las sienas le palpitaban. Humillada.

«Me prometiste que nunca más me harías daño».

«Acuérdate de mí».

La postura del capitán era muy rígida, los tendones de su cuello, tirantes.

Se llevó una mano a cicatriz, como hacía siempre que lo atravesaba un dolor muy agudo, y Cam se echó a temblar.

—No tengo ni idea de quién es usted. —Hablabla entre dientes, enfadado y dolorido—. Pero la invito a que se marche de mi casa. Tenemos muchos preparativos y poco tiempo para la boda. El reverendo Mills nos casará cuando regrese de Calcuta.

—¡No! —El grito de Cam resonó en el *bungalow*—. Con quien vas a casarte es conm...

La bofetada de Edith, inesperada y ardiente, acalló sus palabras. Se llevó una mano a la mejilla enrojecida conteniendo apenas las lágrimas. La manera protectora con la que Jason se acercó a la hermosa rubia, cuando siempre había sido el fiero y tierno defensor de Cam, dolió una infinidad más que el golpe.

—Él no va a reconocerlo, pero le estás haciendo sufrir mucho, Carmentia. —Había reproche en la voz de Edith, que pasó el brazo por la cintura de Jason. El capitán se pegó a ella, como si fuera la única fuerza que lo sostenía, y ese gesto, junto con el desprecio de sus ojos índigo laceró a Cam una última y certera vez, directo al corazón.

—No consiento que nos altere de esta forma ni a mí, ni mucho menos, a mi prometida. No volveré a repetírselo. Márchese de mi casa ya. O yo mismo la echaré a patadas.

Carmentia Ingram descubrió, a costa de su alma, que el cuerpo humano era más resistente de lo que su endeble exterior prometía. Aunque era una cáscara vacía, Cam reunió los jirones de dignidad que le quedaban y desanduvo los pasos que la habían llevado a Jason llena de ilusiones y esperanza. Primero el pie derecho y luego el izquierdo. La mente en blanco.

El brillante sol del Indostán la deslumbró en el umbral del *bungalow*, y alzó una mano para protegerse.

—Santo Dios, *memsahib*. Es usted un saco de huesos.

Cam parpadeó hasta que su vista se acostumbró a la claridad. La voz procedía de un hombre alto y apuesto, con el rostro pintado y la piel de color café.

—Ban.

Cam se tropezó en los escalones del pequeño porche que presidía la casa y cayó directamente en sus brazos.

El indio la alzó en vilo y se dirigió con ella al carruaje del gobernador para llevarla de vuelta al *bungalow*. Escrutó las ventanas, pero el reflejo del sol le impidió ver al capitán Warwick, que los observaba tras los cristales. Tenía los dientes apretados y había arrancado las cortinas de sus enganches al sujetarlas con demasiada fuerza.

Cuando Cam llegó a su habitación, se encogió hasta formar un diminuto ovillo sobre la cama. Sus ojos estaban secos, la pena que la consumía era tan grande que parecía haber absorbido toda el agua salada que expresaba su tristeza. Se dejó arrastrar por una honda oscuridad, pero no eran las profundidades enigmáticas de unas ruinas con diamantes mágicos, ni las de una gruta remota en la que no existía nada más que Jason Warwick. En su negrura solo había un abismo de sufrimiento.

Leonelle estaba sola en la biblioteca mientras Lemy jugaba en su cuarto. Desde lo ocurrido a Jason Warwick, no la dejaban estar mucho tiempo en el exterior, y menos sin la presencia de Surinder. Cam descansaba en su

habitación. Si a ese estado de bloqueo en el que se había sumido se le podía llamar descanso. Leo se sentía tan culpable por haber alentado a su hermana a ir en busca del capitán. Estaba segura de que estaban hechos el uno para el otro, y había deseado con todas sus fuerzas que la suerte volviera las tornas y algo bueno le sucedería a Carmentia. Lo merecía más que nadie en el mundo por su entrega y su amor incondicionales.

Escurrió el dedo bajo el cristal de las gafas y apartó una lágrima solitaria.

Quiso acompañarla al *bungalow* de Warwick, pero Cam se había negado en redondo, así que, cuando vio al señor Ban aparecer en su casa, un rato después, Leo sintió una mezcla de alivio, urgencia, y algo más profundo que prefirió ignorar.

Le contó con rapidez todo lo que había sucedido en las últimas semanas, le habló de la pérdida de memoria del capitán, y vio la preocupación en sus ojos verdes. Después, le pidió que fuera al *bungalow* de Warwick para ver si las cosas transcurrían con normalidad.

Estaba claro que no había sido así porque regresó con una Cam de mirada perdida, como una muñeca rota.

Apoyó la frente contra el ventanal.

Las circunstancias la superaban, habían sucedido demasiadas cosas terribles en muy poco tiempo, y no conseguía asimilarlas del todo.

—¿Cómo está la *memsahib*?

La voz gutural y profunda de Ban la sobresaltó y se giró hacia él.

Los cabellos negros y ensortijados le habían crecido aún más, dándole un aspecto salvaje. Las ropas de algodón blanco contrastaban contra su pecho moreno, como nieve sobre café tostado.

—No lo sé. Apenas ha pronunciado dos palabras —respondió—. Usted es médico, ¿qué opina?

—Su hermana necesita curar su espíritu. No su cuerpo.

—Curar el espíritu. Como si eso fuera tan sencillo, ¿verdad? —dijo Leo.

—No. No lo es. Pero su hermana logrará hacerlo. Es fuerte y no teme arriesgarse. —Ban se acercó despacio a ella—. Para usted, en cambio, será más difícil, aunque también necesite sanar. —La atravesó con su mirada de humo verde—. Y lamento decirle que no encontrará la respuesta para su mal en ninguno de sus aburridos libros ingleses.

Leonelle lo miró boquiabierta.

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Parece usted una mujer solitaria, *sherani*.

—¿Quién es usted para opinar? No sabe nada de mí —respondió a la defensiva.

—Sé que usted cree enfrentarse al mundo a través de monótonas enciclopedias, manuales tediosos e instrucciones asépticas. Desnudos de sentimiento o emoción.

Lo que decía se acercaba demasiado a la verdad. Leonelle se había acostumbrado a la soledad, a su peculiar manera de ver las cosas. Pero no esperaba que aquel hombre que parecía ocultar cientos de secretos la conociera tan bien. La desequilibraba, provocaba en ella sensaciones que no entendía, y ella odiaba no entender. Su antagonismo resurgió.

—Vaya a dar lecciones a quien se las haya pedido, señor.

Él acertó aún más las distancias.

—Me las está pidiendo a gritos, *sherani*.

—Deje de llamarme así. Sea lo que sea.

Ban sonrió, y sus dientes blancos destacaron contra su piel oscura. Alzó la mano y alisó uno de los rizos castaños de Leonelle.

—Significa «leona». Fiera y de ojos ámbar.

Leo retrocedió unos pasos, aturdida.

—¿Quiere saber por qué no encontrará la respuesta en esas hojas de papel? —continuó él, mientras señalaba las hileras de libros de las estanterías—. Porque le sirven de escudo para ser una fría observadora del mundo. Pero el mundo, *sherani*, hay que vivirlo. Hay libros que están hechos para enseñarnos a disfrutar.

—¿Cómo cuáles?

Leo había mordido el anzuelo, enredada en sus palabras como una indefensa mariposa en una hábil tela de araña.

—Se trata de uno en concreto. Ah, pero quizá sea usted demasiado inocente, o mojigata. —Leo se envaró—. Recuerde que en la India las relaciones no son gazmoñas e inexpresivas, como en Inglaterra. Aquí no despreciamos las caricias. Se realza la atracción física, se estimulan los sentidos. Por ejemplo, en los abrazos.

—¿Los abrazos? —Leonelle repetía las palabras como uno de esos loros de plumaje multicolor que había visto en el bazar de Baipur. Era una escena demasiado irreal.

Ban asintió.

—¿Quiere que le enseñe las formas en las que un hombre y una mujer pueden abrazarse? Para darse consuelo. Un consuelo que usted necesita.

Leo tragó saliva y negó repetidas veces.

—Muy bien —dijo Ban, como si nada— Esta es la primera lección. «El abrazo que roza».

Ban se puso delante de ella y rozó su torso con el suyo. Apenas un toque casual que la hizo estremecer.

En lugar de separarse, Ban siguió avanzando, la hizo retroceder hasta que chocó contra la estantería y quedó atrapada. Deliberadamente, le agarró los brazos y, con cada inspiración, su tórax descubierto se expandía y tocaba los senos de Leonelle.

—«El abrazo que aprieta».

El aroma a sándalo impregnó la estancia. Leo notó un agudo cosquilleo en sus pechos y en el estómago, y la presión de los libros contra su espalda.

—Y, ahora, mi favorito, *sherani* —dijo Ban. Le centellearon los ojos de forma especial.

El brahmán no le había soltado los brazos. Los subió, y la obligó a colocarlos alrededor de su cuello. Cuando se dio por satisfecho, rodeó con sus propios brazos la delicada cintura de Leo. Todo su cuerpo unido al suyo en un estrecho círculo.

Leo se olvidó incluso de respirar cuando el rostro de Ban se acercó hasta que solo los separaron escasos milímetros.

—No aparte sus ojos de mí —susurró.

Leo no lo hizo. Sus miradas trabadas, al igual que sus extremidades, expectantes.

—«Enredarse en la liana» —murmuró con su cadencia exótica.

Oyeron un ruido y Leo apartó a Ban con presteza de un fuerte empujón. El rostro arrojado.

—Voy a fingir que esto ha no ocurrido.

Se llevó las manos a la cara para cubrir el sonrojo. ¡Lemy podía haber

entrado en cualquier momento en la biblioteca y encontrarla así!

Él interpretó mal el gesto.

—Sería una humillación que alguien descubriera que la ha tocado un sucio indio.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No hace falta, *memsahib*. Estaré cerca por si me necesitan.

«*Cam, despierta. Tienes que despertar*». La voz de su hermana Leo resonaba con insistencia, apremiante.

Las palabras se sucedían, los susurros se confundían con la noche y el día. Nada parecía tener sentido en aquel oscuro vacío en el que se encontraba.

«*Carmentia, lo siento mucho. Sabes que yo no pretendía que esto acabara así*».

Cam ignoró esa voz angelical. No quería sus disculpas. Trató de cubrirse los oídos, escuchar a Edith le hacía daño.

La puerta crujió de nuevo.

«*Cam, tengo miedo... ¡No te vayas!*».

El llanto desesperado sacó a Carmentia de su letargo. Salió a la superficie dando grandes bocanadas de aire, como si hubiera estado demasiado tiempo sumergida en aguas profundas y tenebrosas.

«Lemy».

¿Qué ocurría? ¿Por qué su tono transmitía tanta angustia?

Se incorporó y se apartó algunos mechones de la cara con manos inestables. Intentó calmarse, acompasar su respiración.

Luego se cubrió la cara con las manos y se encogió hasta hacerse muy pequeña. Conocía la respuesta: su tono destilaba angustia porque Cam sufría una pura agonía. Eso era lo que había sentido cuando Jason la expulsó de su casa sin darle la más mínima oportunidad de acercarse a él.

Quería a Edith.

No solo la había olvidado por completo, sino que parecía provocarle una clara aversión. Edith, en cambio, había permanecido inamovible en sus recuerdos, en su vida, y Jason la mantendría a su lado a toda costa.

¿Por qué a Cam no? ¿Por qué la despreciaba?

Recordó su rictus de dolor cada vez que intentaba ubicarla en sus recuerdos. ¿Tenía razón su prima? ¿De verdad le hacía tantísimo daño pensar en ella? La imagen de Jason inconsciente en la gruta por su culpa la atacó de improviso. Sí que lo había hecho sufrir...

La más amarga de las derrotas consiguió colarse entre sus mermadas defensas, consumidas por la impotencia, la decepción y una pena que devastaba todo a su paso.

Notaba que allí donde Jason había pisoteado su corazón jamás volvería a crecer ningún otro sentimiento, más allá de un dolor punzante y lleno de espinas.

Estaba tan cansada de luchar. Solo quería cerrar los ojos y dormir un sueño sin sueños. Sin violencia, sin amargos pesares...

Escuchó un ruido abajo que volvió a arrancarla de su abandono.

Leonelle y Lemy. Dios mío, debían de estar muy asustadas. Trató de sacudirse la aflicción que anegaba cada poro de su piel sin conseguirlo, pero, por mucho que el destino la golpease una y otra vez, ellas la necesitaban.

Sacó fuerzas de unas reservas que creía ya agotadas y vapuleadas. Con un esfuerzo sobrehumano se levantó de la cama, se vistió, y bajó con pasos lentos al salón.

Sus hermanas estaban sentadas en silencio, con un té frío y unas galletas medio mordisqueadas en el plato.

Cuando la vieron, se pusieron en pie de un salto y desparramaron gotas del líquido por la mesa y el suelo, pero a nadie le importó.

Se fundieron en un abrazo que pareció durar años.

Después, se sentaron las tres en el sofá, con Lemy en medio de las dos. No se despegaba de Cam.

—Surinder no está.

—Lo sé, cariño. Regresará pronto. —Fue todo lo que atinó a contestar.

Ella también estaba preocupada por el joven sij.

—Todos estáis tristes. Ya no quiero estar aquí —dijo la pequeña, de pronto.

El pecho de Cam se contrajo.

—¿Quieres volver a Inglaterra?

La niña la miró, sin estar muy segura de cuál sería la respuesta que le gustaría a su hermana, y Cam la envolvió en sus brazos.

¿Regresar a Londres? Esa posibilidad la golpeó como un enorme bloque de hielo. Le empezaron a temblar las manos de forma incontrolable. Volver a su hogar. Era lo que más quería cuando embarcó en el Valiant tantos meses atrás.

Toda una vida a atrás. Pero las cosas habían cambiado tanto... Tendría que separarse de Jason y apagar la última y diminuta chispa de esperanza de que volviera a ser el de antes. Ella tampoco estaba segura de poder tomar una decisión así.

—¿Leo? —Miró a su hermana por encima de Lemy en busca de consejo, implorante.

Leonelle se colocó las gafas y apartó la mirada.

—Pienso que la situación aquí se ha vuelto insostenible, Cam. No soporto verte así. Si continúas de esta manera, vas a caer gravemente enferma... —Se le quebró la voz, y la propia Cam trató de deshacer el nudo en su garganta—. Estamos solas, Edward se ha ido. Pero el abuelo nos espera con los brazos abiertos en Londres.

Lo que Leo quería decir era que ya nada las retenía en la India.

Ella solo dejaría su corazón roto a pedazos entre el verde brillante de la jungla.

Bajó la cabeza y apoyó la frente en los suaves cabellos de Lemy, sin responder.

Notó la delicada presión de una mano en el hombro y, cuando alzó la vista, Leo estaba inclinada sobre ella, llorando.

—Perdóname.

Cam negó con la cabeza, atónita.

—¿Por qué te disculpas, Leo?

—Yo te alenté para que hablaras con el capitán Warwick, y mira el resultado. — Se recriminó entre lágrimas—. Pero lo hice porque te quiero, Cam. Estaba convencida de que todo iba a salir bien.

Cam sintió la calidez de sus propias lágrimas mientras tiraba del brazo de Leonelle y apretaba a sus dos hermanas contra sí.

—No te culpo, Leo. Nunca pensaría una cosa así de ti, ¿entendido? —dijo con fiereza—. Jamás me arrepentiré de haber intentado traer de vuelta a Jason. No sabes lo que ha significado tu apoyo para mí. Lo que significa. Os quiero por encima de todo.

Tanto, que, viendo la congoja que las dominaba, haría cualquier cosa por llevarlas a un lugar en el que se sintieran protegidas. En el que no estuvieran rodeadas de dolor.

Incluso las acompañaría hasta Inglaterra para asegurarse de que llegaban sanas y salvas. Aunque eso significase que, cuando volviera a la India, Jason ya pertenecería a otra mujer.

Inspiró hondo.

—Pronto prepararemos las maletas e iremos a Calcuta hasta que podamos zarpar.

Leonelle se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Estás segura?

—Claro que... —«¡No!», protestó su corazón—. Sí.

Lemy se acomodó mejor contra ella y tocó el bambú que todavía envolvía el dedo anular de Cam.

—¿Por qué llevas este anillo? ¿De dónde lo has sacado?

Cam lo acarició con cuidado. Estaba como ausente tras su decisión.

—Es un regalo de una persona que una vez me apreció mucho.

Y de la que tendría que despedirse para siempre.

Jason había dicho a Cam que era su presente y su sueño de futuro, pero ese sueño se desvanecía ante sus ojos.

Abrazó otra vez a Lemy para que sus hermanas no vieran sus lágrimas.

Hacía lo correcto, ¿verdad?

Jason tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta. Un súbito mareo se apoderó de él al ver a Carmentia Ingram rozar una sencilla alianza de madera con infinita ternura mientras hablaba con sus hermanas. Cada vez que acompaña a Edith de vuelta al *bungalow*, lo asaltaba la idea de buscar a la señorita Ingram para asegurarse de que se encontraba bien. Además, merecía una disculpa por su comportamiento, pero no la había encontrado hasta ahora y aquel no parecía un buen momento para acercarse. Contuvo una violenta blasfemia y se pasó una mano por el pelo para intentar tranquilizarse. El golpe en la cabeza lo había vuelto más irritable que de costumbre. Estaba pasando por un condenado calvario, mayor que ninguna de las guerras en las que había participado. Ni siquiera tenía a Surinder a su lado, y nadie había sabido decirle cuándo volvería. Sentía que le habían robado una parte de sí mismo que trataba de recuperar, desesperado.

Y aquella mujer removía cosas en su interior que lo ponían nervioso más allá de cualquier lógica. Al verla allí, en el saloncito, la maldita bruma que lo acechaba había formado espirales y remolinos. Un pensamiento se agitaba en el fondo de su mente. Elusivo y demasiado importante para dejarlo escapar.

Lástima que su mal genio y su afán por cuidar de Edith, que parecía muy disgustada cada vez que se encontraba con la señorita Ingram, lo hicieran echarla siempre con cajas destempladas. Porque algo muy dentro le decía que Carmentia no era solo la hija del gobernador Ingram.

Cuando Jason se volvía para irse, la misma pregunta que lo atormentaba una y otra vez volvió a surgir: ¿Quién, por todos los infiernos, era aquella mujer?

Cam aprovechó que sus hermanas estaban haciendo el equipaje para acercarse a Ban. No habían hablado desde el día en que cayera en sus brazos de forma un tanto vergonzosa, a la entrada del *bungalow* de Jason, pero algo en su interior la impulsó a buscarlo.

Siguió las indicaciones de un sirviente y lo encontró un rato después, algo alejado de la casa. Estaba de espaldas a ella y parecía contemplar fijamente las cintas de colores que colgaban de las ramas más bajas de un árbol sagrado. Una estatuilla en forma de serpiente también asomaba entre sus raíces nudosas.

La brisa mecía con suavidad las ropas blancas de brahmán, como si fueran ondas de espuma, y agitaba sus cabellos oscuros.

Carmentia creyó no haber hecho ningún ruido mientras se acercaba, pero el hombre se volvió en su dirección con una rapidez asombrosa.

Unió las palmas de las manos hacia arriba, delante del pecho, e inclinó la cabeza hacia ella. Cam ya se había acostumbrado al saludo tradicional hindú, pero siempre le seguiría pareciendo grácil y hermoso.

—*Memsahib*.

—Hola, Ban.

Ahora que había llegado junto a él, no estaba muy segura de qué decir.

—Confío en que se encuentre mejor.

Solo asintió con la cabeza, y él la perforó con sus ojos verdes. Una corriente de entendimiento los atravesó. La de dos personas que habían perdido demasiado.

—A mí tampoco me reconoce, *memsahib*.

El eco de tristeza en su voz profunda resonó entre las hojas, y el pecho entumecido de Cam dio una pequeña sacudida. Se alegró de haber seguido su instinto. Una persona que ambos querían se había desvanecido, habían sido relegados al olvido, y ahora se ofrecían consuelo mutuo.

—¿Ha hablado con el capitán? —le preguntó.

—No. No ha hecho falta. Me ha tratado con total indiferencia las veces en las que nos hemos cruzado —respondió Ban—. Y usted, ¿volverá a intentar que la recuerde?

—Yo... no sé si resistiría otro rechazo. ¿Cree que soy una cobarde, Ban? —El brahmán hizo un gesto negativo con la cabeza. Podía comprender a la perfección la agonía de ser tratado así por la persona amada—. Pero, sobre todo, tengo mucho miedo al daño que pueda causarle. ¿Qué ocurriría si le provocho alguna de las lesiones que mencionó el doctor Hart por esforzarse demasiado en reconocermé? No sé lo que haría...

El rostro transfigurado del capitán la última vez que lo vio no dejaba de perseguirla.

Ban aguardó en silencio a que Cam se desahogara, y ella no pudo evitar la pregunta que más anhelaba y temía a la vez.

—¿Cree que algún día recuperará la memoria?

—No puedo contestar a eso, *memsahib*, al igual que no puedo curarlo. Solo los dioses lo saben. Puede que suceda en una semana, dentro de dos años. O puede que nunca.

—Una semana o dentro de dos años —repitió Cam—. De todas formas, ya sería demasiado tarde.

Ban la miró con la comprensión plasmada en sus rasgos exóticos.

—¿Por qué no trata de hablar con *memsahib* Ingram entonces?

«Para detener la boda». No hizo falta que lo añadiera.

Cam había dado vueltas y vueltas a ese asunto durante sus largas noches en vela y lo había discutido con Leonelle hasta la saciedad. Siempre llegaba a la misma conclusión: no era capaz de obligar a Edith a abandonar a Jason. Las cosas serían bien distintas si no conociera su pasado, pero Edith ya había intentado quitarse la vida cuando creyó que había perdido a su prometido. Nada le aseguraba a Cam que no lo repetiría de nuevo. Pese a toda la rabia y

la cólera que sentía por su juego sucio, no aguantaría una carga tan espantosa sobre sus hombros. A eso tenía que sumarle que no sabía cómo reaccionaría Jason a su separación. Jamás se perdonaría causarle más dolor. Estaba atada de pies y manos.

Pero no sabía cómo podría soportar el verlos casados. Era solo cuestión de tiempo, hasta que regresara el reverendo. Semanas, o incluso días. Un reloj de arena cuyos minutos se iban agotando, y que la enterrarían viva cuando se dieran el sí quiero.

Había caído en la antigua trampa que aniquilaba a las mujeres enamoradas e ingenuas al pensar que el amor, que su amor, lo vencería todo. Que Jason la recordaría y dejaría de cortejar a Edith. Y que Edith no aprovecharía la oportunidad de oro que se le había presentado para estar con él, a pesar de acabar de enviudar.

Y tampoco podía esperar un milagro, porque nada detendría el enlace.

Las estrictas leyes de Su Majestad quedaban muy lejos. A cientos de kilómetros de allí.

En la India, había una escasez tal de mujeres inglesas y un número tan grande de hombres británicos, que no era extraño que no se guardara el periodo de luto reglamentario antes de casarse. ¡Pero si una mujer podía asegurarse pretendientes durante la convalecencia de un marido moribundo! Nadie se sorprendería ni habría susurros escandalizados por el rápido matrimonio entre el capitán Jason Warwick y la viuda de Edward Ingram.

Y Cam se consumiría poco a poco al saber que el hombre que amaba ya nunca sería suyo.

—No puedo hablar con ella —sollozó.

Esas cinco palabras encerraban un mundo.

La última y diminuta chispa de esperanza se apagó.

Los baúles estaban casi listos para cargarlos en el *dak gari* que las llevaría hasta Calcuta. El ferrocarril todavía estaba en construcción en la mayor parte de la India, y el medio de transporte más común eran esos coches de postas tirados por fogosos caballos, que también se encargaban de llevar el correo. Cam no se atrevía a volver a usar el carruaje de Edward después de la experiencia pasada, y menos cuando ya no le pertenecía. Lord Canning pronto

tendría que nombrar a un nuevo gobernador de Merala.

Ban había intentado que se quedasen por todos los medios, pero, al ver que nada las haría cambiar de opinión, se había ofrecido a acompañarlas en el viaje en *dak gari* para velar por su seguridad. Estaban ultimando los preparativos en el salón.

—¿Está segura de que se encuentra en condiciones para llegar a Calcuta, *memsahib*? —preguntó el brahmán, su mirada puesta en Cam. Desde su conversación junto al árbol sagrado se habían establecido unos lazos de afecto entre ellos.

—Por supuesto, gracias —respondió.

Ni siquiera hizo el esfuerzo de sonreír, no creía que consiguiera hacerlo en mucho tiempo.

—¿De verdad es usted un médico hindú?

Esta vez fue Lemy la que lanzó la pregunta. Leonelle se mantenía callada, y algo alejada del grupo. Ban y ella parecían evitarse más que de costumbre.

—Eso parece —respondió el aludido con un guiño pícaro.

—¿Y sabrá cuidar de mi hermana Carmentia? —Su voz sonaba muy escéptica.

—¿Le preocupa algo, pequeña *memsahib*?

La indecisión en la niña era patente. Echó un vistazo de reojo a Leo. Al final, fue evidente que pudo más su inquietud por Cam.

—Escuché a Leonelle hablar con el doctor Hart, y decía que algunos médicos hindúes hacen beber agua sagrada de los ríos a los enfermos. Y que allí se tiran *cadáveres* cuando la gente se muere, y que es muy *isolobre*. — Dudó otro momento ante los ojos como platos de Ban—. No estoy muy segura de lo que es *cadáver*. O *isolobre*. Pero no suena muy bien, ¿verdad?

—¡Eleanor Manjula!

El grito enfadado provino de Leonelle, que se acercaba a grandes pasos. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se tapó la boca con las manos.

Lemy ya tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo has podido? ¿Por qué lo has dicho? ¡Te odio, Leo!

Antes de que ninguno de los adultos pudiera alcanzarla, la niña abrió la puerta del salón y echó a correr.

Leo hizo ademán de ir tras ella, pero Cam la detuvo.

—Será mejor que vaya yo a buscarla. Estará escondida en algún sitio.

Leo la miró con ojos tristes.

—No quería hacerlo. Sé cuánto odia su nombre.

Cam le dio un abrazo.

—No te preocupes. Se le pasará enseguida.

Cerró la puerta tras de sí, y se dispuso a encontrar a su hermana pequeña.

George Harris estaba agazapado en el piso inferior del *bungalow* de los Ingram. Unas profusas gotas de sudor se escurrían bajo el bigote descuidado. Le había costado muchísimo esfuerzo colarse dentro de la casa por culpa de su pierna tullida, y trataba de amortiguar los resoplidos. Había pasado los últimos días refugiado en la jungla como un vulgar fugitivo. Estaba agotado después de haber arrastrado su cuerpo por la espesura, escondiéndose de aquel maldito mocoso del Punjab que seguía su rastro como un perro de caza. Cada vez acertaba más las distancias. Ya lo había interrumpido en los establos, y tuvo que escapar antes de rematar a Warwick. No estaba seguro de si el bueno del capitán había sobrevivido y, en caso afirmativo, si lo habría delatado ya.

Pero había sido paciente. Muy paciente. Y ahora tenía su recompensa.

La estúpida hermana sabelotodo había dejado abiertos los ventanales de la biblioteca, y él había aprovechado para escurrirse dentro.

Gracias a Dios, porque la zorra pelirroja estaba haciendo las maletas para irse. Pero Harris no había pasado por todo aquello para quedarse con las manos vacías. Tendría su diamante.

Escuchó el ruido de una puerta al abrirse con brusquedad.

Se asomó con precaución y casi se da de bruces con la niña, que corría entre lágrimas hacia el despacho del gobernador.

Algo que no era una sonrisa retorció sus labios. Salió renqueando en pos de ella.

Cam suspiró y cerró la puerta de las cocinas. Las criadas la habían mirado consternadas, y habían asegurado entre reverencias que no habían visto a la pequeña *memsahib*. Ya había registrado casi toda la casa. No había ni rastro

de Lemy. Cuando algo la afectaba, se apresuraba a esconderse en el armario, debajo de la cama, o en cualquier rincón que le pareciera seguro. Había sido igual en Londres. Aunque no se lo hubiera dicho, Cam sabía que todo lo que había sucedido en los últimos días, sumado al hecho de no poder despedirse de Surinder, la incertidumbre de no saber dónde estaba su amigo, había influido mucho en la reacción algo desproporcionada de su hermana. Lemy era demasiado joven para pasar por todo aquello.

Volvió al vestíbulo del *bungalow* y repasó mentalmente las estancias. No estaba en la biblioteca, ni en el comedor... Cam no había entrado en el despacho de Edward porque le extrañaba que la niña hubiese elegido aquel refugio. Pero, pensándolo bien, el robusto escritorio de caoba podía ser un buen lugar bajo el que ocultarse.

Separó unos centímetros la hoja de madera y entró.

Localizó a Lemy enseguida porque, para su sorpresa, la niña estaba a plena vista. Luego abrió unos ojos como platos. Un hombre corpulento y desaseado que le resultaba muy familiar a Cam estaba inclinado sobre su hermana y parecían mantener una conversación. Se le puso el vello de punta y se acercó muy despacio.

—¿Lemy?

La niña la miró con la culpa reflejada en sus ojos marrones.

—Hola, Cam. El teniente Harris me ha dicho que es un juego.

El hombre se incorporó y se volvió hacia ella. Cam pudo distinguir los rasgos del teniente en un rostro contaminado por el odio. Tuvo el impulso de dar un paso atrás, pero siguió avanzando hacia ellos.

—Vaya, vaya, señorita Ingram. Parece que hoy es mi día de suerte —siseó el teniente—. La señorita Lemy parecía muy desdichada cuando la encontré. Así que le dije que nosotros tres vamos a jugar a un juego muy divertido, ¿verdad?

Alzó la mano, y Cam vio con horror que Harris había atado su muñeca a la de Lemy con unos nudos imposibles, dejando apenas un poco de cuerda entre ellos. Se apoyó en el bastón para ponerse de espaldas a la niña, justo frente a Cam. Giró un poco la empuñadura de plata del bastón, que se desplazó con un pequeño *click*, y dejó al descubierto un poco del afilado estoque que se escondía dentro de la madera, solo para que ella lo viera.

Cam tragó saliva con dificultad y asintió.

—¿He hecho algo malo, Cam?

Lemy se estaba limpiando los rastros de lágrimas, muy seria.

—Claro que no, cariño. Lo vamos a pasar muy bien.

—Excelente. —La brillante sonrisa de Harris era algo lunática—. Lo llamaremos «Encuentra el diamante».

«Dios mío», pensó Cam con piernas temblorosas. «Harris lo sabe. Pero ¿cómo?».

No era tan tonta como para no sentir una punzada de desconfianza hacia la única persona a la que había hecho partícipe de su secreto después de catorce años.

¿Habría hablado Jason con Harris?

Desechó el pensamiento igual de rápido. El Jason que conocía, el Jason que amaba no habría hecho algo tan rastrero. No le daría aquel último golpe de gracia a su corazón hundido.

Fuera como fuese, Harris lo sabía y ya no había remedio.

—Puedo... Puedo describir el lugar donde está —inventó sobre la marcha—. Y que el teniente Harris trate de encontrarlo primero. Seguro que lo consigue.

—Creo que no, querida. Será mucho más entretenido si lo buscamos todos juntos. Lo que vamos a hacer ahora es salir del *bungalow* sin hacer ruido.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Lemy con mucho menos entusiasmo.

—Por el mismo sitio por el que he entrado yo.

Un abrumador pensamiento vino a la mente de Cam mientras intentaba no dejarse dominar por el pánico.

Esta vez, Jason Warwick no estaría allí para rescatarlas.

Jason se acercó con pasos rápidos al resplandeciente *bungalow* que asomaba entre las higueras y se ajustó mejor la casaca roja que volvía a utilizar. Edith le había dicho que ese mismo día las Ingram partirían hacia Calcuta y embarcarían rumbo a Inglaterra. Desde que supo la noticia, un súbito desasosiego para el que no tenía explicación había hecho presa en él. Pensar en la enorme distancia que lo separaría de Carmentia Ingram le produjo el impulso perentorio de verla una última vez, aunque le parecía un acto de deslealtad hacia Edith. Había tardado mucho en decidirse a acudir allí, por lo que la duda de si ya se habrían marchado o no lo carcomía con voracidad.

Dio dos golpes secos en la puerta, y un criado nativo salió a recibirlo con el semblante grave.

El capitán se puso alerta enseguida.

—¿Ocurre algo?

—Aún no lo sabemos, *huzoor*.

Jason arqueó una ceja oscura, pero el criado sacudió la cabeza y lo condujo al salón.

Leonelle Ingram y el indio de piel tostada que había sostenido a Carmentia en brazos delante de su casa se encontraban allí, de pie, con los rostros alterados.

Edith también estaba sentada en uno de los sillones tapizados en verde, con las manos entrelazadas y los labios apretados por la preocupación.

Antes de que pudiera aproximarse a su prometida, la cabeza castaña de Leonelle se alzó al oír sus pasos y se abalanzó sobre él.

—¡Capitán Warwick! Tiene que ayudarnos.

Él sacudió la cabeza.

—Dígame qué ha pasado.

Leonelle no parecía ser capaz de pronunciar palabra. Le agarraba las mangas de la casaca sin levantar la vista del suelo. Algunas lágrimas descendían por sus mejillas.

—Se trata de *memsahib* Carmentia y la pequeña *memsahib* —respondió el

otro hombre en su lugar.

Jason puso una mano en el hombro de Leonelle y se volvió hacia él.

—¿Y tú quién demonios eres?

No le gustaba en absoluto que un desconocido fuera tan cercano a las mujeres de esa casa.

Al mirar sus ojos verdes, sin embargo, otro recuerdo quiso despertarse en el fondo de su mente, sin llegar a surgir del todo. Era una sensación desesperante, como intentar atrapar sombras que se retorcían y brincaban a sus pies, fuera de su alcance.

Se frotó la cicatriz de manera automática.

—Me llamo Ban, *huzoor* —respondió, con una inclinación de cabeza—. Soy... uno de los médicos de la familia.

—¿Eres un brahmán?

El aludido solo asintió una vez.

Los brahmanes poseían un altísimo estatus social y unos modales intachables, por lo que Jason intentó dejar a un lado sus recelos y concentrarse en lo esencial.

—¿Qué pasa con las señoritas Ingram?

—Han desaparecido, *huzoor*.

El pecho del capitán dio un aparatoso vuelco.

—¿Cómo que han desaparecido? ¿Cuándo y dónde las vieron por última vez?

—Estábamos en este mismo salón. Íbamos a terminar los preparativos del viaje cuando la pequeña *memsahib* se... sintió indispuesta.

—Fue por mi culpa —balbuceó Leonelle—. Dije algo que no gustó a Lemy. Salió corriendo, y Carmentia fue a buscarla.

—Nos dimos cuenta cerca de una hora después, cuando llegó el *dak gari* para transportarnos a Calcuta. De eso hace otra hora —completó Ban.

—Eso suma dos horas sin tener noticias de ellas. ¿Por qué han dejado pasar tanto tiempo? —Se enfureció Jason.

—Lemy es muy buena escondiéndose. Al principio pensamos que Cam estaba teniendo problemas para encontrarla. Luego fui yo misma a buscarlas y... —Se tragó un hipido—. No hallé a ninguna de las dos.

—¿Están seguros de que han revisado bien toda la casa?

Los dos asintieron a la vez. Se tomó un momento para pensar.

—¿Puede que su hermana haya dejado alguna nota? —preguntó al final.

Leonelle alzó la cabeza y lo miró a través de las gafas, algo empañadas por el llanto.

—No me fijé en eso cuando las buscaba.

—Lléveme al cuarto de la señorita Ingram.

Edith se puso en pie como un resorte.

—¡Jason, no! Es mejor que no te involucres.

Él no se esperaba esa reacción tan tajante por su parte. Por lo general, Edith era de todo menos contundente.

—No pasará nada.

—Pero —insistió— no quiero que vayas. Podría ser peligroso. El coronel Ferguson y el resto de oficiales de Baipur estarán pronto al tanto de lo que ha ocurrido. Ellos se encargarán de solucionarlo.

—¡Edith! ¿Cómo puedes decir una cosa así? —estalló Leonelle, caminando hacia ella con los puños apretados—. Es muy egoísta que quieras abandonar a Cam y a Lemy a su suerte después de todo lo que Carmentia ha hecho por ti. Ha consentido guardar silencio en lugar de terminar con esta repugnante farsa de boda. Os ha protegido al capitán y a ti.

El brahmán la detuvo con una mano en el brazo.

—Es suficiente, *sherani. Memsahib* —se corrigió Ban con rapidez ante el semblante sombrío de Jason—. Tenemos cosas mucho más importantes de las que ocuparnos.

—No sé de qué están hablando —dijo el capitán, tras una pausa para contemplar el rostro lloroso de Edith—, pero él tiene razón. Discutiremos esto más tarde.

Siguió a Leonelle escaleras arriba.

La cabeza de Jason era un hervidero. ¿Por qué Carmentia Ingram iba a marcharse sin más con su hermana pequeña si su otra hermana aún permanecía en la casa? En un país extraño. Cuando, además, estaban esperando al transporte que las llevaría a Calcuta. No tenía ninguna lógica.

Un pánico como no había experimentado antes se apoderó de él al no saber cómo ni dónde encontrar a aquella mujer de ojos de madera y jade.

Accedieron a la estancia, elegante y amueblada con mano femenina. Todo pulcramente recogido, los armarios vacíos, sin rastro de la persona que la había ocupado. Excepto por una fragancia que impregnaba el aire.

Jason se acercó al tocador de palisandro como un autómatas y vio el jarrón que contenía un ramo de caléndulas anaranjadas. Las flores habían sido colocadas con primoroso cuidado.

Estiró la mano hacia el recipiente, pero se le escurrió de entre los dedos flojos, sin fuerza, y rebotó contra el suelo. Por cada fragmento de cerámica que estallaba, por cada pétalo que se desprendía de la delicada corola, una andanada de recuerdos traspasó la niebla que llenaba de oscuridad la mente del capitán. Cayó de rodillas y lanzó un grito ronco al llevarse las manos a las sienes, transido de dolor.

Imágenes distorsionadas fueron adquiriendo forma y sentido. Pasaban ante sus ojos como uno de esos dioramas que se habían vuelto tan populares entre los espectáculos de Londres. Lienzos cuyas luces y sombras iban encajando hasta contar una historia de amor y traición. Su propia historia.

Vio a sus hombres morir de nuevo, la sangre tan nítida y fresca como el primer día, y escuchó cómo Harris confesaba todas sus atrocidades antes del brutal golpe de su bastón. Vislumbró a Edith en los brazos de su esposo, un hombre que no era él. Su vestido de luto por el fallecido Edward Ingram. Ella no era su prometida. Ya no. Muertes y mentiras agarrotaban sus músculos.

Luego, esas escenas llenas de angustia se disolvieron para que pudiera admirar unos ojos de dos colores que estremecieron su alma. Unos dedos suaves que acariciaban su cicatriz, unos labios que lo enloquecían, palabras llenas de esperanza y adoración susurradas con inagotable ternura mientras lo cuidaban unas manos afectuosas.

Y, por fin, la contempló allí, desnuda, tendida en las esteras de la gruta que había sido su paraíso. Rodeada de caléndulas y entregada a él, una mujer perdidamente enamorada.

«Cam».

El rostro pálido y dolido de Carmentia durante los últimos tiempos se impuso a todo lo demás. Ella tenía planeado irse de su lado porque él la había rechazado de la forma más cruel, ¡porque iba a casarse con Edith! Y ahora había desaparecido.

¿Qué había hecho? Santo Dios... ¿Qué había hecho?

La única pista que tenía para encontrarla era el maldito diamante. Puede que Harris hubiera dado con la forma de acercarse a ella y llevársela a Hara Baori.

Al menos tenía un lugar por el que empezar a buscar. Rogó con todas sus fuerzas no equivocarse.

Se puso en pie como pudo y, con pasos inestables, se aproximó a la puerta del dormitorio. Edith, que había acudido al escuchar el ruido de la cerámica al romperse, trató de detenerlo.

—Jason, no estás bien. ¿Qué te sucede?

Dudó una fracción de segundo antes de responder.

Fue lo que su voluntad tardó en imponerse a su sentido del honor. Había dado su palabra a Edith de que se casaría con ella, pero inducido por una cadena de falsedades a las que esa frágil mujer se había prestado por voluntad propia. Edith era responsable de todas sus mentiras. Pero, más que el ultraje de verse engañado, lo que lo torturaba era que esas mentiras habían herido a Carmentia, hasta tal punto, que Jason rezaba por tener la oportunidad de remediarlo.

—Se acabó, Edith. Lo recuerdo todo. Te pido que me liberes de un compromiso que nunca fue real. —Sintió una mezcla de compasión e ira cuando ella agachó la cabeza. Le habló a sus rubios cabellos—: Si no has cancelado la boda cuando regrese, lo haré yo.

Sin esperar una respuesta que podría no llegar, se precipitó escaleras abajo para informar al coronel Ferguson y a sus hombres del rapto.

Un par de horas antes de que el capitán recuperase la memoria, Cam luchaba por mantener la calma. Aunque no quería abandonar el *bungalow*, puesto que era la única oportunidad que tenía de que alguien las escuchara y acudiera en su ayuda, no tuvo más remedio que obedecer a Harris. Si hubiera estado ella sola, se habría arriesgado a gritar, a arañar o a cualquier otro intento de escape que se le hubiera pasado por la cabeza. Pero con Lemy tan cerca de él, no se atrevía a respirar apenas. El rostro del teniente estaba transfigurado, como el de un loco. Era la imagen de alguien tan trastornado que haría cualquier cosa para conseguir lo que se proponía. Incluso hacer daño a una niña pequeña e inocente con total impunidad.

Rezó para que alguno de los sirvientes, Leo o el propio Ban se cruzase con ellos, pero todos estaban atareados con la inminente partida, y salieron por los ventanales de la biblioteca en lo que a Cam le pareció un suspiro.

La cojera de Harris parecía haberse acentuado. Se apoyaba con pesadez en el bastón cuando empezaron a internarse en la jungla, y ella aprovechó el terreno desigual para rezagarse un poco y acercase al teniente por detrás. Si pudiera empujarlo para desestabilizarlo, le arrebataría el bastón y...

—Qué despacio camina, señorita Ingram. Desconocía que tuviera una lesión peor que la mía —se burló Harris en un tono bajo. Tiró de la cuerda para acercarse más a la niña a él y ordenó—: Vaya usted delante.

Cam se quedó rígida y no se movió. No quería perder de vista a Lemy.

—Como quiera.

La malevolencia en la mirada de Harris traspasó el pecho de Cam como una cuchillada.

Él volvió a girar la empuñadura de plata del bastón, sacó el estoque con rapidez y arrojó la madera lejos. Sostuvo el arma en la mano derecha mientras pasaba la izquierda por encima de los hombros de Lemy y descargaba su peso en ella. La niña se quejó cuando tuvo que doblar el brazo en una postura incómoda a causa de la cuerda que aún los unía.

—¡No! —sollozó Cam, con el brazo estirado hacia él.

Harris se rio por lo bajo.

—Tranquila, señorita Ingram. Me he dado cuenta de que su hermana es mucho más útil para ayudarme a andar que ese palo desgastado. Puedo confiar en que usted no dejará que me caiga, ¿verdad, señorita Lemy?

La niña temblaba de arriba abajo y miraba el estoque con los ojos como platos. A Cam también se le nubló la vista por las lágrimas.

—Lo siguiente que le voy a pedir es que nos guíe hasta el diamante. Sin rodeos. Sin trucos. Y le aconsejo que se tome en serio mis palabras.

El momento que Cam más temía había llegado. Harris se había apresurado a salir de la casa y no la había interrogado sobre el paradero del diamante hasta ese momento.

Cam no tenía la respuesta.

Recordaba la espectacular gema. Recordaba las ruinas. Pero no recordaba el camino. Solo tenía seis años cuando sucedió todo, por amor de Dios, ¿cómo

iba a orientarse siquiera en la inmensidad de aquella vegetación en constante cambio?

En un principio, pensó en caminar al azar, fingir que sabía a dónde iba hasta que diera con la oportunidad de escapar con Lemy, pero Harris acababa de cortar esa idea de cuajo.

¿Qué podía hacer? ¿¿Qué hacer?! La ansiedad le comprimía el estómago y se le hacía difícil respirar.

Al final, se decidió por la verdad.

—Colaboraré en todo —empezó, temblorosa—, le contaré todo lo que sé, cada detalle que alcanzo a recordar. Pero, por favor, George. —Trató de apelar al hombre que una vez la había cortejado, que había sido educado y generoso con ellas—. Tiene que comprender que solo era una niña cuando encontré el diamante, por pura casualidad. No podría guiarle ni aunque mi vida dependiera de ello. ¡No tengo ni la menor idea de cuál es la dirección!

La desesperación en la voz de Cam debió de sonar lo bastante real como para que Harris la mirase con gesto contrariado. Clavó la punta afilada del arma en la tierra de una sola estocada. Con rabia.

—Es que su vida depende de ello. Adelante, soy todo oídos.

Cam se lanzó a la desesperada a narrarle unas descripciones mucho más asépticas que las que le había dado a Jason. Forzó a su cerebro a escarbar en cada particularidad que pudiera ser útil para dar un nombre a las ruinas fabulosas que, de vez en cuando, seguían persiguiéndola en sueños. Al cabo de un momento, Harris se echó a reír como un demente, con tanta fuerza que sacudió el cuerpecito de Lemy en el proceso.

—Siempre ha estado tan cerca. Siempre al alcance de la mano. Y yo he desperdiciado mi tiempo y mi talento por culpa de ineptos como su padre, que no habría sabido encontrar sus propias pelotas ni aunque se las patearan. — Cam se encogió al escucharlo, ¿así que su padre...? No quiso indagar más en sus connotaciones. En ese momento, su mente no soportaría más tensión—. Y ahora, señorita Ingram, vaya delante si es tan amable. Yo le indicaré la ruta hasta las ruinas de Hara Baori.

Cam obedeció esta vez, y se mordió la tierna carne del interior de la mejilla hasta casi hacerla sangrar.

«Hara Baori». Regresaba al lugar donde había comenzado todo.

Emprendieron el lento y tortuoso camino entre susurros de animales: el croar de una rana bajo una enorme hoja en forma de corazón, la llamada de algún pájaro en la distancia. Cam, empapada en sudor, escuchaba el caminar azaroso de Harris y las quedas protestas de Lemy con una enorme sensación de impotencia. Apartaba las ramas que le obstruían el paso con cuidado, y cada pocos pasos intentaba mirar de reojo a su espalda para ver cómo se encontraba su hermana, pero lo que veía era el filo del estoque destacarse contra la espesa vegetación. ¿Cuándo terminaría ese horror?

La bóveda esmeralda que formaban las copas de los árboles se fue replegando, hasta que salieron a un amplio claro en el corazón de la jungla. Allí descansaba Hara Baori en un verde letargo. El astro rey brillaba con fuerza sobre las piedras milenarias, y no existía ni una sombra que empañase la decadente magnificencia de aquellas ruinas olvidadas.

Lo que en tiempos pretéritos debió de ser una imponente construcción de planta rectangular, flanqueada por columnas bellamente talladas con motivos geométricos, se había fundido ahora con un manto vegetal que la envolvía como un amoroso amante.

El techo del ala izquierda se había derrumbado casi en su totalidad, y algunas de las columnas yacían como gigantes caídos sobre el lecho de tierra. Los líquenes crecían entre las grietas de las losas del suelo y las enredaderas trepaban por las paredes mientras la hierba alta se adueñaba de la rojiza piedra arenisca.

Un descomunal árbol baniano se alzaba sobre la fachada oeste, cuyas inmensas raíces se descolgaban entre los muros. Un orgulloso guardián de aquel monumento remoto.

Al acercarse a la entrada de las ruinas, Cam contempló las dos estatuas que flanqueaban la ancha escalera de acceso. De niña, la habían fascinado los hermosos elefantes esculpidos con mimo, engalanados con pétreas joyas sobre la frente y suntuosas sedas de pura roca. Sus ojos sabios parecían devolverle la mirada. Uno de ellos tenía las cuatro patas apoyadas en el suelo, la trompa hacia abajo, en posición relajada. El otro, en cambio, tenía las patas delanteras alzadas, la trompa enroscada hacia arriba, como si repeliera un ataque. Ambos habían perdido los colmillos decenios atrás, a manos de un enemigo invisible llamado tiempo, pero eran tan reales que en cualquier momento podría oírse su fiero barritar.

En otra época, en otra vida, Cam habría apreciado aquel mágico esplendor. Lo que hizo, en cambio, fue volverse hacia Harris. Este soltó un silbido de admiración, con el cuello estirado en dirección a las estatuas.

—Ya puede soltar a mi hermana.

—Este lugar tiene pinta de ser un maldito cubil de tigres. —Harris la ignoró por completo mientras miraba con avidez las ruinas—. Por suerte tengo un tierno bocadito con el que entretenerlos si aparecen por aquí.

Apretó los hombros de Lemy, y la niña empezó a llorar más alto.

—Cam...

Carmentia hubiera dado todo lo que tenía por disponer de una pistola y saber cómo disparar a ese bastardo. Se acercó por instinto a su hermana.

—No pasa nada, cariño. El teniente solo estaba bromeando.

Harris subió el estoque para detenerla en seco.

—Claro que no era una broma —se mofó—. Y, ahora, vamos a seguir con el juego.

Pasaron al lado de los gigantescos elefantes y atravesaron la cavernosa entrada para acceder al interior en sombras de las ruinas. La mayor parte del suelo también se había hundido, y las raíces del baniano se perdían entre las redes de túneles que se vislumbraban en la penumbra, a más de quince metros bajo sus pies. Algunos guijarros se desprendían de las losas medio arrancadas y caían con un chapoteo en el pozo que habían ido creando los monzones a largo de los siglos. El agua estancada tenía una tonalidad aceitunada por la que los nativos le habían dado a las ruinas el nombre de Hara Baori, «El Pozo Verde».

—Usted dirá, señorita Ingram.

La voz de Harris rebotó en los muros y en el interior del foso. Cam tragó saliva y miró hacia el profundo agujero. En una de las secciones de túnel, no sabía si medio hundido o ya sumergido por completo, se hallaba el diamante.

—No esperará que me crea que está allí abajo. —El teniente había seguido su mirada, irritado—. No. No me conteste. Solo consiga la forma de traerme el diamante. Ya.

Cuando Cam era una niña, un esquivo rayo de sol había iluminado el pozo, y ella se había deslizado por las raíces del árbol, atraída por el brillo de la gema que atisbó en el fondo. Por suerte, fue lo bastante ágil como para acabar

sin ningún hueso roto. ¿Sería capaz de repetir tal hazaña? Además, ¿cómo podría estar segura de que Harris no haría daño a Lemy una vez que le hubiera entregado la joya? Era muy simple: no podía.

Limpió unas gotas de sudor que le bajaban por el cuello y se enfrentó al teniente.

—Deje que mi hermana salga de las ruinas, y le traeré el diamante.

—No sabía que estuviéramos negociando.

—No estamos negociando. No tiene otra opción. —Usaría la última baza que le quedaba—. Usted no puede llegar hasta él tal y como tiene la pierna, y yo sí. Corte la cuerda de mi hermana, déjela libre, y le traeré el diamante — repitió.

Él pareció pensarlo un momento. Luego negó con parsimonia.

—Tengo una idea mejor. Ahora que ya sé dónde está, puedo encontrar a alguien que no me cause tantas molestias para conseguirlo.

Harris levantó el estoque para clavarlo en el pecho desprotegido de Lemy.

El grito de Carmentia murió en sus labios al abalanzarse sobre ellos, sabiendo que sería demasiado tarde.

Se escuchó un sonido de acero contra acero, y Cam vio a Surinder delante de Lemy, el largo cuchillo que siempre llevaba con él en alto para repeler la estocada. ¿Había estado tras Harris todo este tiempo?

El teniente, pillado por sorpresa, se tambaleó durante un instante precario, pero se parapetó detrás de la pequeña, a la que todavía estaba unido.

—Jodido perro sarnoso. No te ha sido muy difícil seguirnos el rastro, ¿eh?

—Suelte a la *memsahib*.

—Yo te voy a enseñar a ti cuándo debes soltar el hueso.

Empezó a lanzar brutales tajos a Surinder, que solo se atrevía a defenderse para no herir a Lemy.

Las chispas metálicas caían sobre su hermana como una lluvia macabra, y Cam se retorció de desesperación.

Harris alcanzó al joven sij en el estómago ante sus ojos horrorizados. Surinder se desplomó en el suelo, y el cuchillo salió disparado hasta los pies de Cam, que lo recogió a la velocidad del rayo. Se lanzó sobre Harris, sin otra cosa en mente que cortar la cuerda para salvar a su hermana. La hoja trazó un arco que produjo un profundo corte en la muñeca del teniente, y el nudo se

desprendió de la carne con un reguero de sangre.

—¡Corre, Lemy!

Lo había conseguido.

Le pareció ver que la niña echaba a correr, no sabía si hacia la salida o hacia Surinder, pero un violento tirón en el pelo hizo que se le saltasen las lágrimas.

Harris la golpeó en la cara; un fuerte dolor le estalló en la mandíbula, y Cam cayó rodando hasta el borde del precipicio, aturdida. Él se colocó a su lado, la bota lista para empujarla hacia el vacío.

—Esta es la manera más rápida de llegar hasta el diamante, después de todo. ¿Verdad, puta?

Vio su mueca descarnada al arremeter contra ella.

El cuerpo de Cam no respondió, y solo alcanzó a pensar: «¿Todo va a terminar así?».

En lo que dura un parpadeo, un disparo limpio atravesó la pierna sana de George Harris, y unas manos fuertes apartaron a Carmentia del abismo. El teniente trastabilló, con la sorpresa pintada en el rostro, hasta que se precipitó a la densa oscuridad con un aullido que sonaba a muerte. Las afiladas aristas de roca y el agua cenagosa lo recibieron en el fondo.

El corazón de Jason todavía latía completamente desbocado, pese al regalo que suponía rodear a Cam entre sus brazos protectores. Casi tenía miedo de tocarla, como si el milagro de tenerla junto a él pudiera desvanecerse en cualquier momento.

Se inclinó y depositó un ligero beso en sus cabellos rojizos.

Cuando Harris se despeñó por el pozo, después de que Jason le disparase, ella había cerrado los párpados con fuerza y no había vuelto a abrirlos.

Por fin, el capitán se atrevió a acariciar su mejilla inflamada con infinita ternura, sobrecogido, a la espera de cualquier reacción por su parte.

Estaba sentado junto a las escaleras de la imponente construcción con ella en el regazo. Se había encargado de sacarla en brazos, y Ban había hecho lo propio con Surinder, para después tenderlo sobre la hierba. Lemy revoloteaba nerviosa a su alrededor. Una señal del brahmán le indicó a Jason que la vida del chico no corría peligro.

Apenas podía creer que hubieran llegado a tiempo para rescatarlos. Ban y él habían espoleado a sus caballos hasta que estos estuvieron cubiertos de sudor y espuma, para después dejarlos y continuar a pie como una exhalación cuando la maraña de follaje se volvió demasiado densa. Si Jason se hubiera retrasado para esperar al coronel Ferguson y al resto de militares en el *bungalow*, habría perdido a Surinder y a Carmentia y, con ellos, todo lo bueno que había en su mundo.

Las largas pestañas cobrizas aletearon, y Cam trató de enfocar la vista en él, acurrucada y segura contra su pecho.

El impacto de su mirada siempre lo paralizaba.

—¿Capitán...?

Por primera vez en su vida, a Jason Warwick se le rompió la voz al intentar hablar. Las emociones que había sentido ese día eran demasiado intensas como para que no hubieran hecho mella en él. Había recuperado sus recuerdos, la esencia de Cam, la otra mitad que daba sentido a su existencia, para estar a punto de quedarse sin ella de nuevo.

Solo atinó a decir:

—Sí.

Cam pareció ajena al temblor que lo recorría.

—Oh, Dios mío... Lemy, Surinder.

Ella trató de moverse, pero Jason se lo impidió.

Tragó saliva y probó otra vez:

—Tu hermana se encuentra perfectamente, y Surinder es fuerte. Se recuperará pronto. —La tranquilizó—. Ya no hay nada que temer.

Cam pareció absorber la valiosa información entre estremecimientos y luego se dejó caer desmadejada sobre él; su pequeño cuerpo irradiaba alivio. Jason frunció el ceño al notar lo poco que pesaba, lo frágil que parecía. Todo por su culpa.

Iba a abrir la boca para murmurar cualquier tontería sin sentido que la calmase cuando ella le echó los brazos al cuello.

—¡Gracias! Gracias, gracias... —Era lo único que Cam era capaz de pronunciar, entre lágrimas.

Jason exhaló un conmovido suspiro y la estrechó fuerte contra su pecho. Sus sollozos lo partían en dos.

Se arrepentía de todas y cada una de las palabras desagradables que había empleado con ella. Del modo en el que le había hecho daño. ¿Cómo había sido capaz de borrar a Cam de sus pensamientos por un segundo siquiera? Su valiente soldado, en cambio, había intentado luchar por él en una batalla que creía perdida de antemano.

Ahora necesitaba su perdón con una desesperación que lo asustaba.

Y Cam todavía pensaba que Jason la había olvidado.

En el camino hacía las ruinas, para distraer su mente de lo que pudiera ocurrir, el capitán había elaborado un discurso sincero y esperanzado con el que le haría ver que había recuperado todos sus recuerdos. Que la recordaba a *ella*. En él, dejaba todos sus sentimientos al descubierto con mucho tacto, para procurar sobresaltarla lo menos posible.

Pero no iba a funcionar.

—No tienes que darme las gracias. Soy yo el que debe disculparse por esta situación.

Estaba tan nervioso que se expresaba con más torpeza de lo habitual.

Se recreó en su aroma y volvió a depositar otro ligero beso en su pelo.

Cam se puso rígida, y luego utilizó los antebrazos como palanca para apartarse de su abrazo.

—Tiene razón, capitán. Lo que acabamos de hacer es de lo más inapropiado. —Jason la miró, algo confundido. Tenía las mejillas arreboladas y no alzaba la vista de los volantes de su vestido negro. Se limpió la nariz con la manga, como una niña pequeña, y a él se le encogió el corazón—. Tendrá que perdonar mi comportamiento, por favor. Estoy bastante alterada por lo que ha ocurrido y me he dejado llevar por la gratitud que siento hacia usted. He sido demasiado... efusiva.

Jason quiso volver a abrazarla, ignorar sus dichosas protestas sobre decoro en un momento como ese, aunque entendía que se hubiera transformado en un desconocido para ella, que estuviera tan enfadada con él que no quisiera ni acercarse a un milímetro siquiera. Se lo merecía. Cam se revolvió para ponerse en pie, y Jason no quiso incomodarla más. Tenía que empezar a hacer las cosas bien, así que la soltó, reticente.

Ella se sacudió algunas hierbas pegadas a la tela del vestido antes de hablar.

—Será mejor que vaya a ver cómo se encuentran Lemy y Surinder. —Cam alzó la vista, y el sufrimiento que vio en su mirada lo golpeó como un puñetazo en pleno rostro—. Gracias de nuevo por rescatarnos. No puede ni imaginarse cuánto siento que se haya visto envuelto en esta situación, que se haya puesto en peligro...y más en su estado —continuó, y miró con preocupación y culpabilidad su cicatriz—Pero le aseguro que mis hermanas y yo nos marcharemos muy pronto de la India. Le deseo la mayor felicidad del mundo con Edith, capitán Warwick. También les deseo una hermosa boda.

La lengua del capitán seguía enredada y su cerebro se había convertido en paja mientras ella se giraba para encaminarse hacia el herido con los hombros hundidos y una expresión hueca, como si estuviera a kilómetros de allí.

No contaba con que el dolor de Cam lo dejase aturdido por un momento.

Se puso en pie con rapidez.

—Carmentia, no des un paso más.

No supo si no lo oyó o si prefirió ignorarlo, porque siguió caminando. En ese momento, el grupo de soldados que había reunido el coronel Ferguson

irrumpió en el claro, y una cacofonía de voces diluyó cualquier otra conversación.

Jason maldijo con rabia y trató de acercarse a Cam, pero parecía una labor imposible. Los hombres se arremolinaban alrededor de Lemy y de ella mientras planeaban cómo trasladar al joven sij hasta la casa del gobernador.

Notó un apretón en el hombro, y se volvió hacia Ban.

—Por si no me oíste en el *bungalow*, me alegro de que estés de vuelta.

Jason le devolvió el apretón.

—Yo también me alegro de estar de vuelta. —Dirigió la vista hacia Cam—. Aunque no todo el mundo se haya enterado todavía.

El brahmán esbozó media sonrisa.

—Está claro que solo lo hará si se lo dices.

Jason asintió y echó a andar con mayor decisión esta vez, pero Ban lo detuvo por el brazo.

—¿Estás seguro de que ya no tienes otra prometida? Será mejor que te cerciores antes si no quieres tener a dos futuras novias muy furiosas en el altar. Aunque, ya que estamos en la India, quizá hayas decidido disponer de tu propio harén de mujeres hermosas.

Ban lo miraba con regocijo. Jason, en cambio, no siguió la broma y apretó los labios en una fina línea. En cierto modo, Ban tenía razón. Después de todo por lo que había pasado Cam, ¿creería en él de nuevo?, ¿estaría dispuesta a perdonar el tiempo que había pasado junto a Edith? Los ojos tristes con los que lo había atravesado, sin una chispa de su habitual entusiasmo, lo habían hecho trizas. ¿Cómo iba a solucionar las cosas? Se pasó una mano por la cara, terriblemente cansado e inseguro. Puede que aquel no fuera el momento de atosigar a Cam, necesitaban mucha intimidad para todo lo que tenía que decirle.

Ban también se puso serio al recordar algo.

—Surinder me ha dicho que estuvo persiguiendo a Harris durante días por la jungla después de que te golpease en los establos —comentó—. Dice que lamenta no haber llegado antes junto a las *memsahibs*.

El capitán apretó la mandíbula.

—No quiero ni pensar en lo que nos habríamos encontrado en Hara Baori de no ser por Surinder. Tiene mi eterna gratitud, y me aseguraré de que lo

sepa. —Él también tenía algo que decirle al brahmán—: Siento no haber conseguido que Harris implicase a Al-Musavi en el ataque a mis soldados.

Ban se encogió de hombros.

—Ya llegará el momento de su caída. Me alegra que al menos no mencionaras nada al coronel Ferguson sobre el diamante. ¿Qué vamos a hacer con él?

Jason alzó las cejas.

—¿Con el diamante?

—Sí, aún sigue en alguna parte, dentro de las ruinas. O eso me dijiste de forma un tanto atropellada antes de montar en los caballos, que Harris tenía a tu *memsahib* porque sabía el paradero del *Masha-i-noor*.

—El diamante se puede ir al diablo.

Ban lo miró con rostro inescrutable y no respondió.

¿De verdad pensaba que esa maldita joya le preocupaba más que recuperar al amor de su vida? Por lo que a él respectaba, podía quedarse enterrada en el fango por toda la eternidad.

El amor de su vida.

De eso se trataba.

Se acercó a grandes zancadas al corro de ocho o nueve hombres que rodeaba a las Ingram y los apartó sin miramientos. Localizó los llameantes cabellos de Cam enseguida, junto a Surinder y a la enorme figura del coronel Ferguson.

—Señorita Ingram —la llamó.

Ella se giró, sorprendida.

—Me gustaría robarle un minuto de su tiempo, si es posible. —Al ver que ella iba a rechazarlo, inspiró hondo y continuó—: En realidad, robaría cada segundo del que dispones para tenerte siempre a mi lado.

Y así se iba al cuerno su discurso sin sobresaltos.

En el claro se hizo el silencio.

—Warwick, muchacho —rugió, un momento después, el vozarrón de Ferguson—. No creo que a Edith le guste lo que acabas de decir.

El coronel estaba al tanto de su cortejo, pero no de lo que había sucedido justo antes de partir a Hara Baori.

Ni tampoco Cam. Ella se llevó una mano al pecho, como si le doliera, y él sintió el reflejo en su propio corazón.

—De eso se trata, coronel —respondió, sin apartar la mirada de Carmentia—. La boda se ha anulado.

Cam se puso pálida y empezó a negar con la cabeza. Parecía como si fuera a salir corriendo en cualquier instante.

—Te dije adiós para no hacerte más daño —balbuceó—. Conseguí decirte adiós.

En dos pasos, estuvo a su lado.

—Ni lo sueñes, cariño —susurró, solo para ella, y se la cargó al hombro.

La sujetó por el trasero para que no se escapara mientras se volvía hacia el gigante que estaba a su lado.

—Coronel Ferguson, solicito permiso para que la señorita Ingram y yo regresemos más tarde a Baipur —dijo, con una enorme sonrisa—. Necesito tratar con ella un asunto de suma importancia sobre hechiceras consumadas que roban el alma y el corazón de un hombre.

Carmentia se quedó muy quieta. Jason apostaría todo lo que tenía a que un precioso rubor cubriría sus mejillas salpicadas de pecas.

Un coro de bufidos y resoplidos masculinos estalló a su alrededor. Las burlas sobre el severo capitán Warwick actuando como un bobo rendido a una mujer durarían años, y no le importó en absoluto.

La sonrisa de Lemy, que había estado atenta a la conversación, era de pura dicha.

El coronel se rio a carcajadas.

—Buena suerte, muchacho.

Jason se lo agradeció con un gesto, y echó a andar con Cam cargada como un saco hacia la espesura.

Cuando se aseguró de estar lo bastante lejos de oídos y ojos indiscretos, la bajó. La deslizó sobre su cuerpo centímetro a centímetro hasta que sus delicados pies tocaron el suelo, y contuvo las ganas de besar su boca exquisita.

—Jason, ¿eres tú de verdad?

Los ojos de Cam estaban repletos de lágrimas contenidas.

—Soy yo, mi amor.

—Pero yo creí que... Pensé que Surinder te había avisado de alguna manera para que vinieras a rescatarnos. Que no habías recuperado la memoria.

—Vi las caléndulas en tu cuarto, Carmentia, y lo recordé todo.

En lugar del abrazo que esperaba, ella empezó a golpearlo en el pecho con sus pequeños puños.

—¿Cómo pudiste, Jason? ¡¿Cómo pudiste olvidarte de mí?!

A Cam le fallaron las piernas, y Jason se apresuró a sostenerla. Sus huesos también parecían de gelatina, y los dos cayeron de rodillas sobre la hierba mullida. Un nudo de aprensión le retorció el estómago al ver la expresión desolada en su bello rostro.

—Lo siento. Perdóname, cariño. —Notó un escozor en los ojos y la estrechó con fuerza contra él—. Tienes que perdonarme, Cam. Eres mi único presente y mi sueño de futuro. Eres mi vida.

Cam alzó la mirada y clavó los ojos en los suyos.

—¿Recuerdas todo lo que me dijiste en la cueva?

—Recuerdo cada palabra que pronuncié al pedirte en matrimonio, y también las que guardé para mí, como el maldito estúpido que soy.

—¿Y qué palabras son esas? —susurró ella.

—Te amo, Carmentia Ingram. Te amo de un millón de formas que no podría describir. Y nada más importa si tú me sigues amando también.

Ella no contestó de inmediato. Jason creyó que se le paraba el corazón.

—¿Cam...? —vaciló—. Cam, respóndeme, por favor, porque daría todo mi pasado sin mirar atrás por compartir lo que me queda de existencia contigo. —Le apartó uno de sus rizos anaranjados de la frente con suavidad—. Me entrego a ti con todo lo que soy. Malhumorado, estricto, cubierto por cien cicatrices... Y un hombre locamente enamorado...

Cam se llevó una mano a la boca para contener un sollozo.

—Te amo —repitió él con voz ronca, sin rendirse.

—Te amo —dijo Cam, casi a la vez.

Jason se movió a la velocidad del rayo y la tendió de espaldas.

—Dime que no estoy soñando.

—Dímelo tú —respondió ella, con un dejo risueño en la voz—. No puedo creer que estés aquí. Conmigo.

Lágrimas de felicidad resbalaban por sus preciosas mejillas, y sus expresivos ojos habían adquirido de nuevo ese brillo especial que lo excitaba y lo aturdió al mismo tiempo. Cam era lo más hermoso que había visto nunca y que jamás vería.

Ella le acarició la cara con dulzura. Jason atrapó sus manos y sintió el bambú que rodeaba su dedo anular.

—Aún llevas mi anillo —consiguió decir a través del nudo que le atenazaba la garganta. La cálida palma apretada contra su áspera mejilla.

—¿Cómo no iba a llevarlo siempre? —dijo con sencillez—. Me diste tu corazón.

La besó durante mucho tiempo.

Toques húmedos que aceleraban el pulso. Pero no se trataba de un arrebato de pasión, ni siquiera de una muestra de su reconciliación tras la dura ausencia. Era mucho más que eso. Eran dos almas que se tocaban de nuevo.

Cuando se separaron, Cam lo miró, ceñuda.

—Jason, has olvidado añadir una cosa a tu lista de atributos —lo reprendió. Hizo una pausa para componer una mueca socarrona—. Aunque no puedo estar más de acuerdo en que eres un gruñón, también eres un hombre que sabe cómo impresionar a una mujer. A esta mujer, en concreto.

Jason soltó una carcajada. ¡Por Dios, cuánto la amaba!

Cam también reía, y él se inclinó para atrapar su sonrisa en un beso que duraría la eternidad.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, otra mujer daba un furioso portazo para cerrar la puerta de la biblioteca tras la llegada del grupo de rescate.

—¿Cómo ha tenido la osadía de hacerme algo así?

Leonelle se giró hacia Ban con fuego en los ojos.

—Era lo más seguro para ti, *sherani* —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Ya le he dicho que no me llame de esa forma. Lo que yo quería era ir a buscar a mis hermanas, y usted... —Se acercó a él hasta clavar un dedo en su pecho musculoso—. Tuvo la desfachatez, el... el... — Estaba tan furiosa que no conseguía dar con las palabras y a Ban le resultó muy divertido. Lo miró, triunfal—. El atrevimiento de dejarme encerrada en mi propio cuarto.

Ban agarró el dedo acusador y lo acercó a sus labios para pasarlo por las comisuras. No sabía por qué, pero le gustaba hacer enfadar a esa leona de cabellos áureos, y también hacerla ruborizar, como en ese momento. Aunque se recordó que debía mostrarse cauto. Era una inglesa, al fin y al cabo. No eran de fiar.

—Dejé instrucciones para que pudiera salir a recibir a sus hermanas, y he podido ver que usted ha sido la primera en abrazar a *memsahib* Lemy. Creo que hubiera sido bastante incómodo interrumpir a su hermana Carmentia y al capitán Warwick en su reconciliación—dijo contra su dedo.

—Esa no es la cuestión —respondió Leonelle con la voz algo entrecortada. Tiró débilmente para recuperar su extremidad.

—La cuestión, *sherani*, es que no quería un paciente herido más al que atender en medio de unas ruinas perdidas. Podría haberse hecho daño.

Leonelle se apartó de un tirón.

—Usted no es médico.

Ban se tensó y se acercó a ella.

—¿Qué es lo que acaba de decir?

—Ya me ha oído. —Se envalentonó la leona, aunque retrocedió hacia la pared—. No pensé en ello hasta que Lemy se lo preguntó, pero he visto cómo trata a los muchos pacientes que han pasado por esta casa. Cam, el capitán Warwick, Surinder. No se comporta en absoluto como un doctor. Apenas los mira.

Ban siguió arrinconándola, algo irritado.

—Será porque hay cosas más interesantes a las que mirar —susurró, a la vez que recorría su cuerpo de arriba abajo.

Ella no pareció inmutarse.

—No sé quién es, o qué es lo que pretende. Pero lo voy a averiguar —lo amenazó.

Ban estaba en lo cierto. Jamás se podía confiar en las *angrezi*.

—Inténtelo —la retó a su vez.

Empezó a bajar la cabeza para descubrir el sabor de esos labios espinosos. Leo lo detuvo con una mano en el pecho.

—No volverá a distraerme con lecciones absurdas.

Ban sonrió.

—¿No le gustaron mis clases sobre abrazos? Le aseguro que las de besos son más interesante. Y las que siguen son...

Dejó la frase en el aire, solo para provocarla.

Leonelle emitió un gruñido airado. Más bien un ronroneo felino que tomó por sorpresa a Ban, y consiguió excitarlo. Antes de que pudiera reaccionar, Leo se aferró a sus hombros descubiertos y le estampó un torpe beso en los labios, con la boca cerrada.

Después se reajustó las gafas.

—Puedo aprender yo solita. Y le aseguro, señor Ban, que aprendo rápido.

Dicho esto, se escabulló hasta la puerta, y salió corriendo por el pasillo. Con las mejillas arreboladas y la melena leonada ondeando tras ella.

Ban se llevó una mano a los labios, pasmado. No quería saber por qué el beso inocente de una jovencita inexperta lo había afectado más que el de la prostituta más versada de Oriente. Abandonó el cuarto con un torrente de palabras malsonantes en hindi.

Había llegado la hora de partir.

Cam regresó con Jason al *bungalow* al mismo tiempo que el sol se ocultaba en Poniente. Caminaban cogidos de la mano, los dedos entrelazados, mientras ocre y esmeraldas se entremezclaban con el zumbido incesante del trópico. Todo parecía muy tranquilo, como si ninguna de las penas y alegrías que habían vivido en aquellos meses hubiera tenido lugar.

Deseó, con un suspiro apenas contenido, que un velo tan oscuro como la noche que se acercaba cubriera las traiciones de su padre y de su primo para no tener que sentirlas nunca más.

Jason se había deshecho en disculpas por no haberle contado sus sospechas sobre su familia antes. Aunque su intención siempre había sido la de protegerla. Le había explicado todo, cada dura palabra de Harris. De no ser por el peligro que había corrido Lemy, por las lesiones de Surinder, a Cam le habría dado lástima Jonathan Ingram, un hombre ebrio, solitario, que se pasó más de media vida lejos de su familia. Y también Edward, cuya codicia lo había alejado de sus principios y de su propia felicidad.

Pero lo que prevalecía era el nudo de tristeza e impotencia que solo el tiempo lograría aflojar.

Jason le apretó un poco más fuerte la mano al acercase a la puerta, y ella le devolvió el apretón. Ninguno de los dos parecía dispuesto a soltar al otro.

—¿Crees que se armaría un gran escándalo si te llevase ahora mismo a mi casa para vivir en pecado hasta que el condenado reverendo regrese? — murmuró Jason.

—Nada me gustaría más —confesó Cam en tono confidencial—. Por desgracia, aún tengo dos hermanas solteras (una bastante joven, por cierto), así que tendré que fingir que soy una mujer respetable por ellas.

—Qué se le va hacer.

Cam frunció los labios para no sonreír. Sonaba a un lamento sincero.

Cuando entraron en el salón iluminado de velas, Leonelle apareció enseguida y envolvió a Cam en un sentido abrazo. Luego se volvió hacia Jason.

—No tengo palabras con las que agradecerle lo que ha hecho por mis hermanas, capitán.

Él sonrió a Leo con un afecto tal que sanó un poco más el corazón lastimado de Cam. Jason siempre cuidaría de las tres. Y ellas de Jason, con igual fiereza.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias a ti, Leo —la tuteó—. Además, fueron Surinder y Cam quienes pusieron a salvo a Lemy.

—¿Cómo están? —preguntó Cam a su hermana.

—Surinder se ha despertado, y Lemy está junto a su cama como un perro guardián. La pobre se siente muy culpable. Con él y contigo. Pero ya la he dicho que ella no ha hecho nada malo.

—Subiré a hablar con ella enseguida. Ha sido muy valiente. Y Surinder también.

El joven sij era un héroe con el que tenían contraídas deudas de gratitud eternas.

Leo asintió, y luego cambió el peso de un pie a otro. Parecía un poco nerviosa.

—Cam. No sé si es el momento más adecuado, pero... —Se acercó a la mesita baja que estaba junto a la ventana—. Edith se ha marchado hace un rato. Os ha dejado esto.

Le entregó un paquetito envuelto con cuidado junto a una carta con la tinta

algo emborronada. Jason se acercó para mirar sobre su hombro.

—¿Se ha marchado? —repitió Cam—. Pero ¿a dónde?

—Cuando el grupo regresó y obtuvo noticias vuestras, pidió al capitán Ferguson una escolta para salir de Merala. Él se la prestó de inmediato.

Cam estiró la carta con los dedos algo temblorosos.

«Estimados Carmentia y Jason:

Me alivia saber que mis actos no han causado un daño irreparable y que los dos estáis sanos y salvos.

He decidido partir hacia el Continente. Lejos de Inglaterra y de la India. Lejos de una ilusión en la que nunca debí creer.

Aceptad mis más sinceras disculpas, por encima del sabor amargo que han dejado nuestras lágrimas.

EDITH»

Cam desenvolvió el paquete, y cayó en sus manos una pequeña cajita de plata. Reconoció el guardapelo que Edith había sacado de la casaca de Jason en los jardines del Zareen Mahal semanas atrás, el símbolo de su compromiso.

Solo que ahora estaba vacío, sin uno solo de sus cabellos rubios en el interior.

Cam se limpió con disimulo un poco de humedad de las pestañas e intercambió una larga mirada con Jason. Deseó que Edith encontrase al menos un poco de la felicidad que ella tenía. Que el tiempo y la distancia borrasen el dolor y los resentimientos. Al desprenderse del guardapelo, acababa de romper el vínculo que la unía a Jason Warwick y, lo supiera ella o no, había dado el primer paso para volver la espalda al pasado y dirigirse hacia un nuevo porvenir.

—Oh, antes de que se me olvide —intervino Leo—. El coronel Ferguson ha dejado instrucciones para que vaya mañana a primera hora a su despacho, capitán.

Él asintió, con semblante serio.

—¿No ha dicho nada más?

Leonelle negó con la cabeza. Luego se envaró y se colocó las gafas con más energía de lo normal.

Cuando Cam se dio la vuelta, se encontró a Ban, que también tenía un rostro bastante circunspecto.

—Me gustaría hablar con usted, *huzoor*.

—Claro —respondió Jason. Luego se dirigió a Cam—: Será mejor que Ban y yo regresemos a mi *bungalow*, ha sido un día muy largo y vosotras tenéis que descansar.

—Será lo mejor —coincidió Cam.

El capitán se quedó un momento en silencio y tamborileó con los dedos sobre el pantalón.

—¿Nos acompañarías hasta la puerta? —preguntó acto seguido.

Ban puso los ojos en blanco y salió primero.

Cam se sonrojó un poco y fue en pos del brahmán, pero, antes de que pudiera dar dos pasos, los fuertes brazos de Jason la arrastraron al hueco oscuro detrás de la puerta del salón.

La recorrió un estremecimiento al ver el brillo cálido y apasionado en sus profundidades azules, antes de que su mano le aferrara la nuca y sus labios le quitaran el aliento.

—No me iba a ir sin mi beso de despedida.

El trayecto al despacho del coronel Ferguson resultó ser un viaje en toda regla hasta Calcuta para presentar un informe completo al virrey.

Canning había escuchado la conjura de Harris entre furioso y abochornado, e incluso le había pedido disculpas por el escepticismo que había demostrado cuando Jason se presentó ante él en mayo.

En lugar de la satisfacción que debería sentir, lo único que Jason quería era volver a Baipur con Cam. Solo hacía dos días que estaban separados y ya se moría por tenerla en sus brazos.

Pero el virrey no había terminado.

—¿Y dices que el diamante no estaba?

—No. Un hombre de mi máxima confianza revisó todo el perímetro de las ruinas y no encontró nada.

Ese había sido uno de los asuntos tan urgentes que Ban había discutido con Jason. El único favor que le había pedido el brahmán era seguir manteniendo escondido el diamante. Después de todo lo que Jason le debía, solo pudo aceptar.

—Dimos por sentado que el diamante se encontraba en Hara Baori por meras suposiciones, milord. Puede que se encuentre en cualquiera de los cientos de ruinas de la India. O puede que ni siquiera exista.

—Dios santo. Tantas muertes para perseguir una leyenda. Aunque quizá sea mejor así. —Lord Canning atravesó a Jason con sus ojos oscuros e inteligentes—. Encontrar una joya de ese calibre solo puede ocasionar más tensiones entre indios y británicos. Aún nos echan en cara que Dalhousie entregase el *Koh-i-noor* como trofeo de guerra a la reina Victoria, y de eso hace casi diez años. No queríamos que nos volvieran a acusar de avariciosos.

Jason podría jurar que el gobernador le acababa de ofrecer en bandeja un acuerdo tácito para seguir manteniendo el secreto.

Apenas acababa de asentir con la cabeza, cuando el hombre le lanzó otra pregunta.

—¿Qué opina sobre ocupar el puesto de gobernador de Merala?

—¿Cómo dice? —solo pudo atinar a responder. Era demasiado abrupto e inesperado.

—Ha demostrado estar más que cualificado para desempeñar esas funciones, Warwick. En estos tiempos que corren, necesito hombres en los que poder confiar como si fueran mis propios ojos y mis propios oídos, y usted sabe mejor que nadie que escasean. No será una administración fácil. Pero no creo que sea eso lo que está buscando, ¿verdad, capitán?

Gobernador de Merala. Jason se pasó una mano por la mandíbula, abrumado.

Era mucho más de lo que podría haber aspirado nunca. Y tendría plenos poderes para controlar a Al-Musavi o a cualquier otra persona que amenazara la estabilidad de Merala.

—El secretario de Estado de la India me está presionando un poco desde Londres, pero le daré un tiempo para pensarlo, Warwick. Y espero que acepte.

Se puso en pie y le tendió la mano. Jason le devolvió el saludo y salió de la Government House con la mirada algo perdida.

¿Qué opinaría Cam de la propuesta de lord Canning? Era una oportunidad irrepetible. Aunque ni siquiera habían tenido tiempo para planear su futuro, maldita sea. Pero mantendría su promesa de marcharse con Cam allí donde ella quisiera, donde se sintiera segura y protegida. No volvería a apartarse de

su lado. Era lo único que sabía con claridad. Y eso le llevó a otro pensamiento que quiso poner en práctica de inmediato.

Cuando llegó al *bungalow* dos días después, cansado y cubierto de polvo, no paró hasta dar con Cam no muy lejos de la casa. Estaba recogiendo unas caléndulas.

Al verlo, soltó un grito de alegría, y las flores se desparramaron en todas direcciones.

—Hola, capitán Warwick —lo saludó con un dulce beso—. ¿Me has echado de menos?

—No sabes cuánto —respondió Jason.

Posó los labios en su garganta y pasó la lengua por la piel sedosa.

Escuchó el suspiro de Cam y la cogió de la mano para tirar de ella hacia la casa.

—Ven. Tenemos visita —dijo impaciente.

—¿Quién es? —preguntó Cam, recelosa.

Jason se las apañó para poner una expresión entre pícara y culpable.

—El reverendo Mills.

Cam freno en seco.

—¿El reverendo...? ¡Jason! ¿No lo habrás obligado a venir desde Calcuta? —lo acusó, con la mano que tenía libre apoyada en la cadera.

—Se estaba retrasando demasiado.

—Eres imposible. No puedo creer que... ¿Qué estás haciendo?

Jason le había soltado la mano y estaba agachado recogiendo las flores que se le habían caído a Cam.

—Preparo el ramo para la novia.

—¿La novia? ¿Qué novia?

Jason sintió la ternura que lo invadía el pecho al ver su adorable confusión.

—Nos casamos.

—¿Tú y yo?

—Eso creo.

—¿Ya?

—En este instante.

Le entregó las caléndulas, y Cam se las acercó a la nariz para aspirar su

perfume. Volvieron a entrelazar los dedos y se dirigieron juntos al *bungalow*.

Epílogo

En algún lugar de la jungla, estado de Merala, diciembre de 1859

Carmentia Warwick, flamante esposa del capitán Jason Warwick desde hacía tres días, estaba tumbada plácidamente sobre la hierba, con el rumor del agua como deliciosa sinfonía. Sus extremidades descubiertas eran un tributo al sol, y Brío pastaba bajo el paredón de piedra que acogía la pequeña gruta en la que Jason y ella se habían entregado el uno al otro por primera vez.

Habían regresado a su paraíso particular.

Más bien, Jason la había raptado esa mañana para conseguir un poco de calma tras los festejos de la boda.

Ella había accedido, encantada, hasta que su marido había empezado a quitarle la ropa junto a la corriente del río.

—Jason, ¿y si alguien me ve desnuda? —había preguntado sin aliento, entre excitada y reticente.

—Jamás permitiría tal cosa, cariño —afirmó, con total seriedad—. Como a alguno de esos monos insolentes que se pasean de rama en rama se le ocurra guiñarte un ojo siquiera, me veré obligado a disparar.

Cam adoptó una pose pensativa mientras miraba a los animalillos en cuestión.

—Ahora que lo dices... Resultan bastante atractivos con todo ese pelo.

Ella no había dejado de reírse al ver la mueca de fingido horror de su esposo, hasta que Jason la calló con un beso, al que siguieron muchos otros. Había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor. En ocasiones, se amaban despacio, como la marea que conquista la arena con infinita paciencia; otras, rápido como un huracán que ponía su mundo del revés. Habían sido suficientes como para fundir la escarcha que se adueñó del pecho de Cam al creer que había perdido a Jason, y muy pocas para demostrar todo lo que sentía su corazón.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Jason la mordió en el hombro tras la pregunta, provocándole un escalofrío. Estaba tendido a su lado, pegado a su costado, y su fuerte brazo le servía de

almohada. Su cuerpo grande y masculino siempre dispuesto a darle calor, aunque ya le hubiera cubierto el torso con su camisa blanca. Que la camisa en cuestión hubiera perdido algunos botones y estuviera bastante arrugada tras el apasionado encuentro no tenía ninguna importancia.

—No tengo ni la más mínima duda. Serás el mejor gobernador de toda la India.

Y lo decía absolutamente convencida y orgullosa. Sabía lo mucho que significaba para él, lo mucho que lo merecía.

Cuando Jason le habló, preocupado, de la propuesta de Canning, Cam supo al instante que tenía que aceptar.

—Si estás pensando en que regresemos a Inglaterra de manera definitiva, mi respuesta es un no rotundo. —Le devolvió el mordisco, un ligero arañazo en el cuello, y se relamió al ver su fuerte cuerpo estremecerse por ella—. He recibido una carta de mi abuelo. Se encuentra perfectamente y puede que incluso venga a visitarnos. Sabes que Lemy jamás dejaría atrás a Surinder, y él todavía se está recuperando de su herida. En cuanto a Leo, se ha adaptado muy bien a la vida en Baipur... Aunque me extraña que se interese tanto por Ban, ahora que se ha ido. ¿Por qué crees que será?

Jason solo se encogió de hombros; el brahmán no había dado demasiadas explicaciones acerca de su brusca partida, solo que iba en busca de Ambika.

En realidad, el capitán estaba fascinado por las dulces pecas que adornaban la exquisita piel de su esposa. Le bajó un poco la camisa y siguió las formas de canela que dibujaban sobre el nacimiento de sus senos con las yemas de los dedos, como si estuviera trazando una ruta de constelaciones, de galaxias enteras.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Mmm?

Carmentia perdía el hilo de sus pensamientos con censurable rapidez cada vez que sentía el cálido toque de Jason.

—Todo el mundo parece feliz con su vida aquí. Pero ¿y tú? Sabes que es lo único que me importa.

Cam se mordió el labio inferior, intentando concentrarse.

—Ya no le tengo miedo a la India, Jason. —Detuvo el movimiento de su mano y lo miró con intensidad a los ojos para que leyera la verdad en ellos—.

Ella me trajo hasta este momento. A tu lado. No podría desear estar en ningún otro sitio.

Posó los labios en los de su marido por un largo momento y luego giró la cabeza para dejarse conquistar por la belleza que la rodeaba.

—La próxima vez traeré mi cámara para fotografiar esta maravilla.

—No lo harás. Ya sabes lo que pienso de ese trasto infernal. —Escuchó la voz perezosa de Jason en su oído. Cuando su esposo empezó a depositar tiernos besos en el sensible lóbulo, Cam no pudo evitar un suspiro de placer.

—Eres un tirano, Jason Warwick. Pero te arrepentirás.

Jason sonrió y continuó acariciándola, adorándola. Acogió su gemido en la boca con un beso suave antes de preguntar:

—¿Por qué?

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas, queriendo fundirse más contra su cuerpo.

—¿Qué pasa si te portas mal y te reencarnas en alguien que esté lejos de mí? ¿Y si no puedo dar contigo?

Jason alzó la mano izquierda de Cam y le rozó los dedos con delicadeza. Junto a la sencilla alianza de oro, reposaba una fina banda de oscura madera y verdes hojas trenzadas. El fiel reflejo de sus ojos.

—Eso es imposible, mi amor. En esta y en las mil vidas que nos quedan por vivir, siempre te encontraré. Descubriré tu mirada, y solo existirás tú.

Agradecimientos

Este libro, como todos y cada uno de los sueños que he sido tan afortunada de conseguir, no habría sido posible sin mi familia. Gracias por vuestro apoyo incondicional, vuestro amor sin límites y vuestra cariñosa paciencia con «la pequeña de la casa» (aunque ya sea nuestra princesita quien lleve ese título). Tía, no esperes que te devuelva todas esas novelas románticas que me han conducido hasta este momento, lo siento. Papá, Víctor Ramón, no concibo mi amor por la lectura sin pensar en vosotros. Mamá, Virginia... sois la brújula que me guía siempre hacia la felicidad. Con vosotras a mi lado, sé que todo es posible.

A mis amigos, gracias por estar cerca de mí, sin importar la distancia, por compartir mis alegrías y hacerlas vuestras. Las risas cómplices son una gran fuente de inspiración, y nosotros tenemos muchas a nuestras espaldas.

Quiero darle las gracias también a Érika Gael por todo lo que me ha enseñado, por sus palabras de aliento y su cariño. Eres parte de esta historia.

Y, por supuesto, gracias de corazón a Selección B de Books y El Rincón de la Novela Romántica por creer en mí y darme esta oportunidad única y especial. A Lola Gude, por sus consejos, calidez y dedicación, y al espléndido equipo de compañeros con los que comparto esta aventura.

Si te ha gustado

Oriente en tus ojos

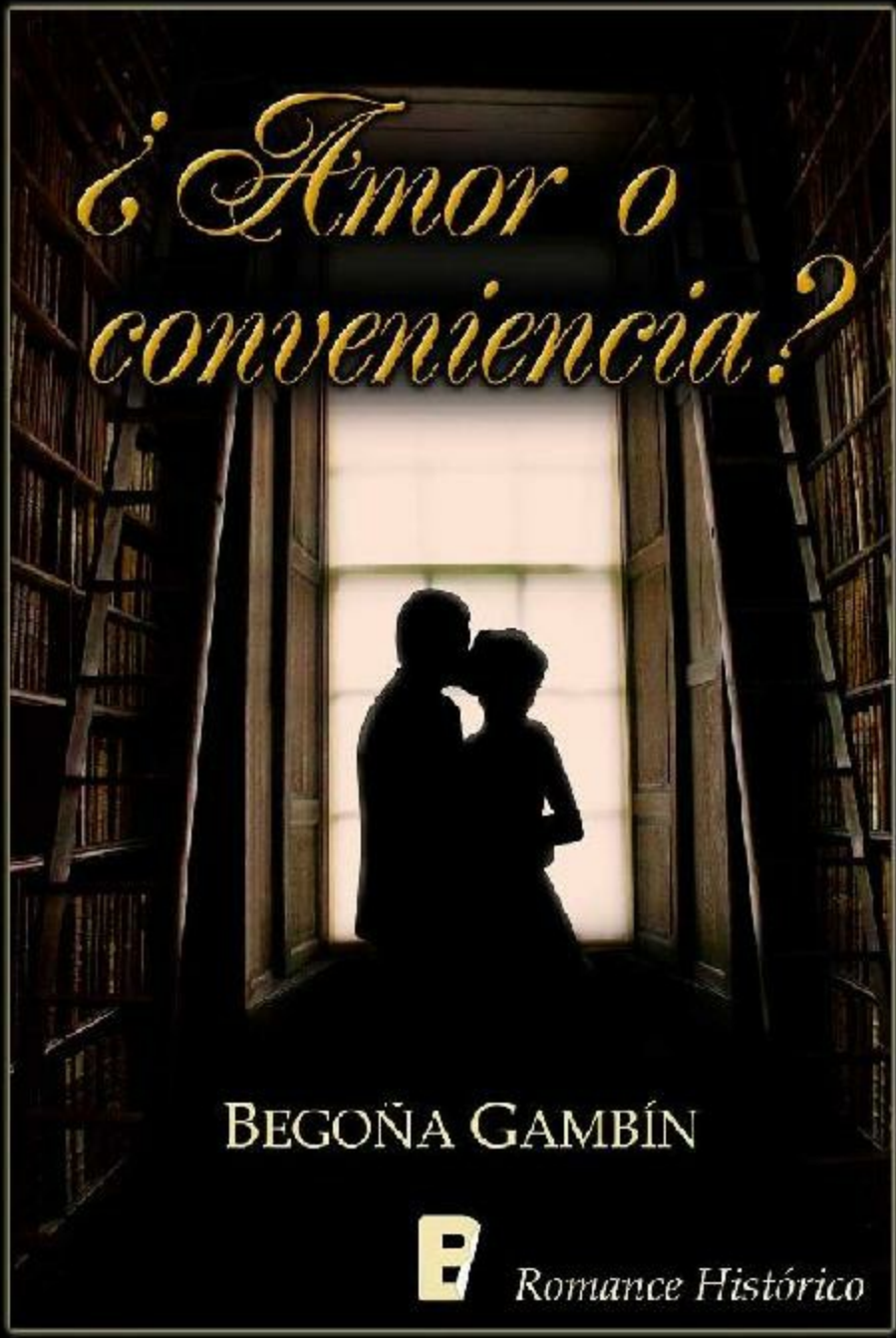
te recomendamos comenzar a leer

¿Amor o conveniencia?

de Begoña Gambín

Selección RNR

¿Amor o conveniencia?



BEGOÑA GAMBÍN



Romance Histórico

Capítulo uno

Ellen trotaba con pasos apresurados y cortitos por el pasillo en el que se encontraba el aula en la que debía hallarse en un minuto. Como le pasaba muy a menudo, se había entretenido demasiado repasando la lección que iba a impartir a sus alumnas y casi llega tarde. Algo imperdonable en la Academia para Jóvenes Damas, de la señora Wanley.

Aunque era la última clase que iba a dar, quería hacerlo como si fuese la primera, con el mismo entusiasmo con que llevaba haciéndolo los últimos cinco años.

Le encantaba participar en la enseñanza de todas y cada una de las jovencitas que habían llenado las aulas durante esos años, moldeándolas e intentando convertirlas en unas damas cultivadas para enfrentarse a la sociedad con seguridad.

Entró en la clase y se fijó en que las caras de las niñas estaban llenas de tristeza. Ellas sabían que a partir de hoy se iban a separar las amistades fraguadas después de varios años de asistencia a la academia y que quizás no volverían a verse.

La Academia para Jóvenes Damas llevaba varias décadas formando a jovencitas de toda Inglaterra. Ella había estudiado allí porque su casa familiar se encontraba a pocas manzanas de la academia, pero su mejor amiga, Annabel Labey, era de Londres y había permanecido interna durante seis años, salvo, claro estaba, las épocas de vacaciones. Durante esos años, las dos habían forjado una gran amistad que todavía conservaban y que, en estos momentos tan duros para ella, la estaba reconfortando.

—Señoritas, abran el libro de Charles Dickens por la página por la que estábamos leyendo —ordenó mientras se sentaba tras su mesa y hacía lo propio con su libro.

Las jovencitas obedecieron inmediatamente por la fuerza de la costumbre, aunque se las notaba apáticas y lánguidas en sus gestos. Durante la hora siguiente se dedicaron a leer y a analizar lo leído de forma automática y con evidentes muestras de estar deseando terminar la clase cuanto antes. Al final, Ellen se compadeció de sus alumnas y, cerrando el libro, les dijo:

—Espero que terminen de leerlo en sus respectivos hogares. Ahora díganme qué les preocupa.

—Señorita Ellen —comenzó Mary Cadwell—, estamos tristes porque no nos vamos a volver a ver.

Mary era la más alborotadora de toda la academia. Era una líder nata y siempre se erigía en portavoz de las demás.

—Querida Mary, eso no tiene por qué ser así si ustedes no quieren. Las amistades que nacen en los colegios, por norma general, son las que perduran en el tiempo. Son fuertes como una roca, y las distancias y el paso del tiempo no suelen romperlas si las personas siguen cultivándolas.

Ellen dedicó la siguiente hora a calmar las incertidumbres de las jóvenes, respondiendo a todas las dudas y preguntas que le planteaban, aunque ella misma tenía un montón de inseguridades ante su futuro.

La señora Wanley, tras varios años de obtener pocos ingresos a causa de que había mermado considerablemente las alumnas matriculadas en su academia debido a que habían surgido nuevas escuelas que se habían puesto de moda, había decidido jubilarse y cerrar la academia.

Cuando, por fin, consiguió tranquilizar a las jovencitas, las dejó salir al patio a jugar un rato, y ella se fue a su cuarto, dejándolas al cuidado de la señora Sample. Con parsimonia siguió recogiendo sus pertenencias. Llevaba varios días realizando esa tarea, pero parecía no tener fin. En parte porque allí tenía acumulada toda su vida, y en parte porque le dolía el corazón cada vez que metía sus cosas en cajas, puesto que eso confirmaba que no era un mal sueño.

Cogió otro recuerdo del pasado: un libro que le había regalado su padre. Lo miró, abrió sus hojas, le dio un beso y lo guardó en la caja. Los padres de Ellen, *sir* Edward Cowen y *lady* Cowen, habían fallecido en un terrible accidente de carruaje cuando viajaban hacia Londres a recoger a Ellen que había ido a pasar unos días con su amiga Annabel. Normalmente, cuando ella visitaba a su amiga, era su padre el que la llevaba y recogía de Londres, pero esa vez su madre había querido aprovechar el viaje para encargarse de unos vestidos nuevos, por eso viajaba junto a su marido. Fue un duro golpe para la joven perder a sus dos progenitores a la vez.

Ellen tuvo que madurar y afrontar el futuro con fuerza. Lo único que heredó fue la casa familiar y unas pocas libras que solo le iban a permitir sobrevivir algunos meses, así que decidió vender la propiedad y con ello pagarse los estudios de maestra. Cuando ocurrió la desgracia, la señora Wanley le había

ofrecido un puesto como maestra de literatura en su academia. Ella, mejor que nadie, sabía lo estudiosa que era la joven. Siempre había sido un ratón de biblioteca y la literatura no tenía secretos para ella, por lo que le aconsejó que se preparase para maestra y así poder mantenerse por sí misma. La otra opción que tenía era buscar un marido, y tanto ella como la señora Wanley sabían que no le sería fácil, ya que los hombres solían huir de ella, no solo por su aspecto anodino, sino también por su conversación fuera de los estándares que se aconsejaban para una señorita casadera.

Desde entonces había vivido en la academia salvo unos pocos días al año que iba a visitar a Annabel. Ahora, su amiga había insistido en que se fuese a vivir con ella y con su marido, *sir* Anthony Silvertop. No había tenido más remedio que aceptar, ya que no tenía otro sitio al que poder ir.

Tocaron a la puerta de su habitación, y en cuanto abrió, se encontró con la señora Wanley.

—¿Cómo ha ido la última clase de las niñas, Ellen? —inquirió.

La señora Wanley era una mujer alta y corpulenta, con una fuerte personalidad que se dejaba ver en su compostura. Tenía el pelo completamente cano y las arrugas de su rostro le conferían una pátina de honorabilidad.

—Estaban nerviosas, pero creo que he podido tranquilizarlas. De todas formas, en cuanto lleguen a sus hogares, se les pasará todo.

—Yo lo siento más por ti que por las niñas, la verdad. Ellas, el próximo curso, irán a otra escuela y seguirán formándose, pero tú... ¿qué harás?

—No se preocupe por mí, señora Wanley. Ya le dije que me voy a Londres, a casa de *lady* Silvertop, y seguro que allí encuentro algún puesto en otro colegio o en casa de alguna familia con niños que necesiten una profesora particular.

—Eso espero. Acuérdate de escribirme e informarme de todo.

—Por supuesto. Aquí tengo mis raíces y me agrada recibir sus misivas contándome todo lo que acontezca por Coggeshall.

La directora de la academia miró alrededor contemplando el desorden imperante.

—Ellen, sabes que puedes dejar aquí todo lo que quieras el tiempo que necesites.

—Sí. Gracias, señora Wanley. Voy a guardarlo todo en cajas para tenerlo

preparado, pero ahora solo me llevaré lo imprescindible.

—Bien. Pues te dejo que continúes.